

Autor y serie superventas de 'The New York Times'  
Número 1 en ventas en Estados Unidos

# JIM BUTCHER

La saga que ha inspirado  
la serie Dresden,  
producida por  
Nicholas Cage

«Los libros de Butcher  
combinan la magia  
y la diversión de Harry Potter  
con un tono y una actitud  
más oscuros»

—Los Angeles Times

## EL CABALLERO

Ventana Abierta

La Saga de **Lectulandia**

Harry Dresden malvive en Chicago. No puede pagar el alquiler. Su novia se ha ido. Ni siquiera recuerda cuándo fue la última vez que se duchó. Justo cuando parecía que las cosas no le podían ir peor, aparece la reina hada del Invierno. Y le hace una oferta que no puede rechazar si quiere librarse de su hada madrina y acabar con su racha de mala suerte. Todo lo que tiene que hacer es descubrir quién mató al caballero de la reina del Verano, y limpiar así el nombre de la reina.

Parece sencillo, pero Harry sabe que en asuntos de hadas nada es lo que parece. Entonces descubre que el destino del mundo depende de que resuelva este caso. Como si no tuviera ya suficiente estrés...

Lectulandia

Jim Butcher

# El caballero

Saga de Desdren, 4

ePUB v1.0

Kundalpanico 11.12.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Summer Knight*

Jim Butcher, 2002.

Traducción: Olga Marín Sierra

© 2009, La Factoría de Ideas.

Primera edición, Junio de 2008

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Editor: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

Este libro es para las hermanas mayores de todo el mundo que tienen la paciencia necesaria para no estrangular a sus hermanos pequeños, y en particular para las mías, más pacientes que la mayoría. Estoy en deuda con vosotras.

Y para mamá, por razones tan obvias que sobran las palabras, aunque me gustaría hacer mención especial de las galletas con forma de bastón de caramelo y el arrullo de la mecedora con el que solía adormecerme

## Agradecimientos

El autor (es decir, yo) desea dar las gracias a todos aquellos que ya deberían haber aparecido en este apartado de agradecimientos en los otros libros: Ricia y A. J. por supuesto y la poderosa Jen. Gracias a todos los que han respaldado mi trabajo, incluyendo (aunque son más) a Wil y Erin (que me proporcionaron mucha información sobre Chicago y a los que no mencioné antes), Fred y Chris, Martina y Caroline, y a Debra y Cam, Jess, Monica y April.

Gracias también a los bibliotecarios por embaucar al público para que leyera mis libros y a los libreros (y asiduos de los foros de Internet) que se molestaron en recomendarme a los lectores. Confieso que me sentí un tanto abrumado, pero os estoy muy agradecido. Debería agradecer su ayuda a tanta gente que probablemente seré incapaz de recordarlos a todos. Si me he dejado a alguien, indicádselo a Shannon. Ella ya se encargará de sacudirme en la cabeza con un bate de béisbol y señalarme mi error.

(P. D.: Shannon y J. J., como siempre, gracias. Os prometería ser un poco menos raro, pero todos sabemos que no me duraría mucho.)

# 1

Llovieron sapos el día que el Consejo Blanco llegó a la ciudad.

Me bajé del Escarabajo azul, mi viejo y destartado Volkswagen, y entorné los ojos ante un sol de pleno verano. El parque Lake Meadow se encuentra al sur del centro de la ciudad, a un buen trecho del lago Michigan.

Incluso en días tan calurosos como los que teníamos últimamente, el parque solía estar lleno de gente. Hoy se encontraba vacío, salvo por una anciana con un abrigo largo que avanzaba a trompicones empujando un carrito de supermercado. Aún no era mediodía y ya me estaba asando con la camiseta y el chándal que llevaba puesto.

Eché un vistazo al parque durante unos momentos, me adentré un par de pasos en el césped y sentí que algo húmedo y blando me golpeaba en la cabeza.

Di un respingo y me toqué el pelo. Algo pequeño cayó ante mis ojos y aterrizó a mis pies. Un sapo. No era grande, como suelen ser los sapos, de hecho habría cabido fácilmente en la palma de mi mano. Se tambaleó un poco al tocar tierra, después dejó escapar un apagado *¡croac!* y se alejó saltando torpemente.

Miré a mi alrededor y vi más sapos en el suelo. Muchos. Su canto se oía cada vez más alto a medida que me adentraba en el parque. Incluso vi a más anfibios caer del cielo, como si el Todopoderoso los hubiese lanzado por un tobogán. Había sapos saltando por todas partes. No es que alfombraran el suelo, pero era imposible no verlos. Cada poco tiempo, se oía el impacto de otro sapo al aterrizar. Su canto sonaba vagamente como el murmullo de gente en una habitación abarrotada.

—¿Raro, eh? —dijo alguien con cierta inquietud. Alcé la vista y vi a un hombre bajo, de hombros anchos y caminar decidido que se acercaba a mí.

Billy, el hombre lobo, vestía con chándal y una camiseta oscura. Uno o dos años atrás, el conjunto habría disimulado los quince o veinte kilos que le sobraban.

Ahora ocultaba la musculatura que había sustituido a toda aquella grasa. Me ofreció la mano, sonriendo.

—¿Qué te había dicho, eh?

—Billy —contesté. Me estrujó la mano. O quizá es que ahora era así de fuerte—. ¿Qué tal la vida de hombre lobo?

—Cada vez más interesante —respondió—. Últimamente nos topamos con cosas bastante extrañas en nuestras patrullas. Como esto. —Señaló el parque. Otro sapo cayó del cielo a unos centímetros de distancia—. Por eso hemos llamado al mago.

Patrullas. Vigilantes sagrados, Batman.

—¿No ha aparecido nadie por aquí?

—No, salvo unos meteorólogos de la universidad. Dijeron que había tornados o no sé qué en Luisiana, y que las tormentas debían de haber traído los sapos hasta aquí.

Resoplé.

—Si dijeran que es un fenómeno mágico resultaría más creíble.

Billy sonrió.

—No te preocupes. Ya saldrá alguien diciendo que es un timo.

—Ya. —Volví a mi Escarabajo y levanté el capó para rebuscar en el compartimento delantero. Regresé con una mochila de nailon de donde saqué un par de pequeños sacos de tela. Le lancé uno a Billy.

—Pilla un par de sapos, anda.

Cogió el saco y frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Para saber si son reales.

Billy arqueó las cejas.

—¿Crees que no lo son?

Le miré guiñando los ojos.

—Venga Billy, haz lo que te digo. No he pegado ojo, no recuerdo cuándo fue la última vez que comí caliente, y tengo mucho que hacer antes de que anochezca.

—Pero ¿por qué no iban a ser reales? A mí me lo parecen.

Resoplé con fuerza e intenté controlar mi mal genio que últimamente no hacía más que empeorar.

—Pueden parecer reales a la vista y al tacto, pero quizá sean construcciones hechas con materia del Más Allá y animadas por la magia. Al menos eso espero.

—¿Por qué?

—Porque eso significaría que es un truco de algún hada que se aburre. A veces hacen estas cosas.

—Vale, pero ¿y si son reales?

—Si son reales quiere decir que tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema?

—De los gordos. Fracturas en el tejido de la realidad.

—¿Y eso es malo?

Le miré a los ojos.

—Sí, Billy, es malo. Implica que se está cociendo algo grande.

—Pero ¿y si...?

Entonces estallé.

—No tengo tiempo ni ganas de dar clase hoy. No preguntes.

Billy levantó una mano con gesto conciliador.

—Vale, tío, vale.

Se colocó a mi lado y comenzó a recoger sapos mientras avanzábamos por el parque.

—Bueno, *ejem*, me alegro de verte, Harry. Los chicos y yo nos preguntábamos si



te gustaría venir este fin de semana y hacer un poco de vida social.

Recogí un sapo y lo miré indeciso.

—¿Para hacer qué?

Me sonrió.

—Para jugar a los Arcanos, tío. La campaña está muy divertida.

Juegos de rol. Dejé escapar una especie de gruñido. Una anciana con un carrito pasó junto a nosotros, las ruedas chirriaban y giraban con dificultad.

—De verdad, es genial —insistió—. Vamos a asaltar la fortaleza de lord Malocchio, pero tenemos que hacerlo de noche y disfrazados para que el Consejo de la Verdad no sepa qué vigilantes están involucrados. Hay conjuros, demonios, dragones, de todo. ¿Qué me dices?

—Se parece demasiado al trabajo.

Billy suspiró.

—Harry, oye, ya sé que la guerra con los vampiros te tiene un poco estresado, y gruñón. Pero últimamente pasas demasiado tiempo en tu sótano.

—¿De qué guerra hablas?

Billy puso los ojos en blanco.

—La gente habla, Harry. Sé que la Corte Roja de los vampiros declaró la guerra a los magos después de que quemaras la casa de Bianca el otoño pasado.

Sé que desde entonces han intentado matarte en un par de ocasiones. Sé incluso que los magos del Consejo Blanco pronto vendrán a Chicago para decidir qué hacer.

Exclamé furioso:

—¿Qué Consejo Blanco?

Suspiró.

—No es un buen momento para que te conviertas en un ermitaño, Harry.

Vamos, mírate. ¿Cuándo fue la última vez que te afeitaste? ¿Te duchaste? ¿Te cortaste el pelo? ¿O pusiste una lavadora?

Me rasqué la incipiente barba que me cubría parte de la cara.

—Sí que salgo. He salido muchas veces.

Billy cogió otro sapo.

—Ya, ¿cuándo?

—Fui contigo y los Alphas a ver un partido de rugby.

Resopló.

—Sí. En enero, Dresden. Estamos en junio.

Billy me miró y frunció el ceño.

—Estamos preocupados por ti. Sí, ya sé que has estado trabajando en un proyecto personal, o algo así, pero este tío sucio y dejado no eres tú.

Me incliné y cogí otro sapo.

—No sabes de lo que hablas.

—Sé más de lo que crees —contestó—. Es por Susan, ¿no? Algo le sucedió el pasado otoño y ahora intentas solucionarlo. Quizás algo que tiene que ver con los vampiros. Por eso se marchó de la ciudad.

Cerré los ojos e intenté no reventar el sapo que sostenía en la mano.

—Cambiemos de tema.

Billy se plantó delante de mí, apuntándome con su barbilla.

—No, Harry. ¡Joder! Has desaparecido de la faz de la tierra, ya casi no pasas por tu despacho, no coges el teléfono, ni siquiera abres cuando llaman a la puerta. Somos tus amigos y nos preocupas.

—Estoy bien —dije.

—Mientes fatal. Se dice por ahí que los rojos están trayendo a su gente a Chicago. Incluso que ofrecen la entrada en la hermandad de los vampiros a cualquiera de sus seguidores que acabe contigo.

—Tonterías —murmuré. Me estaba empezando a doler la cabeza.

—No es un buen momento para que te aísles. Ni siquiera durante el día.

—No necesito niñeras, Billy.

—Harry, te conozco mejor que muchos. Sé que puedes hacer cosas que otros ni sueñan, pero eso no te convierte en un supermán. Todos necesitamos ayuda de vez en cuando.

—Yo no. No ahora. —Metí el sapo en el saco y cogí otro—. No tengo tiempo para eso.

—Oh, lo que me recuerda... —Billy sacó un pedazo de papel doblado del bolsillo del pantalón y lo leyó—. Tienes una cita con un cliente a las tres.

Parpadeé atónito.

—¿Qué?

—Me pasé por tu despacho y cogí algunos mensajes. Una tal señora Sommerset está intentando localizarte, así que la llamé y fijé una cita en tu nombre.

Noté como mi mal genio se encendía otra vez.

—¿Qué has hecho qué?

De repente parecía molesto.

—Además leí tu correo. El casero te ha dejado un aviso de desahucio. Si no le pagas en una semana, te larga de allí.

—¿Qué coño te da derecho a entrar en mi despacho y andar entre mis cosas, Billy? ¿O llamar a mis clientes?

Dio un paso hacia mí bastante enfadado. Tuve que concentrarme en su nariz para no mirarle a los ojos.

—No te des esos aires conmigo, Harry. Soy amigo tuyo, ¡joder! Llevas mucho tiempo escondiéndote en tu apartamento. Deberías agradecerme que te ayude a salvar tu negocio.

—Tienes razón, es mi negocio —le espeté. Por el rabillo del ojo vi avanzar a la mujer del carrito. Las ruedas rechinaron mientras pasaba por detrás de mí—. Mío. Es decir, que no es tuyo.

Sacó un poco la mandíbula.

—Genial. ¿Y por qué no te arrastras hasta tu cueva y esperas a que también te echen de allí? —Extendió los brazos—. ¡Por Dios santo! No hace falta ser mago para saber cuándo alguien se está hundiendo. Sufres y necesitas ayuda.

Le clavé el índice en el pecho.

—No, Billy. No necesito más ayuda. No necesito hacer de niñera de un puñado de mocosos que creen que porque han aprendido un par de trucos, están listos para convertirse en un Llanero Solitario con colmillos y cola. No necesito preocuparme de los vampiros que van a por la gente que quiero porque no me pueden coger a mí. No necesito analizar a toro pasado lo que he hecho, preguntándome quién más saldrá herido por mi culpa. —Me agaché, cogí otro sapo, y arrebaté el saco de manos de Billy al incorporarme—. No te necesito.

Naturalmente, el ataque se produjo en ese mismo momento.

No fue muy sutil para tratarse de un intento de asesinato. Se escuchó el rugido de un motor y vi como una camioneta negra *pick-up* se subía al bordillo de la acera y entraba en el parque, a unos cincuenta metros de donde estábamos. Avanzó con dificultad y giró bruscamente hacia un lado, dejando las marcas de los neumáticos sobre el césped seco. En la parte de atrás, dos hombres se agarraban a una de las barras metálicas de la camioneta. Iban vestidos completamente de negro, con gafas de sol negras sobre pasamontañas también negras. Hasta las armas hacían juego, subfusiles automáticos Uzi, en su versión mini.

—¡Atrás! —grité. Con la mano derecha agarré a Billy y lo empujé detrás de mí. Con la izquierda, agité el brazalet que llevaba en la muñeca y del que colgaban varios escudos pequeños de estilo medieval. Levanté la mano izquierda hacia la camioneta, concentré toda mi voluntad y al desviarla hacia el brazalet surgió repentinamente una media esfera transparente y brillante que se interponía entre el vehículo que se acercaba y yo.

La camioneta frenó. Los dos pistoleros no esperaron a que la *pick-up* se estabilizase. Como si fueran dos extras de una película de acción, apuntaron sus armas hacia mí y vaciaron los cargadores en una ráfaga atronadora.

Saltaron chispas del escudo frente a mí, mientras las balas silbaban y gemían al salir rebotadas en todas direcciones. En uno o dos segundos, el brazalet comenzó a calentarse peligrosamente. La energía del escudo concentrada en él lo estaba llevando al límite. Intenté inclinarlo para desviar el mayor número posible de balas hacia el cielo. No quería ni imaginar dónde podían acabar todos aquellos proyectiles, pero deseé que no se incrustaran en ningún coche cercano o alcanzarán a algún transeúnte.

Sendos *clics* indicaron que las armas se habían quedado sin munición.

Con un estilo bastante torpe y poco profesional, los matones comenzaron a recargar.

—¡Harry! —gritó Billy.

—¡Ahora no!

—Pero...

Bajé el escudo y levanté la mano derecha, con la que proyectó energía. El anillo de plata que llevaba en el dedo índice tenía un conjuro con el que acumulaba un poco de energía cinética cada vez que movía el brazo. Hacía meses que no lo usaba, así que la fuerza acumulada debía de ser tremenda. De hecho dudé en usarla contra los pistoleros. Con semejante potencia podía matar a uno de ellos y eso sería casi como dejar que me llenaran el cuerpo de plomo, solo que con efectos retardados. El Consejo Blanco no juzga con ligereza a aquellos que violan la primera ley de la magia: no matarás. Yo conseguí librarme una vez gracias a un tecnicismo, pero no creo que eso se vuelva a repetir.

Rechiné los dientes, dirigí el golpe hacia un punto cercano a uno de los matones y disparé el anillo. Una fuerza bruta, invisible pero tangible, atravesó el espacio como un latigazo y alcanzó al primer pistolero con un golpe oblicuo en la parte superior del tronco. El arma automática chocó contra su pecho y el impacto le arrancó las gafas de sol y le hizo jirones la ropa mientras lo lanzaba por los aires para aterrizar en alguna parte detrás de la camioneta.

La intensidad del golpe que recibió el segundo matón fue inferior, pero le impactó en un hombro y en la cabeza. No soltó el arma, pero perdió las gafas de sol que salieron volando junto con el pasamontañas, dejando ver el rostro de un joven bastante normal que a duras penas tendría edad para votar. Guiñó los ojos ante la intensidad de la luz y luego prosiguió en su intento de recargar.

—Son críos —gruñí, mientras volvía a subir el escudo—. Envían críos a matarme. Increíble.

Y entonces algo hizo que los pelos de la nuca intentaran levantarme del suelo. Mientras el chico de la pistola se preparaba para disparar, miré por encima de mi hombro.

La anciana del carrito se había detenido a unos cuatro metros detrás de mí. En ese momento me di cuenta de que no era tan vieja como había pensado.

Bajo su disfraz, distinguí el destello de unos ojos negros y fríos. Sus manos, sin arrugas, eran las de una mujer joven. Del carrito sacó una escopeta recortada y me apuntó con ella.

Las balas de la automática chocaban contra mi escudo, y todo lo que podía hacer era mantenerlo en su sitio. Si utilizaba algún otro truco para defenderme del tercer atacante, perdería la concentración y con ella el escudo, y novato o no, el pistolero de

la camioneta estaba repartiendo tanto plomo que solo era cuestión de tiempo que acabara alcanzándome.

Por otro lado, si la asesina disfrazada conseguía disparar la recortada desde tan solo cuatro metros de distancia, nadie se molestaría en llevarme al hospital. Iría directo a la morgue.

Las balas golpeaban el escudo, y lo único que podía hacer era observar que el tercer atacante se colocaba en posición. Estaba jodido y probablemente Billy también.

En ese momento Billy pasó a la acción. Se había quitado la camiseta, y mostraba unos músculos impresionantes, planos, duros, de atleta, no como esos cuidadosamente esculpidos a base de hacer pesas. Se lanzó hacia delante, hacia la mujer con la recortada, perdiendo el pantalón del chándal en el camino. No llevaba nada debajo.

Entonces sentí la magia de Billy, penetrante, precisa, concentrada. No había nada de ritual en lo que hizo, no tuvo que reunir lentamente su fuerza para después liberarla. Su silueta se desdibujó al moverse, y entre una respiración y la siguiente, Billy el hombre desnudo, desapareció y Billy el hombre lobo cayó sobre la mujer. Una bestia de pelo oscuro y el tamaño de un gran danés hundió sus colmillos en la mano que agarraba el cañón de la escopeta.

La mujer gritó, apartó la mano con los dedos ensangrentados e intentó golpear a Billy con la escopeta como si fuera una porra. Él se apartó y recibió el golpe sobre los hombros con un gruñido. Después, se lanzó a por la otra mano con la rapidez de un rayo y la escopeta cayó al suelo.

La mujer gritó de nuevo y retiró la mano.

No era humana.

Sus dedos y palmas se dilataron, alargándose, al igual que sus hombros y su mandíbula. Sus uñas se convirtieron en feas y toscas garras que se clavaron en Billy, dejándole varios surcos por toda la mandíbula y haciéndole ladrar y gruñir de dolor. Billy rodó sobre un costado y se puso de nuevo en pie, mientras giraba para obligar a aquella cosa a enfrentarse a mí.

El pistolero de la camioneta volvió a quedarse sin munición. Entonces, bajé el escudo y arremetí contra él en un intento por arrebatarse el arma. Lo conseguí y grité:

—¡Billy, aparta!

El lobo se echó a un lado y la mujer se revolvió para hacerme frente, sus deformados rasgos mostraban furia, y de su boca babeante, sobresalían unos colmillos enormes.

Apunté con la pistola hacia su estómago y apreté el gatillo.

El arma rugió y retrocedió, golpeándome con fuerza en el hombro.

Posiblemente un calibre diez o balas de punta redondeada. La mujer se estremeció, dejando escapar un alarido. Luego se tambaleó y cayó. Pero no estuvo en

el suelo mucho tiempo. Prácticamente al instante se incorporó de un salto con el vestido manchado de rojo y hecho andrajos, y un rostro que carecía ya de cualquier rasgo humano. Pasó delante de mí como una exhalación y se subió a la parte trasera de la camioneta. El pistolero arrastró a su compañero hasta el vehículo y el conductor pisó a fondo el acelerador. La camioneta derrapó un poco antes de avanzar, se subió de nuevo a la calzada y desapareció entre el tráfico.

Durante unos segundos observé, jadeando, como se alejaba.

Bajé el arma, y me di cuenta de que, sin saber cómo, me las había apañado para no soltar el sapo que había cogido con la mano izquierda. Se movía y se retorcía como si hubiese estado a punto de morir aplastado, así que aflojé un poco la mano sin dejar que se me escapara.

Me giré en busca de Billy. El lobo se acercó al pantalón del chándal que se había quitado antes y lo olfateó, resplandeció durante unos segundos y se convirtió una vez más en un hombre joven desnudo. Tenía dos cortes bastante largos en la cara, paralelos a la mandíbula. Por la garganta le corría un hilo de sangre. Parecía un poco tenso, pero aparte de eso, no dio más muestras de dolor.

—¿Estás bien?—le pregunté.

Asintió y se puso los pantalones y la camiseta.

—Sí, ¿qué coño ha sido eso?

—Una *ghoul* —contesté—. Probablemente del clan La Chaise. Trabajan para la Corte Roja y no les caigo muy bien.

—¿Y eso por qué?

—Les he dado algunos quebraderos de cabeza.

Billy presionó una esquina de su camiseta contra los cortes de la cara.

—No esperaba esas garras.

—Les ayudan a escapar.

—Una *ghoul*, ¿eh? ¿Te la has cargado?

Negué con la cabeza.

—Son como las cucarachas. Se recuperan prácticamente de todo. ¿Puedes caminar?

—Sí.

—Bien, salgamos de aquí. —Nos dirigimos hacia el Escarabajo. En el camino, recogí el saco lleno de sapos y lo agité bocabajo para que se vaciara.

Dejé el sapo al que casi reviento en el suelo, junto a los demás y después me limpié la mano en el césped.

Billy me miró de reojo.

—¿Por qué los sueltas?

—Porque son reales.

—¿Cómo lo sabes?

—El que tenía agarrado se me ha cagado en la mano.

Billy se subió al Escarabajo azul y yo entré por la otra puerta. Saqué el botiquín que guardaba bajo mi asiento y se lo ofrecí. Billy se limpió la cara con una gasa mientras miraba los sapos.

—Así que las cosas se ponen feas.

—Sí —le confirmé—, las cosas se ponen feas.

Guardé silencio durante un minuto y luego añadí:

—Me has salvado la vida.

Billy se encogió de hombros. No me miró.

—Entonces, ¿la cita es a las tres en punto, no? ¿A qué nombre era?

¿Sommerset?

Se volvió hacia mí y evitó sonreír con los labios, aunque no con los ojos.

—Sí.

Me rasqué la barba y asentí.

—Últimamente me he descuidado un poco. Creo que pasaré a darme una ducha.

—Sería de agradecer —apuntó Billy.

Suspiré.

—A veces soy un gilipollas.

Billy soltó una carcajada.

—A veces. Eres humano, como todos nosotros.

Arranqué el Escarabajo. Se quejó un poco, pero conseguí ponerlo en marcha.

En ese momento algo pesado golpeó el capó con fuerza. Otra vez. De nuevo otro impacto, esta vez sobre el techo.

Me sentí invadido por una fuerte sensación de mareo y las náuseas aparecieron de forma tan potente y repentina que me aferré al volante en un intento por no desvanecerme. A lo lejos, oí a Billy preguntarme si me encontraba bien. No me encontraba bien.

Sentí como la energía se retorció y se agitaba en el aire, en una distorsión febril. Las fuerzas de la magia que generalmente se mueven en secuencias planas y serenas, de repente se estaban aglutinando en un caos terrible y enloquecedor.

Intenté apartar esas sensaciones de mí y me esforcé por abrir los ojos.

Llovían sapos. No es que cayera uno de vez en cuando, sino que llovían en tal cantidad que oscurecieron el cielo. Y el aterrizaje de los pobres bichos ya no era suave, como antes. Impactaban contra el suelo como granizo, reventando contra el asfalto, o contra el capó de mi Escarabajo. De hecho, uno resquebrajó mi parabrisas, formando grietas en forma de telaraña. Metí la primera y salimos de allí a toda prisa. Tras unos cientos de metros, dejamos aquella lluvia sobrenatural atrás.

Los dos respirábamos demasiado rápido. Billy tenía razón. En términos mágicos, la lluvia de sapos significaba que se estaba preparando una buena. El Consejo Blanco

iba a llegar hoy a la ciudad para debatir sobre la guerra. Yo tenía una cita con un cliente y los vampiros habían hecho una demostración de osadía, atacándome más abiertamente de lo que habían hecho nunca.

Le di al limpiaparabrisas. La sangre del sapo se había metido por las ranuras del cristal resquebrajado.

—¡Dios santo! —murmuró Billy.

—Sí —contesté—. Y solo han sido sapos, imagina cuando caigan las culebras.



## 2

Dejé a Billy en su apartamento, cerca del campus. Aunque supuse que la *ghoul* no presentaría ninguna denuncia en comisaría, limpié bien la escopeta. Billy la envolvió en una toalla que había en el asiento trasero del Escarabajo y se la llevó, prometiendo que se desharía de ella. Su novia, Georgia, una chica esbelta que le sacaba una cabeza, lo esperaba en la terraza del apartamento. Iba vestida con unos pantalones cortos negros y la parte superior de un bikini rojo, haciendo gala de un bonito bronceado con una tranquilidad y confianza que no le había conocido hacía tan solo un año. Vaya, ¡cómo han crecido estos chavales!

En cuanto Billy salió del coche, Georgia alzó la vista de su libro y contuvo el aliento. Se metió en la casa y salió a la puerta de la calle con un botiquín de primeros auxilios. Miró al coche con aire de preocupación y me saludó con una inclinación de cabeza. Respondí a su saludo con la mano, en un intento de parecer amigable, pero por la expresión de su cara creo que no lo conseguí. Entraron en el edificio y yo me marché antes de que saliera alguien a darme conversación.

Un minuto después, aparqué, apagué el motor y me miré en el espejo retrovisor de mi Escarabajo.

Y lo que vi me sorprendió. Ya sé que parece una tontería, pero yo no tengo espejos en casa. Son muchas las cosas que se sirven de los espejos como ventanas, o incluso puertas, y ese era un riesgo que prefería no correr. Hacía semanas que no me miraba cara a cara.

Y tenía un aspecto lamentable. Peor de lo habitual, quiero decir.

Mis rasgos normalmente son alargados, delgados y angulosos. Tengo el pelo casi negro que combina con unos ojos también oscuros. Pero ahora me habían salido canas y unas ojeras de color morado. Muy marcadas. Las líneas de la cara que no estaban cubiertas por una barba de varios meses eran tan afiladas como los bordes de una tarjeta de visita.

Llevaba el pelo largo y enmarañado, pero no en plan «joven y atractiva estrella de *rock*», sino más bien en el de «¡a este perro hay que cortarle el pelo ya!». Ni siquiera podía decir que lo llevaba todo por igual porque una buena parte se me había chamuscado al abrir una pequeña bomba incendiaria que me enviaron con la pizza que pedí, en aquellos tiempos en los que aún me podía permitir esos lujos. Estaba pálido. Incluso macilento. Parecía la Parca sofocada, como si alguien la hubiera obligado a correr la maratón de Boston. Tenía aspecto cansado. Consumido. Acabado.

Me recosté en mi asiento.

Odio no tener razón. Pero parecía que Billy y los licántropos (dicho así parece el nombre de un grupo de *rock* cutre) estaban en lo cierto. Intenté pensar en la última

vez que me había cortado el pelo, o afeitado. Me había duchado la semana pasada, ¿no?

Me pasé las manos temblorosas por la cara. Últimamente los días y las noches se confundían. Pasaba todo el tiempo en el laboratorio que hay bajo mi apartamento, investigando las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Ritmos circadianos ¡ja! Me daba igual que fuera de día o de noche, tenía demasiado en lo que pensar para prestar atención a semejantes menudencias.

Unos nueve meses antes casi consigo que maten a mi novia. Puede que algo aún peor.

Cuando nos conocimos, Susan Rodríguez trabajaba como periodista en un periódico sensacionalista llamado *Midwestern Arcane*. Era una de las pocas personas que conocía dispuesta a creer que lo sobrenatural formaba parte de la realidad. Se aferraba a cualquier detalle, cualquier historia o prueba que sirviera para concienciar a la opinión pública sobre la existencia del mundo mágico.

Hasta que una noche, me siguió a una fiesta de vampiros.

Y los monstruos la cogieron.

Billy también tenía razón con respecto a eso. Los vampiros, la Corte Roja, la cambiaron. O quizá sería más exacto decir que la infectaron. Aunque técnicamente seguía siendo humana, le habían contagiado su sed macabra. Si alguna vez la saciaba, se convertiría en uno de ellos. Parte de ella moriría y sería un monstruo más, en cuerpo y alma.

De ahí mi trabajo de investigación. He estado buscando alguna forma de ayudarla. De crear una vacuna, o un remedio para curarla. Algo. Lo que sea.

Le pedí que se casara conmigo. Me contestó que no. Después, se marchó.

Sigo leyendo su columna en el *Arcane*. Supongo que se las envía por correo a su editor, así que al menos sé que está viva. Me pidió que no la siguiera y no lo he hecho. Ni pensaba hacerlo, no hasta que no descubriera como sacarla del lío en que la había metido. Tenía que haber algo que yo pudiera hacer.

Tenía que ayudarla, necesitaba ayudarla.

Bajé la cabeza y contraje los músculos del rostro con tanta fuerza que me dio un calambre. La cara me dolía, me ardía. Sentía un gran peso en el pecho y todo mi cuerpo parecía hervir de impotencia. Soy un mago. Debería haber protegido a Susan. Debería haberla salvado. Debería haberla ayudado. Debería haber sido más listo, más rápido, mejor.

Deberías haberle dicho que la querías antes de que fuera demasiado tarde, ¿verdad Harry?

Intenté contener el llanto. Tuve que echar mano de mis años de preparación, experiencia y autocontrol para ahogar las lágrimas. Llorar no serviría de nada. No estaría más cerca de encontrar la cura para Susan.

Pero estaba demasiado cansado.

Escondí la cara entre mis manos. No quería que nadie me viera llorar.

Tardé bastante tiempo en recuperar el control. No estoy seguro de cuánto, pero las sombras se habían movido y me estaba cociendo en el coche, a pesar de tener las ventanillas bajadas.

Entonces pensé que era un idiota al quedarme allí sentado, en la calle y a plena luz del día, para que me encontrara algún otro matón a sueldo de los vampiros. Estaba cansado, sucio y hambriento, pero no llevaba dinero para comprar comida y por la posición del sol, tampoco tenía tiempo de volver a casa a tomarme una sopa. No si quería llegar a tiempo a mi cita con la señora Sommerset.

Y necesitaba ese trabajo. Billy también tenía razón en eso. Si no comenzaba a ganar dinero, perdería el despacho y el apartamento. No creo que pudiera investigar gran cosa viviendo en una caja de cartón en alguna callejuela.

Bien, había que ponerse en movimiento. Me peiné un poco con los dedos, sin conseguir gran cosa, y me dirigí a mi despacho. Un reloj que vi de pasada me indicó que iba con un par de minutos de retraso. Entre eso y mi aspecto, iba a causar una gran impresión. El día no hacía más que empeorar.

Mi despacho está en un edificio cerca del centro. No es gran cosa, pero aquel día pareció hasta demasiado bueno para mí. El envejecido guarda de seguridad de la entrada me miró con recelo, pero me reconoció. Si hubiera sido nuevo en el puesto, me habría echado de allí sin contemplaciones. Lo saludé con una inclinación de cabeza y sonreí, intentando parecer un tío emprendedor.

*Ja.*

Pasé por delante del ascensor camino de las escaleras. Había un letrero en la puerta que decía que estaba averiado. La verdad es que no había vuelto a ser el mismo desde que un escorpión gigante consiguió entrar en la cabina y alguien no tuvo más remedio que lanzar el aparato hasta el último piso con una ráfaga de viento para aplastar al enorme bicho contra el tejado. El subsiguiente desplome de la cabina hasta el suelo causó grandes daños en todo el edificio, y desembocó en un aumento de los alquileres.

O eso fue lo que me contaron. No me miréis así. Podría haber sido cualquiera. Vale, quizá no el ortodoncista del cuarto, ni el psiquiatra del sexto.

Seguramente tampoco los de la agencia de seguros del séptimo, ni el contable del noveno. Quizá no fueran los abogados de la última planta. Quizá. Pero cuando algo sale catastróficamente mal, no siempre soy yo el culpable.

Bueno, da igual, nadie puede demostrar nada.

Abrí la puerta de las escaleras y subí hasta mi despacho, en la quinta planta. Recorrí el pasillo, dejé atrás el suave murmullo de la consultoría que ocupaba casi toda la planta, y me detuve ante la puerta de mi despacho.

Las letras sobre el cristal templado decían: «Harry Dresden, mago». Me dispuse a abrir la puerta y cuando mi mano estaba a solo unos centímetros del pomo, saltó una chispa, estallando contra mi piel con un pequeño y agudo latigazo de dolor.

Me quedé inmóvil. A pesar de que el aire acondicionado estaba conectado y funcionando, no hacía fresco ni sentía el ambiente especialmente seco. Llamadme paranoico, pero no hay nada como un intento de asesinato a plena luz del día para hacer que un hombre ande con cautela. Me concentré en mi brazalete de nuevo y aproveché aquel miedo para crear un escudo en caso de que lo necesitase.

Con la otra mano abrí la puerta.

Mi despacho suele estar muy ordenado. O por lo menos, no lo recordaba tan caótico como lo veía ahora. Teniendo en cuenta el poco tiempo que había pasado allí últimamente, me pareció injusto que estuviera tan mal. La mesa junto a la puerta, donde guardaba un puñado de folletos en los que se podían leer cosas como: «Magia para bobos» y «Soy mago, pregúntame cómo lo conseguí», estaba arrinconada contra la pared. Los folletos se encontraban desperdigados sobre la mesa y por el suelo. Olía a café quemado hacía tiempo.

Supongo que me dejé la cafetera puesta. Vaya. Mi escritorio también estaba cubierto por un montón de papeles sueltos. Había carpetas amontonadas sobre los archivadores y algunos cajones estaban abiertos, con hojas mal colocadas que sobresalían. El ventilador del techo giraba torpemente, haciendo *clic* con cada rotación.

Era evidente que alguien había intentado poner orden. El correo estaba cuidadosamente apilado en tres montones distintos. Había dos latas sospechosamente vacías. Billy y compañía, supongo.

Entre las ruinas de mi despacho surgió una mujer con la clase de belleza que hace que los hombres maten a sus amigos e inicien guerras.

Estaba de pie, junto a mi mesa, con los brazos cruzados mirando la puerta, las caderas inclinadas hacia un lado y expresión de escepticismo. Tenía el pelo blanco. No era rubia, ni siquiera rubia platino. Su pelo era blanco como la nieve, blanco como el mármol más fino, y lo llevaba recogido como una nube prisionera, dejando al descubierto la delicada línea de su garganta. Con aquel pelo no entiendo cómo su piel podía parecer pálida, pero así era. Sus labios eran del color de una mora helada, lo cual resultaba sorprendente en un rostro tan fino y maravilloso, y sus ojos rasgados eran de un verde profundo que se tiñeron de azul cuando ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo. No era joven.

No era vieja. Era simplemente impresionante.

Meforcé para no mirarla con la boca abierta y obligué a mi cerebro a trabajar, tomando nota de su vestuario. Llevaba un traje de chaqueta gris ceniza de corte impecable. La falda tenía el largo justo para que resultara complicado no mirarle las

piernas, y los tacones de sus zapatos negros eran lo bastante altos como para hacerte soñar. Debajo de la chaqueta llevaba una camisa de color marfil y cuello en uve, con un escote lo bastante profundo como para desear no quitarle ojo en caso de que respirara hondo. Unos ópalos con montura de plata brillaban en los lóbulos de sus orejas e iluminaban su garganta con una gama de colores que jamás habría esperado de semejante piedra, demasiados rojos, violetas, y azules oscuros. Su laca de uñas era, extrañamente, opalescente también.

Percibí el aroma de su perfume, salvaje y rico, pesado y dulce como las orquídeas. El corazón se me aceleró y la parte de mi cerebro más sensible a la testosterona lamentó no haberme dado un baño. Y no haberme afeitado. Y no haberme quitado aquel viejo chándal.

Sus labios dibujaron una media sonrisa y alzó una ceja sin decir nada, mientras yo la admiraba boquiabierto.

Una cosa era segura, una mujer así tenía dinero. Mucho dinero. Dinero que yo podía emplear en pagar el alquiler, hacer la compra, incluso puede que tirase la casa por la ventana y me comprase una carretilla para hacer limpieza en mi apartamento. Por un segundo dudé si era apropiado que un mago hecho y derecho, y miembro del Consejo Blanco, se mostrase tan interesado por el vil metal. Enseguida lo tuve claro.

Energías cósmicas sobrenaturales, que os den. Tengo que pagar el alquiler.

—*Hum*, la señora Sommerset, supongo —conseguí articular por fin. A educado a mí no hay quien me gane. Si andaba con cuidado, aún podía tropezar con algo y rematar ya aquel desastre—. Soy Harry Dresden.

—Creo que llega usted tarde —contestó. Sommerset tenía una voz parecida a su ropa, rica, sugerente, cultivada. Con un acento que no pude identificar. Quizá de algún lugar de Europa. Muy interesante—. Su ayudante fijó la hora. No me gusta que me hagan esperar, así que decidí entrar. —Miró mi mesa, y luego otra vez a mí—. Algo de lo que casi me arrepiento.

—Sí, no sabía que usted vendría hasta hace, *hum*...

Desolado, eché un vistazo a mi despacho y cerré la puerta tras de mí.

—Pensaré que esto es poco profesional...

—Así es.

Me acerqué a una de las sillas que tengo para los clientes, frente a mi escritorio y la despejé a toda prisa.

—Por favor, siéntese. ¿Le apetece un café o alguna otra cosa?

—No sé si será muy saludable. ¿Para qué correr riesgos? —Se sentó con la espalda recta en el borde de la silla y me siguió con la mirada mientras yo rodeaba mi escritorio. Noté el peso de sus ojos sobre mí al moverme y me senté tras mi mesa con el ceño fruncido.

—¿Es usted de las que se arriesgan?

—Me gustan las apuestas seguras —murmuró—. Como usted, señor Dresden. He venido aquí hoy para decidir si puedo apostar por sus habilidades.

—Guardó silencio y luego añadió—: De momento, la impresión no es muy buena.

Apoyé los codos en la mesa y junté las yemas de los dedos con las palmas separadas, formando un triángulo.

—Sí, ya sé que todo esto me hace parecer...

—¿Desesperado? —sugirió—. ¿Cómo si estuviera obsesionado con otros asuntos? —Con una inclinación de cabeza señaló los sobres que se amontonaban sobre mi escritorio—. Parece que va a perder su lugar de trabajo en breve si no paga sus deudas. Creo que necesita este trabajo. —Se incorporó—

. Y si usted carece de la capacidad necesaria para ocuparse de asuntos tan baladíes, dudo que me sea de ninguna utilidad.

—Espere —dije, incorporándome—. Por favor. Al menos cuénteme de qué se trata. Si al final resulta que la puedo ayudar...

Subió la barbilla y me interrumpió con suavidad.

—Pero esa no es la cuestión, ¿sabe? —matizó—. La cuestión es si yo creo que usted puede ayudarme, y no he visto nada que me haga pensar que sí. —

Hizo una pausa y se volvió a sentar otra vez—. Y sin embargo...

Volví a sentarme al otro lado de la mesa.

—¿Sin embargo?

—Me han llegado rumores, señor Dresden, sobre personas con habilidades como las suyas. Como la de ver la esencia de las personas.

Negué con la cabeza.

—Yo no lo llamaría habilidad, son cosas que pasan.

—Pero puede ver en su interior, usted lo llama ver el alma, ¿no es así?

Asentí pesadamente y comencé a encajar varias piezas del rompecabezas.

—Sí.

—¿Y eso le sirve para descubrir así su verdadera naturaleza? ¿Para conocer la verdad sobre esa persona a la que está mirando?

—Y ellos también me ven a mí. Sí.

Sonrió, radiante y maravillosa.

—Entonces mirémonos a los ojos, señor Dresden, usted y yo. Así sabré si me puede ser útil. Al menos no hay nada que perder.

—Yo no estaría tan seguro. Es una experiencia que nunca la abandonará.

—Como la cicatriz de una apendicetomía o la calvicie. Cuando uno mira el alma de otra persona, no se olvida jamás. Nunca. No me gustaba nada el giro que había dado la conversación—. No creo que sea una buena idea.

—¿Pero por qué no? —insistió—. No tardará nada, ¿verdad señor Dresden?

—Ése no es el tema.

Sus labios formaron una fina línea.

—Entiendo. Entonces, si me disculpa...

Esta vez fui yo quien la interrumpió.

—Señora Sommerset, creo que ha cometido un error de cálculo.

Sus ojos brillaron, mostrando por un momento enfado, aunque frío y lejano.

—¿Ah sí?

Asentí. Abrí el cajón de mi escritorio y saqué una hoja de papel.

—Sí. Recientemente estoy pasando por una mala racha.

—Le aseguro que su situación no me interesa lo más mínimo.

Cogí un bolígrafo, le quité la capucha y la coloqué junto a la hoja.

—Ya. Entonces se presenta usted aquí. Rica, hermosa, como algo demasiado bueno para ser cierto.

—¿Y? —preguntó.

—Que es demasiado bueno para ser cierto —repetí. Saqué mi revólver del calibre 44 del cajón, la apunté con él y lo amartillé—. Llámeme loco, pero últimamente pienso que si algo es demasiado bueno para ser cierto, probablemente lo sea. Ponga las manos sobre la mesa, por favor.

Alzó las cejas. Aquellos hermosos ojos se abrieron lo suficiente para mostrar su parte blanca. Tragó saliva y colocó las manos sobre mi escritorio.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó.

—Compruebo una teoría —contesté. Seguí apuntándola con el arma y mis ojos, y abrí otro cajón—. Verá, recientemente he estado recibiendo visitas desagradables, por lo que más o menos sé a qué atenerme. Y creo que la he calado.

—No sé de qué está hablando, señor Dresden, pero estoy segura de que...

—No se moleste. —Rebusqué en un cajón y encontré lo que necesitaba.

Saqué un viejo tornillo metálico y lo coloqué sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó en un susurro.

—El test de Litmus —contesté.

Entonces empujé suavemente el tornillo con un dedo y avanzó rodando hacia el otro lado de mesa y hacia sus cuidadas manos de manicura perfecta.

No se movió hasta un segundo antes de que el tornillo la tocara, y justo en ese momento, se alzó como un torbellino y apareció a dos pasos de mi mesa, haciendo caer la silla sobre la que se había sentado. El tornillo siguió rodando hasta desaparecer por el borde del escritorio y golpear después el suelo con un sonido metálico.

—Hierro —dije—. Frío hierro. A las hadas no les gusta.

Su rostro quedó inexpresivo. Hacía solo un momento había mostrado un desprecio arrogante, superioridad y una natural seguridad en sí misma. Pero todo eso

desapareció, dejando sus hermosas facciones frías, lejanas y vacías de toda emoción o cualquier rasgo que pareciera humano.

—Aún faltan meses para que se cumpla el plazo que acordé con mi madrina —dije—. Durante un año y un día debía dejarme en paz. Ese fue el trato. Si lo que pretende es jugármela, me voy a enfadar.

Me miró en silencio durante unos momentos más. Resultaba inquietante que aquel rostro tan hermoso pareciera tan extraño, como si detrás de aquellas facciones se moviese algo que nada tenía en común conmigo y al que tampoco le preocupaba no comprenderme. Aquella máscara blanca hizo que se me tensara la garganta, y tuve que esforzarme para que la pistola no temblara en mi mano. Pero entonces hizo algo que la hizo parecer aún más extraña, más aterradora.

Sonrió. Una sonrisa lenta y cruel como el filo de una sierra. Cuando habló, su voz sonó tan hermosa como antes, pero estaba vacía, serena, escalofriante. Habló y sentí deseos de acercarme para escucharla con más claridad.

—Listo —murmuró—. No tan distraído como para no pensar. Justo lo que necesito.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—No quiero líos —dije—. Váyase y haremos como que nada de esto ha pasado.

—Pero ha pasado —murmuró. El sonido de su voz bastaba para bajar la temperatura de la habitación—. Ha visto a través de este disfraz. Ha demostrado su valía. ¿Cómo lo ha hecho?

—Por el calambrazo del pomo —contesté—. La puerta estaba cerrada.

No debería haber podido entrar. Y eludió mis preguntas en lugar de contestarlas.

Asintió sin dejar de sonreír.

—Siga.

—No lleva bolso. Pocas mujeres vestidas con un traje de tres mil dólares salen sin bolso.

— *Hum* —dijo—. Sí. Es usted perfecto para la misión, señor Dresden.

—No sé de qué me está hablando —repuse—. No quiero tener nada que ver con ningún hada.

—No me gusta que me llamen así, señor Dresden.

—Ya lo superará. Salga de mi despacho.

—Debería saber, señor Dresden, que las de mi especie, desde las más pequeñas a las más grandes, están obligadas a decir siempre la verdad.

—Eso no ha mermado su habilidad para engañar.

Sus ojos brillaron, y vi como cambiaban sus pupilas, dejando la forma redonda de los humanos y adoptando la alargada de los felinos. Ojos de gato.

Me miró sin pestañear.

—Mantengo lo dicho. Pienso jugar y apostaré por usted.



—¿Qué?

—Necesito sus servicios. Se ha producido un robo. Quiero que recupere lo robado.

—A ver si he comprendido bien —dije—. ¿Pretende que le devuelva algo que le han robado?

—A mí no —murmuró—. A sus legítimos dueños. Quiero que descubra y atrape al ladrón, y limpie mi buen nombre.

—Hágalo usted misma.

—En este asunto no puedo actuar yo sola —dijo en voz baja—. Por eso lo he elegido para que sea mi emisario. Mi agente.

Solté una carcajada. Aquello hizo que apareciera algo en aquellas facciones perfectas y pálidas, era ira. Un destello de furia fría y terrible relampagueó en sus ojos y consiguió helarme la risa en la garganta.

—Me parece que no —dije—. No quiero más tratos con los de su clase.

Ni siquiera sé quién es usted.

—Querido niño —susurró, con cierta sorna en su voz—. El trato ya lo hiciste. Ofreciste tu vida, tu fortuna, tu futuro a cambio de poder.

—Sí, a mi madrina. De todas formas, eso de que hice un trato aún está por ver.

—Ya no —dijo—. Hasta en el mundo de los mortales, las deudas cambian de manos. He comprado tu hipoteca.

Se me heló la sangre.

—¿Qué está diciendo?

Dejó ver sus dientes, afilados y blancos. No estaba sonriendo.

—Tu deuda, niño mortal, la he comprado. Ahora es mía. Me perteneces.

Y me ayudarás en este caso.

Dejé la pistola sobre mi escritorio y abrí el primer cajón. Saqué un abrecartas, de los que se compra en cualquier tienda, de hoja pesada y plana, con el mango atornillado.

—Te equivocas —dije y la falta de convicción de aquellas palabras resultó evidente hasta para mí—. Mi madrina jamás haría eso. Me parece que lo que quieres es embaucarme.

Sonrió, estudiándome, sus ojos brillaban.

—Entonces deja que te lo demuestre.

Mi mano izquierda golpeó la mesa con fuerza. Observé atónito, como con la otra cogía el abrecartas igual que si estuviera en una película de acción.

Preso del pánico, intenté detener mi mano, conseguir que soltara el abrecartas, pero mis brazos parecían tener el piloto automático puesto, como si no me pertenecieran.

—¡Espera! —grité.

Me miró, fría y distante, con curiosidad.

Hundí con fuerza el abridor de cartas en el dorso de mi propia mano. Mi escritorio es de los baratos. La punta de acero atravesó limpiamente la carne entre el pulgar y el índice y se incrustó en la mesa, dejándome allí clavado. Una oleada de dolor me recorrió el brazo al mismo tiempo que la sangre comenzaba a brotar de la herida. Intenté defenderme, pero el miedo me atenazaba y no estaba en condiciones de ejercer ningún tipo de autocontrol. Se me escapó un gemido. Intenté liberarme, sacármelo de la mano, pero en lugar de eso, mi brazo comenzó a girar y retorcer el abrecartas en el sentido de las agujas del reloj.

El dolor me dejó sin fuerzas. Apenas era capaz de coger aire suficiente para gritar.

La mujer, el hada, se acercó y apartó mi mano del abrecartas. Tiró de él con un gesto preciso y decidido, y lo dejó sobre la mesa. La hoja estaba cubierta de sangre.

—Mago, sabes tan bien como yo que si no estuvieras ligado a mí, no tendría ningún poder sobre ti.

En ese momento, lo único que sabía era que me dolía la mano, pero de alguna manera tuve la certeza de que estaba diciendo la verdad. Las hadas no pueden presentarse ante ti y convertirte en una marioneta. Tienes que darles permiso. Eso hice yo hace años con Lea, mi madrina, cuando era más joven y más tonto. Le di esquinazo el año pasado y la obligué a concederme una tregua que debería protegerme durante año y medio.

Sin embargo, le pasó las riendas a otra. A alguien para quien aquel segundo trato no resultaba vinculante.

Alcé la vista, y el dolor y la repentina furia transformaron mi voz en un áspero y profundo gruñido:

—¿Quién eres?

La mujer pasó la uña opalescente por la sangre de mi escritorio. Se la llevó a los labios y la acarició con la lengua, sin mucho interés. Sonrió lentamente, sensual y extraña.

—Tengo varios nombres —respondió—. Pero me puedes llamar Mab, reina del Aire y la Oscuridad. Soberana de la Corte de Invierno de las sidhe.

### 3

El estómago se me puso del revés.

Una reina hada. Una reina hada en mi despacho. Estaba mirando a una reina hada. Estaba hablando con una reina hada.

Y me tenía cogido por las pelotas.

Caray, y yo que pensaba que antes ya estaba en la lista de especies en peligro.

El miedo se parece bastante al agua helada. A veces es un sentimiento frío que tragas, baja por la garganta y se extiende por el pecho. Te deja sin aliento y acelera el corazón justo cuando no te conviene, para después expandirse por las tripas y las caderas, haciendo que te estremezcas. Luego se dirige a los muslos, las rodillas (a veces con una indecorosa paradita en el camino), y te roba la fuerza que deberías emplear en salir de allí pitando.

Me tragué gran parte de ese miedo, sin apartar la vista de la tóxica belleza del hada que se sentaba al otro lado de la mesa.

Aquello la hizo sonreír.

—Sí —musitó—. Lo bastante listo como para tener miedo. Como para comprender la situación, al menos en parte. ¿Cómo te sientes al saber lo que sabes, niño?

Mi voz sonó insegura y más débil de lo que me habría gustado.

—Como Tokio cuando Godzilla llega a la playa.

Mab ladeó la cabeza, observándome con la misma sonrisa. Quizá no lo había pillado. O puede que no le hiciera gracia que la comparasen con un lagarto gigante. O quizá sí le gustó. En fin, ¿yo qué sé? Ya me cuesta bastante adivinar estas cosas en mujeres normales.

No la miré a los ojos. Ya no me preocupaba ver su alma. Para que eso ocurra ambas partes deben tenerla. Sin embargo, se pueden transmitir muchas cosas sosteniendo una mirada durante demasiado tiempo. Todo tipo de emociones y metáforas. Me concentré en su barbilla, la mano me ardía de dolor y el miedo me había dejado sin palabras.

Odio tener miedo. Es lo que más detesto en el mundo. Como sentirme indefenso. Tampoco me gusta que me apabullen y en aquellos momentos me sentía como si Mab me hubiese metido el puño por la garganta y me pidiera el dinero de la merienda.

Reinas hadas. Mal asunto. Pero que muy malo. Más o menos como invocar a algún antiguo y rancio dios o enfrentarse al Consejo Blanco; no se topaba uno todos los días con alguien tan poderoso como Mab. En un gesto patético, podría haberle lanzado un puñetazo mágico o haber intentado echarla, pero en el mejor de los casos no habría conseguido ni despeinarla. Y estaba ligado a ella, tenía una especie de salvoconducto mágico. Cualquier cosa que me enviase superaría mis defensas sin que

yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Los abusones me cabrean y ya se sabe que cuando me cabreo hago muchas tonterías.

—Ni hablar —dije con la voz ardiendo—. No hay trato. Así que, adelante, hazme puré. Y cierra bien la puerta al salir.

Mi respuesta no pareció molestarla. Cruzó los brazos y dijo en voz baja:

—Toda esa ira. Todo ese fuego. Sí. Vi como neutralizaste a tu madrina el hada Leanan el otoño pasado. Admiro esa clase de fuerza, mago. Necesito esa clase de fuerza.

Rebusqué con torpeza en mi escritorio y encontré una caja de pañuelos de papel que empecé a colocarme sobre la herida.

—No me importa si me necesitas o no —le contesté—. No voy a ser tu emisario ni ninguna otra cosa a no ser que me obligues, y en ese caso, dudo mucho que te sirva de algo. Así que, haz lo que tengas que hacer o sal de mi despacho.

—Pues debería importarte, señor Dresden —respondió—. Porque te concierne particularmente. He comprado tu deuda para hacerte una oferta, para darte la oportunidad de liberarte de tus obligaciones.

—Ya, claro. Ni te molestes. No me interesa.

—Me servirás, mago, o serás servido. Como comida. ¿No te gustaría ser libre?

La miré con desconfianza mientras la cabeza se me llenaba de imágenes mías asándome en una barbacoa con una manzana en la boca.

—¿Qué quieres decir con «libre»?

—Libre —dijo, envolviendo la palabra con aquellos labios de mora helada de forma que no me pasaran desapercibidos—. Libre de la influencia de cualquier sidhe, del compromiso que adquiriste con Leanan primero y ahora conmigo.

—¿Todo quedaría olvidado? ¿Y cada uno seguiría por su lado?

—Exactamente.

Miré mi mano herida y fruncí el ceño.

—No te hacía por una partidaria de la libertad como concepto, Mab.

—No saques conclusiones tan a la ligera, mago. Adoro la libertad. Todo aquel que no la tiene, la desea.

Respiré hondo e intenté controlar mi frecuencia cardíaca. No podía dejar que el miedo o la ira decidieran por mí. Mi instinto me gritaba que cogiera el revólver y probara suerte, pero tenía que pensar. Era lo único que valía con las hadas.

La oferta de Mab era sincera. Lo podía sentir, lo intuía de una forma tan primaria, tan visceral que no había lugar para la duda. Me liberaría si aceptaba su trato. Por supuesto, el precio quizá fuera demasiado alto. Aún no había tocado ese tema. Y las hadas saben cómo conseguir que los tratos posteriores te esclavicen en lugar de liberarte. Como las empresas de tarjetas de crédito, o los que conceden créditos

estudiantiles. Al final lo acabas pagando.

Sentía los ojos de Mab sobre mí, Silvestre observando a Piolín. Ese pensamiento me animó un poco. Por lo general, Piolín acaba zurrando la badana a Silvestre.

—Vale —contesté—. Te escucho.

—Tres peticiones —susurró Mab, mostrándome tres dedos a modo de confirmación visual—. En algún momento, te pediré que hagas algo. Cuando hayas satisfecho las tres peticiones, tu compromiso conmigo expirará.

Por un momento se hizo el silencio en la habitación, y yo la miré atónito.

—¿Y? ¿Eso es todo?

Mab asintió.

—¿Tres peticiones? ¿De cualquier tipo?

Mab asintió.

—¿Así de sencillo? Porque lo dices como si me fueras a pedir que te pasara la sal tres veces y con eso ya hubiera cumplido.

Sus ojos de color entre verde y azul como el hielo glacial no dejaron de mirarme, sin pestañear.

—¿Aceptas?

Me pasé la mano por la boca lentamente mientras pensaba. Era un trato sencillo, para provenir de un hada. A veces se complicaban bastante, con contratos y todo ese rollo. Mab me ofrecía un gran paquete, dulce, apetitoso y llamativo, como un caramelo de Halloween.

Lo que quiere decir que sería imbécil si antes no comprobaba que no hubiese cuchillas de afeitar o cianuro dentro.

—Pero seré yo quien decida qué peticiones satisfago.

—De acuerdo.

—Y si me niego a cumplir una petición, no habrá represalias ni castigos por tu parte.

Ladeó la cabeza y pestañeó lentamente.

—De acuerdo. Serás tú, no yo, quien decida qué peticiones cumples.

Quedaba una última mina por desactivar.

—Y nada de revender mi deuda. Ni echarme a tus esbirros encima para que me persigan y torturen. Esto es entre tú y yo.

Rió y su risa sonó tan alegre, clara y maravillosa como unas campanillas... que alguien estuviese aplastando contra mis dientes mientras las hacía sonar.

—Eso hizo tu madrina ¿eh? Veo que aprendes de los errores pasados. De acuerdo.

Me humedecí los labios mientras me devanaba los sesos. ¿Le había dejado algún resquicio? ¿Me podía pillar por algún otro lado?

—¿Y bien, mago? —preguntó—. ¿Trato hecho?

Por un momento deseé estar menos cansado. O menos dolorido. Tras los

acontecimientos del día y con la inminente reunión del Consejo, no tenía la cabeza para ponerme a negociar con un hada. Pero una cosa era segura. Si no me liberaba pronto de mi compromiso con Mab, acabaría muerto, o quizás algo peor. Sin embargo, prefería actuar y equivocarme a no hacer nada y dejar que me pulverizaran sin más.

—De acuerdo —dije—. Trato hecho. —Nada más pronunciar esas palabras, sentí como un suave escalofrío me recorría la espalda. La herida de mi mano se contrajo con una lacerante punzada de dolor.

Mab cerró los ojos, inclinó un poco la cabeza y sonrió como un gato con aquellos labios oscuros.

—Sí. Muy bien.

¿Recordáis la cara del Coyote cuando, después de rebasar a toda pastilla el borde del acantilado, se para y se da cuenta de que se la va a dar? No mira abajo, solo tantea con un dedo y justo unos instantes antes de despeñarse, le cambia el gesto, presa del pánico absoluto.

Esa es la cara que debí de poner yo. Desde luego así es como me sentía.

Pero ya no había salida. Quizá si no me paraba a buscar el suelo bajo mis pies seguiría corriendo indefinidamente. Aparté la vista de Mab y empecé a pensar en cómo curarme la herida. Aún me latía y desinfectarla iba a doler todavía más. No creo que necesitare puntos. Una bendición quizá.

Un sobre de papel manila aterrizó sobre mi escritorio. Alcé la vista y vi como Mab se ponía unos guantes.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Mi petición —contestó—. Dentro están los detalles de la muerte de un hombre. Quiero que descubras la identidad del asesino, recuperes lo que le robaron y me dejes libre de toda sospecha.

Abrí el sobre. Dentro había una foto en blanco y negro de veinte por veinticinco centímetros. Mostraba un cadáver. Un anciano yacía a los pies de unas escaleras, su cuello describía un ángulo antinatural con respecto a los hombros. Tenía el pelo blanco y rizado, y vestía una chaqueta de paño. Además de la foto, había un artículo del *Tribune* titulado: «Artista local muere accidentalmente de madrugada».

—Ronald Reuel —dije, mirándola por encima de la hoja—. He oído hablar de él. Tiene un estudio en Bucktown, creo.

Mab asintió.

—Estaba considerado como un visionario de la cultura artística estadounidense. Imagino que no es un título que se asigne a la ligera.

—Aquí dice «creador de mundos de la imaginación». Supongo que ahora que está muerto, le harán todo tipo de elogios. —Leí por encima el resto del artículo—. La policía dice que fue un accidente.

—Se equivocan —respondió Mab.

La miré.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrió.

—¿Y por qué te importa? —pregunté—. Porque no creo que la policía ande tras de ti.

—Existen otros poderes, aparte de vuestra justicia terrenal, ante los que hay que rendir cuentas. Te bastará con saber que quiero que se haga justicia —contestó—. Simplemente.

—Ya —dije, frunciendo el ceño—. Dices que le robaron algo. ¿Qué?

—Ya lo descubrirás.

Volví a meter la foto en el sobre y lo dejé encima de mi escritorio.

—Bien, tengo que pensarlo.

—Aceptarás esta misión, mago Dresden —dijo con firmeza.

La miré molesto y apreté los dientes.

—He dicho que lo pensaré.

Los ojos felinos de Mab brillaron y su sonrisa dejó ver unos dientes blanquísimos. Sacó unas gafas de sol del bolsillo de su chaqueta.

—¿No es de buena educación acompañar al cliente a la salida?

Estaba furioso, pero me levanté y caminé hasta la puerta. El perfume de la reina hada, su aroma narcótico me mareó un poco. Luché contra esa sensación y me aferré a mi rabia mientras le abría la puerta con un movimiento brusco.

—¿Aún te duele? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

Tocó mi mano dolorida con la suya enguantada y una repentina y brutal punzada de frío helador entró por la herida como un escalpelo congelado para después subir por el brazo e ir directo al pecho. Por un momento fui incapaz de respirar y sentí como mi corazón dejaba de latir durante uno, dos segundos antes de volver a ponerse en marcha. Luché por coger aire, tambaleándome, y tuve que apoyarme en la pared para no caer desplomado al suelo.

—¡Joder! —musité, intentando no subir la voz—. Teníamos un trato.

—Dije que no te castigaría si te negabas a aceptar algún caso, mago. Y que no te acosaría. —Mab sonrió—. Esto lo he hecho para mortificarte.

Gruñí.

—Así no conseguirás convencerme de que acepte el caso.

—Lo aceptarás, emisario —dijo Mab con confianza en su voz—. Esta noche conocerás a tu colega.

—¿Qué colega?

—Al igual que tú eres el emisario de Invierno, Verano también se ha buscado a

alguien que defienda sus intereses.

—Esta noche tengo plan —gruñí—, y aún no he aceptado el caso.

Mab bajó ligeramente las gafas y clavó sus ojos de gato en los míos.

—Mago. ¿Conoces la historia de la zorra y el escorpión?

Negué con la cabeza mientras evitaba su mirada.

—Una zorra y un escorpión se encontraron frente a un riachuelo —susurró Mab con voz suave y queda—. Como la corriente era fuerte el escorpión le pidió a la zorra que lo cruzara sobre su lomo. La zorra dijo: escorpión, ¿no me picarás? A lo que el escorpión contestó: si lo hiciera, moriríamos los dos. La zorra aceptó y el escorpión subió a su lomo. La zorra comenzó a nadar y a mitad de camino, el escorpión le clavó su aguijón envenenado. La zorra dijo: necio, nos has condenado a los dos, ¿por qué? A lo que el escorpión contestó: soy un escorpión, es mi naturaleza.

—¿Esa es la historia? —dije—. Está claro que la literatura no es lo tuyo.

Mab rió, sus carcajadas eran terciopelo helado, y otro escalofrío me hizo estremecer.

—Aceptarás este caso, mago. Porque sí. Es tu naturaleza. —Después, se dio media vuelta y se alejó por el pasillo, distante, reservada, fría. La miré con rabia durante un minuto antes de cerrar la puerta.

Puede que hubiese pasado demasiado tiempo encerrado en mi laboratorio, pero al señor Spenser<sup>[1]</sup> se le olvidó mencionar que la reina hada tiene un culo estupendo.

Sí, me fijo en esas cosas, ¿qué pasa?



Me apoyé contra la puerta con los ojos cerrados, intentado pensar. Estaba asustado. Pero no era una sensación estimulante como cuando sientes el subidón de adrenalina, no, aquel era un miedo distinto, del tipo «espera a que salgan los resultados del test». Un temor racional, de los que se ponen cómodos en el salón de tus pensamientos y permanecen allí, tomándose una bebida bien fresquita.

Ahora trabajaba para la reina de las hadas malditas, bueno para la reina del Invierno o de las hadas *Unseelie*, que viene a ser más o menos lo mismo. Las hadas *Unseelie* no eran todas crueles y malvadas, al igual que las hadas *Seelie*, las hadas del Verano, tampoco eran todo bondad y sabiduría. Se parecían a la estación que les daba nombre, frías, hermosas, despiadadas y totalmente carentes de escrúpulos. Solo un idiota se asociaría con una de ellas.

Tampoco es que Mab me hubiese dado otra opción, aunque técnicamente sí me dejó elegir. Podría haber rechazado su propuesta y aceptar las consecuencias.

Me mordí el labio. Con un trabajo como el mío, nunca sentí la necesidad de contratar un buen plan de pensiones. Los magos pueden vivir muchos años, muchos, siempre y cuando se pasen el mayor tiempo posible encerrados en casa. Lo que no era normal era andar siempre metido en líos, como hacía yo.

Fui listo en un par de ocasiones, tuve suerte en otras tantas, y hasta el momento había conseguido mantenerme a flote, pero antes o después acabaría perdiendo la partida. Era así de sencillo y lo sabía.

Miedo. Quizá por eso acepté el trato de Mab. La vida de Susan había cambiado drásticamente por mi culpa. Quería ayudarla antes de que todo se fuera al garete.

Sin embargo, una vocecilla en mi cabeza me decía que esa actitud era demasiado noble para alguien que se arrugaba en cuanto le daban un empujoncito. La voz me dijo que dejara de engañarme. Cierta parte de mí, la que suele desconfiar y no creer en casi nada, sugirió que simplemente había tenido miedo de decirle que no a un ser que probablemente me habría hecho desear la muerte si lo contrariaba.

En cualquier caso ya era tarde para hacerse preguntas. Para mal o para bien, había cerrado un trato. Si no quería que aquello acabara en tragedia, más me valía idear la forma de salir airoso, sin involucrarme demasiado en los asuntos de las hadas. Y aceptar el caso de Ronald Reuel no me involucraba necesariamente, de eso estaba seguro. Mab no me lo habría ofrecido si no creyera que con él me enredaba más en su tela de araña. Y puede que estuviera atrapado en un sentido metafísico, pero eso no significaba que tuviera que dar un brinco cada vez que ella dijera «salta». Ya se me ocurriría algo. Además, tenía otros asuntos de los que ocuparme.

No tenía mucho tiempo antes de la reunión del Consejo de aquella tarde, así que recogí mis cosas y me preparé para salir. Me detuve ante la puerta con la molesta

sensación de que se me olvidaba algo. Mis ojos se posaron sobre la pila de facturas sin pagar y entonces lo recordé.

Dinero. Había ido allí para conseguir un caso. Ganar dinero. Pagar las facturas. Estaba de deudas hasta el cuello y no habíamos hablado de dinero, de hecho, no le había sacado ni un centavo.

Me llamé de todo y cerré la puerta tras de mí. Era lógico pensar que, ya que era mi alma lo que estaba en juego, podría haber conseguido al menos cincuenta pavos la hora, gastos aparte.

Salí del edificio dispuesto a entrar en acción. El tráfico en Chicago suele ser tan horrible como en cualquier otra gran ciudad estadounidense, pero aquella tarde estaba todavía peor. Atrapado en el atasco, el Escarabajo se convirtió en un horno, y yo me encontré sudando y deseando ser un mago algo más mediocre para que al menos me sobreviviera el aire acondicionado. Ese es uno de los inconvenientes de la magia. La tecnología no lleva muy bien que haya mucha magia flotando alrededor. Cualquier cosa fabricada más o menos después de la Segunda Guerra Mundial tiene cierta tendencia a estropearse ante la presencia de un mago. Generalmente ocurre con aparatos que tengan microcircuitos, componentes eléctricos y toda esa clase de parafernalia, pero incluso otras máquinas más sencillas, como el aire acondicionado de mi Escarabajo, también acaban sucumbiendo.

Con la hora pegada, llegué a mi apartamento y rebusqué entre aquel desastre lo que debía llevar a la reunión. No lo encontré todo y tampoco tenía tiempo de darme una ducha. La nevera estaba vacía y lo único que había para comer era una barrita de chocolate medio desenvuelta que había empezado a comer y que no había terminado. Me la metí en el bolsillo, y salí de allí para acudir a la reunión del Consejo Blanco de la Brujería.

Donde seguro iba a causar sensación gracias a mi atuendo, higiene y encanto personal.

Entré en el aparcamiento que está frente al McCormick Place Complex, uno de los centros de convenciones más grandes de la ciudad. Para aquella ocasión, el Consejo Blanco había reservado uno de los edificios pequeños. El sol estaba ya bajo, haciéndose cada vez más grande y más rojo a medida que caía hacia el horizonte.

Aparqué el Escarabajo en la última planta, supuestamente la más fresca del garaje, salí del coche y me coloqué delante para abrir el capó. Me estaba cambiando de ropa cuando escuché los chirridos y traqueteos de un motor que se acercaba. Una camioneta *pick-up* Ford del treinta y siete con guardabarros redondeados y listones de madera en la parte de atrás aparcó en el espacio vacío que había a mi lado. Aquella tartana no solo no estaba oxidada, sino que brillaba como si le acabaran de dar cera. Sujeta en un compartimento de la parte posterior, había una vieja escopeta y en el compartimento de abajo, asomaba un bastón de mago bastante desgastado. La

camioneta se detuvo con la pesadez de un dinosaurio, se oyó un crujido y un momento después el motor se apagó.

El conductor, un hombre bajo y robusto, vestido con una camiseta blanca y un mono vaquero, abrió la puerta y saltó del vehículo con la diligencia de un hombre ocupado. Estaba prácticamente calvo salvo por algunos mechones de pelo liso y blanco y una barba cana y tiesa que le cubría la boca y la mandíbula inferior. Cerró la puerta de golpe sin importarle si lo hacía con demasiada fuerza, sonrió y su voz resonó en todo el garaje.

—¡Hoss! Me alegro de verte.

—Ebenezar —contesté en un tono algo más bajo. Respondí a su sonrisa con otra y me acerqué para estrechar la mano que me ofrecía.

La apreté con energía, más que nada en defensa propia. Ebenezar tenía una fuerza capaz de aplastar una lata de espinacas—. Le aconsejo que oculte la escopeta. La policía de Chicago no ve con buenos ojos a la gente que va armada.

Ebenezar resopló y dijo:

—Soy demasiado viejo para preocuparme por esas tonterías.

—¿Qué hace tan lejos de Misuri, señor? Creía que no venía a las reuniones del Consejo.

Dejó escapar una risotada.

—La última vez que falté, me endosaron a un aprendiz adolescente y un tanto inútil. Ahora no me pierdo ninguna, no vaya a ser que me obliguen a vivir de nuevo con él.

Reí.

—Vamos, no fue para tanto, hombre.

Gruñó.

—Me quemaste el granero, Hoss. Y no volví a ver al gato. Se largó y no regresó después de lo que hiciste con la colada.

Sonreí. Por aquel entonces yo era un huérfano de dieciséis años bastante idiota que había matado a su profesor en lo que podríamos considerar un duelo de magia. Tuve suerte porque podría haber sido yo el que muriese carbonizado en lugar del viejo Justin. El Consejo se rige por Las Siete Leyes de la Magia, la primera de las cuales es «no matarás». Cuando alguien la incumple, lo ejecutan, sin más.

Pero algunos magos consideraron que merecía una segunda oportunidad y además existía un precedente en el uso de la magia letal en casos de defensa propia contra las artes oscuras. Así que me dejaron vivir bajo vigilancia y con la terrible condición de que si cometía cualquier otra infracción, me someterían a juicio sumarísimo. Pero como tenía dieciséis años, legalmente era menor, lo que significaba que tenía que ir a un lugar donde el Consejo pudiera controlarme y donde aprendiera a dominar mis poderes.

Hasta donde todos recordaban, Ebenezer McCoy había vivido siempre en Hog Hollow, Misuri, es decir, desde hacía más o menos doscientos años.

Después de mi juicio, el Consejo me envió a su granja y le encargaron que completara mi educación. Para Ebenezer educación significaba trabajar en la granja durante el día, estudiar por la tarde y dormir durante toda la noche.

No aprendí mucha magia, pero me enseñó otras cosas más importantes.

A ser más paciente, a crear algo de la nada, a valorar las cosas que se consiguen trabajando, y a disfrutar de toda la paz que puede tolerar un adolescente.

Aquello me vino bien y Ebenezer me ofreció el respeto y la distancia que necesitaba. Siempre le estaré agradecido.

Ebenezer pasó por delante de mí frunciendo el ceño y observando de reojo el Escarabajo. Seguí su mirada y me di cuenta de que parecía que lo hubieran golpeado con piedras ensangrentadas. La sangre de sapo se había secado y ahora era de color marrón caramelo, salvo en la zona del parabrisas que ya había limpiado. Ebenezer me miró, arqueando las cejas.

—Lluvia de sapos —le expliqué.

—Vaya. —Se acarició la barbilla, me miró de arriba abajo y reparó en el trapo que había enrollado alrededor de la mano herida—. ¿Y eso?

—Un accidente en el despacho. He tenido un mal día.

—Ya. Oye, no tienes muy buen aspecto, Hoss. —Alzó la vista y su expresión parecía tranquila pero preocupada. Evité mirarle a los ojos. Ya nos vimos el alma en una ocasión, hacía años, y tenía miedo de que volviera a suceder. No quería descubrir que le había decepcionado—. Me han dicho que últimamente te has metido en algún que otro lío.

—En alguno, sí —admití.

—¿Estás bien?

—Sobreviviré.

—Ajá. Según parece el Consejo de Veteranos está muy molesto —dijo—.

Quizá tengas problemas, Hoss.

—Ya. Era de esperar.

Suspiró y negó con la cabeza mientras me examinaba atentamente con la nariz arrugada.

—Desde luego no encarnas el ideal del joven mago. Y con eso puesto no vas a causar muy buena impresión.

Lo miré molesto, a la defensiva, y me coloqué la estola de seda azul por encima de la cabeza.

—Eh, se supone que tengo que llevar el uniforme ceremonial. Como todos los demás.

Ebenezer me lanzó una mirada llena de ironía y se acercó” a su camioneta. Cogió

una maleta de la parte de atrás y sacó una lujosa túnica oscura que dobló sobre su brazo.

—Verás, no creo que lo que ellos tienen en mente sea una bata de franela y estampado de cuadros escoceses.

Me até el cinturón de mi vieja bata e intenté que pareciera que la estola formaba parte del conjunto.

—El gato confundió mi túnica con su cajón de arena. Ya le dije que había tenido un mal día, señor.

Refunfuñó y sacó su viejo y retorcido bastón de mago del compartimento de las armas. Después cogió su estola color carmesí y la dejó encima de la túnica.

—Hace demasiado calor para ponerme esto aquí. Ya me vestiré luego. —

Alzó la vista, sus ojos de un azul pálido brillaron al echar un vistazo al aparcamiento.

Incliné la cabeza y con cierta inquietud le dije:

—Vamos con retraso, ¿no deberíamos ir subiendo?

—Enseguida. Hay alguien interesado en hablar antes de que se cierre el círculo.

—Apartó la mirada y me dijo en un susurro—: El Consejo de Veteranos.

Respiré hondo.

—¿Por qué quieren hablar con nosotros?

—Con nosotros no, contigo. Porque yo se lo he pedido, hombre. Todo el mundo está asustado. Si el Consejo de Veteranos decide que la votación sea abierta, puedes tener problemas. Por eso quiero que algunos tengan la oportunidad de conocerte antes de que decidan algo que te pueda perjudicar.

Ebenazar se apoyó contra su camioneta y cruzó los brazos sobre el estómago, bajó la cabeza y entornó los ojos, cerrándolos casi por completo. No dijo nada más. No mostró señal alguna de tensión. Desde su cuello de toro y sus fuertes hombros, a la firmeza de sus manos endurecidas por el trabajo, todo en él parecía reflejar tranquilidad. Sin embargo, la sentí, aquella tensión estaba en él, latente en alguna parte.

—¿Vas a dar la cara por mí, verdad? —le pregunté en voz baja.

Se encogió de hombros.

—Un poco, sí.

Sentí la furia arder en mi estómago y apreté los dientes, pero me esforcé para que no se me crispara la voz. Ebenazar había sido más que mi profesor.

Fue mi mentor cuando no tenía a quién recurrir. Me ayudó cuando muchos otros querían patearme aprovechando mi debilidad, o para ser más preciso, cuando querían decapitarme aprovechando mi debilidad. Le debía la vida en más de un sentido.

No podía perder los nervios, no estaría bien, daba igual lo dolido o cansado que me sintiera. Además, el viejo probablemente me daría una buena tunda. Así que logré

reducir la agresividad de mi pregunta a un comedido:

—¿Qué coño cree que está haciendo, señor? Ya no soy ningún aprendiz.

Puedo cuidar de mí mismo.

Se percató de mi enfado. Está claro que lo mío no es ocultar las emociones. Me miró y me dijo: —Intento ayudarte, chico.

—Ya tengo toda la ayuda que puedo soportar —le contesté—. Hay vampiros respirándome en la nuca, sapos que caen del cielo, me van a desahuciar de todas partes, llego tarde a la reunión del Consejo y no pienso quedarme aquí a lamerle el culo a unos miembros del Consejo de Veteranos para que cambien su voto.

Ebenazar tensó la mandíbula y golpeó su bastón contra el suelo para enfatizar sus palabras.

—Harry, esto no es ningún juego. Los centinelas y el merlín te la tienen jurada. Y van a mover ficha. Sin el apoyo del Consejo de Veteranos estás vendido, Hoss.

Negué con la cabeza y pensé en la mirada glacial de Mab. —No creo que mi situación pueda empeorar mucho más. —Por supuesto que sí. Te pueden convertir en un chivo expiatorio.

—Puede que sí o puede que no. En cualquier caso no voy a empezar a hacerle la pelota ahora al Consejo, ya sea de veteranos o no veteranos.

—Harry, no estoy diciendo que te pongas de rodillas y supliques, pero si al menos...

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Qué les hiciera un par de favores? ¿Quieres que venda mi voto a uno de los dos bloques? Que los jodan, hablando en plata. Ya tengo suficientes problemas sin... —Me detuve en seco, y lo contemplé con desconfianza—. Jamás pensé que llegaría el día en que me aconsejases involucrarme en la política del Consejo. Ebenazar parecía sorprendido. —¿Qué?

—Sí. De hecho, la última vez que te oí hablar del Consejo dijiste que si esa panda de vagos redomados que se revuelcan en la miseria y solo dicen gilipolleces se convirtieran en almejas, tú estarías encantado.

—Yo no dije eso.

—Desde luego que sí.

El rostro de Ebenazar se puso rojo.

—Oye, deberías...

—Ni te molestes —lo interrumpí—. Venga, pégame de una vez o haz lo que tengas que hacer, pero te advierto que las amenazas ya no me afectan como antes.

Ebenazar resopló y volvió a golpear con su bastón el suelo de hormigón antes de dar media vuelta y alejarse unos cuantos pasos. Se quedó inmóvil un minuto, murmurando algo entre dientes, o al menos eso me pareció. Después, solo escuché una risa ahogada.

Lo miré desconcertado.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Y ahora de qué te ríes?

Ebenazar se dio la vuelta, señalando un espacio vacío en mitad de una fila y dijo:

—Ahí lo tienes, ¿satisfecho?

No llegué a sentir ni el más ligero murmullo de energía, ni una brisa de magia. No sé qué velo utilizaron, pero desde luego estaba fuera de mí alcance.

En lo que respecta a la magia, yo no soy ningún genio. Tengo mis momentos de inspiración, pero en general salgo del paso infundiendo una gran energía en mis conjuros, tanta que a veces se desborda. En términos de magia, soy como un matón bastante cachas, pero poco sutil.

El velo era bueno, casi perfecto, totalmente silencioso. Yo no habría hecho nada igual en años. Cuando cayó, me quedé mudo de asombro al ver aparecer ante mí a dos personas cuya presencia no había detectado.

La primera era una mujer que superaba el uno ochenta de estatura.

Llevaba el pelo gris recogido en la nuca con una redecilla. Iba vestida para la ocasión con una túnica de seda negra, del mismo color que su piel, y una estola morada que hacía juego con las piedras que adornaban su cuello. Las cejas eran también oscuras, y mantenía una de ellas arqueada mientras miraba primero a Ebenazar y luego a mí, con expresión sería. Cuando habló, su voz sonó grave y profunda, como de contralto.

—¿«Vagos redomados que se revuelcan en la miseria»?

—Matty... —Comenzó Ebenazar, con la risa aún sazonando sus palabras—. Ya sabes cómo me pongo cuando hablo de los politiqueos del Consejo.

—No me vengas con «Matty...» Ebenazar McCoy —le espetó. Apartó la mirada de mi mentor y se fijó en mí—. Mago Dresden, su falta de respeto hacia el Consejo Blanco no me hace ninguna gracia.

Subí la barbilla y la miré de soslayo sin encontrarme con sus ojos. Es un truco difícil, pero se consigue si se tiene la motivación adecuada.

—Pues qué coincidencia porque a mí tampoco me hace gracia que me espíen.

Un destello iluminó los ojos de la mujer negra, pero Ebenazar nos interrumpió antes de que se caldearan los ánimos.

—Harry Dresden —dijo sin más—, esta es Martha Liberty.

Ella lo miró y luego apostilló crítica:

—Es arrogante, Ebenazar. Peligroso.

La interrumpí.

—Como cualquier mago que se precie.

Martha prosiguió como si no me hubiera oído.

—Es obsesivo, irascible y está amargado.

Ebenazar salió en mi defensa.

—Y creo que razones no le faltan. De eso os habéis encargado tú y el resto del Consejo de Veteranos.

Martha negó con la cabeza.

—Ya sabes lo que estaba destinado a ser. Es demasiado arriesgado.

Chasquéé los dedos dos veces y me apunté al pecho con el pulgar.

—Un momento, señora. Ahí él tiene toda la razón.

Sus ojos se fijaron de nuevo en mí.

—Pero mírale, Ebenezer. Está hecho un desastre. Y no olvides toda la destrucción que provocó.

Ebenezer se acercó a Martha con dos pasos rápidos y enérgicos.

—Porque se enfrentó a la Corte Roja cuando iban a matar a una mujer.

No, Matty. Hoss no es el culpable de lo que está ocurriendo. Los culpables son ellos. He leído su informe. Alguien tenía que pararles los pies y él lo hizo.

Martha cruzó los brazos, fuertes y oscuros sobre el pecho.

—El merlín dice que...

—Ya sé lo que dice —masculló Ebenezer—. No necesito ni oírse lo decir.

Y como de costumbre, una parte es cierta y otra no, pero él es un pusilánime, se mire por donde se mire.

Martha lo contempló con reprobación durante un largo y silencioso momento. Luego se fijó en mí y me preguntó:

—¿Se acuerda usted de mí, señor Dresden?

Negué con la cabeza.

—Estuve encapuchado durante todo el juicio y me perdí la reunión que convocó el centinela Morgan hace un par de años. Me estaban sacando una bala de la cadera.

—Lo sé. Hoy es la primera vez que nos vemos las caras. —Se acercó a mí, moviendo su bastón fino de madera rojiza y oscura con el que golpeaba el suelo a cada paso. Me mantuve en mi sitio, firme, pero no buscó mis ojos. Se limitó a estudiar mis rasgos durante un momento y luego dijo en voz baja:

—Tiene los ojos de su madre.

Un viejo dolor me sacudió las entrañas y lo único que conseguí decir con un hilo de voz fue:

—No llegué a conocerla.

—Sí, lo sé. —Alzó una mano, pesada y ancha, y la pasó por encima de mi cabeza, de un lado a otro, como si quisiera peinarme sin tocarme el pelo.

Después me examinó con atención y sus ojos se detuvieron en mi mano vendada.

—Estás herido. Sufres mucho.

—No es para tanto. En un par de días se me habrá curado.

—No hablo de la mano, niño. —Cerró los ojos e inclinó la cabeza. Sus palabras sonaron pesadas y lentas, como si sus labios se negaran a moverse para dejarlas



escapar—. Muy bien, Ebenezar. Te apoyaré.

Entonces se apartó de mí y volvió junto a la segunda persona con la que había aparecido. Casi me había olvidado de él, y al mirarlo ahora comprendí por qué. Todo en él emanaba calma. La sentía a su alrededor, era algo fácil de detectar aunque difícil de definir. Sus rasgos, su postura, todo su ser se fundía con un trasfondo dominado por aquella serenidad, paciente y silenciosa, como una piedra bajo el sol y la luna.

No era alto, mediría entre uno setenta y cinco y uno ochenta. Llevaba el pelo oscuro recogido en una larga trenza. El tiempo había marcado sus rasgos y su piel morena, cálida y desgastada, parecía cuero curtido bajo un sol escarlata.

Sus ojos, enmarcados en unas cejas plateadas, eran oscuros, inescrutables, intensos. Unas plumas de águila adornaban su trenza, un collar de trozos de hueso rodeaba su garganta y llevaba un brazaletes de cuentas alrededor del antebrazo que sobresalía de su túnica negra. En su mano arrugada sostenía un bastón sencillo y liso.

—Mira —dijo Ebenezar—, te presento a Escucha el Viento. Pero a mí ese nombre siempre me ha parecido demasiado largo, hasta para un verdadero brujo de Illinois. Yo lo llamo Indio Joe.

—Ho...—Juro que mi intención no era hacer el famoso saludo indio de las películas, pero justo cuando iba a decir mi nombre sentí que algo me arañaba un pie y el sobresalto me impidió acabar la frase. Dejé escapar un grito y de un brinco me alejé de la bola de pelo que se movía a mi lado sin pararme a pensar qué podía ser. Como ya he dicho, llevaba un día bastante malo.

Tropecé con mi bastón y me caí. Giré para colocarme bocarriba, puse la cabeza entre las piernas, y saqué un pie para darle una patada a aquella cosa peluda que venía a por mí.

No tenía que haberme molestado. Una zarigüeya, bastante joven según parecía, me chillaba, mientras se sostenía en pie sobre las patas traseras. Su suave pelaje gris estaba de punta y revuelto, como si perteneciera a un animal mayor. La zarigüeya me lanzó una mirada de indignación, o al menos eso me pareció, con unos ojos que brillaban desde la máscara oscura que los rodeaba.

Luego corrió a los pies del Indio Joe y con gran agilidad escaló por su bastón de madera. Siguió subiendo por su brazo hasta instalarse en el hombro, sin dejar de chillar y bufar.

—*Hum* —conseguí decir—, soy Hoss, ¿qué tal?

La zarigüeya lanzó otro grito y el Indio Joe inclinó la cabeza a un lado y luego asintió.

—Bien. Pero *Pequeño Hermano* está enfadado contigo. Considera que alguien con tanta comida debería compartirla.

Fruncí el ceño y entonces recordé la barrita de chocolate medio comida que

llevaba en el bolsillo.

—Oh, vale. —La saqué, la partí en dos y le ofrecí un trozo a la zarigüeya—. ¿Estamos en paz?

*Pequeño Hermano* emitió un gritito de complacencia y bajó como una exhalación por el brazo y el bastón del Indio Joe hasta mi mano. Cogió el dulce y se apartó unos metros para comérselo.

Cuando alcé la vista, el Indio Joe estaba junto a mí con la mano extendida.

— *Pequeño Hermano* te da las gracias. Le has caído bien. ¿Cómo estás, mago Dresden?

Le cogí la mano y me levanté.

—Gracias, Escucha el Viento.

Ebenazar me corrigió:

—Indio Joe.

El Indio Joe me guiñó un ojo con semblante serio.

—Es evidente que este paleta ignorante no lee. Si lo hiciera, sabría que ya no me puede llamar así. Ahora soy el Nativo Americano Joe.

No estaba seguro de que fuera una broma, pero me reí. El Indio Joe asintió, sus ojos oscuros brillaban. Luego murmuró:

—La que conociste como Tera West te manda saludos.

Lo miré perplejo.

El Indio Joe se volvió a Ebenazar y asintió, después caminó lentamente hasta donde estaba Martha.

Ebenazar dejó escapar un gruñido de satisfacción:

—Genial. Bueno, ¿dónde está el ruso? No tenemos todo el día.

La expresión de Martha se hizo distante. El rostro del Indio Joe no cambió, pero volvió los ojos a la mujer que estaba junto a él. Nadie habló, y el silencio se hizo tan denso que resultaba difícil respirar.

El rostro de Ebenazar perdió color y de repente tuvo que apoyarse en su bastón.

—Simon —susurró—. ¡Oh no!

Me acerqué a Ebenazar.

—¿Qué ha pasado?

Martha movió la cabeza.

—Simon Pietrovich. Miembro del Consejo de Veteranos. Nuestro experto en vampiros. Lo mataron hace menos de dos días. Acabaron con todo el complejo de Arcángel. No hubo supervivientes, lo siento Ebenazar.

Ebenazar movió la cabeza lentamente. Su voz sonó bastante más débil de lo habitual.

—Estuve en su torre. Era una fortaleza. ¿Cómo consiguieron matarlo?

—Los centinelas dijeron que no estaban seguros, pero parecía como si alguien

hubiese franqueado la entrada a los asesinos. Aunque ellos también pagaron un alto precio. Descubrieron los restos de al menos media docena de nobles de la Corte Roja. Muchos de ellos eran guerreros. Pero mataron a Simon y a los demás.

—¿Qué los dejaron pasar? —Ebenezar murmuró—. ¿Traición? Pero si eso fuera cierto, tendría que ser alguien que conociese bien la fortificación.

Martha me miró, y luego a Ebenezar. Algo se dijeron con aquella mirada, pero no pude entender qué.

—No —dijo Ebenezar—. Eso es de locos.

—De maestro a aprendiz. Eso es lo que dirán los centinelas.

—Eso es una gilipollez. El Consejo de Veteranos jamás lo aprobaría.

—Eben —dijo Martha dulcemente—. Joseph y yo somos los únicos votos que tienes ahora. Simon ya no está.

Ebenezar sacó un pañuelo del bolsillo de su mono y se lo pasó por la coronilla.

—¡Maldita sea! —murmuró—. Maldita mala suerte.

Miré a Ebenezar y luego a Martha.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué significa eso?

Y Martha me contestó:

—Significa, mago Dresden, que el merlín y los otros miembros del Consejo van a presentar alegaciones contra ti. Te acusarán de provocar la guerra con la Corte Roja y te harán responsable de un considerable número de muertes. Y como Joseph y yo ya no contamos con el apoyo de Simon en el Consejo de Veteranos, no podremos evitar que el merlín celebre una votación abierta.

El Indio Joe asintió, sus dedos descansaban ausentes sobre el lomo de *Pequeño Hermano*.

—En el Consejo son muchos los que tienen miedo, Hoss Dresden. Tus enemigos aprovecharán esta oportunidad para atacarte. El temor hará que voten en tu contra.

Clavé los ojos en Ebenezar. Mi viejo mentor me miró largamente, en sus ojos distinguí un poso de incertidumbre.

—Estupendo —susurré—. Estoy en un buen lío.

Después hubo otro silencio intenso, hasta que Ebenezar dobló los dedos, haciendo crujir los nudillos.

—¿Quién opta al puesto de Simon?

Martha negó con la cabeza.

—Supongo que el merlín propondrá a uno de los alemanes.

Ebenezar gruñó.

—Les saco cincuenta años de experiencia a las madres de todos esos.

—Eso da igual —contestó Martha—. Ya hay demasiados americanos en el Consejo de Ancianos para el gusto del merlín.

El Indio Joe rascó el pecho de *Pequeño Hermano* y añadió:

—Típico. El único americano de verdad en el Consejo de Veteranos soy yo. Vosotros no sois más que unos advenedizos recién llegados.

Ebenezar le dedicó al Indio Joe una sonrisa cansada.

—Al merlín no le gustará nada que presentes tu candidatura ahora — señaló Martha.

Ebenezar resopló.

—Ya, y no sabes cuánto me preocupa eso.

Martha frunció el ceño y apretó los labios.

—Será mejor que vayamos subiendo, Ebenezar. Les diré que te esperen.

—Estupendo —contestó mi antiguo profesor, su tono de voz era cortante—. Adelantaos.

Y sin más que añadir, Martha y el Indio Joe se marcharon acompañados por el susurro de sus túnicas negras. Ebenezar se puso la suya y se colocó la estola carmesí. Luego volvió a coger su bastón y echó a andar con decisión hacia el centro de convenciones. Yo lo seguí en silencio, preocupado.

Me sobresalté cuando escuché de nuevo su voz.

—¿Qué tal llevas el latín, Hoss? ¿Necesitas que te traduzca?

Carraspeé.

—No. Creo que me las arreglaré.

—Muy bien. Una vez dentro, controla tu genio. Te has ganado a pulso la fama de temperamental.

Lo miré contrariado.

—Anda ya.

—Además de testarudo y de estar siempre dispuesto a llevar la contraria.

—Eso es falso.

La vieja sonrisa de Ebenezar reapareció por unos instantes, pero en ese momento llegamos al edificio donde el Consejo se iba a reunir. Me detuve.

Ebenezar hizo lo propio y se dio media vuelta.

—No quiero entrar contigo —dije—. Si esto sale mal, lo mejor para ti es que no nos vean juntos.

Ebenezar me miró extrañado y por un segundo pensé que iba a protestar.

Después movió la cabeza y entró. Le di un par de minutos y entonces subí las escaleras y entré yo también.

El edificio parecía uno de esos teatros antiguos de techos altos y arqueados, suelos de piedra pulida con alfombras rojas y varios juegos de puertas dobles que daban al teatro propiamente dicho. Seguramente el aire acondicionado habría estado funcionando a plena potencia durante todo el día, pero ahora no se oía el sonido de los ventiladores, ni de las rejillas de ventilación, y dentro del edificio hacía más calor de lo que cabría desear. Las luces también estaban apagadas. No se podía esperar que dos sistemas tan básicos y elementales como la luz y el aire acondicionado funcionaran en un edificio lleno de magos.

Todas las puertas que conducían al interior del teatro estaban cerradas salvo una, custodiada por dos hombres vestidos con las túnicas oscuras del Consejo, estolas carmesíes y las capas de color gris de los centinelas.

A uno de ellos no lo conocía, pero al otro sí, se llamaba Morgan. Morgan era tan alto como yo, pero con unos cuarenta y cinco kilos más de denso músculo. Su barba castaña y corta estaba salpicada de canas, y llevaba el pelo recogido en una larga cola de caballo. Su cara seguía igual de afilada y sombría, y su áspera voz hacía juego con su aspecto.

—Por fin —masculló al verme—. Llevo mucho tiempo esperando esto, Dresden. Por fin se va a hacer justicia.

—Y aquí hay alguien a quien se le cortado la leche del café —dije—. Ya sé que te revienta, Morgan, pero salí absuelto de los cargos. De hecho, no lo habría conseguido sin ti.

Su cara de amargado se amargó un poco más.

—Me limité a informar de tus actos al Consejo. Jamás pensé que serían tan...— escupió la palabra como si fuera una maldición— indulgentes.

Me planté delante de los dos centinelas y adelanté mi bastón. El compañero de Morgan alzó un colgante de cristal que llevaba al cuello y lo pasó por mi bastón y sobre mi cabeza, sienes, y por la parte frontal de mi cuerpo. El cristal pulsó con un suave destello al pasar sobre cada uno de mis *chakras*. El segundo centinela le hizo un gesto de aprobación a Morgan y yo me dispuse a atravesar la puerta para entrar en el teatro.

Una mano ancha me detuvo.

—No —dijo—. Aún no. Trae a los perros.

El otro centinela pareció extrañado, pero no dijo nada. Dio media vuelta y se

metió en el teatro. Un momento después surgía de nuevo, acompañado por un par de canes custodios.

Muy a mi pesar, tragué saliva y di medio paso atrás.

—No te pases, Morgan. No estoy hechizado y no llevo ninguna bomba encima. No soy de los que se suicidan.

—Entonces no te importará que lo comprobemos —dijo Morgan. Me sonrió con sorna y dio un paso hacia delante.

Los canes custodios se acercaron con él. No eran perros de verdad. A mí me gustan los perros. Estos eran estatuas hechas de una especie de piedra verde grisácea cuyos hombros me llegaban a la altura de la cintura. Su boca era ancha y sus ojos grandes como las estatuas de perros que hay en los templos chinos, además tenían barbas rizadas y crines. No eran de carne y hueso, y se movían con una agilidad plúmbea, pero rápida. Sus músculos de piedra se contraían bajo la piel, como ocurre con los seres vivos. Morgan les tocó la cabeza y murmuró algo demasiado débilmente para que yo lo descifrara. Al escucharlo, los canes custodios me miraron y comenzaron a moverse en círculos a mi alrededor con la cabeza gacha, mientras el suelo temblaba bajo su peso.

Sabía que estaban hechizados para detectar cualquiera de las numerosas amenazas que se ciernen sobre una reunión del Consejo. Pero no eran seres pensantes, sino meros mecanismos programados con un juego muy simple de respuestas a determinados estímulos. Aunque los canes custodios habían salvado vidas en alguna ocasión, también se habían producido accidentes y no sabía si mi encuentro con Mab podía haber dejado algún rastro que los pusiera en guardia.

Los perros se detuvieron y uno de ellos emitió un gruñido que sonó como cuando una excavadora hace añicos una roca. Me puse tenso y miré al perro que estaba a mi derecha. Arrugó el hocico para mostrar unos colmillos oscuros y brillantes, y sus ojos vacíos estaban fijos en mi mano izquierda, la que Mab había herido a modo de demostración.

Tragué saliva y me quedé inmóvil mientras intentaba pensar en algo inocente.

—Hay algo en ti que no les gusta, Dresden —dijo Morgan. Casi me pareció detectar cierta emoción en sus palabras—. Quizá debería dejarte fuera, por si acaso.

El otro centinela dio un paso al frente con una mano sobre la porra corta y pesada que llevaba en el cinturón.

—Podría ser por la herida —murmuró—. La sangre de los magos es muy potente. A veces les afecta. El perro podría haber reaccionado a la furia o el temor que capta en la sangre.

—Quizá —dijo Morgan impaciente—. O quizá quiera entrar con algo ilegal. Quítate la venda, Dresden.

—No quiero que me vuelva sangrar —dije.

—Genial. Pues te niego la entrada de acuerdo con la norma...

—Joder, Morgan —mascullé. Le arrojé con fuerza mi bastón. Lo cogió y lo sostuvo mientras me arrancaba los vendajes provisionales que me había puesto. El dolor era horrible, pero me lo quité todo y le mostré la herida hinchada y todavía sangrante.

El perro gruñó de nuevo, aunque pareció perder interés. Después volvió sobre sus pasos y se sentó junto a su compañero, que permanecía inanimado.

Alcé la vista y clavé la mirada en Morgan.

—¿Satisfecho? —pregunté.

Por un segundo pensé que me iba a mirar a los ojos, pero entonces me devolvió el bastón y se dio media vuelta.

—Eres patético, Dresden. Mira que pinta. Por tu culpa ha muerto gente buena. Hoy estás aquí para responder por esas muertes.

Me volví a colocar la venda lo mejor que pude y apreté los dientes para no mandar a Morgan a hacer puñetas. Después pasé rozando a los dos centinelas y entré en el teatro.

Morgan observó cómo me alejaba y luego le dijo a su compañero:

—Cierra el círculo. —Me siguió y aunque cerró la puerta tras de sí, pude sentir la repentina y silenciosa tensión de los centinelas completando el círculo alrededor del edificio, con lo que se vetaba el acceso a toda fuerza sobrenatural.

Nunca había visto una reunión del Consejo como aquella. Su mera variedad ya impresionaba, y me quedé mirándolo todo durante unos instantes para asimilarlo.

La sala era un café teatro de tamaño medio, alumbrado solo por unas cuantas velas en cada mesa. El local no se habría llenado en una matiné, pero como lugar de reunión para magos estaba a rebosar. Las mesas de la platea estaban prácticamente llenas con magos vestidos con túnicas negras y estolas azules, doradas y carmesíes. Los aprendices con sus túnicas marrones se habían acomodado en los márgenes de la reunión, de pie junto a las paredes o sentados en cuclillas junto a las sillas de sus mentores.

La variedad humana representada en el teatro era fascinante. Ojos oblicuos de Oriente, pieles oscuras de África, europeos pálidos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, cabelleras largas y cortas, barbas que llegaban hasta la cintura, y barbas ralas que una simple brisa podía alborotar. El teatro bullía con docenas de lenguas distintas de las cuales solo pude identificar una fracción.

Los magos reían y refunfuñaban, sonreían y miraban ensimismados, bebían de termos, latas de refrescos y tazas, o se sentaban con los ojos cerrados, meditando. Los aromas de especias, perfumes y sustancias químicas se mezclaron, dando lugar a algo cambiante que lo impregnaba todo, y las auras de tantos practicantes del Arte parecían haberse contagiado de aquel ambiente de sociabilidad, y se extendían por la

sala para tocar otras auras y resonar al unísono o repelerse en disonancia con sus energías, lo bastante tangibles para sentirlos sin que uno se lo propusiera. Se parecía a caminar entre una multitud de telarañas ondulantes, todas distintas unas de otras, que me rozaban constantemente mejillas y pestañas, y aunque no era peligroso, sí resultaba bastante molesto.

Lo único que todos aquellos magos tenían en común era que ninguno iba tan zarrapastroso como yo.

Al fondo y a la derecha de la sala, había un apartado donde se sentaban los enviados de varias organizaciones aliadas y otras entidades sobrenaturales de los cuales apenas sabía nada. Los centinelas se habían situado en diferentes puntos desde donde observar a toda la multitud, sus capas grises resaltaban entre las túnicas negras, y las marrones menos numerosas. Sin embargo dudaba mucho de que llamaran tanto la atención como mi bata de franela azul y blanca.

Pasé por delante de varios magos, en su mayoría ancianos de barbas blancas.

También advertí como uno o dos aprendices, más o menos de mi edad, se tapaban la boca con la mano para ocultar sus sonrisillas al reparar en mi atuendo. Busqué a mi alrededor un asiento libre, pero no encontré ninguno hasta que vi que Ebenezer me hacía señas desde una mesa en la primera fila del teatro, la más cercana al escenario. Incliné la cabeza señalando el asiento que estaba junto a él. Era el único sitio disponible así que me senté a su lado.

En el escenario del teatro había siete atriles, seis de los cuales estaban ocupados por miembros del Consejo de Veteranos. Iban vestidos con túnicas negras y estolas moradas y entre ellos se encontraban el Indio Joe «Escucha el Viento» y Martha Liberty.

En el atril central estaba el merlín del Consejo Blanco, un hombre alto, de hombros anchos y ojos azules. Llevaba el pelo largo hasta los hombros con rizos brillantes y pálidos, y su barba era ondulante y plateada. El merlín hizo resonar su voz grave de bajo, las frases en latín fluían de sus labios con la misma naturalidad que si fuera un senador romano.

—... *et, quae cum ita sint, censeo iam nos dimittere rees cottidianas et de magna re gravi deliberare, id est illud bellum contra comitatum rubrum.* Y dadas las circunstancias, vamos a prescindir de las formalidades habituales para debatir sobre el tema más grave que tenemos ante nosotros, la guerra con la Corte Roja.

¿*Consensum habemus?* ¿Estamos todos de acuerdo?

Se escuchó un rumor general de asentimiento por parte de los magos reunidos. No sentí la necesidad de unirme a él. Yo intentaba pasar desapercibido en mi asiento junto a Ebenezer, cuando los brillantes ojos azules del merlín cayeron sobre mí adoptando una tonalidad aún más fría.

El merlín retomó la palabra y aunque sabía que hablaba un inglés perfectamente



inteligible, se dirigió a mí en un latín rápido y fluido.

Sin embargo, su perfecto dominio del discurso se volvió en su contra. Se le vio el plumero.

— *Ah, Magas Dresdenus. Prudenter ades nobis dum de bello quod inceperis diceamus. Ex omni parte ratio tua pro hoc comitatu nobis placet.* Ah, mago Dresden.

¡Qué gran detalle que haya venido a debatir sobre la guerra que usted mismo provocó! Es bueno saber que aún respeta a este Consejo.

Pronunció aquellas últimas palabras mirando con desagrado mi vieja bata, mientras conseguía que los que aún no se habían fijado en ella, ahora lo hicieran. Guardó silencio y llegó el momento de mi réplica. Sí, también en latín.

Gordo asqueroso.

Sin embargo, esta era mi primera reunión del Consejo como mago de pleno derecho y él era el merlín. Además iba mal vestido y para rematar Ebenezar me lanzó una mirada con la que me aconsejaba prudencia. De modo que me tragué la réplica corrosiva y opté por la diplomacia.

— *Hum* —dije—, *ego sum miser, Magus Merlinus. Dolor diei longi me tenet.*

*Opus es mihi altera, hum, vestiplicia.* «Lo siento, merlín, he tenido un mal día.

Lamento no vestir el atuendo adecuado.» O al menos eso fue lo que quería decir. Debí fallar en alguna declinación porque cuando terminé, el merlín pestañeó confuso y preguntó con amabilidad:

— *¿Quod est?*

Ebenezar se hundió un poco en su asiento y me susurró:

—Hoss, ¿seguro que no quieres que te traduzca?

Dije que no con la mano.

—Ya me encargo yo.

Fruncí el ceño mientras buscaba las palabras adecuadas y volví a hablar.

—*Excusationem vobis pro vestitu meo atque etiam tarditate facio.* «Por favor, perdonen mi retraso y mi vestimenta.»

El merlín me miró con gesto impasible y distante, obviamente satisfecho ante mi torpeza. Ebenezar se tapó los ojos tras el dorso de la mano.

—¿Qué? —le pregunté en un susurro furioso.

Ebenezar me miró con los ojos entrecerrados.

—Bueno, primero has dicho: «Soy una pobre excusa, merlín, un día largo y triste me ha contenido. Necesito cambiar de lavandera».

Lo miré atónito.

—¿Qué?

—Eso es lo que te ha preguntado el merlín, a lo que tú has respondido:

«Excusas a ti por estar vestido y también andar retrasado».

Sentí que se me subían los colores. La mayoría de los asistentes me miraba como

si fuera una especie de charlatán chiflado, y entonces se me ocurrió que muchos de los magos que había allí probablemente no hablasen inglés. Así que seguramente yo sonaba como uno de ellos.

—¡La mierda del curso por correspondencia! Será mejor que me traduzcas —dije. Los ojos de Ebenezer resplandecieron, pero asintió con expresión grave.

—Encantado.

Ocupé de nuevo mi asiento mientras Ebenezer se ponía de pie y se disculpaba en mi nombre con su latín suave y preciso, y una voz que llegó con facilidad a todos los recovecos de la sala. Vi como los rostros de los magos se iban relajando al escucharlo.

El merlín asintió y siguió con su perfecto latín de manual.

—Gracias, mago McCoy, por tu ayuda. El primer punto del día antes de enfrentarnos a la crisis que nos ocupa es completar el Consejo de Veteranos.

Como muchos ya sabréis, Pietrovich, miembro del Consejo de Veteranos, fue asesinado en un ataque perpetrado por la Corte Roja hace dos días.

Un clamor ahogado y un murmullo recorrieron todo el teatro.

El merlín esperó a que se acallaran las voces.

—En los conflictos pasados la Corte Roja nunca se había mostrado tan audaz y esto indica un cambio de estrategia. Por eso debemos estar preparados para reaccionar con rapidez ante futuros incidentes que requieran del liderazgo que proporciona un Consejo de Veteranos al completo.

El merlín siguió hablando, pero yo me incliné hacia Ebenezer.

—A ver si lo adivino —susurré—. Quiere que se ocupe la vacante en el Consejo de Veteranos para poder controlar la votación.

Ebenezer asintió.

—Así se asegurará tres votos, puede que incluso cuatro.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—Tú no vas a hacer nada. Todavía no. —Me miró muy serio—. Controla ese genio, Hoss. Lo digo en serio. El merlín tiene tres planes para acabar contigo.

Lo miré sorprendido.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Ése suele ser su modo de actuar —murmuró Ebenezer. Vi en sus ojos el destello de algo feo—. Siempre tiene un plan principal, uno secundario y un as en la manga. Yo le arruinaré el primero y te ayudaré con el segundo. Pero del tercero tendrás que ocuparte tú solo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué plan?

—Calla, Hoss. Estoy escuchando.

Un mago medio calvo con gruesas cejas blancas, una poblada barba azul y el cráneo cubierto de tatuajes a juego se inclinó hacia delante desde el extremo más

alejado de la mesa y me miró enfadado.

—¡Chsss!

Ebenazar saludó al hombre con una inclinación de cabeza y ambos nos dimos la vuelta para encarar el escenario.

—Y por esta razón —seguía hablando el merlín—, le pido a Klaus Schneider, como mago experimentado y de reputación intachable, que acepte la responsabilidad de convertirse en miembro del Consejo de Veteranos. ¿Todos a favor?

Martha miró a Ebenazar y murmuró:

—Un momento, honorable merlín. Creo que el protocolo exige que sometamos esta elección a debate.

El merlín suspiró.

—En circunstancias normales, maga Liberty, por supuesto. Pero no podemos entretenernos con las formalidades habituales. No hay tiempo que perder. Bien, ¿todos a...?

El Indio Joe lo interrumpió:

—El mago Schneider es un gran hechicero y tiene fama de hábil y honrado. Pero es demasiado joven para tal responsabilidad. Aquí hay magos que tienen más experiencia que él. Creo que el Consejo debería tomarlos en consideración.

El merlín miró al Indio Joe con el gesto torcido.

—Gracias por darnos tu opinión, mago Escucha el Viento, pero aunque se agradece la puntualización, resulta totalmente innecesaria. En esta reunión no hay nadie más experimentado que el mago Schneider que haya expresado su deseo de formar parte del Consejo de Veteranos, así que en lugar de perdernos en propuestas inútiles y negativas ya anunciadas, yo quería...

Ebenazar tomó la palabra en voz baja, pero perfectamente audible para el merlín. Habló en inglés.

—Querías colarnos a uno de los tuyos aprovechando el desconcierto general.

El merlín se calló al instante, sus ojos se clavaron en Ebenazar con un penetrante y repentino silencio. Habló en voz baja, su inglés tenía un rico acento británico.

—Vuelve a las montañas, Ebenazar. Con tus ovejas. No eres bienvenido aquí, nunca lo has sido.

Ebenazar miró al merlín, en sus labios asomó una sonrisa falsa y cierto deje escocés en sus palabras.

—Sí, Alfred, eso ya lo sé. —Después cambió al latín y alzando la voz dijo:

—Todos los miembros del Consejo tienen derecho a dar su opinión en estos asuntos. Bien sabéis lo importante que es la elección de un miembro del Consejo de Veteranos. ¿Cuántos de vosotros creéis que este tema es trascendental y requiere consenso? Hablad ahora.

El teatro retumbó con un «sí» general, al que yo también me uní.

Ebenezar comprobó la reacción de la sala y luego miró expectante al merlín.

Vi frustración mal disimulada en el rostro del viejo. Casi pude saborear las ganas que tenía de dar un puñetazo sobre su atril, pero se contuvo y asintió.

—Muy bien. Entonces, de acuerdo con el protocolo, ofreceremos la vacante a los magos presentes de más experiencia. —Miró a un lado donde un mago de cara delgada y aire estirado estaba sentado con una pluma, un bote de tinta y páginas y páginas de pergamino—. Mago Peabody, ¿quiere consultar el registro?

Peabody sacó de debajo de la mesa un abultado cartapacio. Murmuró algo entre dientes, se frotó la nariz con un dedo manchado de tinta, y abrió el cartapacio que contenía lo que a simple vista parecía un par de resmas de pergamino. Los ojos se le pusieron vidriosos y comenzó a pasar páginas aparentemente al azar. Se detuvo y sacó una única hoja, la dejó sobre la mesa, asintió satisfecho y luego leyó con voz aflautada:

—Mago Motjoy.

—Está en un viaje de investigación en el Yucatán —dijo Martha Liberty.

Peabody asintió. —Mago Gómez.

—Aún está convaleciente por la poción —informó un centinela de capa gris que se encontraba junto a la pared.

Peabody asintió.

—Mago Luciozzi.

—De año sabático —dijo el mago de la barba azul y los tatuajes que se sentaba detrás de mí. Ebenezar estaba tenso, una de sus mejillas latía con un tic nervioso.

Así estuvimos un cuarto de hora. Algunas de las razones más interesantes que se dieron para justificar otras ausencias fueron: «Se ha casado»,

«Está viviendo bajo el casquete polar», y «Está de sentada en las pirámides» que vete tú a saber lo que quiere decir.

Finalmente Peabody miró de reojo al merlín y dijo:

—Mago McCoy. —Ebenezar gruñó y se puso de pie. Peabody leyó otra media docena de nombres antes de citar al mago Schneider.

Un hombre pequeño, de mofletes redondos, con una tenue mata de pelo blanco que le cubría el cráneo y una barriga protuberante que le tiraba de la túnica se levantó y saludó a Ebenezar con una breve inclinación de cabeza.

Después alzó la vista al merlín y dijo en un latín con marcado acento alemán:

—Aunque me siento muy agradecido por la nominación, honorable merlín, debo declinar su invitación en favor del mago McCoy. Él servirá al Consejo con más destreza que yo.

Parecía que alguien hubiese rallado un limón en las encías del merlín.

—Muy bien —dijo—. ¿Algún otro mago veterano desea presentar su candidatura además del mago McCoy?

Estaba seguro de que nadie más se presentaría a juzgar por la expresión de los magos que tenía a mi alrededor. Ebenezar no apartó los ojos del merlín.

Se mantuvo de pie, con las piernas separadas y firmes y la mirada tranquila y confiada. El silencio se hizo en la sala.

El merlín recorrió el teatro con la vista, apretando los labios con fuerza.

Por fin, sacudió ligeramente la cabeza.

—¿Todos a favor?

La sala retumbó con un segundo y rotundo «sí».

—Muy bien —dijo el merlín, su labio superior contraído en una mueca de desagrado—. Mago McCoy, ocupa tu lugar en el Consejo de Veteranos.

En la sala se escuchó un murmullo de alivio. Ebenezar volvió la vista atrás y me guiñó un ojo.

—Uno resuelto. Quedan dos —susurró—. Estate atento. —Después se remangó un poco la túnica y subió al escenario para ocupar el atril vacío entre Martha Liberty y el Indio Joe—. Dejémonos de cháchara y pongámonos a trabajar —dijo lo bastante alto para que lo escuchara toda la sala—. Estamos en guerra.

—Justo lo que iba a decir —replicó el merlín, haciendo un gesto con la cabeza—. Hablemos de la guerra. Centinela Morgan, ¿podría por favor subir al escenario y exponer ante el Consejo la evaluación táctica que los centinelas han realizado sobre la Corte Roja?

Se hizo un silencio absoluto en todo el teatro solo perturbado por el eco de las botas de Morgan al subir al escenario. El merlín se apartó a un lado y Morgan colocó lo que parecía una piedra o un cristal brillante sobre el atril.

Detrás puso una vela que encendió tras susurrar un encantamiento. Después rodeó la llama con las manos y volvió a musitar algo.

El cristal atrajo hacia sí la luz de la vela y después la expulsó en forma de enorme cono que se extendía sobre el escenario y que en su parte superior medía varios metros de lado a lado. Dentro del cono luminoso apareció la imagen del planeta Tierra girando sobre sí mismo, con sus continentes no muy bien dibujados, como si fuera un mapa de unos doscientos años de antigüedad.

Un murmullo recorrió la sala y Barbazul, el de mi mesa, susurró en latín:

—Impresionante.

—Bah —contesté yo en inglés—. Eso lo ha copiado de *El retorno del fedi*.

Barbazul me miró sin entender nada. Durante unos segundos pensé en traducir *Guerra de las galaxias* al latín, pero lo descarté. ¿Lo veis? A veces yo también tengo sentido común.

La profunda voz de Morgan retumbó en la sala mientras seguía pronunciando frases en latín, no sin cierta dificultad, aunque perfectamente comprensibles. O sea, que hablaba latín mejor que yo. El muy gilipollas.

—Los puntos rojos señalados en el mapa son los lugares donde se han producido ataques de la Corte Roja y sus aliados. En la mayoría hubo muertes.

—Mientras hablaba, los puntos rojos repartidos por toda la esfera me recordaban cada vez más a la decoración de un árbol de navidad—. Como pueden ver, la mayoría de los ataques tuvieron lugar en Europa del Este.

Otro murmullo recorrió la sala. El Viejo Mundo era el dominio de la vieja escuela de brujería, partidaria del secretismo y la discreción. Supongo que es bastante lógico, sobre todo si tenemos en cuenta sus problemas con la Inquisición y todo eso. Yo no pertenezco a la vieja escuela. Tengo un anuncio en las páginas amarillas, en la sección de magos. Sección que solo ocupó yo, claro, pero hay que pagar las facturas, ¿no?

Morgan continuó con tono inexpresivo.

—Sabemos desde hace mucho tiempo que el principal centro de poder de la Corte Roja se encuentra en algún lugar de Sudamérica. Nuestros agentes en la zona trabajan bajo mucha presión y es muy difícil conseguir información acerca de lo que ocurre allí. Recibimos aviso de que se producirían varios ataques y los centinelas consiguieron atajarlos con un mínimo número de bajas, con la excepción del asalto a Arcángel. —La esfera dejó de girar y mis ojos se centraron en un punto de luz situado en la costa noroccidental de Rusia—. Aunque creemos que el asesinato del mago Petrovich tuvo un alto precio para los atacantes, nadie de su casa sobrevivió al asalto. Así que no sabemos cómo consiguieron superar sus defensas. Puede que la Corte Roja tuviera acceso a información o a aspectos del Arte que antes desconocían.

El merlín volvió a su atril y Morgan recogió su cristal. La esfera desapareció.

—Gracias, centinela —dijo el merlín—. Como ya suponíamos por los archivos del Consejo, nuestros refugios y caminos del Más Allá están amenazados. Hablando claro, señoras y señores, en lo que respecta a la Corte Roja, nos encontramos en desventaja en el mundo mortal. La tecnología moderna nos es tan adversa que viajar resulta, en el mejor de los casos, complicado además de peligroso en estos tiempos de conflicto. Necesitamos conservar nuestros caminos del Más Allá o nos arriesgamos a caer en las garras de un contrincante que se mueve mucho más rápido que nosotros. Con esa intención, hemos enviado misivas a las dos reinas hadas. Antigua Mai.

Entonces me fijé en la figura que estaba a la izquierda del merlín. Era otro miembro del Consejo de Veteranos, supongo que Antigua Mai. Era una mujer pequeña de rasgos orientales, y piel fina y pálida. El pelo, del color del granito, lo llevaba recogido en una larga trenza enrollada en la nuca y sujeta por dos peines de jade. Aunque sus delicados rasgos no parecían haber sufrido el paso del tiempo, sus ojos oscuros eran acuosos y turbios. Abrió una carta escrita en pergamino y la leyó al Consejo con voz quebradiza, pero potente.

—Verano nos envió esta respuesta: «La reina Titania no toma ni tomará jamás

partido en las disputas entre mortales y antropófagos. Conmina tanto al Consejo como a la Corte a que diriman sus diferencias lejos del reino del Verano. La reina permanecerá neutral».

Ebenazar frunció el ceño y se inclinó hacia delante para preguntar:

—¿E Invierno?

Di un respingo.

Antigua ladeó la cabeza y miró a Ebenazar en silencio durante un momento, dando así a entender que no le había gustado que la interrumpieran.

—Nuestro correo no ha regresado. Tras consultar los archivos sobre conflictos anteriores, podemos suponer casi con toda seguridad, que la reina Mab se involucrará, cuándo y cómo lo considere necesario.

Volví a estremecerme. Sobre la mesa había una jarra con agua y algunos vasos. Me serví. La jarra golpeó ligeramente el vaso. Volví la vista hacia Barbazul y vi como me observaba con curiosidad.

Ebenazar parecía molesto.

—¿Y eso qué quiere decir?

El merlín intervino, conciliador.

—Significa que debemos mantener nuestros contactos diplomáticos con Invierno. Tenemos que conseguir a toda costa el apoyo de una de las reinas sidhe, o evitar que la Corte Roja firme una alianza por su parte, al menos hasta que hayamos resuelto este conflicto.

Martha Liberty arqueó las cejas.

—¿Hasta que lo hayamos resuelto? —preguntó con ironía—. Creo que la expresión más adecuada es «hasta que hayamos puesto fin al conflicto».

El merlín negó con la cabeza.

—Maga Liberty, esta disputa no tiene por qué desembocar en un enfrentamiento todavía más destructivo. Si existe alguna pequeña posibilidad de firmar un armisticio...

La voz de la mujer negra interrumpió al merlín, dura y fría.

—Pregunta a Simon lo interesados que están los vampiros en llegar a un acuerdo pacífico.

—Controla tus emociones, maga Liberty —la reprendió el merlín con voz serena—. La pérdida de Petrovich nos ha conmocionado a todos, pero no podemos permitir que su muerte nos impida sopesar otras posibles soluciones.

—Simon los conocía, merlín —dijo Martha, esta vez en tono más neutro—. Los conocía mejor que ninguno de nosotros, y lo han matado. ¿De verdad crees que quieren pactar con nosotros cuando ya han acabado con el mago que mejor se podía proteger contra ellos? ¿Por qué iban a querer la paz, merlín? Están ganando.

El merlín agitó la mano.

—La ira nubla tu juicio. Buscarán la paz porque la victoria les costaría muy cara.

—No seas necio —dijo Martha—. Jamás aceptarán un acuerdo.

—Y sin embargo —apuntilló el merlín—, ya lo han hecho. —Con un gesto señaló el segundo atril a su izquierda—. Mago La Fortier.

La Fortier era un hombre huesudo, de estatura y complejión media.

Tenía unos pómulos marcados que sobresalían de forma grotesca de su cara chupada, y unos ojos saltones que parecían demasiado grandes para él. Estaba completamente calvo, no tenía ni cejas, lo que le daba un aspecto aún más cadavérico. Sin embargo cuando habló, su voz de bajo resonó profunda, cálida y suave.

—Gracias, merlín. —Sostenía un sobre en una de sus huesudas manos—.

Tengo aquí una carta que hemos recibido esta mañana. Está firmada por el duque Ortega, líder guerrero de la Corte Roja. En ella detalla los motivos que han llevado a la Corte Roja a esta situación y sus condiciones para firmar la paz.

También ofrece, como señal de buena voluntad, un cese temporal de las hostilidades, efectivo desde esta misma mañana, para que el Consejo tenga tiempo de adoptar una postura.

—¡Gilipollecés! —La palabra salió de mi boca antes de que mi cerebro se diera cuenta de que la había pronunciado. Una oleada de risas, sobre todo por parte de los aprendices con túnicas marrones, retumbó por todo el auditorio y el murmullo de la sala se extendió a mi alrededor, cuando todos los magos del teatro se giraron hacia mí. Volví a sentir que me ponía rojo y me aclaré la garganta.

—Es que lo son —dije a la sala.

Ebenazar tradujo mis palabras.

—Hace solo unas horas una cuadrilla de la Corte Roja intentó matarlo.

La Fortier me sonrió. Al estirar los labios y dejar entrever los dientes, me recordó al rostro seco de una de esas momias de hace mil años.

—Si eso es cierto, mago Dresden, no me extraña que la Corte Roja tenga problemas para controlar a todas sus fuerzas, sobre todo si consideramos su responsabilidad en el inicio de las hostilidades.

—¿El inicio de qué? —exclamé—. ¿Tiene idea de lo que hicieron?

La Fortier se encogió de hombros.

—Se defendieron ante un ataque a su soberanía, mago. Usted, que estaba allí como representante de este Consejo, agredió a un noble de su corte, causó daños en la propiedad, y mató a varios notables de la casa, incluyendo a la anfitriona. Además, según los informes de los periódicos locales, las autoridades descubrieron que durante los altercados también murieron varios hombres y mujeres jóvenes. ¿Todo esto le suena de algo, mago Dresden?

Apreté la mandíbula, una repentina ola de rabia se estaba extendiendo por todo mi



cuerpo con tanta fuerza que casi no podía ver y mucho menos articular palabra. La primera vez que comparecí ante el Consejo fue cuando me juzgaron por contravenir la primera ley de la magia: no matarás. Prendí fuego a mi antiguo mentor, Justin. Cuando el año pasado me enfrenté a Bianca, miembro de la Corte Roja, convoqué una tormenta de fuego al descubrir que mis compañeros y yo estábamos perdidos. Muchos vampiros murieron abrasados. Más tarde también se descubrieron los cuerpos de algunas personas.

Era imposible saber cuántas de ellas habían muerto víctimas de los vampiros antes de que se iniciara el fuego, y cuántas, de haber alguna, perecieron por mi culpa. Aún tengo pesadillas con aquello. Quizá sea muchas cosas, pero desde luego no un asesino.

Para mi asombro, me sorprendí a mi mismo reuniendo energía y preparándome para lanzarla contra La Fortier, con la idea de borrarle aquella sonrisilla raquílica de la cara. Ebenezer me llamó la atención abriendo mucho los ojos y sacudiendo la cabeza con rapidez. Así que al final, en lugar de hacer saltar a nadie por los aires con mi magia, apreté fuerte los puños y me obligué a sentarme antes de volver a hablar. Esto es autocontrol y lo demás tonterías.

—Ya describí lo sucedido en el informe que presenté al Consejo, y me reafirmo en sus conclusiones. El que diga algo diferente a lo que está escrito, miente.

La Fortier puso los ojos en blanco.

—¡Qué cómodo debe de ser vivir en un mundo tan simple, mago Dresden! Sin embargo, el precio de sus acciones no se cuentan en monedas o en tiempo perdido, sino en sangre derramada. Hay magos muriendo por culpa de lo que hizo como representante de este Consejo. —La Fortier recorrió con la mirada todo el auditorio con expresión decidida y serena—. Sinceramente, creo que lo más conveniente para el Consejo es considerar que quizá nosotros somos los equivocados y meditar detenidamente sobre las condiciones que la Corte Roja pone a la paz.

—¿Qué quieren? —le pregunté. Ebenezer tradujo al latín para que todo el Consejo me entendiera—. ¿Medio litro de sangre al mes de cada uno de nosotros? ¿Derecho a cazar libremente donde ellos quieran? ¿Amuletos para protegerse de los rayos del sol?

La Fortier me sonrió y apoyó ambas manos sobre el atril.

—No es nada tan drástico, Dresden. Simplemente quieren lo que cualquiera de nosotros en su misma situación. Justicia. —Se inclinó hacia mí, sus ojos saltones brillaban—. Lo quieren a usted.

*Hostia.*

—¿A mí? —dije. *Et la*, La Fortier. A ver qué dices ante una réplica tan ingeniosa.

—Sí. El duque Ortega dice en su carta que la Corte Roja lo considera a usted, mago Dresden, un asesino. Para poner fin a este conflicto quieren que lo extraditemos a un lugar designado por ellos para ser juzgado. Puede que esta solución nos parezca desagradable, pero quizá sea la más justa.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando varias docenas de magos del auditorio se pusieron en pie y comenzaron a gritar indignados. Otros abandonaron sus sillas para gritarles a ellos. La sala se vio sumergida en una mezcla de gritos, amenazas e insultos (maldiciones no, porque entre magos eso es algo bastante serio) en una docena de idiomas distintos.

El merlín dejó que los asistentes se desahogaran durante un minuto antes de exclamar con voz potente:

—¡Orden! —Nadie le hizo el menor caso. Lo intentó una vez más, después, alzó su bastón y lo golpeó con fuerza contra la tarima del escenario.

Se produjo un fogonazo de luz, un sonido atronador, y del golpe, el agua rebosó de mi vaso y se derramó sobre mi bata de franela. Incluso un par de magos bajitos cayeron al suelo, pero finalmente, el barullo cesó.

—¡Orden! —gritó de nuevo el merlín en el mismo tono—. Soy consciente de las implicaciones de esta medida. Pero hay vidas en juego. Las vuestras y la mía. Debemos sopesar nuestras opciones con mucho cuidado.

—¿Qué opciones?—preguntó Ebenezar—. Somos magos, no un rebaño de ovejas asustadas. ¿Vamos a entregar a uno de los nuestros a los vampiros y fingir luego que no ha pasado nada?

La Fortier saltó como un resorte.

—Ya leíste el informe de Dresden. Él mismo admite que las acusaciones de la Corte Roja tienen fundamento. Su reclamación es justa.

—Todo aquello fue una manipulación evidente, un plan para obligar a Dresden a actuar como lo hizo y tener así un pretexto para matarlo.

—Pues debería haber sido más listo —apostilló La Fortier con tono inexpresivo—. La política no es un juego de niños. Dresden jugó y perdió. Es hora de que pague su error para que los demás podamos vivir en paz.

El Indio Joe puso una mano sobre el brazo de Ebenezar y habló con más sosiego.

—La paz no se puede comprar, Aleron —dijo en voz baja a La Fortier—.

Eso nos enseña la historia. Yo lo sé. Tú también deberías saberlo.

La Fortier sonrió con desprecio al Indio Joe.

—No sé a qué te refieres, pero...

Puse los ojos en blanco y me levanté de nuevo.

—Se refiere a cómo las tribus americanas perdieron sus tierras en favor de los colonos, espabilado. —Supuse que Ebenezarno traduciría el insulto al latín, pero escuché bastantes risas ahogadas procedentes de las túnicas marrones—. Y a los intentos de los países europeos por apaciguar a Hitler antes de la Segunda Guerra Mundial. En ambos casos, se trató de llegar a la paz haciendo concesiones, y en ambos casos el fracaso fue sonado.

El merlín me lanzó una mirada furiosa.

—No recuerdo haberle dado la palabra, mago Dresden. Hasta que así sea, se abstendrá de intervenir o tendré que echarlo de la sala.

Apreté los dientes y me senté.

—Perdón. Es que creía que teníamos la responsabilidad de proteger a los seres humanos. Qué tontería, ¿no?

—No protegeremos a nadie, mago Dresden, si acabamos muertos —contestó el merlín—. Guarde silencio o haré que lo echen.

Martha Liberty movió la cabeza.

Merlín, parece evidente que no podemos entregar a uno de los nuestros a la Corte Roja solo porque así lo pidan. A pesar de las pasadas discrepancias con el Consejo, Dresden es un mago de pleno derecho, y dado su comportamiento de los últimos años, creo que es bien merecedor de ese título.

—No pongo en duda su conocimiento del Arte —repuso La Fortier—. Pero sí su claridad de juicio, sus decisiones. Como mago, ha actuado de forma temeraria e irreflexiva desde la muerte de Justin. —Dirigió sus ojos saltones a los presentes en la sala—. Mago Harry Dresden. Aprendiz del mago Justin DuMorne. Aprendiz del mago Simon Pietrovich. Me pregunto de dónde sacaría la información necesaria la Corte Roja para superar tan fácilmente las defensas de Pietrovich.

Durante unos segundos me quedé mirando atónito a La Fortier. ¿De verdad creía que Justin me había hablado del sistema defensivo de Pietrovich?

¿Y que luego había vendido a un miembro del Consejo de Veteranos y del Consejo Blanco a los vampiros? Justin no me había enseñado mucho. De hecho, hasta que no me sometieron a juicio, ni siquiera sabía que existía el Consejo Blanco, o que hubiera otros magos además de nosotros. Así que respondí a La Fortier de la única manera posible. Me reí de él con una carcajada sibilante y tranquila mientras negaba con la cabeza.

La Fortier parecía indignado.

—¿Lo veis? —preguntó a la sala—. ¿Veis el desprecio que siente por este Consejo? ¿Por su estatus de mago? Dresden nos pone en peligro a todos de forma constante con su testaruda indiscreción y su desdén por la seguridad y la confidencialidad. Y aunque fuera otro el que traicionó a Pietrovich y sus estudiantes,

Dresden es tan culpable de sus muertes como el que los degolló.

Que las consecuencias de sus actos recaigan sobre él.

Me levanté y me encaré a La Fortier, pero miré al merlín para que me diera permiso para intervenir. Me dio la palabra con una inclinación de cabeza poco entusiasta.

—Imposible —dije—. Al menos desde el punto de vista legal. No he violado ninguna de las leyes de la magia, con lo que un juicio sumarísimo queda descartado. Soy mago. Según las normas del Consejo tengo derecho a que se realice una investigación a fondo y a ser sometido a juicio. En cualquier caso, ninguna de las dos medidas proporcionará una solución definitiva a corto plazo.

La sala retumbó con exclamaciones de apoyo cuando Ebenezer terminó de traducir lo que había dicho. Y no era de extrañar. Si el Consejo me llevaba a juicio y luego me echaba a los lobos, sentaría un precedente terrible que condicionaría a todos los magos allí presentes, y lo sabían.

La Fortier me señaló con el dedo y dijo:

—Muy cierto. Siempre y cuando se demuestre que eres un mago de pleno derecho. Propongo una votación inmediata para decidir si el estatus de Dresden como mago es válido. Recuerdo a este Consejo que la concesión de su estola fue una decisión tomada *de facto* debido a pruebas circunstanciales.

Nunca se sometió al Examen y sus iguales jamás han evaluado su capacidad.

—¡Claro que sí! —le respondí—. Derroté a Justin DuMorne en un duelo a muerte. ¿No demuestra eso mi valía?

—El mago DuMorne murió, sí —replicó La Fortier—. Que fuera en un duelo a muerte o mientras dormía, eso está por ver. Merlín, has oído mi moción. Que el Consejo vote acerca del estatus de este perturbado. Pongamos fin a sus locuras y recuperemos nuestras vidas.

Caray. Con eso no había contado. Que te despojen de la estola es como si a un caballero medieval le arrebataran su título. Ya no sería un mago, a efectos políticos, y según la ley del Consejo y los acuerdos firmados con varias facciones sobrenaturales, el Consejo estaría obligado a entregar a un criminal fugitivo a la Corte Roja. Eso significaba que con suerte, tendría una muerte horrible, y si no, algo bastante peor.

Dado el día tan malo que había tenido hasta entonces; mi corazón comenzó a latir como si se me fuera a salir del pecho.

El merlín arrugó el ceño y luego asintió:

—Muy bien. Vamos a votar sobre el estatus de Harry Dresden. Aquellos partidarios de que conserve su estola votarán a favor, y los que consideren que se le debe degradar a aprendiz votarán en contra. Todos aquellos a favor...

—¡Alto! —interrumpió Ebenezer—. Invoco mi derecho como miembro del Consejo de Veteranos a restringir la votación solo al Consejo de Veteranos.

El merlín lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué motivo?

—Porque existe mucha información en relación a este asunto que el Consejo en su conjunto desconoce. Y sería poco práctico intentar explicarlo todo ahora.

—Secundo la moción —murmuró el Indio Joe.

—Y yo —añadió Martha—. Tres votos a favor, honorable merlín. Deja que el Consejo de Veteranos decida.

Mi corazón comenzó a acelerarse de nuevo. Ebenezar había intervenido justo a tiempo. En una sala llena de magos asustados no habría tenido muchas posibilidades de conservar mi estola. En cambio si la votación se reducía al Consejo de Veteranos, quizá tuviera una oportunidad.

Casi podía escuchar al merlín pensando cómo escabullirse de aquella situación, pero la ley del Consejo es muy clara en este punto. El apoyo de tres miembros del Consejo de Veteranos basta para que se excluya de la votación al resto del Consejo.

—Muy bien —dijo el merlín finalmente. La sala se llenó de murmullos—. Mi preocupación es velar por la salud y seguridad de los miembros de este Consejo y de la humanidad en general. Yo voto contra la continuidad de Dresden como mago iniciado de este Consejo.

La Fortier se apuntó a la propuesta con sus ojos saltones medio cerrados.

—Y yo, por las mismas razones.

Llegó el turno de Ebenezar.

—Yo he vivido con este hombre. Lo conozco. Es un mago. Voto a favor de que conserve su estatus.

*Pequeño Hermano* dio un chillido desde su acomodo en el hombro del Indio Joe y el viejo mago le acarició la cola.

—Mi intuición me dice que se comporta como un mago. —Miró con tranquilidad a La Fortier y añadió—: Voto a favor de que conserve su estatus.

—Y yo —dijo Martha Liberty—. Esta no es la solución. Y no adelantaremos nada con ello.

Harry tres, malos dos. Clavé los ojos en Antigua Mai.

La diminuta mujer mantuvo los ojos cerrados por un momento y la cabeza inclinada. Después murmuró:

—Ningún mago debería abusar de forma tan flagrante de su condición de miembro de este Consejo. Ni debería ser tan irresponsable como lo ha sido Harry Dresden en el uso del Arte. Voto para que se le despoje de su estola.

Empate a tres. Me humedecí los labios y me di cuenta de que hasta ese momento había estado demasiado nervioso e inmerso en lo que sucedía para fijarme en el séptimo miembro del Consejo de Veteranos. Estaba en el extremo izquierdo del escenario. Al igual que los otros magos vestía una túnica negra, pero su estola de

color morado oscuro, casi negra, tenía también una capucha que le cubría la cara por completo. La luz tenue de las velas ocultaba en las sombras lo que la capucha no tapaba. Era alto. Más alto que yo. Mediría unos dos metros y era delgado. Tenía los brazos cruzados y sus manos estaban ocultas dentro de las voluminosas mangas de la túnica. Los ojos de todos los presentes se fijaron en el séptimo miembro del Consejo y un silencio más profundo que el del cercano lago Michigan envolvió el teatro.

Duró unos momentos, después el merlín intervino sin alzar mucho la voz.

—Guardián de la puerta. ¿Cuál es tu voto?

Me incliné hacia delante en mi silla con la boca seca. Si votaba en contra, estaba seguro de que algún centinela me dejaría seco de un golpe antes de que terminara de pronunciar la frase.

Mientras el corazón me latía frenéticamente, el guardián de la puerta habló con voz potente y suave.

—Esta mañana han llovido sapos.

A sus palabras le siguió un silencio expectante que después de unos instantes se convirtió en un murmullo ahogado.

—Guardián de la puerta —dijo el merlín con apremio en la voz—.

¿Cómo votas?

—Con sentido común —respondió el guardián de la puerta—. Esta mañana han llovido sapos. Eso merece nuestra atención. Y por eso, debo conocer la respuesta que traiga el mensajero.

La Fortier miró al guardián de la puerta y preguntó impaciente:

—¿Qué mensajero? ¿De qué estás hablando?

Las puertas traseras del teatro se abrieron de golpe y un par de centinelas con capas grises entraron en la sala. Entre los dos llevaban sobre sus hombros a un joven vestido con una túnica marrón. Tenía la cara hinchada y deformada, y sus dedos parecían salchichas podridas a punto de estallar. Llevaba el pelo cubierto de una gruesa capa de escarcha y su túnica parecía como si la hubieran sumergido en agua y después la hubieran arrastrado en un trineo de perros desde Anchorage a Nome. Tenía los labios azules, y pestañeaba y movía los ojos de forma convulsa. Los centinelas lo arrastraron hasta los pies del escenario, mientras el Consejo de Veteranos se acercaba al borde para verlo.

—Éste es el correo que envié a la reina del Invierno —explicó Antigua Mai.

—Insistió mucho —se excusó uno de los centinelas—. Intentamos llevarle a que lo curaran, pero se puso tan nervioso que temimos que se hiciera daño, así que aquí lo traemos, Antigua.

—¿Dónde lo encontrasteis? —preguntó el merlín.

—Fuera. Alguien lo arrojó desde un coche en marcha. No vimos quién fue.

—¿Os habéis quedado con la matrícula? —pregunté. Los centinelas se volvieron

hacia mí. Después, miraron al merlín. Ninguno de los dos se había fijado. Puede que el concepto de matrícula fuera demasiado moderno para ellos. Después de todo, apenas tenía un siglo de vida—. Increíble —mascullé—.

Yo la habría apuntado.

Antigua Mai bajó con cuidado del escenario y se acercó al joven. Le tocó la frente y le habló con dulzura en lo que supuse era chino. El chico abrió los ojos y farfulló algo con la respiración entrecortada.

Antigua Mai pareció sorprendida. Le hizo otra pregunta que el chaval se esforzó por contestar, pero según parece aquello fue demasiado para él. Su cuerpo se relajó, puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento.

Antigua le acarició el pelo y dijo en latín:

—Lleváoslo. Cuidadle.

Los centinelas lo tumbaron sobre una capa y entre cuatro lo sacaron de allí a toda prisa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ebenezer, quitándome las palabras de la boca.

—Ha dicho que la reina Mab le ordenó que informara al Consejo que permitirá el paso por su reino siempre que se satisfaga una petición.

El merlín alzó una ceja mientras se acariciaba el mentón pensativo.

—¿Qué es lo que pide?

Antigua Mai murmuró:

—No se lo dijo. Solo le indicó que ya había expresado sus deseos a un miembro del Consejo. —El Consejo de Veteranos se retiró a un lado para hablar en voz baja.

Yo ya no les prestaba ninguna atención. La traducción de Antigua de las palabras del mensajero me había sorprendido tanto que me quedé sin respiración, y por supuesto sin palabras. Cuando conseguí moverme, volví a mi mesa, me incliné hacia delante y golpeé con suavidad la cabeza contra la superficie de madera. Varias veces.

—¡Joder! —murmuré, acompañando cada golpe—. ¡Joder, joder, joder!

Sentí que alguien me tocaba el hombro, alcé la vista y vi la capucha oscura del guardián de la puerta que se había apartado del resto del Consejo de Veteranos. Su mano estaba cubierta por un guante de cuero negro. No pude vislumbrar ni un pedazo de su piel por ninguna parte.

—Tú sabes lo que significa que lluevan sapos —dijo en voz baja. Su inglés tenía un suave acento, en parte británico y en parte algo más. ¿Indio quizá? ¿De Oriente Medio?

Asentí.

—Que habrá problemas.

—Habrá problemas. —Aunque no pude verle la cara, intuí que una suave sonrisa había acompañado a aquella frase. La capucha se giró hacia los miembros del Consejo de Veteranos y susurró—: No tenemos mucho tiempo.

¿Me responderás con sinceridad a una pregunta, mago Dresden?

Miré a Barbazul para comprobar si estaba escuchando, pero parecía inmerso en una conversación con una maga con pinta de abuela que se sentaba en otra mesa y a la que escuchaba con gran interés. Asentí con la cabeza.

Agitó una mano. Sin una palabra, sin un momento de preparación, nada.

Agitó una mano y los sonidos de la sala de repente se mezclaron, perdiendo toda coherencia.

—Supongo que también sabrás Escuchar. Prefiero que los demás no nos oigan. — El sonido de su voz me llegó deformado, con algunos picos demasiado agudos, otros demasiado graves y una reverberación extraña.

Asentí cansado.

—¿Qué quieres saber?

Alzó la mano hacia la capucha, el cuero negro contra el morado oscuro de su estola, y la bajó un poco, lo suficiente para vislumbrar el brillo de un ojo oscuro y una incipiente barba gris que contrastaba con el color bronce de su piel. No pude ver el otro ojo. La carne de su rostro parecía girar y retorcerse en la penumbra, y entonces supuse que estaba desfigurado, quizá quemado. En la cuenca vacía vi brillar algo plateado.

Se agachó más y me susurró al oído:

—¿Ha elegido ya Mab un emisario?

Intenté que no se me notara la sorpresa que sentí, pero supongo que no siempre consigo ocultar mis emociones. Vi un destello de comprensión en el ojo en sombras del guardián de la puerta.

Mierda. Ahora entiendo por qué Mab estaba tan segura. Sabía desde el principio que no rechazaría su oferta. Y no había necesitado romper nuestro acuerdo. Mab quería que aceptara el caso y no le importaba lo más mínimo interferir en una guerra sobrenatural con tal de salirse con la suya.

Lo de mi despacho no fue más que una gran puesta en escena, que por supuesto me tragué. Me hubiera dado de bofetadas. Si viviera en un pueblo, yo sería su tonto oficial.

En cualquier caso, no tenía sentido mentir al tío que tenía mi destino en sus manos, así que dije la verdad.

—Sí.

Negó con la cabeza.

—Es un equilibrio muy precario. El Consejo no puede mantenerte ni echarte.

—No lo entiendo.

—Ya lo harás. —Se volvió a subir la capucha y murmuró—: No puedo liberarte de tu destino, mago. Solo puedo darte la oportunidad de que te salves tú mismo.

—¿Qué quiere decir?



—¿No ves lo que está pasando?

Fruncí el ceño.

—Hay inestabilidad en las fuerzas. El Consejo Blanco está en la ciudad.

Mab se mete en nuestros asuntos.

—O puede que nosotros nos estemos metiendo en los suyos. ¿Por qué ha elegido a un mortal como su emisario, joven?

—¿Por qué alguien ahí arriba se lo pasa en grande viéndome sufrir?

—El equilibrio —me corrigió el guardián de la puerta—. Todo tiene que ver con el equilibrio. Restaura el equilibrio. Resuelve el problema. Demuestra tu valía más allá de toda duda.

—¿Me está diciendo que debería trabajar para Mab? —Mi voz sonó hueca, débil como si estuviera atrapado en una lata de conservas.

—¿Qué día es hoy? —preguntó el guardián de la puerta.

—Dieciocho de junio —le respondí.

—Ah, por supuesto. —El guardián de la puerta dio media vuelta y los sonidos volvieron a la normalidad. Se reunió con el resto del Consejo de Veteranos, y todos se colocaron en sus atriles, o como se dice en latín, *podiums*.

*Podii. Podia.* Yo qué sé. Mierda de curso por correspondencia.

—Orden —dijo el merlín de nuevo, y la sala se acalló de mala gana.

—Guardián de la puerta —dijo el merlín—, ¿qué has decidido?

La misteriosa figura del guardián de la puerta alzó una mano en silencio.

—Hemos tomado un camino inquietante —murmuró—. Un camino que se hará cada vez más peligroso. Nuestros primeros pasos son cruciales.

Debemos darlos con gran precaución.

La capucha se volvió hacia Ebenezar, y el guardián de la puerta dijo:

—Tú quieres al chico, mago McCoy. Lucharías por defenderlo. Tu dedicación a la causa también es considerable. Respeto tu decisión.

Después miró a La Portier.

—Tú cuestionas la lealtad y la capacidad de Dresden. Crees que en un erial solo crecen malas hierbas. Tu preocupación es comprensible, y si se demuestra certera, entonces Dresden supone una gran amenaza para este Consejo.

Se dirigió a Antigua Mai e inclinó su capucha hacia delante unos grados.

Antigua le respondió con un sutil movimiento de cabeza.

—Antigua Mai —dijo el guardián de la puerta—, tú pones en duda su capacidad para usar su poder sabiamente. De distinguir entre el bien y el mal.

Temes que la influencia de DuMorne lo haya pervertido de alguna manera que nosotros no podemos percibir. Tus temores también están justificados.

Después, se volvió hacia el merlín.

—Honorable merlín. Sabes que Dresden ha traído la muerte y el peligro a este

Consejo. Crees que si es expulsado, el peligro también desaparecerá. Tus temores son comprensibles, pero no razonables. Aparte de lo que le pueda ocurrir a Dresden, la Corte Roja ha ofendido gravemente a este Consejo y eso no lo podemos ignorar. El cese de las actuales hostilidades solo sería la calma antes de la tempestad.

—Ya vale, hombre —exclamó Ebenezer—. Vota, a favor o en contra.

—Mi voto dependerá de una prueba. Una prueba que acallará para siempre los temores de una parte de este Consejo, o demostrará infundada la confianza de la otra parte.

—¿Qué prueba? —preguntó el merlín.

—Mab —dijo el Guardián—. Dejad que Dresden satisfaga la petición de Mab. Que sea él quien nos garantice la ayuda de Invierno. Si lo consigue, las dudas sobre su capacidad deberían quedar resueltas, La Fortier.

La Fortier lo miró desconfiado, pero luego asintió.

El guardián de la puerta se volvió a Antigua Mai.

—Si lo consigue, demostrará que es capaz de aceptar las consecuencias de sus errores y que puede trabajar en contra de sus intereses y por el bien general de este Consejo. También quedaría zanjada la cuestión de su supuesta falta de juicio, cometer errores de juventud no es ningún crimen, no aprender de ellos sí. ¿Estás de acuerdo?

Antigua Mai entornó aquellos ojos turbios, pero asintió claramente.

—Y tú, honorable merlín. Si lo consigue, aliviaría en gran medida la presión de la inminente guerra. Si la concesión de caminos seguros en el Mas Allá nos otorga una gran ventaja sobre la Corte Roja, quizá sea suficiente para evitar el conflicto. Desde luego demostraría la fidelidad de Dresden al Consejo más allá de cualquier duda.

—Eso está muy bien —dijo Ebenezer—. ¿Pero qué pasa si falla?

El guardián de la puerta se encogió de hombros.

—Entonces quizá sus temores están más justificados que tu afecto, mago McCoy. Y quizá debamos admitir que su nombramiento como mago de pleno derecho fue prematuro.

—¿Todo o nada? —preguntó Ebenezer—. ¿Es eso? ¿Esperas que el mago más joven del Consejo consiga convencer a la reina Mab? ¿A Mab? Eso no es una prueba. Es una puñetera ejecución. Para empezar, ¿cómo va a saber él qué es lo que quiere?

Entonces me puse en pie, las piernas me temblaban ligeramente.

—Ebenezer —dije.

—¿Cómo coño va a saber el chico lo que quiere?

—Ebenezer...

—No pienso cruzarme de brazos mientras... —De repente, se calló y me miró atónito. Al igual que el resto de la sala.

—Sé lo que quiere —dije—. Vino a verme esta misma tarde, señor. Me pidió que investigara algo. La rechacé.

—Increíble —suspiro Ebenezer. Sacó el pañuelo azul de su bolsillo y se lo pasó por la frente—. Hoss, esto te viene grande.

—Estoy con el agua al cuello y no me queda otra que nadar o ahogarme

—le contesté.

El guardián de la puerta me susurró en inglés:

—¿Aceptas la prueba, mago Dresden?

Incliné la cabeza. Sentí la *garganta* seca. Tragué saliva e intenté recordar que no tenía otra opción. Si no jugaba con las hadas y acababa vencedor, el Consejo me serviría de cena a los vampiros en una bandeja de plata. Con las primeras el peligro era que me mataran bien muerto. Con los segundos que me mataran y probablemente algo peor.

Como *trato*, era un asco. Pero aquella parte de mí que no había olvidado toda la destrucción, y puede que incluso las muertes, que causé el año pasado, canturreaba feliz ante esta posible penitencia. Además, tampoco tenía otra cosa que hacer. Me agarré con fuerza a mi bastón y hablé lo más claramente que pude.

—Sí, acepto.

El resto de la reunión del Consejo fue bastante aburrida, al menos para mí.

Una vez terminada la sesión, el merlín ordenó a los magos que se dispersaran inmediatamente de acuerdo a lo planeado y siguiendo rutas seguras. También distribuyó entre todos una lista con los centinelas más cercanos a los que llamar en caso de necesidad, y nos aconsejó que contactáramos con ellos cada pocos días, como medida de precaución.

Después, una vieja centinela de pelo gris expuso la teoría de un par de remedios recientemente desarrollados, que al parecer funcionaban especialmente bien contra los vampiros. Los representantes de los aliados del Consejo Blanco, hermandades secretas de ocultismo en su mayoría, pronunciaron varios discursos en los que manifestaron el apoyo de sus grupos al Consejo en aquella guerra.

Hacia el final de la reunión, aparecieron todos los centinelas para escoltar a los magos durante un primer trecho de su camino de vuelta a casa. El Consejo de Veteranos, supuse, se quedaría unos días más en la ciudad para comprobar si moría intentando demostrar que era uno de los buenos. A veces tengo la sensación de que nadie me aprecia.

Esperé de pie unos tres segundos a que el merlín dijera:

—Se suspende la sesión. —Y se encaminó hacia la puerta. Ebenezar intentó atraer mi atención, pero no me apetecía hablar con nadie. Abrí las puertas de golpe, con más fuerza de la que era necesaria, fui hasta donde tenía aparcado el Escarabajo azul y me alejé de allí con toda la velocidad que proporciona un viejo motor de cuatro cilindros. Cuidado, mago cabreado, abran paso.

Mi cerebro parecía una mezcla de cereal rancio, granos de café y pizza fría. Mis pensamientos se movían con dificultad y en torno a una sola idea, la de que iba a morir jugando a los detectives para la reina Mab. Si la cosa se ponía fea, puede que incluso me llevara por delante a un par de ciudadanos inocentes.

Me enfadé conmigo mismo.

—¡Deja ya de lloriquear, Harry! —dije con voz alta y firme—. Estás cansado, ¿y qué? Estás herido, ¿y qué? Hueles como si ya estuvieras muerto, ¿y qué? Eres un mago. Tienes un trabajo que hacer. Esta guerra es, en gran parte, culpa tuya, y si no te espabilas, habrá todavía más víctimas. Así que pon cara de póquer, esa cabeza bien alta. Y mueve el culo.

Asentí con un gesto ante mi propio consejo y miré a mi derecha. El sobre que me había entregado Mab se encontraba en el asiento del acompañante.

Tenía un nombre, una dirección y un asesinato. Debía encontrar el rastro del asesino y eso significaba que necesitaba información, y quien más información maneja unos días después de un crimen es la policía de Chicago.

Me dirigí a la casa de Murphy.

La inspectora Karrin Murphy era la responsable del grupo de Investigaciones Especiales de la policía de Chicago. El grupo de Investigaciones Especiales o IE era la respuesta de la ciudad a todo lo raro en general. Ellos investigaban los delitos extraños, los que no encajaban exactamente en los otros grupos del departamento. Los del IE se ocupaban de cosas como los avisos de cocodrilos en las alcantarillas o el saqueo de tumbas en alguno de los numerosos cementerios de la ciudad. Un chollo. También tenían que lidiar con asuntos más sobrenaturales, esos de los que nadie habla en los informes oficiales, pero que ocurren de todas formas. Troles, vampiros, brujos invocadores de demonios, y cosas por el estilo. El ayuntamiento creó el grupo de Investigaciones Especiales para garantizar que los informes fueran normales y creíbles, y no se hiciera mención en ellos de absurdas fantasías carentes de sentido. Era un trabajo ingrato y los jefes del grupo de IE solían perder los papeles más o menos al mes, incapaces de afrontar la realidad de lo que veían.

Poco después los largaban del Departamento.

Eso no ocurrió con Murphy. Ella seguía en el puesto. Se tomaba su trabajo en serio y a menudo requería los servicios del único mago profesional de Chicago (adivina quién) para echarle una mano en los casos más difíciles.

Murphy y yo hemos visto de todo juntos. Somos amigos. Podía contar con ella.

Murphy vive en Bucktown, cerca de otros polis, en una casa pequeña, pero suya. La heredó de su abuela y está rodeada por un cuidado césped.

Cuando aparqué el Escarabajo ya había oscurecido, aunque todavía no era medianoche. Sabía que estaría en casa, pero no estaba seguro de si se habría acostado ya. Me preocupé de hacer ruido para que no creyera que era un merodeador o algo así. Cerré la puerta del coche de un portazo y caminé con paso firme hasta su puerta, luego llamé con decisión.

Un momento después, las cortinas de las ventanas enrejadas que estaban junto a la puerta se movieron. Oí como quitaba un cerrojo, luego otro, y luego la cadena de la puerta. Me fijé mientras esperaba, que la puerta era de acero reforzado, como la mía. Aunque dudo mucho de que a ella la visitaran tantos demonios o asesinos como a mí.

Murphy entreabrió la puerta y me miró. Desde luego, nadie diría que aquella era la jefa de los «cazamonstruos» de Chicago. Sus brillantes ojos azules parecían cansados, pesados, y estaban enmarcados por bolsas oscuras. Medía uno cincuenta e iba descalza. Llevaba el pelo rubio más largo por delante que por detrás y el flequillo le caía sobre los ojos. Vestía un albornoz de color melocotón que casi le llegaba hasta los pies.

En la mano derecha sostenía una automática y un pequeño crucifijo oscilaba en una cadena que llevaba atada alrededor de la cintura. Me miró.

—Hola, Murph —dije. Contemplé la pistola y el símbolo sagrado, y bajé la voz

—. Siento presentarme a estas horas, pero necesito tu ayuda.

Murphy me observó en silencio durante más de un minuto, luego dijo:

—Espera aquí. —Cerró la puerta, volvió un poco después, y la abrió de nuevo, esta vez por completo. Después, con la pistola todavía en la mano, se apartó del quicio de la puerta y se quedó mirándome.

— *Hum* —dije—, Murph, ¿estás bien?

Asintió.

—Vale —continué—, ¿puedo pasar?

—Lo sabremos en un minuto —me contestó.

Entonces lo entendí. Murphy no me iba a invitar a pasar. Son muchos los monstruos que viven en las sombras y que no pueden traspasar el umbral de una casa si no se les invita primero. Murphy tuvo que vérselas con uno el año pasado y casi la mata. El monstruo en cuestión llevaba mi cara cuando la atacó.

No me extraña que no pareciera muy entusiasmada de verme.

—Murph —dije—, tranquila, soy yo. Por Dios, no conozco a ningún bicho que se hiciera pasar por mí con esto puesto. Hasta los espíritus demoníacos de las regiones más profundas del Infierno tienen mejor gusto.

Atravesé el umbral, y al hacerlo algo me empujó hacia atrás, una especie de energía intangible e invisible. Ralentizó mi avance un poco, y tuve que esforzarme para continuar. Así funcionan los umbrales. Es una especie de campo de energía que rodea todos los hogares y repele a las fuerzas mágicas que no son bienvenidas. Algunos lugares tienen más umbral que otros. Mi casa, por ejemplo, no tiene un umbral muy potente. Es un apartamento de soltero, y sea cual sea la energía doméstica responsable de su existencia, no parece que se asiente con la misma fuerza en pisos de alquiler y con un solo inquilino. La casa de Murphy estaba rodeada por un campo muy potente. Tenía vida propia, tenía historia. Era un hogar, no un sitio donde vivir.

Crucé el umbral sin invitación previa, y al hacerlo, dejé mucho de mi poder al otro lado de la puerta. Tendría que esforzarme bastante para conseguir que el más simple de los conjuros funcionara allí dentro. Di un paso al frente y extendí los brazos.

—¿He pasado la prueba?

Murphy no dijo nada. Cruzó la habitación, guardó el revólver de nuevo en su funda y lo dejó sobre una mesita.

La casa de Murphy era... yo diría que coqueta. El cuarto de estar estaba decorado en tonos amarillos y verdes claros. Y había volantes. Las cortinas tenían volantes, el sofá tenía todavía más volantes además de esas cosas de ganchillo (¿se llaman tapetes, no?) que cubrían los brazos de los dos sillones reclinables, el sofá, la mesita de té, y cualquier otra superficie capaz de soportar el peso de aquellos bordados con

lacitos. Parecían antiguos, pero eran bonitos y estaban bien cuidados. Seguro que los compró la abuela de Murphy.

La aportación de Murphy a la decoración se limitaba al kit de limpieza de la pistola, que estaba al final de la mesa, junto a la funda de su automática, y una placa de madera sobre la chimenea que sostenía un par de espadas japonesas, una larga y otra corta, entrecruzadas. Ahí estaba la Murphy que conocía y quería. Con las armas bien a mano por si las moscas. Junto a las espadas había una hilera de fotos enmarcadas, quizá de su familia. Un grueso álbum de fotos con las cubiertas de piel estaba abierto sobre la mesita de té, junto a un bote de pastillas y un decantador con un líquido en su interior... ¿ginebra? El decantador estaba medio lleno, el vaso junto a él completamente vacío.

Observé cómo se acomodaba en la esquina del sofá dentro de aquel enorme albornoz, con expresión ausente. No me miró. Por un momento me preocupé. Murphy no parecía Murphy. Jamás perdía la oportunidad de intercambiar unas bromas conmigo. Nunca la había visto tan silenciosa y reflexiva.

Mierda, justo cuando necesitaba ayuda eficaz y resolutiva. Algo le ocurría a Murphy, y yo no tenía tiempo para jugar a psicólogo de todo a cien.

Necesitaba toda la información que me pudiera proporcionar. Y también necesitaba ayudarla a superar aquello que la había dejado en aquel estado.

Estaba seguro de que no conseguiría ninguna de las dos cosas si no le hacía hablar.

—Me gusta tu casa, Murph —le dije—. Es la primera vez que la veo por dentro.

Hizo un gesto sutil que me pareció un intento de encogerse de hombros.

Fruncí el ceño:

—Oye, si no te apetece hablar podríamos jugar a las adivinanzas. Yo primero. —Alcé una mano con los dedos separados. Murphy no dijo nada, así que le soplé su frase—. Tres palabras. —Me coloqué la mano detrás de la oreja—. Suena algo así como... ¿qué te pasa?

Murphy movió la cabeza y vi como sus ojos se dirigían al álbum de fotos.

Me incliné hacia delante y me acerqué el álbum. Estaba abierto en una página llena de fotos de boda. La mujer que aparecía en ellas debía de ser Murphy hace años. Ya no tenía el pelo tan brillante, ni esa delgadez casi adolescente que se notaba sobre todo en el cuello y la cintura. Llevaba un traje de novia de color blanco y estaba junto a un hombre vestido de esmoquin que seguramente tendría unos diez años más que ella. En otras fotos se la veía metiéndole un trozo de tarta en la boca o bebiendo con los brazos entrelazados, lo habitual en estos casos. En otra foto, él la sostenía en brazos junto al coche y ella reía feliz.

—¿Tu primer marido? —pregunté.

Mi pregunta la sacó de su ensimismamiento. Me miró durante un segundo. Luego

asintió.

—Eras una cría. ¿Cuántos años tenías, dieciocho?

Negó con la cabeza.

—¿Diecisiete?

Asintió de nuevo. Al menos estaba consiguiendo algunas respuestas.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

Silencio.

Frunció el ceño.

—Murph, a mí estas cosas no se me dan especialmente bien. Pero si te sientes culpable por algo, quizá estés siendo demasiado dura contigo misma.

Sin decir una palabra, se inclinó hacia delante, cogió el álbum y lo apartó a un lado para mostrarme una copia del *Tribune*. Estaba doblado por la página de las necrológicas. Lo levantó y me lo ofreció.

Leí la primera esquila en voz alta.

—«Gregory Taggart, de cuarenta y tres años, murió anoche tras una larga lucha contra el cáncer...» —Me detuve, miré la fotografía del difunto y luego el álbum de Murphy. Era el mismo hombre, unos años arriba o abajo. Me estremecí y bajé el papel—. ¡Oh Dios Murph! Lo siento, lo siento mucho.

Pestañeó varias veces. Su voz sonó débil pero calmada.

—Ni siquiera me dijo que estaba enfermo.

Hablando de sorpresas desagradables.

—Murph, venga... ya verás como todo sale bien. Sé lo que duele, cómo te debes de sentir...

—¿Ah sí? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Sabes cómo me siento?

¿También perdiste a tu primer amor?

Me senté en silencio durante un minuto antes de hablar.

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

Me dolía pensar en su nombre, aunque mucho menos que pronunciarlo.

Pero si así lograba llegar hasta Murphy, merecía la pena.

—Elaine. Los dos éramos... huérfanos. Nos adoptó el misino hombre cuando teníamos diez años.

Murphy pareció sorprendida y me miró.

—¿Era tu hermana?

—No tengo parientes. A los dos nos adoptó el mismo hombre, eso es todo. Vivimos juntos, nos hacíamos de rabiar continuamente, entramos juntos en la pubertad. Saca tus conclusiones.

Asintió.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?



—Oh, hasta los dieciséis.

—¿Qué pasó? ¿Cómo...?

Me encogí de hombros.

—Mi padre adoptivo intentó introducirme en la magia negra. Sacrificio humano.

Murphy frunció el ceño.

—¿Era mago?

Asentí.

—Y de los potentes. Ella también.

—¿Y no intentó convencer también a Elaine?

—Lo hizo —contesté—. Ella lo ayudó.

—¿Qué pasó? —preguntó en voz baja.

Intenté mantener la voz neutra y tranquila, pero no estaba seguro de conseguirlo.

—Me escapé. El envió un demonio en mi busca. Lo vencí, y regresé para salvar a Elaine. Ella me lanzó un conjuro de amarre cuando no miraba y él me lanzó otro para entrar en mi cabeza y obligarme a hacer lo que él quisiera. Me liberé del conjuro de Elaine y me enfrenté a Justin. Tuve suerte. El perdió. Todo se quemó.

Murphy tragó saliva.

—¿Qué le pasó a Elaine?

—Se quemó —dije en voz baja. Sentía la garganta tensa—. Está muerta.

—¡Dios, Harry! —Murphy guardó silencio durante un momento—. Greg me dejó. Intentamos arreglarlo varias veces, pero siempre acabábamos pelándonos. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Joder, al menos me tendría que haber despedido de él.

Dejé el papel sobre la mesa y cerré el álbum evitando mirar a Murphy. Sé que ella no querría que la viera llorar. Inspiró de forma entrecortada.

—Lo siento, Harry —dijo—. Siento haberme desahogado contigo. No debería. No sé por qué me pasa esto ahora.

Miré la botella y las pastillas que había sobre la mesa.

—Tranquila. Todos tenemos días malos.

—Yo no me lo puedo permitir. —Se acurrucó un poco dentro de su albornoz y dijo:

—Lo siento, Harry. Lo de la pistola, quiero decir. —Su voz sonaba pesada y arrastraba las palabras—. Tenía que asegurarme de que eras tú.

—Lo entiendo —contesté.

Me miró y algo parecido a la gratitud apareció en sus ojos. Se levantó del sofá de repente, salió de la habitación y desapareció por el pasillo.

—Deja que me ponga algo encima —dijo, mirando por encima del hombro.

—Sí, claro —le contesté, un tanto extrañado. Me incliné hacia la mesa y cogí el bote que se ocultaba tras la bebida junto al vaso vacío. Era Valium.

Normal que la dicción de Murphy dejara que desear. Valium y ginebra. Caray.

Todavía sostenía el bote de pastillas en mi mano cuando volvió a entrar, vestida con unos pantalones cortos y anchos y una camiseta. Se había peinado un poco y se había lavado la cara con agua para que no se notara que había estado llorando. Se detuvo en seco y me miró. No dije nada. Ella se mordió el labio.

—Murph —dije al fin—, ¿estás bien? ¿Hay algo...? O sea, ¿necesitas...?

—Tranquilo, Dresden —me interrumpió, cruzando los brazos—. No soy de las que se suicidan.

—Eso me parece muy bien, pero mezclar alcohol con pastillas es una buena forma de palmarla.

Se acercó a mí, me quitó el bote de las manos y cogió la botella de alcohol.

—No es asunto tuyo —dijo. Entró en la cocina, dejó allí las cosas y volvió al cuarto de estar—. Estoy bien. Estaré bien.

—Murph, nunca te había visto beber antes. ¿Y el Valium? Oye, todo esto no me gusta nada.

—Dresden, si has venido aquí a echarme un sermón ya te estás largando.

Me pasé los dedos por el pelo despeinado.

—Karrin, te juro que no os eso. Sólo intento comprenderte.

Apartó la mirada de mí durante un momento mientras se frotaba un pie contra la pantorrilla. Entonces me sorprendió ver lo pequeña que parecía. Y tan frágil... Sus ojos no solo estaban cansados, ahora lo veía claro. Algo la estaba atormentando. Me acerqué a ella y puse una mano sobre su hombro. Sentí el calor de su piel bajo la camiseta de algodón.

—Cuéntamelo, Murph. Por favor.

Con un gesto apartó su hombro de mi mano.

—No es nada grave. Solo lo tomo para dormir.

—¿Qué quieres decir?

Cogió aire.

—Quiero decir que no puedo dormir sin ayuda. El alcohol no me sirve.

Las pastillas tampoco. Si no los mezclo no consigo descansar.

—Sigo sin entender. ¿Por qué no puedes dormir? ¿Es por Greg?

Murphy negó con la cabeza, después se acercó al sofá, lejos de mí y se acurrucó en una esquina, apretando las rodillas contra el pecho.

—Tengo pesadillas. Terrores nocturnos, lo llaman los médicos. Dicen que son cosas distintas.

Sentí un espasmo en la mejilla debido a la tensión.

—¿Y no puedes dormir?

Movió la cabeza.

—Me despierto chillando. —Vi como apretaba los puños—. Joder, Dresden. Y no

entiendo por qué. Las pesadillas no deberían afectarme tanto. No debería desmoronarme así al oír hablar de un hombre con del que hace años que no tengo ninguna relación. No sé qué coño me pasa.

Cerré los ojos.

—Sueñas con lo que ocurrió el año pasado, ¿verdad? ¿Con lo que te hizo Kravos? Se estremeció al oír aquel nombre y asintió.

—Durante un tiempo no podía pensar en otra cosa. Quería descubrir en qué me había equivocado. Por qué consiguió llegar hasta mí.

Sentí pena por ella.

—Murph, tu no podías hacer nada.

—¿Y crees que no lo sé? —me preguntó en voz baja—. Era imposible saber que no eras tú. Y de haberlo sabido, tampoco lo habría podido detener.

No habría podido hacer nada para defenderme. Ni para luchar contra lo que me estaba haciendo cuando por fin entró en mi cabeza. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las enjugó parpadeando con fuerza, luego tensó la mandíbula—.

No había nada que yo pudiera hacer. Eso es lo que me asusta, Harry. Por eso tengo miedo.

—Murph, está muerto. Está muerto y no volverá. Nosotros vimos como lo enterraban.

Murphy parecía furiosa.

—Eso ya lo sé. Lo sé, Harry. Sé que está muerto, sé que no puede hacerme daño. Sé que no volverá a acercarse a mí jamás. —Alzó la vista durante un momento, buscando mis ojos. Los suyos estaban inundados de lágrimas.

»Pero sigo soñando con él. Sé todo eso, pero da igual.

Dios. Pobre Murphy. Había recibido un mazazo emocional justo antes de que yo llegara para salvarla. Lo que la atacó era un espíritu, y la había destrozado por dentro sin dejar ni una sola marca sobre su piel. En cierto sentido, fue como una violación. Se sintió completamente indefensa ante algo que la usó para pasárselo bien. No me extraña que tuviera secuelas. Añade a su estado una noticia triste y es como si tiraras una colilla encendida a un montón de leña empapada en gasolina.

—Harry —prosiguió, su tono seguía siendo tranquilo, suave—, tú me conoces. Joder, no soy ninguna llorona. Eso es algo que me revienta. Pero lo que me hizo aquella cosa, lo que me obligó a ver, me dejó huella. —Me miró y el dolor que sentía pareció acumularse en las líneas de sus ojos que amenazaban con llorar otra vez—. No lo supero. Intento olvidarlo, pero no puedo. Y me está devorando por dentro.

Se dio media vuelta y cogió bruscamente una caja de pañuelos. Yo me acerqué a la chimenea y estudié las espadas de la pared para que no sintiera que la estaba observando.

Tras un momento, volvió a hablar y su voz sonó diferente, más dueña de sí.

—¿Qué haces aquí tan tarde?

Me di la vuelta.

—Necesito un favor. Información. —Le pasé el sobre que me había dado Mab. Murphy lo abrió, contempló las imágenes y frunció el ceño.

—Estas fotos son del informe sobre la muerte de Ronald Reuel. ¿De dónde las has sacado?

—¿Yo? De ninguna parte —contesté—. Me las ha dado un cliente. No sé cómo las consiguió ella.

Se frotó los ojos y preguntó:

—¿Qué quiere de ti?

—Que descubra a la persona que lo mató.

Murphy sacudió la cabeza.

—Se supone que la muerte fue accidental.

—A mí me han dicho que no.

—¿Quién?

Suspiré.

—Un hada mágica.

Me lanzó una mirada llena de escepticismo que se diluyó en un gesto de preocupación.

—Dios, lo dices en serio ¿verdad?

—Sí.

Murphy negó con la cabeza y una sonrisa cansada asomó a las comisuras de sus labios.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Me gustaría ver el informe de la muerte de Ronald Reuel. No puedo estudiar la escena del crimen, pero quizá la policía cogió algo sin saber que era una pista. Por lo menos, sabría por dónde empezar.

Murphy asintió sin mirarme.

—Muy bien. Con una condición.

—Claro, ¿cuál?

—Si se trata de un asesinato, tengo que participar.

—Murph —protesté—, venga. No quiero involucrarte en algo que...

—Joder, Harry —me espetó—, si alguien está matando gente en Chicago, se las tiene que ver conmigo. Es mi trabajo. Lo que me está pasando no cambia nada.

—Tu trabajo es detener a la gentuza —dije—, pero este quizá no sea gentuza. Puede que ni siquiera sea humano. Creo que sería mucho más seguro que...

—A la mierda la seguridad —murmuró Murphy—. Mi trabajo, Harry. Si descubres que ha sido un asesinato, nos ocuparemos del caso los dos.

Dudé, intentando que no notara mi frustración. No quería que Murphy tuviera

nada que ver con Mab y compañía. Últimamente había sufrido mucho.

Las hadas saben cómo meterse en la vida de la gente y yo no quería que Murphy se expusiera a algo así, sobre todo ahora que estaba especialmente vulnerable.

Pero al mismo tiempo, no podía mentirle. No podía hacerle eso.

Resumiendo, Murphy aún no se había recuperado. Tenía miedo, y si no se obligaba a sí misma a enfrentarse a ese miedo, quizás acabase engulléndola por completo. Ella lo sabía. A pesar de lo aterrorizada que estaba, sabía que tenía que seguir adelante o jamás se repondría.

Aunque quisiera protegerla, sobre todo ahora, quizá no fuera eso lo que más le convenía. No a largo plazo. En cierto sentido, su vida estaba en juego.

—Vale —dije con tranquilidad.

Ella asintió y se levantó.

—Quédate. Voy a encender el ordenador a ver qué puedo averiguar.

—Podemos dejarlo para más tarde, si quieres.

Negó con la cabeza.

—Ya me he tomado el Valium. Si espero más, estaré demasiado grogui para pensar con claridad. Siéntate. Sírrete una copa, e intenta no hacer saltar nada por los aires. —Salió de la habitación sin hacer apenas ruido.

Me senté en uno de los sillones, estiré las piernas, dejé caer la cabeza hacia delante y me quedé dormido. Había sido un día muy largo y todo indicaba que aún no había terminado. Me desperté cuando Murphy entró de nuevo en la habitación. Tenía los párpados pesados y en una mano sostenía una carpeta de papel manila.

—Vale —dijo— esto es todo lo que he podido imprimir. Las fotos no son todo lo nítidas que deberían, pero tienen un pase.

Me incorporé, cogí la carpeta que me ofrecía y la abrí. Murphy se acomodó en el otro sillón, frente a mí, sentándose sobre las piernas dobladas.

Empecé a echarle un vistazo a todos los detalles del informe, aunque me sentía más espeso que una porción de gelatina con gachas por encima.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —me preguntó.

—El hada —respondí—. Me lo hizo con un abrecartas.

—No tiene buena pinta. Y la venda tampoco está bien. ¿No has ido al médico?

Negué con la cabeza.

—No tengo tiempo.

—Harry, eres idiota. —Se levantó, entró en la cocina y volvió con un botiquín. Decidí no discutir con ella. Acercó una silla de la cocina y colocó mi mano sobre su regazo.

—Intento leer, Murph.

—Está sangrando. Esta clase de heridas no se cierran nunca si no llevas un buen vendaje.

—Ya, intenté explicárselo a unos tíos, pero me obligaron a quitarme la venda de todas formas.

—¿Quién?

—Es una historia muy larga. ¿Así que el guardia de seguridad del edificio no vio entrar a nadie?

Me quitó el vendaje con movimientos rápidos. Me dolía. Cogió la botella de desinfectante.

—Las cámaras tampoco grabaron nada, y no hay interferencias que indiquen que alguien usó magia. Lo he comprobado.

Silbé.

—No está mal, Murph.

—Sí, a veces utilizo la cabeza en lugar de la pistola. Esto te va a doler.

Me roció la mano generosamente con desinfectante. Escocía.

—¡Ay!

—Quejica.

—¿No había otra forma de entrar o salir del edificio?

—No, a no ser que el asesino volase y atravesara las paredes. Las otras puertas son todas salidas de incendios con alarmas que se disparan si alguien las abre.

Seguí ojeando el informe.

—Aquí pone: «Cuello roto debido a una caída». Encontraron el cuerpo al pie de las escaleras.

—Sí. —Murphy usó una servilleta de papel para limpiarme los lados de la mano y luego volvió a echar más desinfectante. Esta vez dolió un poco menos—. Presentaba lesiones que concuerdan con la caída, y era un hombre mayor. Además, al no ver entrar ni salir a nadie de un edificio con un sistema de seguridad tan completo pues...

—... Nadie buscó al asesino —concluí—. Ni se informó de nada que pudiera indicar su existencia. O espera, quizá sí. Aquí dice que el primer agente en llegar al lugar encontró «una sustancia pegajosa y resbaladiza» en el rellano superior al lugar donde se halló el cuerpo de Reuel.

—Pero ninguno de los detectives que después estudiaron la escena del crimen dice haber visto tal cosa —apostilló Murphy. Presionó con dos trozos de algodón la herida desde ambos lados de la mano y luego comenzó a enrollar la venda para mantener el algodón en su sitio—. El primer agente era un novato.

Quizá pensaron que estaba viendo un asesinato donde no lo había para poder participar en la investigación.

Arrugué el ceño mientras le daba la vuelta a las hojas y las fotografías.

—¿Ves esto? Las mangas del abrigo de Reuel están mojadas. Se aprecia por la decoloración.

Le echó un vistazo y añadió:

—Quizá. Aunque eso no se menciona en el informe.

—Sustancia pegajosa y resbaladiza. Podría ser ectoplasma.

—¿Te aprieta mucho? ¿Ecto qué?

Flexioné los dedos un poco para comprobar el vendaje.

—No, está bien. Ectoplasma. Materia del Más Allá.

—Te refieres al mundo espiritual, ¿verdad? ¿Al reino de las hadas?

—Entre otras cosas.

—¿Y toda la materia de allí es así?

—Se convierte en sustancia mucosa cuando no hay ninguna magia que le dé vida.

Cuando hay magia de por medio, no notas ninguna diferencia. Como cuando Kravos creó un cuerpo que se parecía al mío y vino a por ti.

Murphy se estremeció y comenzó a recoger lo que había sacado del botiquín.

—Así que cuando aquello que convierte al «ectomoco» en materia sólida desaparece, vuelve a ser...

—Baba —dije—. Es resbaladizo, de color claro, y se evapora en unos minutos.

—Así que algo del Más Allá podría haber matado a Reuel —concluyó Murphy.

—Sí —dije—. O alguien podría haber abierto un portal para acceder al edificio.

Siempre se deja algún rastro cuando abres un portal, generalmente polvo del Más Allá. Así que el asesino podría haber abierto un portal para entrar, y luego salir de allí de la misma manera.

—Eh, espera. Creía que en el mundo de las hadas solo había monstruos.

¿Las personas pueden entrar en el Más Allá?

—Si sabes la magia necesaria, sí. Aunque está lleno de peligros. Uno no se va por allí de paseo los domingos.

—¡Dios santo! —murmuró Murphy—. Así que alguien...

—O algo —la interrumpí.

—O algo podría haber entrado y salido del edificio. Tranquilamente. Sin vérselas con los cerrojos, los guardias y las cámaras. Eso sí que da miedo.

—Sí, es posible. Entra, empuja al abuelo por las escaleras y vuelve a salir.

—Dios. Pobre hombre.

—No creo que se tratase de ningún viejo desamparado, Murph. Reuel tenía tratos con hadas. Dudo que sus manos estuvieran limpias.

Asintió.

—Vale. ¿Tenía algún enemigo sobrenatural?

Alcé la foto del cadáver.

—Parece que sí.

Murphy movió la cabeza. Se tambaleó un poco, luego se sentó junto a mí y apoyó la cabeza contra la esquina del sofá.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora toca salir a investigar. A patear las calles.

—No tienes muy buena pinta. Descansa un poco antes. Dúchate, come algo, córtate el pelo.

Me froté los ojos con la mano buena.

—Sí —contesté.

—Y avísame si te enteras de algo.

—Murph, si al final resulta que este es un asunto del Más Allá, creo que está fuera de tu... —casi dije «alcance»—jurisdicción.

Se encogió de hombros.

—Si esa cosa viene a mi ciudad y ataca a la gente, me siento responsable porque mi trabajo es proteger. Además, quiero que pague por lo que ha hecho.

—Cerró los ojos—. Igual que tú. Y me lo has prometido.

Ahí me había pillado.

—Sí, vale Murph. Cuando sepa algo, te llamo.

—Muy bien —dijo. Se acurrucó en la esquina del sofá con los ojos medio cerrados. Echó la cabeza para atrás, dejando ver las líneas del cuello. Después de un momento preguntó:

—¿Sabes algo de Susan?

Negué con la cabeza.

—No.

—Pero sus artículos se siguen publicando en el *Arcane*. Así que estará bien.

Asentí.

—Supongo.

—¿Has dado con algo que la pueda ayudar?

Suspiré y moví la cabeza.

—No, todavía no. Es como darse de cabezazos contra la pared.

Sonrió a medias.

—Con la cabeza tan dura que tienes, la pared se romperá primero. Eres el hombre más testarudo que conozco.

—Qué cosas tan bonitas me dices, Murph.

Murphy asintió.

—Eres un buen tío, Harry. Si alguien la puede ayudar, ese eres tú.

Bajé la mirada para que no viera las lágrimas que me nublaban ya la vista y comencé a recoger las hojas del informe.

—Gracias Murph. Eso significa mucho para mí.

No respondió. Alcé la vista y descubrí que tenía la boca ligeramente abierta, su cuerpo estaba totalmente relajado y su mejilla descansaba sobre uno de los brazos del sofá.

—¿Murph? —pregunté. No se movió. Me levanté y dejé el informe sobre la silla.



Encontré una manta y se la eché por encima. Después remetí bien los bordes a su alrededor. De su garganta se escapó un quejido suave y frotó la mejilla contra el sofá.

—Que descanses, Murph —le dije. Luego me encaminé hacia la salida.

Cerré bien la puerta, me subí a mi Escarabajo y conduje hasta casa.

Me dolía todo el cuerpo. No era un dolor muscular, sino más bien consecuencia del puro agotamiento. Sentía la mano herida como un nudo pulsante de músculos retorcidos a los que habían rociado con gasolina y luego habían prendido fuego.

Pero lo peor iba por dentro. La pobre Murphy estaba destrozada. Era evidente que sentía pánico al pensar en las cosas a las que tendría que enfrentarse, pero no por eso iba a dejar de hacerlo. Eso era valor, más del que yo tenía. Al menos yo estaba seguro de que podría defenderme si me atacaba algún monstruo. Murphy no contaba con esa certeza.

Murphy era mi amiga. Incluso me salvó la vida en alguna ocasión.

Hemos luchado mano a mano. Y ahora necesitaba mi ayuda de nuevo. Entendía perfectamente que debía enfrentarse a su miedo, y que para eso me necesitaba a mí, pero aquello no me gustaba nada.

En su estado era muy vulnerable a cualquier ataque como el de Kravos del año pasado. Y si la alcanzaban antes de recuperarse del todo, puede que no solo la hirieran, sino que la destrozaran por completo.

No estaba seguro de poder vivir con eso sobre mi conciencia.

—Mierda —murmuré—. Que Dios me ayude, Murph. Voy a asegurarme de que sales bien de esta.

Intenté olvidarme de mi preocupación por Murphy. La mejor forma de protegerla era centrándome en el caso, poniéndome manos a la obra. Pero tenía el cerebro hecho gaseosa. Lo único que iba a conseguir a ese paso era que me pusieran una camisa de fuerza y me encerraran en una habitación con las paredes acolchadas.

Quería comer. Dormir. Ducharme. Si no me tomaba un tiempo para descansar un poco, podría darme de bruces con alguno de los malos y no darme cuenta hasta que fuera demasiado tarde.

Conduje hasta mi apartamento que está en el sótano de un edificio de más de un siglo donde todas las viviendas son de alquiler. Aparqué el Escarabajo fuera y saqué la varita y el bastón para llevarlos a casa. El apartamento no estaba muy lejos de donde había aparcado, pero ya me habían abordado en el camino antes. Los vampiros a veces son bastante maleducados.

Bajé a saltos las escaleras que llevan a mi apartamento, abrí la puerta y murmuré la frase que desactiva las protecciones durante el tiempo suficiente para poder pasar. Entré y mi instinto me dijo a gritos que había alguien más.

Y en efecto allí estaba ella, de pie junto a mi fría chimenea. Una mujer delgada, todo curvas sinuosas y seguridad en sí misma. Llevaba unos pantalones vaqueros

azules que cubrían sus largas piernas, y una sencilla camiseta roja de algodón. De su cuello colgaba un pentáculo de plata que descansaba sobre la curva de sus pequeños pechos y brillaba al reflejar la luz de mi varita mágica. Su piel estaba pálida, como el interior de la corteza de un roble, la parte viva del árbol. Su pelo castaño claro tenía un brillo dorado, como el trigo maduro, y sus ojos eran grises como las nubes de tormenta. Su fina boca se tensó primero formando una sonrisa y después un gesto de inquietud.

Levantó sus elegantes manos de dedos larguísimo para mostrarme las palmas vacías.

—He preferido esperarte dentro —murmuró—. Espero que no te importe. Deberías cambiar tus contraseñas con más frecuencia.

Bajé la varita, demasiado sorprendido para hablar y con el corazón latiendo desafortunadamente en el pecho. Dejó caer las manos y se acercó a mí. Se puso de puntillas, pero era bastante alta así que no tuvo que estirarse mucho para besarme en la mejilla. Olía a flores silvestres y tardes de verano bañadas por el sol. Se apartó de mí lo suficiente para fijarse en mi cara, y en mis ojos, su expresión era dulce y preocupada.

—Hola, Harry.

Contesté con un hilo de voz, luchando por salir de mi asombro:

—Hola, Elaine.

Elaine se apartó y dio una vuelta por mi apartamento. No había mucho que ver.

La casa consta de un cuarto de estar y un dormitorio pequeño. La cocina no es más que un agujero en la pared con un fregadero y una nevera. El suelo es de piedra gris y lisa, pero yo lo he cubierto casi todo con una docena de alfombras.

Todos los muebles son de segunda mano, pero cómodos. No hay nada que haga juego. Las paredes están llenas de estanterías con libros y en los huecos libres hay varios tapices, además de un póster de *La guerra de las galaxias* que Billy me regaló por Navidad. Es el antiguo, ese en el que aparece la princesa Leia enroscada en la pierna de Luke.

Bueno, así era mi apartamento en un día normal. Últimamente lo tenía un poco abandonado. No olía muy bien, y las cajas de pizza y las latas de Coca-Cola vacías que ya no cabían en el cubo de la basura estaban esparcidas por el suelo de la cocina. Apenas se podía caminar sin tropezar con alguna prenda de ropa sucia. Sobre los muebles había papeles garabateados, lápices y bolígrafos.

Elaine caminó por todo aquello como un miembro de la Cruz Roja en una zona de guerra y negó con la cabeza.

—Ya sé que no me esperabas, Harry, pero si lo llego a saber me pongo menos elegante. ¿Vives en esto?

—Elaine —dije recuperando el aliento—, estás viva.

—Esperaba algún piropo un poco más encendido, pero supongo que podría ser peor. —Me contempló desde la entrada de la cocina—. Estoy viva, Harry. —Su rostro se ensombreció con un toque de preocupación—. ¿Cómo estás?

Me dejé caer sobre el sofá y los papeles crujieron bajo mi peso. Liberé la energía que había reunido para defenderme, y la punta brillante de mi varita se apagó, dejando el apartamento a oscuras. Seguí con la mirada fija en su postimagen.

—Alucinando —dije por fin—. Esto no está pasando. Es imposible, tiene que ser un truco o algo.

—No, soy yo. Si fuera un ser del Más Allá ¿habría podido cruzar tu umbral sin ser invitada? ¿Alguien más sabe cómo activas tus conjuros de protección?

—Cualquiera lo podría averiguar —contesté.

—Ya. ¿Sabe alguien más que suspendiste el examen de conducir cinco veces en una semana? ¿O que te lesionaste el hombro intentado impresionarme jugando al fútbol el primer año de instituto? ¿Qué nos vimos el alma la primera noche que pasamos juntos? Creo que aún recuerdo hasta la combinación de nuestra taquilla, si quieres te la digo.

—Dios mío, Elaine. —Moví incrédulo la cabeza. Elaine, viva. Mi cerebro no se hacía a la idea—. ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?

Entre las sombras vi como se apoyaba contra la pared. Se mantuvo en silencio durante un rato, como si tuviera que escoger las palabras con cuidado.

—Primero porque no sabía si habías sobrevivido. Y después... —inclinó la cabeza—. No estaba segura de querer. O de que tú quisieras. Habían pasado demasiadas cosas.

Mi sorpresa e incredulidad se desvanecieron ante una repentina punzada de dolor y una furia bastante antigua.

—Buen eufemismo —dije—. Intentaste acabar conmigo.

—No —dijo—. Dios no, Harry. No lo entiendes, jamás quise eso.

Mi voz adquirió un tono cortante.

—Y por eso me lanzaste aquel amarre. Por eso me sujetabas mientras Justin intentaba destruirme.

—Nunca quiso matarte...

—No, solo quería entrar en mi cabeza. Controlarme. Convertirme en una especie de... de... —Me faltaban las palabras ante tanta frustración.

—Esclavo —dijo Elaine en voz baja—. Te había lanzado multitud de conjuros para asegurarse tu lealtad. Para convertirte en su esclavo.

—Algo peor que la muerte. Y tú lo ayudaste.

Su voz se quebró por la ira.

—Sí, Harry. Lo ayudé. Eso es lo que hacen los esclavos.

La furia que sentía de repente se calmó.

—¿Qué...? ¿Qué dices?

Vi como su difusa silueta asentía.

—Justin me atrapó unas dos semanas antes de que enviara a aquel demonio tras de ti. Aquel día me quedé en casa enferma, ¿te acuerdas? Cuando llegaste a casa del instituto ya me tenía. Intenté resistirme, pero era una cría. No tenía suficiente experiencia. Y después de convertirme en su sierva, no vi ninguna razón para seguir luchando.

La observé durante un largo minuto.

—Me estás diciendo que no tuviste elección. —Respiré hondo—. Te obligó a hacerlo. Te obligó a ayudarlo.

—Sí.

—¿Por qué coño te tengo que creer?

—No espero que lo hagas.

Me levanté y comencé a caminar arriba y abajo.

—Es increíble que me estés diciendo que el demonio te obligó a hacerlo.

¿Tienes idea de lo mala que es esa excusa?

Elaine me contempló con detenimiento, la expresión de sus ojos grises era pensativa y triste.

—No es una excusa, Harry. No hay excusa posible para el dolor que te causé. Me detuve y la miré indignado.

—Entonces, ¿por qué me vienes ahora con esto?

—Porque es necesario —murmuró—. Porque eso fue lo que pasó. Mereces saberlo.

Guardé silencio un buen rato y luego pregunté:

—¿De verdad te hizo su esclava?

Elaine se estremeció y asintió.

—¿Qué sentiste?

Se mordió el labio inferior.

—No sabía lo que estaba pasando. Al menos al principio. No podía pensar con claridad. Justin me dijo que necesitabas que alguien te dijera lo que tenías que hacer y que si te sujetaba el tiempo suficiente para que él te explicara las cosas, todo saldría bien. Lo creí. Confiaba en él. —Negó con la cabeza—.

Jamás quise hacerte daño, Harry. Jamás. Lo siento.

Me senté y me froté la cara con las manos mientras sentía que una multitud de emociones escapaban a mi control. Sin la ira para sustentarme, lo único que quedaba dentro de mí era dolor. Creía que había superado la pérdida de Elaine, su traición. Creía que lo había olvidado, que había pasado página.

Estaba equivocado. Las heridas volvieron a abrirse con el mismo dolor de hace años. Puede que con más. Tuve que concentrarme para controlar mi respiración, el tono de mi voz.

La había amado. Quería creerla con todas mis fuerzas.

—Te... te busqué —dije con un hilo de voz—. En el fuego y en el agua.

Mandé a varios espíritus para que peinaran la Tierra en busca de cualquier rastro tuyo. Con la esperanza de que hubieras sobrevivido.

Se apartó de la pared y caminó hasta la chimenea. Escuché como echaba unos troncos y luego murmuró algo con voz suave y profunda. Una lengua de fuego lamió los leños suavemente, primero era pequeña y azul y luego se transformó en una luz dorada y oscura. Observé su perfil mientras miraba el fuego.

—Salí de la casa antes de que tú y Justin hubieses terminado —dijo por fin—. Sus conjuros habían comenzado a perder fuerza y luché contra ellos.

Estaba confusa, aterrorizada. Supongo que salí corriendo. Aunque ni siquiera lo recuerdo.

—¿Pero dónde has estado? —pregunté—. Elaine, te busqué durante años. Años.

—Donde no pudieras encontrarme, Harry. Ni tú ni nadie. Descubrí un santuario. Un escondrijo. Pero había que pagar un precio, y por eso estoy aquí.

—Alzó la vista y aunque su rostro parecía tranquilo y seguro, vi miedo en sus ojos y lo escuché en el tono de su voz—. Estoy en un lío.

Mi respuesta fue inmediata. Para mí la caballerosidad no ha muerto, es un reflejo involuntario. Podría haber sido cualquier otra mujer pidiéndome ayuda, habría dado igual. Quizá hubiese tardado un segundo o dos más en reaccionar, pero eso era todo. Con Elaine, no había necesidad de pensar nada.

—Te ayudaré.

Sus hombros se relajaron y asintió mientras tensaba los labios e inclinaba la cabeza.

—Gracias. Gracias, Harry. Me revienta hacerte esto, cargarte con mis problemas después de tanto tiempo. Pero no sé a quién más acudir.

—No —dije—, no importa. De verdad. ¿Qué pasa? ¿Por qué crees que estás en peligro? ¿A qué te refieres con «pagar un precio»?

—Es complicado —dijo—. Pero la versión corta es que me concedieron asilo en la corte sidhe del Verano.

El estómago se me desplomó hasta los pies.

—Estoy en deuda con Titania, la reina del Verano, por darme protección.

Y ahora ha llegado el momento de pagar. —Respiró hondo—. Se ha producido un asesinato en el reino de la sidhe.

Me froté los ojos.

—Y Titania quiere que seas su emisario. Quiere que encuentres al asesino y demuestres que la culpable es la reina del Invierno. Te dijo que hoy el emisario de la reina Mab contactaría contigo, pero no te aclaró quién podría ser.

Los ojos de Elaine se abrieron como platos y guardó silencio. Nos miramos durante un largo momento antes de que ella susurrara:

—Estrellas y piedras. —Se apartó el pelo de la cara con una mano, en lo que yo sabía era un gesto nervioso, aunque no lo pareciera—. Harry, si no lo consigo. Si no pago mi deuda, me... sería muy malo para mí.

—¡Madre mía! —susurré—. No me digas más. Mi situación con Mab es más o menos la misma.

Elaine maldijo en voz baja.

—¿Qué vamos a hacer?

—*Hum* —dije.

Me miró expectante.

Le espeté:

—Estoy pensando, estoy pensado. *Hum*.

Se levantó y dio varias zancadas largas a través del cuarto de estar, preocupada.

—Tiene que haber algo... alguna forma de salir de esta. Dios, a veces su sentido del humor me pone mala. Mab y Titania se lo estarán pasando en grande ahora mismo.

De haber tenido energía, yo también me habría puesto a caminar. Cerré los ojos e

intenté pensar. Si no satisfacía la petición de Mab, prohibiría el paso por su reino al Consejo. Este dictaminaría que no había superado la prueba, harían un paquetito conmigo y me entregarían a los vampiros. No sabía cuál era exactamente la situación de Elaine, pero suponía que su trato no sería mucho mejor. Sentí una punzada en el corazón.

Elaine siguió caminando, desesperada.

—Vamos, Harry. ¿En qué estás pensando?

—Pienso que si a este dilema le salen más cuernos, le voy a pegar un tiro y luego lo voy a colgar de la pared.

—¿Cuándo te va a entrar en la cabeza que hay ocasiones en las que no se puede bromear? Se nos tiene que ocurrir algo.

—Vale, ya lo tengo —dije—. Coge tus cosas y acompáñame.

Elaine buscó entre las sombras junto a la chimenea y sacó un fino bastón de madera clara, decorado con figuras abstractas que se retorcían a lo largo de la caña.

—¿Adónde vamos?

Me incorporé.

—A pedir ayuda al Consejo.

Elaine arqueó las cejas.

—No te lo tomes a mal, Harry, pero ¿estás loco?

—Escúchame.

Apretó los labios, pero asintió con decisión.

—Es muy sencillo. Esto nos viene grande. Necesitamos ayuda. Y de todas formas tienes que presentarte ante el Consejo.

—¿Y eso por qué?

—Oh, venga ya. Eres humana, Elaine, y una maga. Eso es lo más importante para ellos. Se pondrán de nuestra parte y contra las hadas y nos dirán cómo salir de este lío.

Elaine se estremeció al oír la palabra «hadas», y miró con recelo a su alrededor, como por acto reflejo.

—Ese no se parece en nada al Consejo del que me han hablado.

—Quizá porque el que te habló tenía una opinión sesgada —le dije.

Elaine asintió.

—Quizá. El Consejo del que me han hablado casi te ejecuta por defenderte de Justin.

—Sí, bueno, pero...

—Te dejaron en libertad vigilada con la amenaza de una ejecución sumaria y casi tienes que matarte para convencerlos de tu inocencia.

—Ya, pero de todas formas tenía una pulsión suicida. Quiero decir que no lo hice para que el Consejo...

Negó con la cabeza.

—Dios, Harry. No te das cuenta ¿verdad? Al Consejo no le importas. No quieren protegerte. Te soportan mientras no te pases de la raya y te conviertas en una molestia.

—Ya soy una molestia.

—En un estorbo, entonces —concluyó Elaine.

—Oye, ya sé que algunos miembros del Consejo son tontos del culo. Pero también hay buena gente.

Elaine se cruzó de brazos y volvió a negar con la cabeza.

—¿Y cuántas de esas buenas personas no quieren saber nada del Consejo?

—Elaine...

—No, Harry. En serio. No quiero tratos con esa gente. He llegado a adulta sin su supuesta protección. Creo que me las arreglaré sin ellos.

—Elaine, deben saber de tu existencia por ti. Si te presentas ante ellos, aplazarás la preocupación o la desconfianza que puedan sentir.

—¿Desconfianza? —exclamó Elaine—. Harry, no soy ninguna delincuente.

—Así no se hacen las cosas, Elaine.

—¿Y quién les va a hablar de mí? ¿Hum? ¿Pensabas aparecer por allí con el chisme?

—Claro que no —contesté.

Pero sí pensaba en los problemas que iba a tener si alguno de los centinelas se enteraba de que estaba asociado con alguien que quizá hubiese violado la primera ley, y que además fue aprendiz de Justin DuMorne. Si a la mala fama de la que ya gozaba, le añadía la sospecha, puede que acabara por hundirme definitivamente sin importar el resultado de la investigación. ¿A que tengo una vida estupenda?

—No diré nada —dije por fin—. Eso tienes que hacerlo tú, Elaine. Pero por favor, créeme. Confía en mí. Tengo amigos en el Consejo. Nos ayudarán.

La expresión de Elaine se dulcificó y perdió algo de firmeza.

—¿Estás seguro?

—Sí —dije—. Te lo prometo.

Se apoyó en su bastón extrañamente tallado sin parecer muy convencida.

Iba a abrir la boca para decir algo cuando mi puerta de acero reforzado retumbó ante los golpes de un puño fuerte.

—Dresden —gritó Morgan desde el otro lado—. Abre, traidor. Tengo que hacerte un par de preguntas.



Elaine me miró asustada y con sus labios dibujó una palabra:

—¿Consejo?

Asentí y señalé mi bastón de mago que había dejado en la esquina donde también guardaba un bastón espada. Elaine lo cogió sin pronunciar palabra y me lo lanzó. Después se dirigió sin hacer ruido hasta la puerta de mi habitación y desapareció en su interior.

La puerta retumbó otra vez.

—Dresden —gruñó Morgan—. Sé que estás ahí. Abre la puerta ahora mismo o...

La abrí de golpe antes de pudiera acabar la frase.

—¿O soplarás y soplarás y etcétera?

Morgan me miró con furia, tan alto, amargado y terco como siempre.

Había cambiado la túnica y la capa por unos pantalones oscuros, una camisa de seda gris y una chaqueta. Llevaba una bolsa de golf al hombro, y entre los palos casi pasaba inadvertido el mango de una espada. Se inclinó hacia delante, dirigiendo la mirada por encima de mí, hacia el interior de mi apartamento.

—Dresden. ¿Interrumpo algo?

—Bueno, me disponía a pasar la velada con una peli porno y un bote de aceite corporal, pero solo tengo para uno.

El rostro de Morgan se retorció en una mueca de repulsión y sentí una oleada de absurda satisfacción.

—Me das asco, Dresden.

—Ya, soy malo. Soy malo, malo, malo, malo, malísimo. Y ahora que ya lo hemos dejado claro, adiós, Morgan.

Me dispuse a darle con la puerta en las narices, pero lo evitó con la palma de la mano. Morgan era mucho más fuerte que yo así que la puerta permaneció abierta.

—No he terminado, Dresden.

—Yo sí. He tenido un día horrible. Si quieres decir algo, hazlo ya.

Los labios de Morgan esbozaron una dura sonrisa.

—Normalmente aprecio a la gente que va directa al grano. Aunque no es este el caso.

—Vaya, no me aprecias. Esta noche seguro que no pego ojo.

Morgan golpeó con el pulgar la correa de su bolsa de golf.

—Quiero saber, Dresden, por qué Mab decidió acudir a ti. Lo único que podía mantener tu estatus en el Consejo era algo así y resulta que te llega como caído del cielo.

—Por mi rectitud moral —dije—, además de mi supercochazo y mi impresionante pisito de soltero.

Morgan me miró inexpresivo.

—Te crees muy gracioso.

—Oh, sé que soy gracioso. Solo me río yo, pero soy gracioso.

Morgan negó con la cabeza.

—¿Sabes lo que pienso, Dresden?

—¿Ah, pero piensas? —Morgan no sonrió. Como dije antes, nadie me ríe las gracias.

—Pienso que lo has planeado todo. Creo que tienes un pacto con los vampiros y la Corte de Invierno. Creo que todo forma parte de una gran estrategia.

Me quedé mirándole, intentando no reír. De verdad que lo intenté.

Bueno, quizá debería haberme esforzado más.

La carcajada debió de molestar a Morgan. Cerró el puño y me lanzó un golpe directo al estómago que me dejó sin respiración y prácticamente de rodillas.

—No —dijo—. De esta no te vas a librar con unas risas, traidor. —Entró en mi apartamento. El umbral no le hizo ni pestañear. Las protecciones que tenía lo atraparon quince centímetros después, pero no estaban diseñadas para impedir el paso a los seres humanos. Morgan gruñó, pronunció una palabra extraña en un idioma gutural, quizás alemán antiguo, y agitó una mano delante de él. El aire silbó y chasqueó con electricidad estática, y de las yemas de sus dedos salieron chispas. Movié los dedos con rapidez y siguió avanzando.

Eché una ojeada al apartamento y volvió a negar con la cabeza.

—Dresden, quizá no seas mala persona, en el fondo. Pero estás atrapado.

Si no trabajas para la Corte Roja, entonces estoy seguro de que te están utilizando. En cualquier caso el Consejo corre el mismo peligro. Y lo mejor para atajar el problema es quitarte de en medio.

Me esforcé por coger aire y finalmente conseguí preguntar:

—¿De qué coño estás hablando?

—Susan Rodríguez —dijo Morgan—. Tu amante, la vampira.

La furia hizo que viera lucecitas brillantes ante mí.

—No es una vampira —gruñí.

—La convirtieron en uno de ellos, Dresden. No hay vuelta atrás. Es así de simple.

—Eso no es cierto, no es una vampira.

Morgan se encogió de hombros.

—Eso es lo que dirías si estuvieras enganchado a su veneno. Dirías o harías lo que fuera para conseguirlo.

Alcé la vista, enseñando los dientes.

—Fuera de mi casa.

Se acercó a la chimenea y cogió una tarjeta de felicitación llena de polvo que estaba sobre la repisa. La leyó y resopló con suficiencia. Después se fijó en una foto

de Susan.

—Guapa —dijo—. Aunque tampoco es nada del otro mundo. Seguro que estaba compinchada con ellos desde el día que te conoció.

Apreté con fuerza los puños.

—Cállate la boca —dije—. No hables de ella. No tienes ni idea.

—Eres idiota, Dresden. Un pobre idiota. ¿De verdad crees que una mujer normal querría tener algo que ver contigo o con tu vida? Es evidente que te utilizó. Era una de sus putas.

Con media vuelta llegué hasta la esquina, solté mi bastón de mago y cogí el bastón espada. Desenvainé la hoja con un sonido metálico y me planté ante Morgan. Él lo había visto venir y ya había sacado su espada plateada de centinela de la bolsa de golf.

Cada dolorido, exhausto y cabreado hueso de mi cuerpo quería atravesarlo. No soy un tío musculoso, pero tampoco lento, y tengo las piernas y los brazos muy largos. Mi estocada es rápida y no necesito estar cerca del contrincante para alcanzarlo. Morgan era un soldado con experiencia, pero en las distancias cortas la diferencia radica en los reflejos. Y eso beneficiaba al tío cuya espada pesaba gramos y no kilos.

En ese momento tuve la certeza de que podía matarlo. Quizá él también se me llevara por delante pero sabía que podía hacerlo. Y quería, me moría de ganas. No con mi lado más racional, sino con la zona de mi cerebro que piensa las cosas después de haberlas hecho. Mi mal genio estaba sediento de sangre, y quería saciar mi sed con Morgan.

Pero un pensamiento se abrió paso entre la testosterona para aguarme la fiesta. Me paré en seco. Temblaba y tenía los nudillos blanquecinos de agarrar con fuerza la espada. Me enderecé y dije mucho más tranquilo:

—Éste es el tercero.

Morgan parecía sorprendido y se quedó mirándome con el arma todavía extendida hacia mí.

—¿De qué hablas, Dresden?

—El tercer plan. El as en la manga del merlín. Te ha enviado aquí para que luchemos. La puerta todavía está abierta. Hay otro centinela fuera, escuchando, ¿verdad? Un testigo, para que luego no tengas problemas. Después entregas mi cuerpo a los vampiros y asunto concluido ¿no?

Me miró con los ojos muy abiertos. Se trastabilló con la primera palabra.

—No sé de qué hablas.

Recogí del suelo la otra parte del bastón y envainé la espada.

—Claro que no. Largo, Morgan. A no ser que prefieras matar a un hombre desarmado que no ofrece resistencia.

Morgan me observó durante un momento. Luego metió la espada en la bolsa de golf, se la colgó del hombro y se encaminó hacia la puerta.

Casi había salido cuando escuchamos un ruido procedente de mi dormitorio. Me volví hacia la puerta.

Morgan se detuvo. Me miró y luego fijó la vista en el dormitorio. Vi algo en sus ojos que no me gustó.

—Dresden, ¿no será la mujer vampiro?

—No es nadie —contesté—. Largo.

—Eso habrá que verlo —dijo Morgan. Dio media vuelta y se dirigió hacia mi dormitorio con una mano en el puño de la espada.

—Tú y los que te apoyan tendréis pronto vuestro merecido. Lo estoy deseando.

Mi corazón comenzó a acelerarse otra vez. Si Morgan encontraba a Elaine, podían pasar un millón de cosas y ninguna buena. No había mucho que yo pudiera hacer. No podía avisarla y no se me ocurría cómo conseguir que Morgan saliera de mi apartamento.

Se asomó a la puerta, echó un vistazo, pero de repente soltó un grito ronco y se apartó de un salto. Al mismo tiempo, escuché un maullido arisco y *Mister*, mi gato bobtail gris, salió corriendo de la habitación. Pasó por entre las piernas de Morgan, cruzó la puerta de entrada, subió las escaleras y desapareció en la noche de verano.

—Caray, Morgan —dije—, puede que mi gato sea un peligroso elemento subversivo. Creo que deberías interrogarlo.

Morgan se enderezó, tenía la cara un poco roja. Tosió y luego se dirigió muy digno hacia la puerta.

—Los miembros del Consejo de Veteranos me han pedido que te diga que estarán al tanto de lo que hagas, aunque no interferirán ni te ayudarán de ninguna manera. —Sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta y la tiró al suelo—. Ahí tienes su número de teléfono. Llámalos cuando hayas fallado.

—Cierra bien la puerta al salir, últimamente se me cuela toda clase de gentuza —respondí.

Morgan me lanzó una mirada de desprecio mientras salía. Cerró la puerta de un portazo y escuché sus pisadas retumbar al subir las escaleras.

Empecé a temblar medio minuto después de que se hubiera marchado, era una reacción al estrés. Menos mal que no lo había hecho delante de él. Me di la vuelta, me apoyé contra la puerta con los ojos cerrados y crucé los brazos sobre el pecho.

Pasaron uno o dos minutos antes de que escuchara como Elaine salía sigilosamente de mi dormitorio. La madera de la chimenea chasqueaba y crepitaba.

—¿Se han ido? —preguntó Elaine, en voz baja.

—Sí. Aunque supongo que vigilarán el apartamento.

Sentí su mano sobre mi hombro.

—Estás temblando, Harry.

—Se me pasará.

—Podrías haberlo matado —dijo Elaine—. Cuando desenvainaste la espada.

—Sí.

—¿Crees de verdad que todo era una trampa?

Levanté la vista. Parecía preocupada.

—Sí —contesté.

—Dios, Harry. —Negó con la cabeza—. Pues vaya paranoia. ¿Y quieres que me presente ante esa gente?

Puse mi mano sobre la suya.

—No ante todos —dije—. No todos los del Consejo son así.

Me miró a los ojos por un momento. Después, con cuidado, apartó su mano de la mía.

—No, no me mostraré vulnerable ante hombres como ese. Nunca más.

—Elaine —protesté.

Volvió a negar con la cabeza.

—Me marchó, Harry. —Se apartó el pelo de la cara—. ¿Les vas a hablar de mí?

Cogí aire. Si los centinelas descubrían que Elaine seguía viva y se ocultaba de ellos, habría una caza de brujas. Los centinelas no eran famosos por su tolerancia y comprensión. Morgan era el ejemplo perfecto. Cualquiera que la ayudase a esconderse, recibiría el mismo trato. ¿Pero no tenía yo bastantes problemas ya?

—No —contesté—. Claro que no.

Elaine me ofreció una sonrisa tensa.

—Gracias, Harry. —Alzó su bastón sosteniéndolo con ambas manos—.

¿Me abres la puerta?

—Estarán fuera, vigilando.

—Utilizaré un velo. No me verán.

—Son buenos.

Se encogió de hombros y dijo sin mucho entusiasmo:

—Yo soy mejor. Son años de experiencia.

Incliné la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con las hadas?

—No lo sé —contestó—. Ya hablaremos.

—¿Dónde te puedo encontrar?

Señaló la puerta con la cabeza. La abrí. Salió detrás de mí y me volvió a besar en la mejilla, sus labios eran cálidos.

—Tú eres el que tiene un despacho y un contestador. Ya te buscaré yo. —

Entonces traspasó el umbral murmurando algo en voz baja. Se produjo un repentino fogonazo de luz plateada a su alrededor que me obligó a cerrar los ojos.

Cuando los volví a abrir ya no estaba.

Dejé la puerta abierta durante un momento, e hice bien porque *Mister* apareció bajando las escaleras un segundo después. Me miró y lanzó un maullido lastimero. Entró sigiloso en el apartamento y se frotó contra mis piernas ronroneando como un motor diesel. Trece kilos de gato, más o menos.

Supongo que uno de sus padres tuvo que ser un tigre de dientes de sable por lo menos.

—Muy oportuno, por cierto —le dije. Después cerré la puerta y eché el cerrojo.

Me quedé de pie en la penumbra de la habitación solo iluminada por el fuego de la chimenea. Aún sentía un cosquilleo en la mejilla que Elaine había besado. Su perfume todavía flotaba en el aire y con él volvieron a la memoria una batería de recuerdos casi tangibles, una oleada de cosas que creía haber olvidado. Me sentí viejo, cansado y muy solo.

Caminé hacia la repisa de la chimenea y coloqué en su sitio la tarjeta que Susan me había enviado las Navidades pasadas. Contemplé la foto junto a la tarjeta. Aquel fin de semana estuvimos en un parque y ella llevaba una camiseta azul sin mangas y unos pantalones cortos. Sus dientes resultaban increíblemente blancos en contraste con su oscura piel bronceada y su pelo negro como el carbón. Le hice aquella foto cuando estaba riendo y sus ojos brillaban.

Negué con la cabeza.

—Estoy cansado, *Mister* —dije—. Estoy ridículamente cansado.

*Mister* maulló.

—Bueno, ahora lo más inteligente sería descansar un poco, pero ¿qué sé yo? Aquí estoy, hablándole a mi gato. —Me rasqué la barba y tomé una decisión—. Solo un sueñecito en el sofá, luego a trabajar.

Recuerdo que me senté en el sofá y después hubo un agradable fundido en negro.

Y me vino muy bien, porque los días siguientes iban a ser complicados.

No estaba tan cansado como para no soñar. Era evidente que mi subconsciente, al que por cierto conocí un día y resultó ser un poco gilipollas, se traía algo entre manos, porque el sueño era una variación del tema que había ocupado casi todas mis noches desde que vi a Susan por última vez.

Todo comenzaba con un beso.

Susan tiene una boca preciosa. Con unos labios ni demasiado finos ni demasiado gruesos. Siempre suaves, siempre cálidos. Cuando me besaba, era como si el mundo se esfumase. Nada importaba, solo el roce de sus labios con los míos. Besé a la Susan de mi sueño y se apretó contra mí con un suave gemido, todo su cuerpo dispuesto, anhelante. Alzó las manos y sus dedos recorrieron mi pecho arañándome ligeramente con las uñas.

Me aparté después de un momento, mis párpados pesaban tanto que me costaba mantener los ojos abiertos. Mis labios temblaban y sentí un hormigueo que me incitó a besarla otra vez para que cesara. Ella me miró con sus oscuros ojos en llamas. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, sedosa y larga que le caía entre los omóplatos. Su maravilloso rostro aguileño se inclinó un poco hacia mí.

—¿Estás bien? —le pregunté como siempre. Y como siempre, ella me sonrió con tristeza sin decir palabra. Me mordí el labio—. Sigo buscando. No me he rendido.

Movió la cabeza y se apartó de mí. Tuve la presencia de ánimo de mirar a mi alrededor. Esta vez estábamos en un callejón oscuro y el potente sonido de la música de una discoteca cercana hacía vibrar la pared. Susan llevaba unas medias oscuras, una blusa sin mangas y sobre los hombros, mi guardapolvos de cuero negro que casi le rozaba los pies. Me miró fijamente y después se volvió hacia la entrada de la discoteca.

—Espera —le dije.

Se acercó a la puerta, se giró y extendió una mano hacia mí. La puerta se abrió y una tenue luz de color rojo la iluminó, provocando un efecto extraño sobre las sombras de su rostro. Sus ojos se hicieron más grandes.

No, no era eso. El negro de sus pupilas se expandió hasta ocuparlo todo, hasta que no hubo más que oscuridad donde debían haber estado sus ojos. Eran ojos de vampiro, enormes e inhumanos.

—No puedo —dije—. No podemos entrar ahí, Susan.

Sus rasgos reflejaron frustración y enfado. Volvió a ofrecerme su mano, con más apremio.

De la oscuridad de la puerta surgieron manos delgadas, pálidas, andróginas. Se deslizaron sobre Susan con suavidad, acariciándola. Después comenzaron a tirar de su ropa, de su pelo. Sus ojos se cerraron un momento, su cuerpo se puso tenso antes

de vencerse lentamente hacia la puerta.

Sentí una punzada de deseo, repentina, inoportuna y afilada como la hoja de un bisturí. Una oleada de lujuria, la simple y casi violenta necesidad de tocar, de que me tocaran, fluyó por todo mi cuerpo y de repente fui incapaz de pensar.

—No —dije, y entré tras ella.

Sentí como me cogía de la mano. Sentí como se apretaba contra mí con otro gemido y sus labios, su boca, devoraron la mía con besos voraces, besos que devolví con pasión conforme mis dudas iban esfumándose. Noté que me estaba envenenando cuando un repentino y narcótico entumecimiento inundó mi boca y luego el resto de mi cuerpo. No me importó. La besé, le arranqué la ropa y ella me la arrancó a mí. Las manos nos ayudaban, pero ya no les prestaba ninguna atención. Era una sensación de fondo sin importancia en comparación con la boca de Susan, sus manos, su piel de terciopelo bajo mis dedos.

No había amor, solo deseo animal, carnal. La empujé contra la pared en la tenue luz roja, y ella se enroscó alrededor de mi cuerpo, frenética, su cuerpo pidiéndome más. Entré en ella con una repentina sensación de seda y miel, y tuve que esforzarme para mantener el control echando la cabeza para atrás.

Entonces ella se estremeció y como siempre, me atacó. Su boca se cerró sobre mi garganta con un fogonazo de calor y agonía que se fundieron en un entumecimiento tan delicioso como el de sus besos, pero más completo. Un placer lánguido se apoderó de mí y sentí como mi cuerpo reaccionaba, perdiendo el control por completo, y arremetiendo contra ella, una y otra vez.

Poco a poco el movimiento cesó cuando un éxtasis convulso y perfecto se extendió por todo mi ser. Empecé a perder el control de mis extremidades, como si mis músculos se hubiesen convertido en gelatina. Lentamente caí al suelo. Susan siguió sobre mí, con su boca caliente y hambrienta en mi garganta, su cuerpo, sus caderas moviéndose, marcando el ritmo.

El placer del veneno fundió mis pensamientos que se deslizaron fuera de mí y comenzaron a flotar alrededor. Dirigí la vista hacia abajo, donde estaba mi cuerpo, bajo el de Susan, pálido, sobre el suelo, con los ojos vacíos. Vi el cambio que se producía en ella. Vi su cuerpo retorcerse y arquear la espalda, vi como su piel se abría y se desgarraba. Vi algo tenebroso y horrible abrirse paso desde su interior, sus ojos eran enormes y oscuros, y su piel negra y resbaladiza. Y tenía sangre, mi sangre alrededor de la boca.

La criatura se quedó paralizada por la sorpresa al reparar en mi cadáver.

Y cuando empezaba a alejarme flotando, vi como echó la cabeza hacia atrás, su cuerpo flexible y sinuoso como el de una serpiente, y dejó escapar un gemido inhumano, estridente, lleno de furia, dolor y angustia.

Me desperté del sueño con un grito ahogado, la piel bañada en sudor frío, los



músculos rígidos y doloridos.

Recuperé el aliento tras unos segundos mientras miraba a mi alrededor.

En mis labios sentía el hormigueo de los besos recordados, en mi piel el roce de las caricias soñadas.

Me obligué a incorporarme con un quejido y fui dando tumbos hasta la ducha. A veces me alegro de haber desconectado la caldera. Lo hice para evitar accidentes de orden mágico. Convierte el lavarse en invierno en una verdadera tortura, pero a veces no hay nada mejor que una ducha bien fría.

Me desnudé y permanecí un buen rato bajo el chorro de agua, temblando. Aunque no necesariamente de frío. La tiritona se debía a muchas cosas. Primero a una simple y desenfrenada lascivia. La ducha apagó ese fuego en cuestión de segundos. No os hagáis una idea equivocada, yo no tenía ninguna obsesión con el sexo y la muerte.

Pero estaba acostumbrado a liberar ciertas tensiones con Susan y su ausencia había cortado eso de raíz, excepto en algunos sueños, cuando mis hormonas se apoderaban de mis pensamientos como si quisieran recuperar el tiempo perdido.

Segundo, temblaba de miedo. Mis pesadillas podrían tener algo de desahogo lujurioso, pero también eran un aviso. La maldición de Susan podía matarme y destruirla. Eso no lo debía olvidar.

Y tercero, temblaba de culpa. Si no la hubiese fallado, probablemente no estaría en este lío. Se había marchado y no tenía ni la menor idea de dónde podía estar. Quizá no me esforzaba lo suficiente.

Agité la cabeza bajo el agua y alejé esos pensamientos echándome una tonelada de jabón y todo el champú que quedaba en la botella. Me froté la barba, después cogí la cuchilla y estuve unos minutos afeitándome con mucho cuidado. El suelo de la ducha comenzó a cubrirse con pequeños fragmentos de pelo oscuro y fuerte, y noté un cosquilleo en la cara al sentir el contacto del aire por primera vez en varios meses. Pero era agradable, y mientras proseguía con el aseo, mis ideas se fueron aclarando.

Saqué ropa limpia del armario, pasé al cuarto de estar y aparté la alfombra que ocultaba la trampilla que daba al sótano. Abrí la puerta, encendí una vela y bajé por la escalerilla a mi laboratorio.

Mi laboratorio, a diferencia del caos del piso de arriba, parecía el despacho de un militar maniático del orden. En medio de la habitación había una mesa larga, situada entre otras dos, cada una apoyada contra una pared para dejar un estrecho pasillo entre ellas. En las estanterías de acero blanco que cubrían las paredes descansaban los recipientes donde guardaba los componentes mágicos que usaba en mis investigaciones. Había una gran variedad de tarros, botellas, cajas y botes de plástico, casi todos con etiquetas donde figuraba su contenido, cuánto quedaba y cuándo lo había comprado. Las mesas estaban limpias salvo por una pila de hojas, una jarrita con lapiceros y bolígrafos, y un montón de velas. Encendí unas cuantas, me dirigí al

otro extremo del laboratorio y comprobé que nada atravesaba el círculo de invocaciones de cobre que había en el suelo. Uno nunca sabe cuándo va necesitar un círculo mágico.

Una zona del laboratorio conservaba el desorden existente antes de que el año pasado decidiera convertir el apartamento en mi residencia fija. Había una vieja repisa de madera que no había reparado ni cambiado. Al final de la repisa, se agrupaban varios candelabros cubiertos con diferentes tonos de cera derretida. Y entre ellos se apilaban artículos, algunas novelas de amor en edición bolsillo, varios catálogos de Victoria's Secret, un jirón perteneciente a un pañuelo de seda rojo que en forma de lazo llevó una joven desnuda llamada Justine, un brazalete de unas esposas rotas y un viejo y reluciente cráneo humano.

—Bob, despierta —dije, mientras encendía las velas—. Necesito que me eches una mano.

Unas luces turbias de color naranja encendieron las oscuras órbitas de la calavera. El cráneo tembló un poco en su repisa y luego abrió la boca llena de dientes en algo parecido a un bostezo.

—¿Y? ¿Tenía razón el chico? ¿Estaba ocurriendo algo extraño?

—Lluvia de sapos —contesté.

—¿De sapos de verdad?

—Sí.

—¡Oh, oh! —dijo Bob, *la Calavera*. Bob en realidad no era una calavera. La calavera no era más que un recipiente para el espíritu de intelecto que vivía dentro y me ayudaba a estar al tanto de las leyes en constante evolución de la metafísica que gobierna el uso de la magia. Pero «Bob, *la Calavera*» es mucho más corto que «Bob, espíritu de intelecto y auxiliar de laboratorio».

Asentí mientras preparaba el quemador de Bunsen y las cubetas de precipitación.

—Eso mismo dije yo. Oye, Bob, tengo un pequeño problema y...

—Harry, no lo conseguirás. No hay cura para el vampirismo. A mí también me gusta Susan, pero es imposible. ¿Crees que eres el primero en buscar un remedio?

—Yo desde luego no lo había intentado antes —contesté—. Y he tenido un par de ideas que me gustaría probar.

—¡Sí, mi capitán Ahab, *ar, ar, ar, ar!* ¡Cogeremos al demonio blanco, señor!

—Desde luego que sí. Pero antes tenemos que hacer otra cosa.

Las luces en las cuencas de Bob ganaron intensidad.

—¿Algo diferente de esa investigación absurda y descabellada sobre los vampiros? Ya me parece interesante. ¿Tiene algo que ver con la lluvia de sapos?

Fruncí los labios, saqué una hoja de papel y un lapicero y comencé a apuntar cosas. A veces eso me ayuda a aclarar las ideas.

—Quizá. Se trata de un asesinato.

—Vale. ¿Quién es el difunto?

—Un artista. Ronald Reuel.

Los ojos de Bob se redujeron hasta parecer dos puntos.

—Ah. ¿Quién quiere que encuentres al asesino?

—Aún no sabemos con seguridad si murió asesinado. La poli dice que fue un accidente.

—Pero tú no estás de acuerdo.

Negué con la cabeza.

—No lo sé, pero Mab dice que fue un asesinato. Quiere que encuentre al culpable para demostrar que ella es inocente.

Bob se quedó mudo de asombro, y durante casi un minuto, el único ruido que se escuchó fue el roce de mi lapicero al garabatear sobre el papel.

Finalmente me espetó:

—¿Mab? ¿El hada Mab, Harry?

—Sí.

—¿La reina del Aire y la Oscuridad? ¿Esa Mab?

—Sí —contesté molesto.

—¿Y es tu cliente?

—Sí, Bob.

—Ahora es cuando te pregunto que por qué no te dedicas a algo más seguro y aburrido. Como por ejemplo poner supositorios a gorilas rabiosos.

—Vivo para estos retos —le dije.

—O no, como quizá sea este el caso —dijo Bob vehemente—. Harry, si no te lo he dicho mil veces no te lo he dicho ninguna. No te mezcles con las sidhe.

Siempre es más complicado de lo que parece en un principio.

—Gracias por el consejo, calavera. Pero no tuve elección. Lea le vendió mi deuda.

—Entonces debiste ofrecerle otra cosa a cambio de tu libertad —dijo Bob—. No sé, algún bebé robado o algo así y...

—¿Un bebé robado? Ya tengo suficientes problemas.

—Claro, como eres un tío tan legal y honrado...

Me presioné el puente de la nariz con el pulgar. Esta iba a ser una de esas conversaciones que acababan dándome dolor de cabeza. Ya empezaba a notarlo.

—Oye, Bob, ¿por qué no nos concentramos en el asunto que nos ocupa?

Tenemos poco tiempo, así que a trabajar. Necesito saber por qué querría matar nadie a Reuel.

—Jolín, Harry —respondió Bob—. ¿Quizá porque era el caballero del Verano?

El lapicero se cayó de mis dedos y rodó por la mesa.

— *Uau* —dije—. ¿Estás seguro?

—¿Tú qué crees? —me espetó Bob con cierta ironía en sus palabras.

— *Hum* —dije—. Pues esto se pone feo. Significa que...

—Significa que el acuerdo con la sidhe es más complicado de lo que parecía. Caray, si al menos alguien te hubiera avisado de que no fueras tan idiota como para hacer tratos con hadas...

Miré a la calavera con fastidio y recuperé el lapicero.

—¿En qué situación me deja eso?

—En una muy mala —respondió Bob—. Los caballeros reciben su poder de las cortes sidhe. Son tíos duros.

—No sé mucho de ellos —confesé—. Son como los representantes de las hadas ¿no?

—Ni se te ocurra decirles eso a la cara, Harry. Les gusta tanto como a ti que te llamen simio.

—Pues dime a qué me enfrento.

Los ojos de Bob se estrecharon hasta casi desaparecer, y recobraron su brillo cuando comenzó a hablar de nuevo instantes después.

—El caballero sidhe es un mortal —dijo Bob—. Un campeón de una de las dos cortes sidhe. Sus poderes se los otorga su corte y es el único al que se le permite actuar en asuntos que no estén directamente relacionados con las sidhe.

—¿Y eso significa?

—Significa que si una de las reinas quiere matar a alguien de fuera, su caballero lo hará por ella.

Fruncí el ceño.

—Espera un momento. ¿Te refieres a que las reinas no pueden acabar personalmente con alguien que no sea de su corte?

—No, a no ser que el objetivo sea tan imbécil como para pactar con un hada sin ni siquiera intentar cambiar un bebé...

—Corta el rollo, Bob. ¿Me tengo o no me tengo que preocupar de que me maten?

—Claro que sí —dijo Bob con tono alegre—. Solo que la reina no puede poner fin a tu vida personalmente. Aunque te pueden engañar para que camines sobre arenas movedizas y contemplar después como te ahogas, o convertirte en un ciervo y mandar a sus sabuesos a por ti, o dormirte con un hechizo que dure cien años, ese tipo de cosas.

—Ya, era demasiado bonito para ser cierto. Pero lo que quiero decir es que si Reuel era el caballero del Verano, Mab no pudo matarlo, ¿no? Entonces,

¿por qué está bajo sospecha?

—Porque podría haber ordenado que alguien más lo hiciera. Y Harry, lo más seguro es que a las sidhe no les preocupe la muerte de Reuel. Los caballeros son de usar y tirar, como los pañuelos de papel. Supongo que la tensión es por alguna otra

cosa. Lo único que realmente les importa...

—El poder —me aventuré.

—¿Ves como sabes usar el cerebro cuando quieres?

Negué con la cabeza.

—Mab dijo que le habían robado algo, y que ya descubriría qué era —murmuré—. Supongo que se refería a eso. ¿De cuánto poder estamos hablando?

—Un caballero sidhe no es ningún pardillo, Harry —dijo Bob con gravedad.

—Estamos hablando de un montón de magia en paradero desconocido.

Un robo de poder. —Di golpecitos con el lápiz sobre la mesa—. ¿De dónde procede ese poder?

—De las reinas.

Torcí el gesto.

—Dime si me equivoco. Si procede de las reinas es que forma parte de ellas, ¿no? Si un caballero muere, el poder debería volver a su reina como si fuera una cinta elástica.

—Exacto.

—Pero en esta ocasión no ha ocurrido así. Así que a la reina del Verano le falta mucho poder. Está debilitada.

—Si todo lo que me has contado es cierto, así es —dijo Bob.

—Ya no hay equilibrio entre Verano e Invierno. Bueno, eso explicaría la lluvia de sapos. Es un pulso de fuerzas muy potente, ¿verdad?

Bob puso las luces de sus ojos en blanco».

—¿El cambio de estación? Claro, Harry. Las sidhe están más cerca del mundo mortal que cualquier otro ser del Más Allá. Verano tenía hasta ahora una ligera ventaja, pero parece que la ha perdido.

—Y yo que creía que el calentamiento global se debía a los pedos de las vacas. —Moví la cabeza de lado a lado—. Bueno, así que Titania pierde un poco de fuelle y naturalmente todas las sospechas recaen sobre su archienemiga, Mab.

—Sí, es justo lo que haría una archienemiga, ¿no crees?

—Supongo. —Fruncí el ceño al mirar mis notas—. Bob, ¿qué pasa si el desequilibrio entre las dos cortes continúa?

—Nada bueno —dijo Bob—. Trastocará la meteorología, provocará comportamientos aberrantes en plantas y animales, y antes o después, las cortes sidhe se declararán la guerra.

—¿Por qué?

—Porque, Harry, cuando se destruye el equilibrio, lo único que las reinas pueden hacer es acabar con todo y dejar que la naturaleza restablezca el orden por sí misma.

—¿Y eso en qué me afecta? —pregunté.

—Depende de quién lleve la voz cantante cuando todo termine —contestó Bob—.

La guerra podría dar paso a la siguiente glaciación o a una época de crecimiento desmedido.

—Eso último no suena tan mal.

—No, si eres el virus Ébola. Ya verás que de amigos te salen.

—Oh, entonces es malo.

—Sí —dijo Bob—. Aunque no olvides que esto es solo la teoría. Yo jamás lo he visto. No soy tan viejo. Pero es algo que las reinas prefieren evitar si es posible.

—Lo que explica el interés de Mab en este caso, si es que es inocente.

—Y aunque no lo fuera —me corrigió Bob—. ¿Acaso te dijo que era inocente?

Pensé en ello durante un momento.

—No —admití por fin—. En realidad no hablé claro.

—Entonces es posible que sí lo hiciera. O en este caso, que lo mandara hacer.

—Sí —contesté—. De modo que para averiguar si fue una de las reinas, tenemos que encontrar a su matón. ¿Qué haría falta para matar a un caballero?

—Con tirarlo por las escaleras no bastaría. Ni aunque cayera rodando varios pisos. Quizá si se subiera contigo en el ascensor...

—Muy gracioso. —Fruncí el ceño mientras aporreaba la mesa con el lápiz—. Si para quitar a Reuel de en medio se necesitaba un toque extra..., ¿quién podría tener esa capacidad?

—Alguien normal podría hacerlo, pero tendría que hacer saltar edificios por los aires y dejar tras de sí cráteres humeantes, o algo parecido. Pero ¿matarlo y que parezca un accidente? Quizá otro caballero. Dentro de las cortes sidhe, podría ser el caballero del Invierno o una de las reinas.

—¿Y un mago?

—Eso no hace falta ni decirlo. Pero tendría que ser un mago muy fuerte, muy bien preparado y con bastante proyección. Aun así, sería mucho más fácil hacer saltar el edificio por los aires que simular un accidente.

—Últimamente los magos se han mantenido ocultos y a la expectativa. Y son demasiados para considerarlos a todos sospechosos. Vamos a suponer que esto es un asunto entre hadas. Así nos quedamos tan solo con tres posibles culpables.

—¿Tres?

—Los tres que podrían haberlo hecho. La reina del Verano, la del Invierno, y el caballero del Invierno. Uno, dos, tres.

—Harry, dije que podría ser cualquiera de las reinas.

Miré a la calavera sorprendido.

—¿Hay más de dos?

—Sí, técnicamente hay tres.

—¿Tres?

—En cada corte.

—¿Tres reinas en cada corte? ¿Seis? Eso es absurdo.

—No si lo piensas bien. Cada corte tiene tres reinas: La reina que fue, la reina que es, y la reina que será.

—Genial. ¿Y a cuál de ellas sirve el caballero?

—A las tres. Es una cosa grupal. Tiene diferentes obligaciones con cada una de ellas.

Sentí como el dolor de cabeza comenzaba en la nuca y subía hacía la coronilla.

—Vale, Bob. Háblame de esas reinas.

—¿De cuáles? ¿De las que son, las que fueron, o de las que serán?

Me quedé mirando a la calavera durante un segundo mientras el dolor de cabeza se asentaba confortablemente.

—Tiene que haber una forma más sencilla de decir eso.

—Típico de ti. Incapaz de robar un bebé, y encima le cuesta hasta farfullar tres...

—Eh, —protesté— mi vida sexual no tiene nada que ver con...

—Farfullar, Harry. Farfu... bah, no sé ni por qué me molesto. La reina es simplemente la reina. Reina Titania. Reina Mab. La reina que fue se llama «madre». A la reina que será se la conoce como la «señora». Ahora mismo, la señora del Invierno es Maeve. La señora del Verano, Aurora.

—Señora, reina; madre, vale. —Cogí el lápiz y lo apunté todo, incluyendo los nombres, para ayudarme a tener las cosas claras—. Así que hay seis sospechosos.

—Además del caballero del Invierno —me corrigió Bob—. En teoría.

—Vale —dije—. Siete. —Escribí los títulos. Después di varios golpecitos sobre el cuaderno pensativamente y añadí—: Ocho.

—¿Ocho? —preguntó Bob.

Respiré hondo y dije:

—Elaine está viva. Investiga el mismo caso para Verano.

—*Uau* —dijo Bob—. *Uau*. Y mira que te lo dije.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—¿Crees que se lo pudo cargar ella?

—No —contesté—. Pero tampoco imaginé nunca que Justin y ella se volverían contra mí. Solo necesito saber si cuenta con los medios necesarios para hacerlo. Es decir, si crees que a mí me resultaría difícil, quizá ella tampoco fuera capaz de matarlo. Yo siempre fui mucho más fuerte.

—Sí —dijo Bob—, pero ella era mejor que tú. Tenía cualidades de las que tú carecías. Gracia. Estilo. Elegancia. Pechos.

Puse los ojos en blanco.

—Por eso la dejaré en la lista hasta que encuentre alguna razón para borrarla.

—Qué cínico y frío por tu parte, Harry. Casi me siento orgulloso de ti.

Me volví hacia el sobre que me dio Mab y hojeé los recortes de periódico que

había dentro.

—¿Tienes idea de quién es el caballero del Invierno?

—No, lo siento —dijo Bob—. Mis contactos en Invierno son un tanto superficiales.

—Muy bien. —Suspiré y cogí el cuaderno—. Ya sé lo que tengo que hacer.

—Me da miedo preguntar —dijo Bob con frialdad.

—Que te den. Tengo que averiguar más sobre Reuel. Con quién se relacionaba. Quizás alguien viera algo. Si la policía supuso que era un accidente, dudo que investigaran gran cosa.

Bob asintió, consiguiendo de alguna manera parecer pensativo.

—Entonces, ¿vas a poner un anuncio en el periódico o qué?

Recorrí el laboratorio apagando las velas.

—Pensaba más bien en un allanamiento de morada. Luego iré a su funeral, a ver quién aparece.

—Vaya. ¿Cuándo sea mayor podré hacer cosas divertidas como tú?

Resoplé y me dirigí hacia la escalerilla llevándome la última vela conmigo.

—¿Harry? —dijo Bob, antes de que saliera.

Me detuve y me volví a mirarlo.

—Aunque no me hagas caso te lo tengo que decir: ten cuidado. —Si no lo conociera mejor habría dicho que Bob, *la Calavera* estaba temblando—. Con las mujeres siempre haces el idiota y no tienes ni idea de lo que Mab es capaz.

Lo miré durante un momento, sus ojos naranjas eran la única luz en la penumbra de mi impoluto laboratorio, y sentí un escalofrío.

Después subí pesadamente por la escalerilla y salí a la calle en busca de problemas.



Hice un par de llamadas, metí unas cuantas cosas en una mochila de nailon y salí a toda prisa con la idea de entrar en el apartamento de Ronald Reuel.

La casa de Reuel estaba cerca del centro, en un edificio que parecía haber sido un teatro en otros tiempos. El vestíbulo tenía un techo muy alto y era espacioso y bonito, pero me quedé con las ganas de ver los cordones rojos o escuchar el sonido inarmónico de una orquesta calentando los instrumentos.

Entré llevando una gorra con el logotipo de FTD (Florists Transworld Delivery) y una caja de flores blanca y alargada bajo el brazo. Saludé con una inclinación de cabeza a un guarda de seguridad ya mayor que estaba sentado frente a una mesa y me dirigí hacia las escaleras con paso decidido. Es increíble hasta donde te pueden llevar una gorra, una caja y un poco confianza en ti mismo.

Subí por las escaleras hasta el apartamento de Reuel en el tercer piso. Me fui acercando poco a poco, con mis sentidos de mago alerta, atento ante cualquier energía que todavía permaneciera cerca del lugar del crimen. Me detuve un momento en el punto exacto donde se encontró el cadáver, pero no noté nada. Si se había usado una gran cantidad de magia para acabar con el caballero, no había quedado ni el menor rastro.

Seguí subiendo el tramo de escaleras que restaba hasta llegar a la tercera planta, pero cuando abrí la puerta que daba al pasillo, mi instinto me avisó de que no estaba solo. Me quedé paralizado con la puerta de las escaleras a medio abrir y Escuché.

Escuchar es bastante difícil. Ni siquiera estoy seguro de que sea algo mágico. La única forma de explicarlo es que consigo bloquearlo todo, excepto lo que oigo, y escucho cosas en las que normalmente no repararía. Es una habilidad poco frecuente en la actualidad, pero que me ha resultado útil en más de una ocasión.

Esta vez pude Escuchar a alguien con voz grave maldecir entre dientes y luego revolver papeles en algún lugar de aquella misma planta.

Abrí la caja de flores y saqué mi varita, luego comprobé mi brazalete escudo. En realidad, en estos casos de enfrentamiento cuerpo a cuerpo, habría preferido llevar una pistola, pero si la policía o el guarda de seguridad me pillaban husmeando en el apartamento de un hombre muerto con un arma en la mano, tendría que dar muchas explicaciones. Agarré con fuerza la varita y salí con cautela al pasillo, deseando no tener que utilizarla. Lo creáis o no, mi primera reacción no es siempre prender fuego a las cosas.

La puerta del apartamento de Reuel estaba entreabierta y su madera de color claro brillaba especialmente en la zona recientemente astillada. Mi corazón se aceleró. Parecía que alguien se me había adelantado. Eso significaba que debía de estar en el buen camino.

También significaba que quién estuviera en el apartamento, probablemente no se alegraría de verme.

Me acerqué con sigilo a la puerta y me asomé.

Lo que vi en el apartamento parecía salido del número 429-B de Baker Street. Madera oscura con labrados complicados y sinuosos y telas con diseños más recargados que el maquillaje de una fan en un concierto de Kiss llenaban cada centímetro en un alarde de esplendor Victoriano. Bueno, o al menos así debió de ser. Porque ahora todo estaba hecho un desastre. Había una mesa de escritorio con sus cajones bocabajo y esparcidos por el suelo. Un viejo arcón de lado, con la tapa rota y todo su contenido desperdigado por la alfombra. A través de la puerta abierta del dormitorio, pude comprobar que la alcoba tampoco se había librado que aquel maltrato. Había ropa y jirones de tela por todas partes.

El hombre dentro del apartamento de Reuel parecía sacado del catálogo de Matones Asociados S. A. Era un palmo más alto que yo y no pude discernir dónde acaban sus hombros y dónde empezaba su cuello. Llevaba unos pantalones deshilachados, un suéter con los codos desgastados y un bombín con una cinta gris oscuro de los que se veían en los barrios bohemios durante la Gran Depresión. En una de sus manazas sostenía una bolsa de cuero desgastado, mientras que con la otra sacaba trozos de papel, o más bien fichas de cartulina de una caja de zapatos que descansaba sobre un viejo escritorio y las metía en la bolsa. Ya casi no cabía nada, pero seguía metiendo más fichas con movimientos rápidos y precisos. Murmuró algo, emitió un rugido grave y se lanzó sobre un fichero rotativo que había sobre la mesa y que introdujo como pudo en la bolsa.

Me aparté de la puerta y apoyé la espalda contra la pared. No había tiempo que perder, pero antes debía trazar un plan. Si había alguien en casa de Reuel rebuscando entre sus papeles, eso quería decir que Reuel escondía algún tipo de prueba. Por lo tanto, necesitaba ver lo que King Kong llevaba en aquella bolsa.

Y aunque dudaba de que me lo enseñara si se lo pedía por favor, la otra opción tampoco me gustaba mucho. Con tan poco espacio, y con otros residentes cerca, no quería echar mano de la magia pumba. La magia pumba, o evocación, es difícil de controlar y no se me da muy bien. Aun utilizando mi varita como eje central, en más de una ocasión acabé dañando por accidente la estructura de algunos edificios. Me consideraba afortunado por seguir vivo a pesar de aquello y no quería forzar mi suerte, si podía evitarlo.

Por supuesto, siempre podía saltar sobre aquel cachas e intentar quitarle la bolsa. Tenía la sensación de que un mundo nuevo de suplicios se abriría ante mí, pero podía intentarlo.

Eché otro vistazo al matón. Con una sola mano levantó como si nada un sofá que debía de pesar unos noventa kilos para mirar debajo. Me aparté de la puerta de nuevo.

Pelea a puñetazos, mala idea. Muy mala idea.

Me mordí el labio durante un momento. Luego volví a guardar mi varita dentro de la caja de flores, me coloqué bien la gorra de FTD, doblé la esquina y llamé a la puerta entreabierta.

El matón giró la cabeza hacia mí, junto con la mayor parte de sus hombros, y me miro con rabia, enseñándome los dientes.

—FTD —dije, intentando mantener un tono de voz amable—. Tengo una entrega para el señor Reuel. ¿Me firmas?

Sus ojos me observaron furiosos desde las sombras que proyectaba aquella abultada frente.

—¿Flores? —dijo un minuto después.

—Sí, colega —contesté—. Flores. —Entré en el apartamento y le coloqué delante la carpeta mientras me lamentaba por no tener chicle que mascar—.

Tienes que firmar al final.

Mantuvo fija aquella mirada en mí durante unos momentos más antes de agarrar la carpeta.

—Reuel no está.

—Y a mí qué. —Le pasé un bolígrafo con la otra mano—. Tú firma para que yo me pueda largar.

Esta vez se fijó en el boli, y luego en mí. Después, dejó la bolsa sobre la mesita de café.

—Vale.

—Genial. —Di un paso adelante y dejé la caja de las flores sobre la mesita. Él agarró el bolígrafo con el puño y garabateó en la parte inferior del papel. Mientras tanto alcancé con una mano la bolsa, cogí un papel del tamaño de una carta de naipes y lo pegué a mi palma. Después me coloqué donde antes, como si nada hubiera pasado, y esperé a que terminara de firmar, gruñera y me devolviera la carpeta.

—Y ahora —dijo—, largo.

—Ya te digo —contesté—. Gracias.

Ya me dirigía hacia la puerta, cuando sentí que sus dedos se aferraron a mi brazo como si fueran de acero. Me volví para mirarle. El matón entornó los ojos, resopló y luego dijo:

—No huelo a flores.

Se me cayó el alma al suelo, pero intenté seguir con la mentira.

—¿De qué habla señor... *hum?* —Leí la firma del recibo—. Grum.

¿El señor Grum?

Se inclinó hacia mí, y los senos de su nariz volvieron a resoplar, esta vez con un sonido parecido a un relincho.

—Huelo a magia. Huelo a mago.

Seguro que mi sonrisa se volvió de color verde, a tono con el resto de mi cara.

—¡Oh!

Grum cerró una mano sobre mi garganta y me elevó del suelo con una fuerza que ningún ser humano podría igualar. Mi visión se redujo a un túnel borroso y la carpeta cayó de mis manos. Me revolví sin éxito alguno. Grum guiñó los ojos y me mostró los dientes con una lenta sonrisa.

—No deberías meterte donde no te llaman. Seas quien seas. —Sus dedos comenzaron a apretar y me pareció oír el sonido de algo que se rompía y reventaba. Recé para que fueran sus nudillos y no mi tráquea—. Fuera quien fueras.

Ya era demasiado tarde para utilizar el brazalete escudo y la varita estaba fuera de mi alcance, sobre la mesita de café. Me metí la mano en el bolsillo mientras empezaba a verlo todo negro, en busca de la única arma que podía utilizar. Solo esperaba no equivocarme con la elección.

Encontré el viejo tornillo de hierro, lo agarré como pude y lo clavé con todas mis fuerzas en el musculoso brazo de Grum. El tornillo penetró en su carne.

Gritó con un rugido grave y gutural que hizo retumbar las paredes. Se estremeció, se retorció, y me arrojó con fuerza lejos de él. Me golpeé con la puerta del dormitorio de Reuel abriéndola del todo, pero tuve suerte. Aterricé sobre la cama en lugar de chocar contra los pilares o las esquinas de madera. Si me hubiese golpeado con alguno de esos objetos, me habría roto la espalda. En cambio, caí sobre el colchón, reboté, me di contra la pared y luego volví a aterrizar en la cama.

Alcé la vista y comprobé que Grum tenía un aspecto muy diferente.

En lugar del disfraz de tío duro de película de cine negro, ahora llevaba un taparrabo de cuero de color claro... y nada más. Su piel era granate y estaba cubierta de un pelo rizado y oscuro que no ocultaba su tremenda musculatura.

Sus orejas sobresalían de los lados de la cabeza como antenas parabólicas y sus rasgos se habían achatado, dándole un aspecto más animal, casi como los de un gorila. Además ahora medía más de tres metros y medio. Tenía que agacharse para permanecer de pie en la habitación, y aun así, sus hombros presionaban contra el techo de tres metros de altura.

Con otro rugido, Grum se arrancó el tornillo del brazo y lo arrojó con tal fuerza que atravesó la pared, dejando un agujero del tamaño de mi pulgar.

Después, se volvió hacia mí, enseñándome una dentadura enorme y serrada y avanzó hacia el dormitorio. El suelo crujió bajo su peso.

—Un ogro —dije apenas sin voz—. ¡Mierda! —Extendí la mano hacia la varita y concentré mi poder—. *¡Ventas servitas!*

Un potente y repentino chorro de aire llegó a la caja de flores y la empujó hacia mí. Me golpeó en el pecho con tanta fuerza que me dolió, pero la cogí, saqué mi varita mágica y apunté con ella a Grum que se me acercaba. Concentré mi poder en la

varita, y su extremo se iluminó con una luz roja.

—¡Fuego! —bramé, al tiempo que liberaba la energía. Una columna de fuego del grosor de mi puño salió disparada hacia Grum y chocó contra su pecho.

No pareció hacerle efecto porque siguió avanzando como si nada. Su piel no se había quemado, su pelo ni siquiera se chamuscó. El fuego de mi magia le dio de lleno y no le hizo absolutamente nada.

Grum entró en el dormitorio llevándose por delante el marco de la puerta y alzó un puño. Golpeó con fuerza la cama, pero no me quedé para comprobar sus efectos. Rodé hacia el otro lado y caí al espacio que separaba el lecho de Reuel de la pared. Intentó atraparme, pero me metí debajo de la cama, le pisoteé los pies y me dirigí a gatas hacia la puerta.

Casi lo consigo. Pero algo pesado y duro me golpeó en las piernas, tiró de ellas y me dejó casi sin sentido. Solo tuve tiempo de ver como Grum cogía una antigua silla victoriana, que más bien parecía un trono, y la lanzaba contra mí.

Sentí el dolor un segundo después, pero me arrastré hasta la puerta. Los pies del ogro resonaron en rápida sucesión, y el suelo tembló conforme se acercaba a mí.

Desde la entrada, escuchamos la voz quejumbrosa de una mujer.

—¿Qué es todo ese jaleo? Acabo de llamar a la policía. Mejor será que os larguéis cuanto antes si no queréis que os encierren.

Grum se detuvo. Vi frustración y rabia en sus rasgos simiescos. Después, gruñó, se apartó y cogió su bolsa. Cuando se dispuso a salir por la puerta, me aparté de su camino rodando. Era lo bastante grande como para aplastarme el pecho si me pisaba y no quería ponerle las cosas fáciles.

—Has tenido suerte —gruñó—. Pero esto no se ha acabado todavía. —

Entonces, su silueta se volvió borrosa y cambió, se hizo más pequeño hasta que recuperó el aspecto que tenía al principio. Se ajustó el sombrero con una mano, se encaminó hacia la salida e hizo amago de darme una patada aprovechando que pasaba a mi lado. Lo esquivé y se largó.

—¿Y bien? —preguntó la misma voz—. ¿Y tú qué, maleante? ¡Fuera!

Ya se oían las sirenas de la policía en el exterior. Me levanté, me tambaleé un momento y tuve que apoyarme contra la pared para no caerme. Alcé la otra mano y la giré para ver el papel que había cogido de la bolsa de Grum.

No era un papel. Sino una foto. Nada del otro mundo... solo una instantánea. En ella aparecía el viejo Reuel, con todo el pelo blanco, posando delante de la fachada del castillo mágico en un parque Disney.

Estaba rodeado por varios jóvenes, sonrientes, bronceados por el sol y aparentemente felices. Entre ellos había una mujer alta con cuello de toro, vaqueros desgastados y el pelo teñido de un verde pardo. Sonreía de oreja a oreja y su rostro era embotado y feo. Junto a ella había una chica que pasaría por modelo de lencería,

cuerpo curvilíneo y piernas largas. Vestía un pantalón corto y la parte de arriba de un bikini. Su pelo también era verde, pero del tono de la hierba, no de una poza llena de porquería. Al otro lado de Reuel había un par de chicos. Uno de ellos, un chaval bajo y rechoncho, con perilla y gafas de sol, tenía una mano alzada con los dedos formando una «V» detrás de la cabeza de su compañero, un joven pequeño y delgado con la piel color ocre quemada por del sol y el pelo rubio tan claro que parecía casi blanco.

¿Quiénes eran? ¿Por qué Reuel estaba con ellos? ¿Y por qué Grum había estado tan interesado en sacar aquella foto del apartamento?

Las sirenas se oían más cerca y si no quería que algún bienintencionado agente de policía me encerrara, tenía que marcharme ya. Me toqué la garganta, me estremecí ante el terrible y paralizante dolor de espalda, miré intrigado la foto y salí del edificio dando tumbos.

Salí del viejo edificio de apartamentos y entré en mi Escarabajo azul sin que me atacara ningún ser, inhumano o de cualquier otra clase. Mientras ponía en marcha mi Escarabajo, vi como se aproximaba un coche patrulla con las luces azules encendidas. Me alejé de allí con tranquilidad e intenté que el temblor de mis manos no se tradujera en giros bruscos o maniobras sospechosas. No me ordenaron parar, así que debí de hacerlo bien. Un punto para los buenos.

Tuve tiempo de pensar, aunque no estaba seguro de querer hacerlo.

Había ido al apartamento de Reuel para fisgar un poco, con la idea de que probablemente encontraría poca cosa, o nada. Pero había tenido suerte. No solo había aparecido en el lugar idóneo, sino también en el momento adecuado.

Alguien estaba muy interesado en ocultar algo que había allí, quizá fueran más fotos como la que me había llevado yo, u otros papeles. Ahora lo que necesitaba saber era qué estaba buscando Grum o, todavía mejor, por qué intentaba llevarse pruebas. Si no, descubrir para quién trabajaba también me serviría. Los ogros no son famosos por su empuje e iniciativa. Además, teniendo en cuenta lo que estaba sucediendo, sería absurdo asumir que aquel matón, uno de los pesos pesados del mundo de las hadas, simplemente había decidido, *motu proprio*, pasarse por la casa de un hombre recientemente fallecido.

Los ogros eran criaturas montaraces que podían trabajar tanto para Invierno como para Verano, y mostraban personalidades y temperamentos que cubrían toda la gama que va desde jovial y violento hasta maligno y violento.

Grum no parecía especialmente simpático, pero se había mostrado resolutivo y contenido. La mayoría de estos armarios de tres puertas del mundo de las hadas no habría dejado de atizarme por mucho que protestaran los vecinos. Eso significaba que Grum tenía más sentido común que el gorila medio, y por lo tanto, que era peligroso... Eso sin contar lo fácilmente que había ignorado los conjuros que le lancé.

Todos los ogros tienen la capacidad innata de neutralizar las fuerzas mágicas hasta cierto punto. En este caso, Grum se comportó como si me hubiese limitado a restregar los zapatos por la alfombra para darle un calambrazo. Eso significaba que era un ogro antiguo y muy fuerte. La rápida y completa transformación también indicaba lo mismo. Un monstruito cachas de medio pelo no habría podido adoptar forma humana, con ropa incluida, tan hábilmente.

Listo más fuerte más rápido igual a chungo. Lo más seguro es que fuera el esbirro o guarda personal de algún pez gordo.

¿Pero de quién?

Parado ante un semáforo estudié la fotografía que le había robado a Grum.

—Joder —murmuré—, ¿quién es esta gente?

Añadí aquella pregunta a una lista de cuestiones que no hacía más que crecer como los hongos en el vestuario de un gimnasio.

El funeral de Ronald Reuel ya había comenzado cuando llegué. La Funeraria Flannery, en la zona de River North, había sido un negocio familiar hasta hacía unos años. El local era antiguo, pero estaba bien cuidado. Ahora, en lugar de los arbustos del mimado jardín, había piedras, cuyo mantenimiento sin duda era mucho más sencillo. El aparcamiento estaba lleno de baches, y solo la mitad del alumbrado exterior funcionaba. El luminoso de cristal y plástico donde se leía: «Funeraria Acres Tranquilos», brillaba sobre la puerta con unas llamativas luces verdes y azules.

Aparqué el Escarabajo, guardé la foto en un bolsillo, y salí del coche. No podía entrar en la funeraria con mi bastón y mi varita mágica. Los que no creen en la magia te miran como a un bicho raro por aparecer con un gran palo tallado con adornos en forma de runas y sellos. Y los que saben lo que soy reaccionan como si irrumpiese envuelto en cinturones de munición y sostuviera una ametralladora de gran calibre en cada mano, estilo John Wayne. Dentro podría haber gente de las dos clases, así que me llevé solo lo más discreto: el anillo, casi vacío, el brazalete escudo y el pentáculo de plata de mi madre. Al ver mi imagen reflejada en el cristal de la puerta me di cuenta de que no iba vestido para la ocasión, pero como tampoco iban a sacar mi foto en la sección de cotilleos, entré en el edificio y me dirigí directamente hacia la sala donde tenían a Ronald Reuel.

Lo habían vestido con un conjunto de seda gris con brillo metálico. Era un traje demasiado moderno para él, pero además, le quedaba grande. Le habría ido más un traje de lana. El encargado no había hecho un gran trabajo con Reuel. Sus mejillas estaban demasiado sonrosadas y sus labios demasiado amoratados. Se podían ver las puntadas de hilo con que le habían cosido los labios para que no se le abriera la boca. Nadie habría dicho que aquel anciano se estaba echando una siestecita, estaba claro que era un cadáver. La sala estaba medio llena. Los asistentes desfilaban delante del ataúd o charlaban en pequeños grupos.

No había nadie ocultándose entre las sombras fumando un cigarrillo o mirando de reojo a los demás con aire sospechoso. No vi que ninguno de los asistentes escondiera de repente un cuchillo ensangrentado tras la espalda o se retorciera el bigote. De modo que el enfoque Dudley Do-Right quedaba descartado, no me serviría para encontrar al culpable del asesinato. Puede que él, ella o ellos no estuvieran allí.

Por supuesto, pensé en la posibilidad de que las hadas se ocultaran tras un velo o un encantamiento, pero hasta las más experimentadas tienen problemas para pasar por mortales. Mab estaba estupenda, sí, pero no parecía normal. Con Grum pasó más o menos lo mismo. Es decir, parecía humano, sí, pero también un extra de la peli *Los intocables*. Las hadas pueden hacer muchas cosas muy bien, pero perderse entre la



multitud no es una de ellas.

En cualquier caso, todas aquellas personas parecían, en su mayoría, parientes o compañeros de trabajo. No vi a los que figuraban en la foto ni a ningún hada con un mal disfraz de mortal y, o mi instinto se había tomado la noche libre o no había nadie usando ningún velo o hechizo. Malos uno, Harry cero.

Abandoné la sala y me encontré de nuevo en el pasillo a tiempo de escuchar un susurro procedente de alguna sala cercana. Aquello sí me llamó la atención. Me esforcé por avanzar sigilosamente y me acerqué un poco más mientras Escuchaba.

—No lo sé —musitó una voz de hombre—. Llevo todo el día buscándola.

Nunca había estado fuera tanto tiempo.

—Es lo que yo digo —gruñó una voz femenina—. Nunca está tanto tiempo fuera. Ya sabes cómo se pone.

—Dios —dijo una tercera voz de hombre joven—. Ha sido él, al final lo ha hecho.

—Eso no lo sabemos —respondió el primer hombre—. Quizá lo pensó mejor y se ha marchado de la ciudad.

La voz de la mujer sonó cansada.

—No, Ace. Ella no se marcharía sin más. Y menos sola. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué? —dijo el segundo hombre.

—Algo —respondió la mujer—. Lo que sea.

—*Uau*, eso es ser específico —dijo con ironía y frialdad el primer hombre, aparentemente Ace—. Pues hagas lo que hagas, más vale que sea rápido. El mago está aquí.

Sentí como los músculos del cuello se me tensaban. Se produjo un silencio corto, quizá fruto de la sorpresa.

—¿Aquí? —repitió el segundo hombre con pánico en la voz—. ¿Ahora?

¿Por qué no nos has dicho nada?

—Acabo de hacerlo, imbécil —dijo Ace.

—¿Y qué hacemos? —preguntó el segundo hombre—. ¿Qué hacemos, qué hacemos?

—¡Cállate! —le ordenó la voz femenina—. Cállate, Fix.

—Trabaja para Mab —dijo Ace—. Ya lo sabéis. Esta misma tarde vino del Más Allá.

—Imposible —añadió la segunda voz, imagino que Fix—. Se supone que es un tío decente, ¿no?

—Eso depende de con quién hables —repuso Ace—. Los que se cruzan en su camino suelen acabar muertos.

—¡Dios! —dijo Fix sin aliento—. ¡Ay Dios, ay Dios!

—Oíd —dijo la mujer—. Si está aquí, deberíamos irnos. Al menos hasta que

sepamos lo que significa. —Me pareció oír como crujía algo, un mueble de madera, una silla—. Vamos.

Retrocedí por el pasillo y doblé la esquina hacia el vestíbulo al escuchar las pisadas que dejaban la salita. No se encaminaron hacia mí. En lugar de eso se alejaron por el pasillo, dando la espalda al vestíbulo. Imaginé que se dirigían a alguna puerta trasera. Me mordí el labio y sopesé mis opciones. Tres personas bastante aprensivas, quizá humanas, quizá no, se dirigían por un pasillo en penumbra hacia una puerta trasera que sin duda daba a algún callejón igualmente oscuro. Aquello reunía todos los ingredientes de un asunto turbio.

Sin embargo tampoco tenía otras opciones. Conté hasta cinco y después los seguí.

Vislumbré una sombra que se desvanecía al final del pasillo. Al pasar por delante, me asomé a la sala donde habían estado los tres y vi una pequeña habitación con varias sillas tapizadas. Dudé por un momento, pero oculto tras la esquina escuché el suave sonido de una puerta metálica abriéndose y luego cerrándose de nuevo. Me asomé y vi una puerta con una pegatina medio gastada donde ponía «salida».

Llegué hasta la puerta y la abrí lo más sigilosamente que pude, luego saqué la cabeza y eché un vistazo al callejón.

A menos de un metro y medio estaban los tres jóvenes que aparecían en la foto de Reuel. El hombre bajo y delgado con el pelo rubio platino y la piel morena estaba frente a mí. Iba vestido con un traje marrón que parecía de segunda mano y una corbata amarilla de poliéster de las que llevan automáticos. Abrió los ojos tanto que resultó casi cómico y se quedó con la boca abierta de la sorpresa. Dio un chillido y eso me permitió identificarle como Fix.

Junto a él estaba el otro joven, Ace. Era el de la perilla y el pelo oscuro y rizado. Vestía una chaqueta deportiva gris con una corbata blanca y unos pantalones oscuros. Aún llevaba las gafas de sol puestas cuando se volvió hacia mí, y en cuanto me vio, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

La tercera persona era la mujer joven con el pelo verde poza y la cara ancha. Llevaba una blusa caqui y unos pantalones vaqueros ajustados tras los que se adivinaban los músculos de sus muslos. No lo dudó. Ni siquiera me miró. Simplemente se giró con el brazo extendido, y me golpeó en la mejilla con el envés de una mano del tamaño de una pala. Conseguí acompañar el movimiento de su mano durante el último segundo, pero aun así, el impacto me apartó de la puerta y me lanzó al callejón. Vi estrellas y pajaritos revoloteando a mi alrededor e intenté alejarme rodando antes de que me golpeará otra vez.

Ace sacó una semiautomática de pequeño calibre del bolsillo de la chaqueta, pero la mujer le gritó:

—¡No seas idiota! Nos matará a todos.

— *Foffa fios* —los saludé en un intento por ser amable. Tenía la boca insensible y

la lengua me pesaba como el plomo—. *Folo feria defir fola.*

Fix comenzó a dar saltitos y gritó señalándome:

—¡Nos está echando un conjuro!

La mujer me dio una patada en las costillas con tanta fuerza que me dejó sin respiración. Después me cogió por la parte de atrás de los pantalones y con un potente rugido me lanzó al aire. Aterricé a tres metros de distancia en un contenedor, sobre cartones y basura maloliente.

—Corred —ordenó la mujer—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Permanecí tumbado sobre la basura durante un minuto, intentando recuperar el aliento. El sonido de tres pares de pies corriendo se alejó por el callejón.

Acababa de sentarme cuando apareció una cabeza sobre mí, difusa entre las sombras. Me encogí y alcé el brazo izquierdo, mientras concentraba mi poder en el brazalete escudo. Por accidente, hice el escudo demasiado grande y saltaron chispas cuando se golpeó con el metal del contenedor, pero gracias a su luz pude ver de quién era la cabeza.

—¿Harry? —preguntó Billy, el hombre lobo—. ¿Qué haces ahí?

Bajé el escudo y le ofrecí una mano.

—Buscar sospechosos.

Frunció el ceño y me sacó del contenedor. Me tambaleé durante un par de segundos, hasta que mi cabeza dejó de dar vueltas a toda prisa. Billy me estabilizó con una mano.

—¿Has encontrado alguno?

—Yo diría que sí.

Billy asintió y me echó un vistazo.

—¿Y eso lo descubriste antes o después de que te golpearan en la cara y te tiraran a la basura?

Me quité unos granos de café del pantalón.

—¿Te digo yo cómo tienes que hacer tu trabajo?

—Pues la verdad es que sí, todo el tiempo.

—Vale, vale —mascullé—. ¿Has traído la pizza?

—Sí —dijo Billy—. Está en el coche. ¿Por qué?

Me pasé los dedos por el descuidado pelo. Algo que esperaba fueran más granos de café cayó al suelo. Comencé a caminar por el callejón hacia la parte frontal del edificio.

—Porque necesito sobornar a alguien —contesté, mirando por encima del hombro a Billy que avanzaba detrás—. ¿Crees en las hadas?

Billy sostenía la pizza mientras yo dibujaba el círculo de tiza sobre el suelo del callejón.

—Harry —dijo—, ¿cómo funciona esto exactamente?

—Espera —contesté. No completé el círculo, cogí la caja de la pizza, la abrí, saqué un pedazo y lo coloqué en medio del círculo sobre una servilleta.

Después, extendí sobre la base de la pizza un poco de la sangre que tenía en la comisura de la boca, donde me había golpeado la mujer, me aparté y completé el círculo sin cerrarlo del todo.

—Muy sencillo —dije—. Invocaré al hada para que se acerque a la pizza.

La olerá, saltará sobre ella y se la comerá. Cuando lo haga, también engullirá mi sangre, y con eso bastará para cerrar el círculo a su alrededor.

—¡Ajá! —dijo Billy con expresión escéptica. Sacó otra porción de pizza y le dio un bocado—. Y entonces es cuando le sacas la información a golpes.

Le quité la porción de las manos, la volví a dejar en la caja y la cerré.

—No, le saco la información con un soborno. No te comas la pizza.

Billy me miró con fastidio, pero me hizo caso.

—¿Y ahora qué hago?

—Siéntate tranquilito y asegúrate de que nadie más intenta reventarme mientras hablo con Tut-tut.

—¿Tut-tut? —preguntó Billy, arqueando una ceja.

—Caray, Billy, yo no le puse el nombre. Tú estate callado. Si piensa que hay mortales cerca, se pondrá nervioso y se marchará antes de que le pueda atrapar.

—Si tú lo dices —dijo Billy—. Pero pensaba que me necesitabas para algo más que para traer pizza.

Me peiné con los dedos.

—Todavía no sé qué puedes hacer.

—Podría seguir a los tres que aparecen en la foto que me enseñaste.

Negué con la cabeza.

—Lo más probable es que se hayan subido a un coche y estén lejos.

—Sí —dijo, con una paciencia que no sentía—. Pero si cojo su rastro ahora, quizá me sirva para encontrarlos más tarde.

—¡Oh! —dije, sintiéndome un poco idiota. Vale, no había caído en que podía cambiar de forma—. Bueno, si quieres. Pero ten cuidado, ¿vale? No sé qué más puede andar por ahí merodeando.

—Vale, mami —respondió Billy. Dejó la caja de pizza sobre un cubo de basura cerrado, se alejó por el callejón y desapareció.

Esperé hasta que Billy se hubiera marchado para encontrar un buen lugar entre las

sombras donde situarme. Después cerré los ojos por un momento, intenté concentrarme y comencé a susurrar el nombre del hada.

Todo ente inteligente tiene un nombre, una serie de sonidos específicos ligados a su ser. Si un iniciado conoce el nombre de algo, si conoce cada matiz y detalle de su pronunciación, entonces lo puede utilizar para abrir un canal mágico hasta ese ser. Así es como se invocan los demonios desde el mundo mortal. Si pronuncias el Nombre de alguna criatura, estableces contacto con ella, y si eres mago, eso significa que puedes ejercer cierto poder sobre ese ser, sin importar dónde esté.

Controlar a un ser inhumano a través de su nombre es un aspecto un tanto polémico de la magia, y está solo a un paso de dominar la voluntad de otro mortal. Según las Siete Leyes de la Magia del Consejo Blanco, es un delito capital, y su castigo hace que otras políticas de tolerancia cero parezcan bastante indulgentes.

Como sé lo mucho que me quiere el Consejo, me preocupa bastante quebrantar alguna de sus leyes, así que mientras pronunciaba el nombre del hada, solo añadí un ligero toque de coacción, el suficiente para atraer su inconsciente, para que sintiera curiosidad sobre qué podría estar cociéndose en aquel callejón en particular. Susurré el nombre del hada y permanecí en las sombras, esperando.

Quizá unos diez minutos después, algo hecho de colibrí y estrellas fugaces giró en espiral por encima de mi cabeza como una bola de luz blanquiazul parpadeante. Se posó sobre el suelo y la luz perdió intensidad hasta convertirse en el halo que rodeaba la pequeña figura de un hada. Tut-tut.

Tut medía unos quince centímetros. Su pelo era ligero como el diente de león y del color de las lilas y tenía un par de alas de libélula traslúcidas que le salían de los hombros. Por lo demás, su aspecto era casi humano, su belleza era un eco lejano de los señores de las Hadas, los sidhe. Sobre la cabeza llevaba lo que parecía el tapón de plástico de una botella de Coca-Cola. Lo sujetaba con un trozo de cuerda que pasaba por debajo de la barbilla, y su pelo lila sobresalía por los bordes sin llegar a taparle los ojos. En una mano sostenía una lanza hecha con un viejo lápiz amarillo del número dos, algo de cuerda, y lo que debió de ser un alfiler. También llevaba una espada de plástico azul, de las que se ponen en los cócteles, sujeta a su cinturón con otro trozo de cuerda.

Tut aterrizó cerca de la pizza, doblando con cuidado las rodillas, como si su aparición como recién salido de un candelabro romano no hubiese alertado de su presencia a cualquiera que estuviera por los alrededores. Caminó de puntillas alrededor de la porción, y miró a todos lados de forma bastante teatral, colocándose una mano sobre la frente y todo. Después alzó un brazo, cerró el puño y lo subió y bajó varias veces.

Inmediatamente aparecieron como dardos media docena de luces brillantes de diferentes colores, cada una con una pequeña hada en su interior.

Las criaturas aterrizaron casi al mismo tiempo y todas llevaban armas que parecían haber sacado del estuche de un niño.

—¡Rótulo! —chilló Tut-tut con voz aguda—. ¡Informe!

El hada de luz verde que estaba junto a Tut se puso firme y se golpeó en la frente con una mano, después giró a la izquierda y gritó:

—¡Servicio de Limpieza, informe!

Un hada de color morado también se puso firme, se llevó la mano a la frente y después se volvió al hada que estaba a su lado y gritó:

—¡Salto Estelar, informe!

Y así siguieron. Luego le tocó el turno a Cadáver Oral, a Retrete de Primera Clase y por fin a Retrete de Segunda Clase que avanzó hasta Tut-tut y dijo:

—Estamos todos, Generoso, y ¡tenemos hambre!

—Muy bien —gritó Tut-Tut-. Podéis romper filas.

Y con eso las hadas dieron varios gritos de alegría, tiraron sus armas y equipos al suelo, y se abalanzaron sobre la porción de pizza.

En cuanto las pequeñas hadas comenzaron a comer el círculo mágico se cerró a su alrededor con un chasquido casi imperceptible. El efecto fue inmediato. Las hadas dejaron escapar media docena de penetrantes chillidos de alarma y comenzaron a revolotear, golpeándose contra la pared invisible del círculo y desprendiendo nubes de polvo brillante con cada encontronazo.

Entraron en una espiral de pánico dentro del círculo, hasta que Tut-tut se posó sobre el suelo, miró a las otras hadas y gritó:

—¡Firmes! ¡Firmes!

Las demás hadas se detuvieron abruptamente en el aire, completamente rígidas. Evidentemente, no podían mantener esa posición y seguir volando, así que comenzaron a caer al suelo del callejón, aterrizando con media docena de «ayes» distintos y otras tantas nubes de polvo de hadas.

Tut-tut recogió su lanza lápiz y se colocó en el borde del círculo cerrado, mirando hacia el callejón.

—Harry Dresden, ¿eres tú?

Salí de mi escondite y asentí.

—Sí, soy yo. ¿Qué tal estás, Tut?

Esperaba un torrente de amenazas vacías y gritos de indignación. Ese era el proceder normal de Tut-tut. Sin embargo esta vez siseó y se agachó con la lanza preparada. Las otras hadas también recuperaron sus armas y corrieron al lado de Tut-tut.

—No nos puedes obligar —dijo Tut-. Aún no nos han Llamado y hasta que no lo hagan, no le pertenecemos a nadie.

Las miré sorprendido:

—¿Llamaros? Tut, ¿de qué hablas?

—No somos idiotas, emisario —contestó Tut-Tut-. Sé lo que eres. Hueles a la reina fría.

Me pregunté si habría desodorante para eso. Alcé una mano como gesto conciliador.

—Tut, sí, trabajo para Mab, pero no es más que otro cliente, ¿vale? No estoy aquí para llevaros a ninguna parte u obligaros a hacer nada.

Tut apoyó la goma del lapicero en el suelo mientras me miraba con desconfianza.

—¿De verdad? —preguntó.

—De verdad —le contesté.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Y que un mal rayo te parta si no dices la verdad?

Asentí.

—Que un mal rayo me parta si miento —repetí muy serio.

—¡Escupe! —exigió Tut.

Escupí en el suelo.

—Oh, entonces vale —dijo Tut. Soltó su lanza y se lanzó a por la pizza para consternación de las otras hadas, que dejaron escapar chillidos de protesta para imitarlo a continuación. La porción de pizza no duró mucho. Era como ver uno de esos documentales de animales en los que unas pirañas devoran algún pobre bicho que cae al agua, solo que aquí había alas brillantes y nubes de polvo por todas partes.

Las observé, frunciendo el ceño hasta que Tut-tut se apartó con el estómago ligeramente hinchado. Dejó escapar un suspiro de satisfacción y las otras hadas lo imitaron un poco después.

—Bueno, Harry —dijo Tut-, ¿quién crees que va a ganar la guerra?

—El Consejo Blanco —contesté—. La Corte Roja no tiene ni un buen banquillo, ni una estrategia concreta.

Tut resopló y se quitó el sombrero de plástico. Su pelo se movió con la brisa.

—Sólo porque se hayan pasado de la raya no quiere decir que no puedan ganar. Pero no me refería a esa guerra.

Torcí el gesto.

—Te refieres a la guerra entre las cortes.

Tut asintió.

—Sí.

—Ya. ¿A qué viene todo ese equipo y esas armas, Tut?

El hada relució.

—¿Son chulas, eh?

—Aterradoras —dije con gravedad—. Pero ¿por qué lleváis todo eso a cuestas?

Tut se cruzó de brazos y dijo con toda la gravedad que un hada de quince centímetros puede irradiar:

—Se acercan malos tiempos.

—*Hum*, he oído que hay malestar en las cortes.

—Más que malestar, Harry Dresden. Están comenzando con el reclutamiento. He visto a varias dríadas caminando con un caballero sidhe procedentes de Verano, y a una nereida de canal salir del agua y entrar en un edificio de Invierno.

—Así que ya están reclutando. ¿Y vosotros qué?

Tut asintió y apoyó los pies sobre las piernas de Salto Estelar, que emitió un eructo sorprendentemente grave.

—No todo el mundo se apunta al juego de las cortes. Nosotros nos limitamos a cumplir con nuestro trabajo y nos dejan en paz. Pero cuando estalle la guerra, llamarán a filas a todas las criaturas para luchar en uno u otro bando.

—¿Quién decide por quién lucharéis?

Tut se encogió de hombros:

—En general, las criaturas más amables se ponen del lado de la reina caliente y las malas van con la fría. Creo que tiene que ver con lo que uno ha hecho.

—Ya, y vosotros, ¿habéis hecho cosas calientes o frías?

Tut dejó escapar una risilla burbujeante:

—¿Cómo me voy a acordar de todo lo que he hecho? —Se dio unos golpecitos en la tripa y se puso de nuevo en pie con expresión calculadora—.

¿Eso que tienes ahí es una caja de pizza, Harry?

Cogí la caja y la abrí para enseñar el resto de la pizza. Hubo un «*Ooohh*»

colectivo de las hadas y todas se agolparon contra el límite del círculo, aplastando las narices contra la pared invisible mientras observaban la pizza con lujuria y fascinación.

—En los últimos años nos has dado mucha pizza, Harry —dijo Tut, tragando saliva y sin apartar los ojos de la caja que sostenía entre mis manos.

—Eh, vosotros me habéis echado una mano cuando lo necesitaba —contesté—. Es lo justo ¿no?

—¿Lo justo? —espetó Tut, indignado—. Es... es... es pizza, Harry.

—Tengo que hacer un trabajito —dije—. Necesito información.

—¿Y nos pagarás con pizza? —preguntó Tut esperanzado.

—Sí —dije.

— ¡*Yupi!* —gritó Tut y comenzó a volar dibujando una espiral. Las otras hadas lo siguieron con similares caracoles de felicidad en una confusión de colores mareante.

—¡Danos pizza! —gritó Tut.

—¡Pizza, pizza, pizza! —chillaron las otras hadas.

—Primero —dije—, quiero algunas respuestas.



—¡Vale, vale, vale! —gritó Tut-. ¡Vamos, pregunta ya!

—Necesito hablar con la señora del Invierno —dije—. ¿Dónde la puedo encontrar Tut?

Tut se tiró del pelo color lavanda.

—¿Eso es todo lo quieres saber? ¡En la ciudad! ¡Donde las tiendas y las calles están bajo tierra!

Fruncí el ceño.

—¿En el metro?

—Sí, sí, sí. En la zona que los mortales no pueden ver, ahí encontrarás la entrada a la subciudad. La señora fría está allí. Su corte está en la subciudad.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Desde cuándo?

Tut voló describiendo giros bruscos en el aire.

—¡Desde el otoño pasado!

Me rasqué la cabeza. Tiene *sentido*, pensé. El otoño pasado una vampiresa vengativa y sus aliados enrarecieron el ambiente y crearon turbulencias en la frontera entre el mundo real y el Más Allá o el mundo de los espíritus. Poco después, estalló la guerra entre magos y vampiros.

Aquellos acontecimientos probablemente llamaran la atención de todo tipo de seres.

Negué con la cabeza.

—¿Y qué me dices de la señora del Verano? ¿También está en la ciudad?

Tut se puso en jarras.

—Pues claro, Harry. Si Invierno está aquí, Verano también, ¿no?

—Claro —dije, sintiéndome un poco lento de entendederas. Joder, estaba muy verde en estos temas—. ¿Dónde la puedo encontrar?

—En lo alto de uno de esos edificios grandes.

Suspiré.

—Tut, esto es Chicago. Hay muchos edificios grandes.

Tut me miró un tanto desconcertado, luego frunció el ceño antes de relucir de nuevo.

—Es el que tiene una pizzería al lado.

Ahora sí que me dolía la cabeza.

—Vamos a hacer una cosa. ¿Qué te parece si me llevas hasta allí?

Tut adelantó un poco la barbilla pensativo y resopló.

—¿Y dejar aquí la pizza? Ni hablar.

Apreté los dientes.

—Pues dime quién me puede guiar. Seguro que conoces a alguien.

Tut arrugó el gesto. Se tiro del lóbulo de la oreja, pero al parecer aquello no lo ayudó porque tuvo que rascarse la pantorrilla con el peine y revolotear en círculos

durante más de diez segundos antes de volverse hacia mí de repente. El halo de luz en torno a él ganó intensidad.

—¡Ajá! —dijo—. ¡Sí! ¡Ya sé quién te puede llevar! —Me señaló con un dedo—. Pero solo si ya no hay más preguntas Harry. ¡Pizza, pizza, pizza!

—Primero dame un guía —insistí—. Luego la pizza.

Tut agitó los brazos y las piernas como si se fuera a descoyuntar.

—¡Sí, sí, sí!

—Hecho —dije—. Abrí la caja de la pizza y la dejé sobre un contenedor que había cerca. Después me acerqué al círculo, me agaché y lo rompí desdibujándolo con la mano y concentrándome para restarle energía.

Las hadas gritaron a coro diferentes variantes y entonaciones de «¡yupi!»

y pasaron delante de mí tan rápido que produjeron un pequeño torbellino, me revolvieron el pelo y esparcieron fragmentos de basura por todo el callejón. Se lanzaron a por la pizza con el mismo ansia con que degustaron la porción anterior, pero esta vez había suficiente cantidad para que les durara algo más de tiempo.

Tut se acercó a mí, se mantuvo flotando en el aire frente a mi cara y abrió la palma de su mano. Un momento después, algo que parecía una chispa de un fuego de campamento llegó como un remolino e iluminó la mano. Tut dijo algo en un lenguaje que no pude comprender y la lucecita pulsó y parpadeó en respuesta.

—Vale —dijo Tut, asintiendo a la luz. Me acerqué un poco más y a duras penas logré distinguir una silueta diminuta, no mayor que una hormiga, dentro de la luz. Otra hada. La luz pulsó y tembló y Tut asintió una vez más antes de dirigirse a mí.

—Harry Dresden —dijo Tut, mostrándome la palma de su mano—, esta es Elidee. Me debe un favor así que te llevará hasta la señora del Invierno y luego hasta la del Verano. ¿De acuerdo?

Miré indeciso a la pequeña hada.

—¿Me entiende?

Con dificultad pude ver como el hada daba un pisotón contra la mano de Tut. Luego la luz roja que la rodeaba parpadeó dos veces.

—Sí —tradujo Tut-Tut-. Dos luces significan sí, y una no.

—Dos sí, una no —murmuré.

Tut frunció el ceño.

—¿O era una no y dos sí? Nunca me acuerdo. —Y con eso, la pequeña hada salió disparada para unirse al enjambre de luces que devoraban la pizza.

Elidee, por su parte, se recuperó del diminuto ciclón que Tut-tut había provocado con su estampida, revoloteó alrededor con dificultad y luego se posó sobre el puente de mi nariz. Tuve que ponerme bizco para mirarla.

—Eh, —le dije—, ¿te has creído que soy tu sofá?

Dos parpadeos.

Suspiré.

—Vale, Elidee. ¿Quieres un poco de pizza antes de irnos?

Dos parpadeos de nuevo, esta vez más brillantes. La diminuta hada alzó el vuelo y se unió a la nube de hadas que rodeaban la pizza.

Escuché pisadas en el callejón y luego vi como Billy salía de entre las sombras, con la camiseta a medio poner y enseñando su musculoso abdomen.

Sentí un momentáneo e irracional ataque de envidia. No es que yo tenga tripón, pero tampoco abdominales de acero. Ni siquiera de bronce. Mis abdominales son de plástico.

Billy se quedó mirando la pizza durante unos segundos y dijo:

—*Uau*, que chulo. Me recuerda a la peli *Tiburón*.

—Sí —contesté—. No las mires durante mucho rato, las luces de las hadas pueden desorientar a los mortales.

—Vale —dijo Billy. Se volvió hacia mí—. ¿Y cómo te ha ido?

¿Conseguiste lo que querías?

—Sí —contesté—, ¿y tú?

Se encogió de hombros.

—Un callejón no es el mejor lugar para coger el rastro de nada, pero creo que podré reconocerlos si voy con el otro traje. No tenían un olor normal.

—Vaya, ¿y por qué no me sorprende?

Los dientes de Billy brillaron en la oscuridad.

—Ya. Bueno, ¿y a qué esperamos?

En ese momento Elidee se acercó volando y volvió a posarse sobre mi nariz. Billy la miró atónito y exclamó:

—¡Anda! ¿Y esto?

—Es nuestra guía —dije—. Elidee, este es Billy.

Elidee parpadeó dos veces.

Billy entornó un poco los ojos.

—Encantado. —La saludó con una inclinación de cabeza—. ¿Y bien?

¿Cuál es el plan?

—Vamos a ver a la señora del Invierno en su guarida subterránea. Yo seré el que hable. Tú te mantendrás alerta y vigilarás mi retaguardia.

Asintió.

—Vale, no te preocupes.

Me volví para ver como las ansiosas hadas sacaban la última porción de pizza. Se abalanzaron sobre ella, desgarrándola y rompiéndola hasta que desapareció en solo unos segundos. Después, se alejaron como un escuadrón de cometas con la tripa llena hasta desaparecer de mi vista.

Elidee saltó de mi nariz y comenzó a volar por el callejón en dirección opuesta.

La seguí.

—¿Harry? —dijo Billy con un deje de esperanza en la voz—. ¿Crees que tendremos problemas?

Suspiré y me froté el entrecejo.

Ahí estaba el dolor de cabeza. La noche prometía ser larga.

Elidee nos guió a Billy y a mí a través de callejones, nos hizo subir al tejado de un edificio por una escalera de incendios para luego bajar por el otro lado, y nos obligó a atravesar un desguace abandonado y lleno de chatarra hasta llegar finalmente al metro. Estuvimos más de media hora avanzando a gatas detrás de la diminuta hada con un calor sofocante, y después de un rato, deseé haberle dicho a Tut-tut que queríamos a alguien capaz de leer un callejero y guiarnos hasta el lugar en cuestión en coche.

Los túneles del metro de Chicago son bastante nuevos comparados con el resto de la ciudad. Pueden parecer un laberinto si uno no los conoce bien, largos pasillos con luces idénticas, paredes lisas pintadas de gris y jalonadas con carteles publicitarios, y cruces con indicaciones bastante simples y no siempre esclarecedoras. Los túneles se cerraban por la noche y no se volvían a abrir hasta las seis de la mañana del día siguiente, pero Elidee nos condujo hasta un edificio a medio terminar entre las calles Randolph y Wabash. Revoloteó un poco delante de una puerta de servicio que estaba abierta y que nos condujo hasta otra puerta similar. La franqueamos y nos encontramos en una sección más oscura de los túneles que a primera vista parecía estar en obras. Sin embargo al acercarnos, nos dimos cuenta de que aquello llevaba así probablemente desde que se cerró el edificio.

La oscuridad era total, así que cogí el pentáculo que colgaba de mi cuello, lo alcé y concentré un poco de energía sobre él. La estrella de cinco puntas es un símbolo mágico desde hace siglos, representa los cuatro elementos y el poder del espíritu encerrado dentro del círculo de voluntad, una energía primaria bajo el control del pensamiento humano. Sostuve el pentáculo ante mí y al concentrarme, comenzó a brillar con una suave luz azul que alumbraba lo suficiente para permitirnos avanzar a través de los silenciosos y tenebrosos túneles. El hada flotaba delante de nosotros y la seguimos sin hablar. Nos condujo a través de las intersecciones con los túneles principales del metro y en un breve recorrido por otra galería hasta llegar a una sección cerrada tras una oxidada puerta de metal con un letrero que decía: «Peligro, prohibido el paso».

La puerta estaba abierta y daba a una nueva sección más húmeda donde olía a moho y que claramente no formaba parte de los túneles del metro.

Tras avanzar unos quince o veinte metros más, llegamos a un lugar de paredes toscas y desiguales, donde las sombras eran densas y plúmbeas a pesar de mi luz de mago.

Elidee se dirigió a una zona especialmente oscura de la pared y describió un pequeño círculo frente a ella.

—Vale —dije—. Supongo que tenemos que entrar por aquí.

—¿Por dónde dices que vamos a entrar? —preguntó Billy escéptico—. ¿Y adónde, exactamente?

—A la subciudad —dije. Pasé las manos por la pared. En un principio parecía que no había más que simple hormigón, pero noté cierta inestabilidad cuando ejercí algo de presión. Aquello no podía ser de piedra—. Tiene que haber algún panel por aquí, o alguna clase de palanca o algo.

—¿A qué te refieres con eso de la «subciudad»? Es la primera vez que lo oigo.

—Yo tampoco supe nada hasta después de llevar aquí unos cinco o seis años —le dije—. Tiene que ver con la historia de Chicago. Con cómo se hacían las cosas por aquí.

Billy se cruzó de brazos.

—Te escucho.

—La ciudad es un pantano —dije, mientras seguía buscando con los dedos la forma de abrir la puerta—. Estamos casi al mismo nivel que el lago Michigan. Cuando comenzaron a edificar, el lodo se tragaba los edificios.

Quiero decir que cada año que pasaba, se hundían más. Se pavimentaban las calles, luego se levantaba una especie de entablado sobre ese pavimento y después se volvían a pavimentar, porque contaban con que se hundirían. Con las casas seguían el mismo procedimiento. Colocaban la puerta de entrada en la segunda planta y lo llamaban «la entrada Chicago» así, cuando la casa se hundiera, la puerta estaría al nivel de la calle.

—¿Y qué ocurría cuando se hundía la calle?

—Levantaban otra encima. Así que ahora hay toda una ciudad bajo tierra. Antes las ratas y los delincuentes que vivían en el subsuelo daban muchos problemas.

—¿Y ya no? —preguntó Billy.

—Las ratas y los matones se marcharon huyendo de otras cosas. Aquel mundo se convirtió en una civilización en miniatura que, privada de la luz del sol, resultó ser el escondrijo ideal para las criaturas de la noche.

—Dando lugar a la subciudad —dijo Billy.

Asentí.

—La subciudad. En Chicago hay muchos túneles. Incluso uno de ellos llegó a albergar por poco tiempo el Proyecto Manhattan durante la Segunda Guerra Mundial. Ya sabes, lo de la bomba atómica.

—Pues qué alegre. ¿Vienes por aquí a menudo?

Negué con la cabeza.

—Dios, no. Aquí solo viven bichos asquerosos.

Billy me miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo qué?

—Muchas cosas. Seres que no se ven a menudo en la superficie. Cosas que ni

siquiera los magos conocen. Trasgos, espíritus de tierra, dragones y otras criaturas que no tienen ni nombre. Además de la chusma habitual. Los vampiros a veces se cobijan en la subciudad durante el día. Los troles también.

Y añádele a eso especies de moho y hongos que no existen en el mundo natural.

Aquí hay de todo.

Billy frunció los labios pensativo.

—Así que vamos a entrar en un laberinto de antiguos túneles oscuros y putrefactos, llenos de monstruos y criaturas malignas.

Asentí.

—Y puede que haya también algo de radiactividad.

—Joder, contigo uno no se aburre, Harry.

—Eras tú quién quería algo de acción. —Mis dedos dieron con una pequeña hendidura en la pared y cuando la presioné, una parte de la piedra se retrajo con un sonoro *clic*. Aquel botón debió de accionar algún mecanismo porque una sección de la pared giró sobre su centro, rotando hacia fuera, y revelando la puerta de entrada hacia una oscuridad aún más profunda—. ¡Ah! —dije con satisfacción—. Allá vamos.

Billy me empujó e intentó pasar por la puerta, pero lo agarré por el hombro.

—Espera. Hay algunas cosas que deberías saber.

Billy se detuvo algo contrariado, pero me prestó atención.

—Aquí hay hadas. Probablemente nos encontraremos con un montón de ellas, además de los nobles que pululan en torno a la señora del Invierno. Lo que quieres decir es que son peligrosas y seguramente te tenderán alguna trampa.

—¿A qué clase de trampa te refieres? —preguntó Billy.

—Tratos —contesté—. Acuerdos. Te harán ofertas, intentarán que intercambies alguna cosa por otra.

—¿Por qué?

Moví la cabeza de lado a lado.

—No lo sé. Es su naturaleza. Los conceptos de deuda y obligación son un factor decisivo en su comportamiento.

Billy arqueó las cejas.

—¿Así es como conseguiste que aquel hada te ayudara, verdad? Porque estaba en deuda contigo por la pizza, te lo debía.

—Sí —dije—. Pero también funciona al revés. Si les debes algo, pueden llegar hasta ti y usar la magia en tu contra. La primera regla es no aceptar regalos suyos, y por amor de Dios, no les ofrezcas nada. Cualquier cosa que no sea un intercambio igualitario les parece al mismo tiempo tentador e insultante.

Con hadas como Tut el riesgo es mínimo, pero si te pones a negociar con algún señor sidhe, quizá no vivas para contarlo.

Billy se estremeció.

—Vale, nada de regalos. Hadas peligrosas. Entendido.

—Aún no he terminado. No te van a ofrecer paquetitos envueltos para regalo, tío. Hablamos de las sidhe. Son de las criaturas más bellas que hay. E intentarán descolocarte y tentarte.

—¿Tentarme? Con algo sexual, ¿te refieres a eso?

—Con cualquier tipo de placer sensual. Sexo, comida, belleza, música, perfumes. Cuando te lo ofrezcan, no lo aceptes o descubrirás un mundo nuevo de dolor.

Billy asintió.

—Vale, lo pillo. Venga, vamos.

Observé fijamente al chaval, y Billy me miró con expresión de impaciencia. Negué con la cabeza. En cualquier caso, no creo que fuera capaz de hacerle comprender con simples palabras el peligro al que se exponía. Cogí aire e hice un gesto con la cabeza a Elidee.

—Muy bien, Campanilla, adelante.

La diminuta luz roja se agitó enfadada y luego pasó como una exhalación a través de la puerta y hacia la oscuridad. Billy entornó los ojos y la siguió, y yo entré tras él. Nos encontramos en un túnel donde una pared parecía ser de ladrillo viejo y mohoso y la otra de una mezcla de maderos podridos, tierra suelta y raíces retorcidas. El túnel proseguía más allá del círculo de luz que desprendía mi amuleto. Nuestra guía siguió avanzando, y nosotros la seguimos, caminando cerca el uno del otro.

El túnel dio paso a una especie de caverna de techo bajo, sustentado aquí y allí por pilares, montones de tierra desprendida y vigas que parecían haber sido colocadas posteriormente por los habitantes de la subciudad. Elidee dio un par de vueltas sobre el mismo sitio, dudando, y después giró a la derecha.

No llevaba más de cinco segundos tras el hada cuando sentí que los pelos de la nuca se me erizaban como si quisieran huir despavoridos por la coronilla y esconderse en mi boca. Me puse rígido, y debí de decir algo porque Billy se dio media vuelta y me preguntó:

—Harry, ¿qué pasa?

Alcé una mano para indicarle que se callara y observé la oscuridad que me rodeaba.

—Mantén los ojos abiertos —dije—. Creo que no estamos solos.

Un suave siseo procedente de la oscuridad total me puso la carne de gallina y agité el brazo para sacar mi brazaletes escudo. Alcé la voz y dije claramente:

—Soy el mago Dresden, emisario de la Corte de Invierno, y vengo a presentar mis respetos a la señora del Invierno. No tengo deseos de pelear.

Franquead el camino y abridme paso.

Una voz, una voz que sonó como un gato torturado, suponiendo que algún



demente le hubiese dado el don de la palabra, gimió entre las sombras perforándome el tímpano.

—Sabemos quién eres, mago —dijo la voz. Su entonación era muy extraña y el sonido parecía proceder casi del suelo, de algún lugar a mi derecha.

Elidee dejó escapar un agudo chillido de pánico y se colocó detrás de mí, ocultándose entre mi pelo. Sentí el calor de la luz roja que rodeaba al hada en la coronilla.

Intercambié una mirada con Billy y me volví hacia el lugar de donde venía la voz.

—¿Quién eres?

—Un siervo de la señora del Invierno —respondió desde atrás—. Estoy aquí para guiarte por el reino, hasta la corte.

Me di la vuelta y fijé la mirada en la oscuridad de donde procedía la voz.

La luz de mi amuleto de repente iluminó un par de ojos de animal a unos seis metros de distancia y escasos centímetros por encima del suelo. Miré a Billy.

Había visto aquellos ojos y puso su espalda contra la mía para vigilar la oscuridad que se cernía detrás de nosotros.

Me volví hacia la criatura y dije:

—Repito la pregunta, ¿quién eres?

Los ojos cambiaron de lugar, y la voz resonó con un rugido de furia.

—Muchos nombres me han dado, y muchos senderos he hollado.

Cazador he sido, y vigía y guía. Mi señora me ha enviado para llevaros a su presencia, sanos y salvos.

—No te enfades conmigo, hombre —le contesté—. Pero ya sabes cómo funciona esto. A la tercera va la vencida. ¿Quién eres?

La voz sonó fría y cortante, apenas inteligible.

—Grimalkin me llama mi fría señora, y ella me ha ordenado guiar al emisario de su madre, por la corte y hasta su trono.

Resoplé aliviado.

—Muy bien —dije—. Guíanos.

Los ojos descendieron ligeramente, como si Grimalkin hubiese inclinado la cabeza; después escuchamos otro gemido. Percibí un movimiento ágil en las sombras, más allá de mi luz, y a continuación algo en el suelo brilló con una mortecina luz de color verde. Avancé hacia aquella luminiscencia y encontré una huella parecida a la garra de un felino, pero demasiado alargada y fina para ser de gato. Justo cuando llegaba a su altura, surgió otra huella a poca distancia.

—Daos prisa, mago —gimió Grimalkin—. Daos prisa. La señora os aguarda. La estación pasa. Queda poco tiempo.

Avancé hacia la segunda huella y al alcanzarla, una tercera apareció ante nosotros en la oscuridad.

—¿A qué vino lo de antes? —murmuró Billy—. Me refiero a lo de preguntarle su nombre tres veces.

—Es un amarre —le susurré—. Las hadas no pueden mentir, y si un hada dice algo tres veces, tiene que asegurarse de que es la verdad. Está obligada a cumplir cualquier cosa que haya dicho tres veces.

—Ah —dijo Billy—. De modo que, aunque esta cosa no tuviera intención de guiarnos sanos y salvos, lo obligaste a decirlo tres veces, lo que significa que ahora tendrá que hacerlo de todas formas. Lo he pillado.

Negué con la cabeza.

—Quería asegurarme de que Grimalkin decía la verdad. Pero les fastidia tener esa obligación.

Frente a nosotros, los ojos refulgentes aparecieron brevemente, acompañados por otro gemido que me hizo estremecer.

—Oh —dijo Billy. Él tampoco parecía muy tranquilo. Tenía el rostro un poco pálido y caminaba con los puños apretados—. Y si las intenciones de Grimalkin eran sinceras desde el principio, ¿no le habrá cabreado que lo hayas amarrado sin necesidad?

Me encogí de hombros.

—No estoy aquí para hacer amigos, Billy. Sino para encontrar a un asesino.

—Desde luego lo tuyo no es la diplomacia, ¿verdad?

Seguimos el rastro de huellas luminosas durante otros veinte minutos, más o menos, a través de húmedos túneles, algunos de poco más de un metro de altura. Los siguientes tramos parecían de reciente construcción, si uno puede llamar construir a apilar piedras unas sobre otras como si fuera la nata montada con que se adornan las copas de helado. Pasamos por varias galerías que parecían completamente nuevas. Resultaba evidente que los seres que vivían aquí no tenían reparos en expandirse.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

Grimalkin dejó escapar una especie de rugido desde alguna parte de la galería, no muy lejos, pero no donde esperaba la siguiente pisada.

—Estamos cerca, noble emisario. Ya estamos muy cerca.

La esquiva criatura hizo honor a su palabra. Tras la siguiente huella luminosa no hubo más. En su lugar, llegamos a una enorme puerta doble ricamente labrada. Estaba hecha de un tipo de madera oscura que no pude identificar. Las dos puertas medían algo más de dos metros y medio de altura y estaban decoradas con complicados bajorrelieves. Al principio pensé que las esculturas tenían una temática floral, hojas, viñas, flores, frutas, ese tipo de cosas. Pero al acercarme a la puerta, puede ver más detalles a la luz de mi amuleto. Había siluetas de personas entre las viñas. Algunas figuras yacían juntas, en actitud cariñosa, pero otras eran meros esqueletos envueltos en rosales o cadáveres que nos miraban sin vernos desde un lecho de amapolas.

Aquí y allí se podían ver señales de la presencia de las sidhe; un par de ojos, una figura velada..., y sus eternos parásitos: hadas como Tut-tut, dríadas vestidas con hojas, sátiros con sus flautas, y muchos, muchos otros que bailaban, ocultos a la vista de los mortales.

—Muy bonito —dijo Billy—. ¿Hemos llegado ya?

Miré a nuestro alrededor en busca del guía, pero no vi más huellas ni sus ojos felinos.

—Supongo que sí.

—No son muy sutiles, ¿verdad?

—A Verano se le da mejor, aunque Invierno también lo puede ser si se lo propone.

—Ya. ¿Sabes qué me preocupa, Harry?

—¿Qué?

—Grimalkin nunca dijo que nos llevaría luego hasta la salida.

Me volví hacia Billy. En la oscuridad escuchamos una risa apagada y sibilante. Respiré hondo. Tranquilo, Harry. Que el chaval no note que te pones nervioso. Después, me giré hacia la puerta y llamé tres veces con el puño.

Los golpes resonaron, amplificados por el vacío. Se hizo el silencio en los túneles durante unos interminables segundos, hasta que las puertas se abrieron por su centro, dejando escapar un halo de luz, sonido y colores.

No sé lo que esperaba de la Corte de Invierno, pero desde luego una banda de música no. Una gran sección de viento atronó desde algún lugar detrás de las puertas, y los tambores estallaron con el duro y genuino sonido del cuero. Las luces eran de diferentes colores y cambiaban, como si todo el lugar estuviera iluminado por adornos navideños, y dentro pude ver sombras moviéndose y girando... bailarines.

—Cuidado —murmuré—. No te dejes llevar por la música. —Avancé hacia la gran puerta y la franqueé.

La sala parecía salida de una habitación de hotel de los felices años veinte. De hecho, era más que posible que así fuera si el hotel se hubiese hundido en el lodo, se hubiese inclinado hacia un lado y lo hubiesen decorado seres que no sabían nada de lo que significaba ser humano. Fuera lo que fuese, estaba claro que su propósito primordial era el baile. La pista de baile estaba hecha de bloques de mármol rosa y aunque el suelo tenía una ligera inclinación, las losas estaban colocadas salvando el desnivel, creando algo parecido a un tramo de escaleras bajas. Sobre las traicioneras losas bailaban las hadas del Invierno.

Si describo la escena como hermosa me quedo corto. Era mucho más que eso. Hombres y mujeres bailando juntos, vestidos con trajes de gala de los años cuarenta. Medias, faldas a la altura de la rodilla, uniformes del ejército de tierra y de la armada que parecían auténticos hasta en el último detalle. Los peinados también eran como

los de la época, aunque el color del pelo no siempre concordaba. Había un hada con el pelo teñido de azul zafiro, y otras llevaban diferentes tonalidades de plata y oro, entre otros colores. Aquí y allí, la luz producía destellos en los metales y piedras preciosas que adornaban orejas, frentes y labios, y un caos de sutiles colores rodeaba a cada uno de los bailarines creando su propia y fascinante aureola, una corona de energía, de poder, que se manifestaba mientras los sidhe bailaban.

Incluso sin las juguetonas auras, su forma de moverse tenía una cualidad hipnótica. Tuve que esforzarme para apartar la mirada tras solo unos segundos de deleitarme con aquel despliegue de preciosas piernas que desvelaban los vestidos al girar, de espaldas arqueadas bajo los fuertes brazos de sus compañeros de baile, de cuellos desnudos, generosos escotes y cabellos que atrapaban el brillo de las luces y lo reflejaban en ondas de color. Allí donde mirases en aquella pista de baile, solo se veían seres de una hermosura tal que se habrían reído tranquilamente de todos los que salen en las portadas de las revistas por considerarlos unos adefesios.

Billy, bastante más despreocupado que yo, miraba absorto lo que pasaba en la sala con los ojos como platos. Le di un empujón con la cadera para que volviera en sí y cerrara la boca. Billy recobró la compostura y me miró con aire de culpabilidad.

Me obligué a no mirar a los bailarines, unas veinte parejas, para echar un vistazo al resto de la habitación.

A un lado estaba el escenario donde tocaban los músicos vestidos todos de esmoquin. Eran mortales, humanos. Tenían un aspecto normal, pero en comparación con los bailarines para los que tocaban, eran unos monstruos deformes. Había hombres y mujeres, y ninguno tenía aspecto de estar descansado o bien alimentado. Sus esmóquines tenían manchas de sudor, su pelo estaba sucio y lacio, y si uno se fijaba con atención, podía ver que llevaban unos grilletes plateados alrededor de los tobillos, que iban unidos a una cadena que recorría toda la tarima de lado a lado. Sin embargo no parecían tristes, todo lo contrario. Todos ellos estaban inmersos en la música, y sus rostros reflejaban concentración y apasionamiento. Y eran buenos, tocaban con una armonía y unidad que solo se ve en orquestas que realmente dominan su repertorio.

Eso no cambiaba el hecho de que eran prisioneros de las hadas. Sin embargo, no parecían rebelarse contra su situación. La música resonaba en aquella gran habitación de piedra, levantando el polvo que se ocultaba sobre sus cabezas, en la oscuridad, mientras los sidhe bailaban.

Frente a la orquesta, la pista de baile descendía hasta un estanque de agua, o de algo que a primera vista me pareció agua. Era de color negro y estaba extrañamente inmóvil. Mientras la observaba, algo se movió bajo su superficie perturbando su calma. Las luces formaron ondas y bucles sobre aquel espejo oscuro y tuve la certeza de que allí no había agua. O no solo agua. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Más allá de la pista de baile, justo frente a mí, había varias plataformas, cada una con una mesa pequeña con espacio para tres o cuatro personas como mucho y su propia lámpara de tenue luz verde. Todas las mesas estaban a diferentes alturas y colocadas en zigzag hasta alcanzar el punto más alto, donde había una sola silla hecha de lo que parecía plata. Su respaldo estaba labrado en forma de sello que representaba un copo de nieve del tamaño de una mesa. La gran silla estaba vacía.

El batería de la orquesta interpretó un breve solo, y luego los instrumentos se silenciaron al unísono, excepto uno. Todos los músicos se derrumbaron sobre sus asientos, un par de ellos incluso cayeron al suelo, pero el primer trompeta se mantuvo en pie, tocando mientras los sidhe seguían bailando. Era un hombre de mediana edad, con algo de sobrepeso, cuyo rostro pasó del color rojo al morado mientras tocaba su solo.

De repente, los sidhe dejaron de bailar. Docenas de hermosos rostros se volvieron hacia el solista, sus ojos brillaban en la cambiante luz.

El hombre siguió tocando, pero pude ver que algo no iba bien. Su rostro estaba cada vez más congestionado y se le comenzaron a hinchar las venas del cuello y la frente. Parecía que los ojos se le iban a saltar y empezó a inflarse. Un momento después, la música sonó entrecortada. El hombre apartó la cara de la trompeta, era evidente que luchaba por coger aire. Pero no lo conseguía. Un segundo después convulsionó, su cuerpo se tensó y puso los ojos en blanco.

Primero se le cayó la trompeta y después se desplomó él. Cayó de rodillas, y luego hacia un lado sobre el suelo de la tarima. Aquel era su fin, tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida. Se retorció una vez más, gimió y se quedó inmóvil.

Un murmullo recorrió la sala y observé como los sidhe se apartaban y abrían paso con inclinaciones de cabeza y saludos de cortesía a alguien que emergía de entre la niebla. Una joven alta avanzó lentamente hacia el músico.

Su rostro pálido, radiante, perfecto, era como una copia adolescente de Mab.

Ahí acababa toda semejanza.

Parecía joven. Lo bastante como para hacer sentir culpable a un hombre por tener pensamientos sucios, pero lo no lo suficiente como para que resultara difícil no tenerlos. Llevaba rastas en el pelo, cada una de un color diferente, que iban desde el lila a diferentes tonos de azul claro y del verde al blanco, de modo que casi parecía que su pelo estaba hecho del hielo de un glaciar. Vestía unos pantalones de cuero azul oscuro con costuras visibles a ambos lados de las perneras, desde la pantorrilla a la cadera. Sus botas iban a juego con los pantalones. Llevaba una camiseta blanca ajustada que le marcaba los pezones, entre los que se podía leer la frase «Que le corten la cabeza». Además, le faltaba un trozo de tela a la altura de las costillas, por donde se veía parte de su pálida piel y algo que brillaba con un destello plateado en el ombligo.

Se acercó al músico con una elegancia sutil, con una sensualidad tan ingenua y natural que sentí una punzada de deseo recorrerme el espinazo. Se detuvo ante el cuerpo y se sentó a horcajadas sobre sus caderas. Después recorrió con sus uñas opalescentes el pecho del hombre que no se movió, que ya no respiraba.

La joven se pasó la lengua por los labios que se expandieron en una lenta sonrisa, después se inclinó y besó al cadáver en la boca. La vi estremecerse de placer.

—Ya está —murmuró—. Ya está, ¿lo ves? Que no se diga nunca que la señora Maeve no cumple sus promesas. Dijiste que darías la vida por tocar así de bien, pobre criatura. Pues ya lo has hecho.

Un suspiro colectivo inundó la sala y después, los sidhe comenzaron a aplaudir con entusiasmo. Maeve los miró por encima del hombro con sonrisa indolente y ademán altivo antes de incorporarse e inclinarse, saludando de derecha a izquierda ante el sonido de los aplausos. La ovación se desvaneció cuando Maeve se apartó del cuerpo y subió con agilidad por las plataformas sobre las que se asentaban las mesas, hasta llegar al trono plateado en la parte superior. Se dejó caer sobre él, se puso de lado, y colocó las piernas sobre uno de los brazos, arqueando la espalda y estirándose con la misma sonrisa perezosa.

—Señoras y señores, demos a nuestras bestias musicales un descanso para que recuperen fuerzas. Tenemos visita.

Los sidhe avanzaron hacia las mesas de las plataformas, ocupando cada uno su lugar. Yo permanecí donde estaba y no dije nada, aunque mientras se sentaban, me di cuenta de su creciente interés y de la intensidad de aquellas miradas inmortales sobre mí.

Cuando todos se hubieron acomodado, me adelanté y atravesé la pista de baile hasta quedar a los pies de la plataforma. Alcé la vista hacia Maeve e incliné la cabeza.

—La señora del Invierno, supongo.

Maeve me sonrió y vi que se le formaba un hoyuelo en la mejilla.

Después dio una patada al aire y dijo:

—Así es.

—¿Sabes en calidad de qué estoy aquí, señora?

—Por supuesto.

Asentí. Nada como un ataque frontal entonces.

—¿Ordenaste el asesinato del caballero del Verano?

Se hizo el silencio en la sala. Las miradas de los sidhe de Invierno se hicieron más intensas, más incómodas.

La boca de Maeve se expandió en una lenta sonrisa, que se convirtió en una carcajada fácil y sonora. Echó la cabeza hacia atrás mientras reía y los sidhe la imitaron. Estuvieron así, riéndose de mí, durante unos treinta segundos y sentí que

comenzaba a ponerme rojo de vergüenza antes de que Maeve moviera con indolencia una mano y las risas se disiparan obedientemente.

—Estrellas —dijo—, me encantan los mortales.

Apreté los dientes. —Qué bien —dije—. ¿Ordenaste la muerte del caballero del Verano?

—Si así hubiera sido, ¿crees que te lo diría?

—Evades la pregunta —gruñí—. Contesta.

Maeve se puso un dedo sobre los labios, como si lo necesitara para aguantar la risa. Después, sonrió y dijo:

—No puedo darte ese tipo de información, mago Dresden. Es demasiado poderosa.

—¿Y eso qué significa?

Maeve se sentó, cruzando las piernas con un crujido de cuero y apoyó la espalda en el respaldo.

—Significa que si quieres que responda a esa pregunta, vas a tener que darme algo a cambio. ¿Cuánto vale para ti la respuesta?

Me crucé de brazos.

—Supongo que ya tienes algo en mente. Por eso enviaste a un guía que nos trajera hasta aquí.

—Rápido —murmuró—. Me gusta. Sí, así es, mago. —Extendió una mano hacia mí y me señaló un sitio libre en una mesa a su derecha, en un nivel inferior al del trono—. Por favor, siéntate —dijo, mostrándome sus blancos dientes—. Hagamos un trato.

—Pretendes que haga otro trato con otra sidhe —dije. No me molesté ni en disimular mi pasmo—. Si me entra un ataque de risa, ¿te sentirás muy ofendida?

—¿Y por qué la idea de hacer un trato te parece tan divertida?

Puse los ojos en blanco.

—Dios santo, señora, porque por culpa de esos tratos me veo ahora en esta situación.

Los labios de Maeve se deslizaron formando una sonrisa, y dejó la mano extendida, señalando el asiento vacío a su lado.

—Recuerda, mago, que has venido porque quieres algo de mí. Escuchar mi oferta no te hará ningún daño.

—Eso ya lo he oído, generalmente antes de que me jodiesen.

Maeve se acarició los labios con la punta de la lengua.

—Cada cosa a su tiempo, señor Dresden.

Resoplé.

—¿Y si no quiero escuchar?

Algo en sus ojos hizo que su expresión pareciera fría y desagradable.

—Creo que te conviene complacerme. Me sienta muy mal que me agüen una buena fiesta.

—Harry —murmuró Billy—, esta gente me pone los pelos de punta. Si lo que quiere es liarte con jueguecitos, tal vez deberíamos marcharnos.

Torcí el gesto.

—Sí, eso sería lo más inteligente. Pero necesito respuestas. Vamos.

Me adelanté y comencé a subir hasta la mesa que Maeve me había señalado. Billy me siguió de cerca. La señora del Invierno me observó durante toda la escalada, sus ojos resplandecían.

—Bien —dijo, cuando me hube sentado—. Así que no eres tan indomable como me dijeron.

Apreté los dientes mientras Billy se sentaba a mi lado. A continuación apareció un trío de luces de colores muy brillantes llevando consigo una bandeja de plata con una jarra de agua y dos vasos.

—¿Quién te lo dijo?

Maeve agitó una mano.

—Da igual.

La miré fijamente, molesto, pero ella no se dio por aludida.

—Muy bien, señora —dije— Adelante.

Maeve alargó una mano con desgana y una copa llena de un líquido dorado apareció entre sus dedos, la roció con escarcha mientras yo la contemplaba. Dio un



trago y luego dijo.

—Primero, te diré mi precio.

—Espero que me hagas alguna rebaja porque no tengo mucho con lo que negociar.

—Cierto. No puedo reclamarte a ti porque la reina Mab ya lo ha hecho.

Pero déjame ver... —Se dio unos golpecitos en los labios con una uña y luego dijo:

— Tu prole.

—¿Eh? —dije sin pensar.

—Tu prole, mago —añadió, jugueteando con un mechón de pelo—. Tu descendencia. Tu primer hijo. Y a cambio te diré lo que quieres saber.

—Últimas noticias, «Ricitos de hielo», no tengo hijos.

Maeve rió.

—Claro que no. Pero eso se puede arreglar.

Aquel era el pie para que algo en aquel estanque, de agua o no, se moviera, atrayendo mi atención. Las olas runrunearon al golpear los bordes de piedra.

—¿Qué es eso? —me susurró Billy.

Las aguas se separaron y una joven sidhe emergió del estanque. Era alta, delgada y el agua resbalaba por sus pálidas, desnudas y generosas curvas. Su pelo era de un tono más profundo que el verde esmeralda y conforme emergía del agua pude comprobar que no era teñido. Su rostro tenía rasgos angelicales, era una belleza dulce. El pelo le caía sobre la cara, garganta y hombros como las gotas de agua que resplandecían sobre su piel mientras se abría paso entre las luces de hada de docenas de colores. Extendió los brazos e inmediatamente, media docena de luces diminutas surgieron como de ninguna parte, llevando consigo una prenda de seda verde esmeralda. La vistieron con ella, pero la tela sirvió más para enfatizar su desnudez que para ocultarla. Recorrió las mesas con sus ojos felinos de hada y saludó a Maeve con una inclinación de cabeza.

Después se fijó en mí.

La atracción fue instantánea, algo tan simple y difícil de resistir como la fuerza de la gravedad. Sentí una necesidad repentina de levantarme, acercarme hasta ella, quitarle aquella gasa verde y llevarla de nuevo al agua. Quería ver su pelo flotar, sentir sus miembros desnudos deslizarse por mi cuerpo. Quería estrechar su delgada cintura entre mis manos, y girar y revolcarnos en la tibia y oscura ingravidez del estanque.

Junto a mí, Billy tragó saliva:

—¿Soy yo o aquí comienza a hacer bastante calor?

—Nos está tentando —dije con tranquilidad. Sentí los labios un poco adormecidos—. Es un encantamiento, no es real.

—Vale —dijo Billy sin mucha convicción—. No es real.

Cogió un vaso de agua, pero le agarré la mano a tiempo.

—No, nada de comida, ni agua. Es peligroso.

Billy se aclaró la garganta y apoyó la espalda contra el respaldo de la silla.

—Oh, vale, lo siento.

La joven avanzó entre las mesas con las lucecitas revoloteando a su alrededor mientras le recogían el pelo con elaborados peines, y le colgaban deslumbrantes gemas de las orejas, el cuello, la cintura y los tobillos. No pude evitar seguir el movimiento de aquellas luces, que guiaron mis ojos por un viaje alrededor de su cuerpo. El deseo de ir hacia ella se intensificó al tenerla más cerca, al percibir su perfume que recordaba el aroma de la niebla que flota sobre la superficie inmóvil de un lago bajo la luna llena de septiembre.

La mujer de pelo verde sonrió con los labios cerrados, luego se inclinó ante Maeve y murmuró:

—Mi señora.

Maeve la cogió de la mano con cariño.

—Jen —murmuró—. ¿Conoces al infame Harry Dresden?

Jen sonrió y sus dientes brillaron entre sus labios. Eran tan verdes como las algas, las espinacas y el brócoli recién hervido.

—Solo por su reputación. —Se volvió hacia mí y extendió una mano mientras arqueaba una de sus cejas verdes.

Miré a Billy un tanto inseguro y me levanté para tomar la mano de la señora sidhe. Tras darle un pisotón, Billy también se puso en pie.

Me incliné educadamente sobre la mano de Jen. Sus dedos eran fríos y húmedos. Cuando la vi pensé que su piel inmaculada debería arrugarse fácilmente con la humedad, pero no era así. Tuve que esforzarme para no besarle el dorso de la mano, para no saborear su apetitosa carne. Logré mantener un tono neutral cuando dije:

—Buenas noches.

La señora sidhe me sonrió, mostrando de nuevo sus dientes verdes y dijo:

—Es todo un caballero. Eso no lo esperaba. —Apartó la mano y añadió—. Y alto. —Sus ojos me examinaron de arriba abajo con total despreocupación—.

Me gustan los hombres altos.

Noté las mejillas sonrojadas y calientes. Otras partes de mi cuerpo sufrieron una inflamación similar.

Maeve preguntó:

—¿Es lo bastante hermosa para ti, mago? No tienes ni idea de cuantos mortales han suspirado por ella, y qué pocos han conocido su abrazo.

Jen dejó escapar una risa ahogada.

—Durante más de tres minutos, en cualquier caso.

Maeve tiró de ella hasta que la sidhe medio desnuda se arrodilló junto al trono. Maeve jugueteó con un rizo de su pelo verde como una hoja.

—¿Por qué no aceptas mi oferta, mago? Pasa una noche en compañía de mi doncella, ¿no te parece un precio apetecible?

Mi voz sonó en un tono más bajo de lo que pretendía.

—Quieres que tenga un hijo con ella. Un hijo con el que te quedarías tú.

Los ojos de Maeve centellearon. Se inclinó hacia mí y dijo en voz muy baja:

—Que eso no te quite el sueño. Puedo sentir tu lujuria, mortal. Tu deseo.

La fiebre de la pasión. Déjate llevar por una vez. Ninguna mortal te satisfará como ella.

Sentí que se me iban los ojos tras la mujer sidhe, recorrí con la mirada la carne desnuda que mostraba aquel vestido verde esmeralda y la longitud de sus piernas. Volví a sentir deseo y una necesidad irracional y animal. Su olor llegaba hasta mí, un perfume de viento y niebla, de carne caliente. Un aroma que evocaba la sensación irreal de las caricias de seda de unas delicadas manos de hada, de sus uñas arañando mi piel, de la fortaleza sinuosa de unos miembros enredados entre los míos.

Los ojos de Maeve relucieron:

—¿Quizá no es bastante para ti? Quizá te guste más otra. O incluso yo.

Mientras las miraba, Jen apoyó la mejilla contra el muslo de Maeve y besó el pantalón de cuero. Maeve movió las caderas con un movimiento lento y sensual y murmuró—. *Hum*. O ambas, si tu sed es más profunda. Apuesta fuerte, mago.

Y todos disfrutaremos.

El deseo, la dolorosa fuerza del apetito carnal, se duplicó. Las dos hadas eran maravillosas. Más que eso, eran sensuales. Ardientes. Carentes de prejuicios, apasionadas. Podía sentirlo, era algo que irradiaban. Si aceptaba el trato, harían de esa noche un festín de placer, sensaciones, satisfacción y deleite.

Maeve y su doncella me harían cosas que solo había leído en las revistas.

—Querido *Penthouse* —murmuré—, jamás pensé que algo así me ocurriría a mí...

—Mago —dijo Maeve—, veo en tus ojos que sopesas las consecuencias.

Piensas demasiado. Eso te debilita. Deja de pensar. Y disfruta con nosotras.

En lo más profundo de mi cabeza, una parte matemática y fría de mi cerebro me recordó que necesitaba la información. Con una palabra de Maeve, podría saber si ella era la culpable o no. *Adelante* —me dijo—. *Desde luego, pagar su precio no te va a doler. ¿No mereces divertirte un poco para variar? Haz el trato.*

*Consigue la información. Piérdete en sus besos, en el placer, en su piel de terciopelo.*

*Vive un poco antes de que se te acabe este tiempo prestado del que ahora disfrutas.*

Acerqué una mano temblorosa a la jarra de cristal que había sobre la mesa. Me aferré a ella. Tintineó y repiqueteó contra el cristal del vaso mientras lo llenaba de agua fresca y cristalina.

La sonrisa de Maeve se hizo más aguda.

—Harry —dijo Billy intranquilo—. ¿No me dijiste que era malo... ya sabes, comer o beber lo que te ofrecen las... estas personas?

Dejé la jarra sobre la mesa y cogí el vaso.

Jen se frotó la mejilla contra el muslo de Maeve y murmuró:

—No cambiarán jamás, ¿verdad?

—No —contestó Maeve—. Los machos siempre tropiezan con la misma piedra. ¿No es estupendo?

Me desabroché los pantalones, bajé un poco la cremallera y me eché el agua fría directamente sobre los calzoncillos.

Hay sensaciones extremas que pueden ser agradables. Esta no fue una de ellas. El agua estaba tan fría que tenía algunos trocitos de hielo, como si se estuviera congelado desde dentro hacia fuera. Ese frío llegó hasta donde yo quería y todo lo que tenía en los pantalones buscó refugio en mi abdomen, víctima del más puro horror hipotérmico. Dejé escapar un grito y sentí como se me ponía la carne de gallina.

La medida tuvo el efecto deseado. Aquel deseo desbordante y casi salvaje se marchitó y desapareció. Pude apartar la vista de la señora del Invierno y su doncella, aclararme las ideas y seguir algo parecido a una línea de pensamiento racional. Agité un poco la cabeza para estar más seguro y después miré a Maeve. Sentí como me invadía la furia y apreté los dientes con fuerza, pero hice todo lo posible para que mis palabras fueran lo más amables posible.

—Lo siento, cielo, pero tengo un par de objeciones a esa oferta.

Los labios de Maeve se tensaron.

—¿Y qué objeciones son esas?

—Primero. Jamás te daría un niño. Ni mío, ni de nadie, ni ahora, ni nunca. Si tuvieras un poco de cabeza, lo habrías sabido.

El ya pálido rostro de Maeve perdió aún más color y se irguió de golpe en su trono.

—¿Cómo te atreves...?

—Cállate —le dije con rabia en un tono de voz bastante alto para que resonara en las paredes del salón de baile—. No he terminado.

Maeve se puso rígida como si le hubiera dado una bofetada. Me miró con los ojos desorbitados y la boca abierta.

—He venido aquí invitado por ti y bajo tu protección. Soy tu huésped. Y aun así me lanzas un encantamiento. —Me puse en pie, con las manos apoyadas

sobre la mesa, inclinándome hacia ella para darle más énfasis a mis palabras—.

No tengo tiempo para chorradas. No me asustas, señora —dije—. Solo he venido aquí en busca de respuestas, pero si sigues presionándome, tendré que defenderme. Con dureza.

El evidente enfado de Maeve se esfumó. Apoyó la espalda en el respaldo del trono y frunció los labios con expresión tranquila y enigmática.

—Vale, vale, vale. Así que no eres tan fácil como parecía.

Una voz nueva, tranquila y masculina, rompió el silencio.

—Te lo dije, Maeve. Deberías haber sido más cortés. Alguien que le declara la guerra a la Corte Roja no va a ceder tan fácilmente. —El que así hablaba había entrado en el salón de baile a través de las puertas dobles y caminaba con aire desenfadado hacia las mesas y el trono de Maeve.

Era un hombre de unos treinta y pocos años, complexión media y metro ochenta de estatura. Vestía vaqueros oscuros, corbata blanca y cazadora de cuero. Manchas de color marrón rojizo salpicaban su camisa y parte de la cara.

Estaba completamente calvo excepto por una leve sombra de pelo rapado al cero.

Al acercarse, pude distinguir más detalles. Llevaba una marca en el cuello, un copo de nieve de tejido cicatrizado que sobresalía en su piel. Una parte de la cara era de color rojo y estaba un poco hinchada, le faltaba media ceja y una media luna de pelo en ese mismo lado del cráneo... se había quemado, y no hacía mucho. Llegó hasta el trono e hincó una rodilla en tierra, consiguiendo de alguna manera que aquel gesto tuviera algo de tranquila insolencia. Después, ofreció una caja a Maeve.

—¿Ya está? —preguntó Maeve con una impaciencia casi infantil en su voz—. ¿Por qué has tardado tanto?

—No fue tan fácil como dijiste. Pero lo conseguí.

La señora del Invierno se abalanzó sobre la caja labrada y se la arrebató de las manos con avaricia en los ojos.

—Mago, este es mi caballero, Lloyd, de la familia Slate.

Slate me saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Cómo estás?

—Impaciente —respondí, pero le devolví el saludo con interés—. ¿Eres el caballero del Invierno?

—De momento, sí. Supongo que tú eres el emisario del Invierno. Haces preguntas, investigas y esas cosas.

—Sí. ¿Mataste tú a Ronald Reuel?

Slate rompió a reír.

—Joder, Dresden. No pierdes el tiempo, ¿eh?

—Es que ya he cubierto mi cuota de hipocresía diplomática por hoy —contesté—. ¿Lo mataste?

Slate se encogió de hombros y dijo:

—No. Si te soy sincero, no sé si habría podido. Llevaba en esto mucho más tiempo que yo.

—Era un hombre mayor —repuse.

—Como muchos magos —dijo Slate—. Le habría ganado levantando pesas, claro. Pero matarlo, eso ya es otra historia.

Maeve dejó escapar un repentino chillido de furia, escalofriante y agudo.

Alzó un pie y golpeó a Slate en el hombro. El golpe sonó como una explosión y la fuerza de la patada lanzó al caballero del Invierno una plataforma más abajo, contra una mesa y la sidhe que la ocupaba. La mesa volcó, y sidhe, sillas y caballero acabaron en el suelo.

Maeve se puso en pie, haciendo que Jen, el hada de dientes verdes, se apartara como una exhalación. Sacó lo que me pareció un cuchillo militar de combate de la caja tallada. Estaba manchada con alguna sustancia gelatinosa de color negro, como salsa barbacoa quemada.

—Estúpido animal —gruñó—. ¡De nada! Esto no me sirve de nada.

Le tiró el cuchillo a Slate. El mango le golpeó en el bíceps del brazo izquierdo justo cuando se incorporaba. Su rostro se retorció en un gesto de furia incontenible. Recogió el cuchillo, se puso en pie, y avanzó hacia Maeve con ojos de asesino.

Maeve se irguió, su rostro brillaba con una repentina belleza salvaje.

Alzó el brazo derecho con los dedos anular y pulgar doblados y murmuró algo en una extraña lengua líquida. Una luz azul surgió alrededor de sus dedos y la temperatura de la sala se desplomó unos veinte grados. Habló de nuevo y movió ligeramente la muñeca, enviando motas brillantes de azul cerúleo hacia Slate.

El copo de nieve en su garganta de repente se encendió, y el avance de Slate se detuvo. Su cuerpo se quedó rígido. La piel que rodeaba la marca se puso azul, luego morada y después negra, extendiéndose como la gangrena en una película de animación cuadro por cuadro. Un grito ahogado se escapó de los labios de Slate, y pude ver como su cuerpo temblaba con el esfuerzo de seguir avanzando hacia Maeve. Se estremeció y dio otro paso hacia delante.

Maeve alzó la otra mano, con el dedo índice extendido mientras los otros permanecían doblados, y me azotó un súbito viento tan frío que me dejó sin respiración. El viento golpeó sin compasión a Slate, haciendo que su chaqueta de cuero flameara. Comenzaron a formarse pequeños carámbanos de hielo en sus pestañas y cejas. Su expresión, ahora angustiada además de furibunda, flaqueó y volvió a detenerse.

—Cálmalo —murmuró Maeve.

Jen se colocó junto a Slate, rodeándole el cuello con sus brazos y acercando los labios a su oído. Los ojos de Slate brillaron con un odio ardiente y violento durante

un segundo y luego comenzaron a parecer pesados. Jen pasó su mano suavemente por la manga de su cazadora, acariciándole la muñeca con los dedos. Vi como Slate bajaba un brazo. Un momento después, Jen le quitó la chaqueta. Llevaba una camiseta sin mangas que dejaban ver unos brazos musculosos y jalonados de marcas de pinchazos. Jen alzó una mano y una de sus luces le entregó una aguja hipodérmica. La sidhe la acercó a la cara interna del codo, y sin dejar de susurrarle, le inyectó el contenido.

Los ojos de Slate se pusieron en blanco y cayó de rodillas. Jen se agachó junto a él y lo envolvió como las algas a los nadadores, sin apartar la boca de su oído.

Maeve bajó los brazos y el viento y el frío desaparecieron. Alzó una mano temblorosa hacia su rostro y se sentó de nuevo en el trono, sin llegar a relajarse, con los ojos entrecerrados fijos en Slate, que cada vez parecía más maleable. Sus pómulos sobresalían más que antes, sus ojos parecían más hundidos. Se agarró a los brazos del trono con los dedos crispados.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurró Billy.

—Supongo que un intercambio educado de pareceres —murmuré—. Levántate, nos vamos.

Me puse de pie. Los ojos de Maeve se clavaron en mí. Su voz sonó fría y cortante.

—No hemos finalizado el acuerdo.

—Pero la charla sí.

—No he contestado a tu pregunta.

—No te molestes. Ya no hace falta.

—¿Ah no? —preguntó Maeve.

—¿No? —preguntó Billy.

Señalé con la cabeza a Slate y Jen.

—Te has tenido que emplear a fondo para conseguir que se detuviera.

Mírate. Estás exhausta tras enfrentarte a tu propio caballero. —Comencé a bajar, sorteando las mesas, Billy me seguía de cerca—. Además, eres descuidada, cielo. Imprudente. Un asesinato tan limpio como el de Reuel requiere un plan y no te veo capaz.

Sentí sus ojos clavados en mi espalda como puñales helados. La ignoré.

—No te he dado permiso para marcharte, mago —dijo en un tono glacial.

—No lo he pedido.

—No olvidaré esta insolencia.

—Yo seguramente sí —contesté—. No tiene nada de especial. Vamos, Billy.

Franquéé las puertas dobles y salí de allí. En cuanto los dos estuvimos fuera, las puertas se cerraron con un gran estruendo que me estremeció. Se hizo una oscuridad fulminante y completa, y busqué mi amuleto mientras el corazón palpitaba

desaforado.

La luz espectral del pentáculo me mostró primero el rostro preocupado de Billy y luego lo que había a nuestro alrededor. La puerta doble había desaparecido. En su lugar, solo se veía una pared de piedra lisa.

—Caray —dijo Billy, mirando desorientado a su alrededor durante un momento—. ¿Dónde está?

Coloqué los dedos sobre la pared de piedra, buscando con mis sentidos de mago. Nada. Era roca, no una ilusión.

—No tengo ni puñetera idea. La puerta debe de haber cambiado de lugar.

—¿Se ha teletransportado?

—Supongo que era una entrada temporal al Más Allá —dije—. O un atajo a través del Más Allá a otro lugar del planeta.

—El ambiente se puso muy tenso ahí dentro. Cuando de repente bajó la temperatura. No había visto nada así en mi vida.

—Bastante chapucera —repuse—. Le lanzó un hechizo a Slate, pero su poder se dispersó, provocando que bajara la temperatura. Un crío lo haría mejor.

Billy dejó escapar una carcajada corta y ahogada.

—Después de lo que acabamos de ver cualquiera estaría aún temblando.

Y tú te pones en plan exigente y le quitas puntos por mala ejecución.

—¿Qué quieres que te diga? —Me encogí de hombros—. Es fuerte, pero eso no lo es todo.

Billy me miró.

—¿Podrías hacer tú lo mismo?

—Probablemente yo utilizaría fuego.

Alzó las cejas, parecía impresionado.

—¿De verdad crees que Maeve no es la asesina?

—Sí —dije—. El asesinato fue lo bastante limpio como para pasar por accidente. Maeve no sabe controlar sus impulsos. No la veo como una asesina metódica.

—¿Y Slate?

Negué con la cabeza y fruncí el ceño.

—No estoy seguro. Es mortal. Nada le impide mentirnos. Pero tengo lo que vine a buscar, y además he descubierto un par de cosas más.

—¿Entonces por qué pones esa cara?

—Porque ahora surgen más preguntas. Todo el mundo me está metiendo prisa. Las hadas no hacen eso. Son prácticamente inmortales y nunca se apresuran. Sin embargo tanto Mab como Grimalkin insistieron en que este es un asunto urgente. Y Maeve optó por una táctica bastante agresiva, como si no tuviera tiempo para nada más sutil.

—¿Por qué harían algo así?



Suspiré.

—Algo se ha puesto en marcha. Si no encuentro al asesino, estallará la guerra entre las cortes.

—Eso explicaría toda la ambientación de la Segunda Guerra Mundial de hace un rato.

—Sí, pero no a qué viene tanta prisa. —Negué con la cabeza—. Si hubiésemos estado un poco más de tiempo quizás habría podido averiguar algo, pero la cosa se estaba poniendo bastante fea.

—Prudencia y valor —dijo Billy para indicar que estaba de acuerdo—. Nos vamos ya, ¿no?

—¿Elidee? —dije. Sentí que algo me revolvía el pelo y la pequeña hada apareció flotando en el aire frente a mí—. ¿Nos puedes llevar hasta mi coche?

La luz parpadeó dos veces y se puso en marcha. Yo alcé mi amuleto y la seguí.

Billy y yo no hablamos hasta que nuestro guía nos condujo fuera de los túneles del metro, no muy lejos de donde había aparcado el Escarabajo azul.

Atajamos por un callejón.

A mitad de la calle, Billy me cogió del brazo y me empujó detrás de sí diciendo:

—Harry, ¡atrás!

Con el mismo movimiento dio una patada a un contenedor de basura metálico, que salió volando y chocó contra algo que no pude ver. Oímos un quejido breve y agudo. Billy se adelantó y cogió la tapa metálica que había caído al suelo, la alzó sobre una silueta y le asestó un sonoro golpe.

Me aparté unos pasos para no meterme en medio de la pelea y busqué de nuevo mi amuleto.

—Billy —dije—, ¿qué coño pasa?

Sentí una súbita presencia a mi espalda, pero no tuve tiempo de reaccionar. Una mano del tamaño de un plato me agarró por la nuca como una tenaza y me elevó. Sentí cómo mis talones se levantaron en el aire, hasta que únicamente los dedos mantenían el contacto con el suelo.

Una voz de contralto femenino gritó:

—Suelta el amuleto y dile que se esté quieto, mago. Díselo antes de que te rompa el cuello.

Que te sostengan en el aire agarrado por el cuello duele. Creedme, lo sé de buena tinta. Alcé las manos en señal de rendición y dije:

—Billy, déjalo.

Billy se apartó del joven de pelo casi blanco al que había golpeado. Fix lloriqueó y se alejó lo más de prisa que pudo apoyándose sobre las manos y el trasero. Su traje marrón prestado estaba sucio y desgarrado, y la corbata amarilla de poliéster permanecía fija al cuello solo por uno de los automáticos.

Apoyó la espalda contra la pared del callejón con los ojos desorbitados bajo aquel pelo blanco y etéreo como el diente de león.

La mirada de Billy se centró en mi atacante, luego en Fix y de nuevo en la mujer que me sostenía por el cuello. Entornó los ojos por un momento y después apretó la mandíbula con expresión decidida.

—¿Harry? ¿Quieres que vaya a por ella?

—Espera un momento —dije con dificultad—. Vale, ya está, ahora suéltame.

Sentí como la presión en mi cuello cedía y cuando por fin toqué el suelo, me coloqué junto a Billy. Después me volví hacia mi asaltante.

Como esperaba, era la joven alta y musculosa de la funeraria. Un mechón de pelo verde poza le caía lacio sobre los ojos y la mejilla. Se cruzó de brazos y cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿Fix? ¿Estás bien?

El hombre bajo resopló:

—Me ha partido el labio. Pero nada más.

La mujer asintió y me miró de nuevo.

—Muy bien —dije—. ¿Quién coño eres?

—Me llamo Meryl —respondió. Su voz sonó sorprendentemente fina en contraste con su corpulencia—. Quiero disculparme, señor Dresden. Por golpearlo y arrojarlo a un contenedor de basura.

Alcé las cejas.

—¿Estás segura de que no te equivocas de fulano, Meryl? A mí nadie me pide disculpas, nunca.

Se apartó el pelo con la mano, pero le volvió a caer sobre la cara.

—Lo siento. Antes me asusté y actué sin pensar.

Intercambié miradas con Billy.

—*Hum*, vale. Estoy seguro de que seguirme hasta un callejón oscuro para zurrarme mientras te disculpas no es el sistema habitual de pedir perdón. Pero no me leí el libro ese de Marte y Venus, así que yo qué sé.

Frunció los labios y relajó un poco la postura.

—No sabía dónde buscarlo así que decidí esperarlo cerca de su coche.

—Vale —dije. Aún me palpitaba la zona del cuello por donde me había agarrado. Seguro que al día siguiente tendría unas bonitas marcas. Asentí y me di la vuelta—. Disculpas aceptadas. Bueno, ahora si no os importa, tengo cosas que hacer.

Escuché una nota de pánico en su voz.

—Espere, por favor.

Me detuve y di media vuelta.

—Tengo que hablar con usted. Solo un minuto. —Respiró hondo—. Necesito su ayuda.

Claro que la necesitaba.

—Es muy importante.

Claro que lo era.

Noté que el dolor de cabeza regresaba.

—Oye, Meryl, yo ya estoy muy liado.

—Lo sé —dijo—. Investiga la muerte de Ron. Creo que lo puedo ayudar.

Apreté los labios.

—¿Conocías bien a Reuel?

Asintió.

—Yo, Fix, Ace. Y Lily.

Recordé la foto de Reuel con los cuatro jóvenes.

—¿La chica del pelo verde? ¿La guapa?

—Sí.

—¿Dónde está Ace?

—Se marchó a trabajar después del funeral. Pero he venido a hablarle de Lily. Ha desaparecido. Creo que está en peligro.

Comencé a situarme en la conversación que escuché en el callejón.

—¿Quién eres?

—Ya se lo he dicho, me llamo Meryl.

—Sí, ya, ¿qué eres, Meryl?

Dio un pequeño respingo ante la pregunta.

—Oh, lo siento. No le había entendido bien. —Volvió a apartarse el pelo—. Soy mestiza. Todos lo somos.

—¿Qué es qué? —preguntó Billy.

Asentí, ahora lo entendía.

—Mestiza —le dije a Billy—. Es mitad humana mitad criatura sobrenatural.

—¡Ah! —dijo Billy—. ¿Y eso qué significa?

Me encogí de hombros.

—Significa que tiene que elegir entre seguir siendo mortal o convertirse en un ser del Más Allá.

—Sí —dijo Meryl—. Y hasta ese momento, pertenezco al ámbito de la corte de mi padre sidhe. Invierno. Los otros también. Por eso vamos siempre juntos. Es más seguro.

Billy asintió.

—Oh.

—Meryl —dije—, ¿por qué crees que tu amiga está en peligro?

—No es muy independiente, señor Dresden. Compartimos apartamento.

No sabe cuidar de sí misma, y se pone nerviosa si pasa demasiado tiempo fuera de casa.

—¿Y qué crees que le ha pasado?

—El caballero del Invierno.

Billy se sorprendió.

—¿Por qué haría daño a alguien de su propia corte?

Meryl dejó escapar una breve y amarga carcajada.

—Porque puede. Siempre estuvo obsesionado con Lily. La golpeaba, la asustaba. Pero se lo prohibieron. Se puso furioso cuando Maeve le ordenó que la dejara en paz. Y ahora, con la muerte de Ron... —Su voz se apagó y volvió la cabeza hacia un lado.

—¿Qué pinta Reuel en todo esto? —pregunté.

—Él nos protegía. Maeve nos torturaba por pura diversión y no sabíamos a quién recurrir. Ron nos recogió. Nos puso bajo su protección y nadie de Invierno se atrevía a contrariarlo.

—¿Y tu padre? —preguntó Billy—. ¿No hizo nada para ayudarlos?

Meryl miró a Billy con rostro inexpresivo.

—A mi madre la violó un trol. Aunque hubiese sido lo bastante fuerte para protegernos de los ataques de Maeve, no lo habría hecho. Piensa que ya ha cumplido al no devorar a mi madre cuando tuvo ocasión.

—Oh —dijo Billy—. Lo siento.

Fruncí el ceño.

—Y con el caballero del Verano fuera de juego, crees que Slate se la ha llevado.

A lo que Meryl contestó:

—Alguien entró en nuestro apartamento. Había signos de lucha.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Has llamado a la policía?

Me miró atónita.

—Oh sí, claro. Llamé y les dije que un campeón mortal del Mas Allá apareció en casa y se llevó a una modelo de desnudos profesional, mitad mortal mitad hada, a «Hadalandia». Enseguida se pusieron manos a la obra.

No tuve más remedio que admirar su oportuno sarcasmo.

—Una chica joven y guapa se puede meter en líos sin necesidad de que

intervenga un guaperas del Más Allá. Los secuestradores y asesinos mortales de toda la vida también valen para estos casos.

Negó con la cabeza.

—En cualquier caso, está en peligro.

Alcé una mano.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Ayúdeme a encontrarla. Por favor, señor Dresden.

Cerré los ojos. No tenía tiempo, energía o lucidez mental para eso ahora.

Lo más inteligente habría sido quitármela de encima, o prometerle que lo haría y luego olvidarme del asunto.

—Éste no es un buen momento. —Me sentí como un mierda al segundo de haberlo dicho. Evité mirar a Meryl a la cara. No podía—. Están pasando muchas cosas, y ni siquiera sé si me puedo ayudar a mí mismo, así que mucho menos a tu amiga. Lo siento.

Me di media vuelta para marcharme, pero Meryl se interpuso en mi camino.

—Espere.

—No insistas —dije—. No hay nada que pueda hacer...

—Le pagaré —dijo Meryl.

Oh, vaya. Dinero.

Estaba a punto de perder el despacho y el apartamento, y además el trabajo que tenía entre manos no me traía más que desgracias. Debía pagar las facturas. Hacer la compra. No es que la boca se me hiciera agua, pero casi.

Negué otra vez con la cabeza.

—Oye, Meryl, ojalá pudiera...

—El doble de sus honorarios —dijo, con urgencia en la voz.

El doble. Honorarios. Seguí dudando.

—El triple —dijo. Metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó un sobre—.

Más mil en efectivo por adelantado, aquí están.

Miré a Fix, que aún temblaba, apoyado contra la pared del callejón mientras se tapaba la herida de la boca con un pañuelo. Meryl seguía cambiado el peso de su cuerpo de un pie a otro con la mirada fija en el suelo, expectante.

Intenté analizar el asunto con objetividad. Los mil pavos no podría gastarlos si me mataban mientras atendía este nuevo caso. Pero, por otro lado, si lograba sobrevivir el dinero me vendría muy bien. Mi estómago rugió y una fuerte punzada de hambre me encogió los músculos de la tripa.

Necesitaba el trabajo, pero sobre todo, necesita poder mirarme al espejo.

No estaba seguro de si estaría cómodo con la idea de volver la vista atrás, a este momento de mi vida en particular, y verme abandonando a una mujer indefensa, medio hada o no, para que la devorasen los lobos, metafóricamente hablando. Yo

suelo ser el último recurso de los desesperados. Estos mestizos se habían mostrado aterrorizados ante mi solo unas horas antes. Si ahora me pedían ayuda era porque no tenían otra opción.

Y además pagaban bien.

—Joder, joder, joder —mascullé. Le arrebaté el sobre—. Está bien.

Investigaré el caso y veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada.

Meryl resopló de alivio.

—Gracias. Gracias, señor Dresden.

—Sí —suspiré. Metí la mano en el bolsillo y saqué una tarjeta de visita un poco arrugada—. Este es el teléfono de mi despacho. Llama y deja un mensaje para indicarme donde te puedo encontrar.

Meryl cogió la tarjeta y asintió.

—No sé si podré pagar sus honorarios de una vez. Pero le pagaré, aunque tarde un poco.

—Ya nos preocuparemos de eso más adelante, cuando haya pasado el peligro —repuse. La saludé con una inclinación de cabeza, luego a Fix, y comencé a caminar de nuevo por el callejón. Billy me siguió sin quitarles ojo.

Unos minutos después ya estábamos en el aparcamiento de la funeraria.

Las luces estaban apagadas y el Escarabajo azul era el único coche aparcado.

Nadie se había molestado en robarlo. Menuda sorpresa.

—¿Y ahora qué —preguntó Billy.

—Llamaré a Murphy. A ver qué me puede decir sobre Lloyd Slate.

Billy asintió.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—La verdad es que sí —contesté—. Echa mano de la guía telefónica y llama a los hospitales. Y pregunta en las morgues si tienen a alguna indocumentada con el pelo verde.

—¿Crees que está muerta?

—Creo que todo sería mucho más fácil si lo estuviera.

Se estremeció.

—¿Llamar a las morgues? Debe de haber un millón solo en Chicago. ¿No podría hacer otra cosa?

—Bienvenido al glamuroso mundo de la investigación privada. ¿Quieres ayudar o no?

—Vale, vale —dijo Billy—. Tengo el coche aparcado un bloque más allá.

Me pondré en contacto contigo en cuanto termine con las llamadas.

—Muy bien. Seguramente estaré en casa, pero si no ya sabes qué hacer.

Billy asintió.

—Ten cuidado. —Después emprendió su camino a toda prisa y sin mirar atrás.

Rebusqué en mis bolsillos las llaves y caminé hasta el Escarabajo.

No percibí el olor a sangre hasta que estuve lo bastante cerca como para tocar el coche. A través de la ventana vi una silueta más o menos humana, acurrucada en el asiento del acompañante. Rodeé con cuidado el automóvil hasta colocarme delante de la otra puerta y después la abrí de golpe.

Elaine cayó fuera del coche sobre el suelo del aparcamiento. Estaba cubierta de sangre, tenía la camiseta empapada, se había manchado el pelo por un lado y la sangre le corría por un costado hasta concentrarse en los vaqueros, a la altura de los muslos. Su pentáculo plateado relucía con un brillo escarlata.

La piel desnuda de sus brazos estaba también salpicada de rojo y tenía el rostro muy pálido. Como el de una muerta.

El corazón me retumbaba en el pecho y me incliné hacia ella para buscarle el pulso en el cuello. Lo tenía muy débil, y su piel estaba fría y pegajosa. Se estremeció y susurró:

—¿Harry?

—Estoy aquí, estoy aquí, Elaine.

—Por favor —susurró—. Oh Dios, por favor, ayúdame.

Lo primero que hice fue tumbar a Elaine sobre el suelo y analizar la gravedad de sus heridas. Tenía varios cortes en los antebrazos, pero la peor herida estaba en la espalda, justo en la clavícula izquierda, una incisión con muy mala pinta.

Los bordes estaban arrugados y casi juntos, pero no había dejado de sangrar.

Como además tuviese alguna hemorragia interna, ya la podía dar por muerta.

Necesitaba las dos manos para presionar la herida, y no había nadie a quién pedir ayuda. Como yo no podía hacer gran cosa por ella, la cogí en brazos, la volví a sentar dentro del Escarabajo, entré y puse el motor en marcha.

—Aguanta, Elaine —dije—. Ahora te llevo al hospital. Te vas a poner bien.

Elaine negó con la cabeza.

—No, no, es demasiado peligroso.

—Las heridas son graves, yo no puedo curarlas —le dije—. Tranquila.

No te dejaré sola.

Abrió los ojos y habló con una insistencia súbita y sorprendente.

—Hospitales no. Me encontrarán.

Encendí el motor.

—Joder, Elaine, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Cerró de nuevo los ojos. Su voz perdía fuerza con cada palabra.

—Aurora. Verano. Hotel Rothchild. Hay un ascensor en la parte de atrás.

Ella me ayudará.

—¿La señora del Verano? —pregunté—. Estarás de coña, ¿no?

No me contestó. La miré y casi se me para el corazón cuando vi la cabeza ladeada y el cuerpo distendido. Metí primera y salí dando

—Hotel Rothchild —mascullé—. Más hadas. Genial.

Llegué al hotel, que era un bonito edificio situado a orillas del lago Michigan. Pasé de largo la entrada principal y sus conserjes con librea y entré con el Escarabajo en el aparcamiento trasero en busca de alguna entrada de servicio, montacargas o quizá una puerta con un letrero que dijera «Corte de las hadas, por aquí».

Sentí un ligero calorcillo en la oreja y Elidee apareció flotando frente a mí para después chocar contra el cristal. Bajé la ventanilla un poco y la diminuta hada salió volando del coche, guiándome por el aparcamiento. Se detuvo ante un camino techado, describió varios círculos delante y se esfumó. Estaba claro que ya había cumplido su función.

Aparqué el coche rápidamente y puse el freno de mano. Puede que Elaine fuera delgada, pero tenía bastante músculo y no era liviana. Siempre tuvo la constitución de una corredora de larga distancia, alta, enjuta y fuerte.

Todavía conservaba algo de consciencia para facilitarme un poco las cosas, me



rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Temblaba y la sentía fría. Mientras avanzaba por el camino techado, me asaltaron las dudas.

Quizá debí llevarla directamente al hospital en lugar de hacerle caso.

Seguí caminando hasta que se hizo demasiado oscuro y tuve que dejar a Elaine en el suelo para sacar mi amuleto e iluminar la pasarela. En cuanto lo hice, un par de puertas de ascensor se abrieron súbitamente, arrojando luz y música enlatada al exterior.

Junto a las puertas había una joven. Medía poco más de metro y medio y no sobrepasaría los cuarenta y cinco kilos. Llevaba el pelo recogido en una trenza, vestía una camiseta azul y un mono de color blanco con salpicaduras de barro, o algo parecido. Sus labios rosas se abrieron ante la sorpresa de verme allí con Elaine en brazos.

—¡Oh no! —exclamó, urgiéndome a pasar—. Vamos, entra. La señora se ocupará de ella.

Hacía un rato que los brazos y los hombros me dolían de soportar el peso de Elaine, así que no perdí el tiempo en conversaciones. Entré en el ascensor y me apoyé contra la pared con un suspiro. La joven cerró las puertas, sacó una llave de un bolsillo del mono y la insertó en una cerradura solitaria que ocupaba el lugar de los clásicos botones. El ascensor dio una sacudida y comenzó a subir.

—¿Qué le ha pasado a Ela? —me preguntó. Apartó la vista de mí para fijarla en Elaine y luego se mordió el labio.

¿Ela?

—Ni idea. La encontré así en mi coche. Me dijo que la trajera aquí.

—¡Oh, oh Dios! —dijo la muchacha. Me miró otra vez—. ¿Tú estás con Invierno, verdad?

Fruncí el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Se nota.

—Estoy con Invierno, de momento. Pero se trata de un trabajo puntual.

Yo, por lo general, voy por libre.

—Ya. Pero eres un agente del Invierno de todas maneras. ¿Estás seguro de que quieres entrar?

—No —respondí—. Pero estoy seguro de que no voy a dejar aquí a Elaine sin comprobar antes que está en buenas manos.

La joven pareció sorprendida.

—¡Oh!

—¿No puede esto ir más rápido? —Los hombros me ardían, la espalda me estaba matando, me dolían las magulladuras y notaba como la respiración de Elaine era cada

vez más débil. Tuve que esforzarme para no gritar de pura frustración. Deseé que aquel ascensor tuviese botones para poder aporrear alguno un montón de veces en un esfuerzo inútil por acelerar su avance.

Las puertas se abrieron trescientos mil años después, mostrando una escena tan incongruente como un gorila con liguero.

El ascensor nos había llevado a lo que solo podía ser el tejado del hotel, suponiendo que en el tejado hubiese un pedazo de la selva tropical de Borneo.

La vegetación era tan densa que no se veía el final de la azotea, y aunque podía escuchar el bullicio nocturno de Chicago, los sonidos llegaban amortiguados y lejanos, apenas audibles bajo el zumbido de las langostas y los chillidos de algún otro animal que no supe identificar. El viento agitaba el follaje que me rodeaba y una luna de plata, más brillante de lo que parecía posible, le otorgaba a aquel escenario una belleza fantástica e irreal.

—Cómo me alegro de haber salido a por más arcilla. Por aquí —dijo la joven, y tomó un sendero a través de la selva. La seguí lo más rápido que pude, resoplando con fuerza mientras seguía sosteniendo a Elaine. No caminamos mucho. El sendero torció a un lado y a otro y luego desembocó en un claro cubierto de hierba.

Me detuve y miré alrededor. No, no era un claro. Se parecía más a un jardín. Había un estanque en su centro y en el agua bailaba el reflejo de la luna.

Bancos y asientos de piedra jalonaban el paisaje. Había estatuas, casi todas de mármol y de siluetas humanas, y algunas aparecían enmarcadas por macizos de flores o árboles. En la parte más alejada del estanque estaba lo que a primera vista parecía un árbol de tronco nudoso. No lo era. Se trataba en realidad de un trono, un trono de madera viva creado por un árbol que había crecido adoptando aquella forma, con ramas y hojas que se extendían hacia fuera con una elegancia majestuosa, y enormes raíces que lo anclaban al suelo.

Había varias personas diseminadas por aquel claro. Un joven manchado de pintura trabajaba con pasión en algún tipo de retrato. Su rostro estaba completamente concentrado. Un hombre alto cuya belleza inmortal y pelo claro le delataban como miembro de los sidhe, permanecía de pie con ademán de profesor junto a una joven delgada que estaba tensando un arco mientras apuntaba a un blanco de ramas retorcidas. Al otro lado del jardín, una nube de humo negro se alzaba sobre unas piedras apiladas en forma de horno o forja, y a su lado, un hombre de anchas espaldas, pecho descubierto, frente prominente, barba y semblante fiero blandía un martillo de herrero con ritmo regular. Se apartó de la forja sosteniendo con unas tenazas una hoja al rojo vivo que después sumergió en agua plateada.

Cuando pude verlo mejor, comprendí lo que era. El vapor se elevó en una nube por encima de sus pesadas patas de equino y luego subió hacia su vientre y pecho humano. El centauro golpeó con fuerza el suelo con una pezuña, impaciente,

murmurando algo entre dientes, mientras varias luces de colores se balanceaban en el agua. Una joven sentada con los ojos cerrados interpretaba con su zampoña una música cautivadora, triste y maravillosa que lo inundaba todo.

—¿Dónde está? —pregunté—. ¿Dónde está la señora?

El centauro se volvió hacia mí y gruñó con voz profunda. Volvió a coger su martillo, lo hizo girar con un rápido movimiento de muñeca y se encaminó hacia donde yo estaba, al trote, con sus enormes pezuñas de *Claydesdale* aporreando el suelo.

—¿Un vasallo de Invierno? ¿Aquí? Es intolerable.

Me puse tenso mientras apretaba a Elaine contra mi pecho y mi corazón metía quinta. El centauro era enorme y parecía dispuesto a matar.

—Eh, un momento grandullón. No he venido aquí a buscar bronca.

El centauro me enseñó los dientes, su voz estaba llena de indignación.

—¿Apareces con la sangre de nuestro emisario en tus manos y esperas que te crea?

El hombre alto sidhe gritó:

—Korrick, no.

El centauro se detuvo, elevándose sobre sus cuartos traseros y pateando el aire con sus pesadas pezuñas.

—Mi señor Talos —gruñó frustrado—, esta arrogancia no se puede tolerar.

—Paz —dijo el señor sidhe.

—Pero mi señor...

El señor sidhe se interpuso entre el centauro y yo dándome la espalda.

Llevaba unos pantalones verdes ajustados y una camisa ancha de lino blanco. El noble sidhe no dijo nada y no pude ver su expresión, pero el rostro del centauro se puso rojo y luego palideció. Inclino la cabeza con gesto forzado y se alejó hacia su forja haciendo retumbar el suelo con zancadas rápidas y furiosas.

El sidhe Talos, supuse, se volvió y me miró con tranquilos ojos felinos, azules como el cielo en verano. Tenía el pelo claro de las sidhe, que le caía lacio sobre los hombros. Sus rasgos irradiaban seguridad en sí mismo, fuerza y tuve la sensación de que era más parecido a mí que la mayoría de los sidhe con los que me había topado.

—Espero que no juzgues a Korrick severamente, señor. Imagino que debes de ser Harry Dresden.

—Si no lo soy se va a cabrear cuando me pille correteando por ahí con sus calzoncillos.

Talos sonrió. Sus rasgos se adaptaron a aquella expresión con naturalidad.

—Entonces te concedo salvoconducto según los Acuerdos. Soy Talos, lord mariscal de la Corte del Verano.

—Ya, genial, encantado de conocerte —dije—. Oye, ¿crees que podrías ayudarme

a salvar la vida de esta mujer?

La sonrisa del sidhe se desvaneció.

—Haré lo que pueda. —Miró a un lado e hizo un gesto con la muñeca.

El jardín se revolucionó de repente. Una nube de lucecitas llegó volando como una exhalación, llevando consigo tallos de plantas verdes y hojas anchas y suaves. Las apilaron sobre un blando montículo junto al estanque. Talos me pidió permiso con una mirada y cogió a Elaine en brazos. Mis hombros y bíceps respiraron aliviados. El señor sidhe llevó a Elaine hasta el lecho de hojas y la recostó sobre él. Le tocó la garganta y luego la frente con una mano mientras mantenía los ojos cerrados.

—Débil —dijo por fin—. Y fría. Pero aún tiene energía en su interior. Se pondrá bien dentro de poco.

—Oye, no te ofendas, pero tu gente tiene un concepto del tiempo bastante extraño. Llama a tu señora. Tiene que ver a Elaine ahora.

Talos me miró con la misma expresión misteriosa y serena de antes.

—Estará aquí cuando llegue. No puedo apresurar el amanecer, ni a mi señora.

Iba a indicarle dónde podía meterse su amanecer, pero me mordí la lengua e intenté liberar algo de frustración apretando los puños. Los nudillos chasquearon.

Una mano me tocó el brazo y la chica, la escultora del ascensor dijo:

—Por favor, señor. Deje que le ofrezca algo de beber, o comida. Comida de mortales, quiero decir. Jamás le ofrecería de la otra.

—Ni hablar —contesté—. No hasta que alguien se ocupe de Elaine.

Desde su lugar junto a Elaine, Talos arqueó las cejas y luego se encogió de hombros.

—Como deseas.

Posó las yemas de sus dedos con cuidado sobre las sienes de Elaine e inclinó la cabeza:

—Mis dotes son algo limitadas. Sin embargo puedo conseguir que no empeore.

Sentí un sereno golpe de energía, algo tan suave y fuerte al mismo tiempo como el impulso de una ola elevándote del suelo. Elaine súbitamente respiró hondo y sus mejillas recobraron color. Parpadeó, abrió los ojos por un momento, luego suspiró y volvió a cerrarlos.

—Talos puede mantenerla viva durante un tiempo —dijo la joven—. Hasta que la señora decida. Ha sido guardián y amigo de Ela desde hace años.

—Volvió a tirar de mi brazo—. Por favor, coma algo. Sentiremos que no hemos sido buenos anfitriones si no lo hace.

Mi estómago volvió a rugir y mi garganta comenzó a resentirse de tanto resuello. Resoplé y asentí mirando a la joven, que me guió hasta uno de los bancos cercanos. Se inclinó y sacó de debajo del asiento una nevera portátil Coleman. Rebuscó algo en

su interior y después me tiró una lata de Coca-Cola, una bolsa pequeña de patatas fritas y un bocadillo. Nada de aquello irradiaba el sutil y tembloroso encanto de la comida de hadas.

—Es todo lo que tengo de momento —dijo—. ¿Le gustan los bocadillos de pavo?

—Cásate conmigo —respondí mientras desgarraba el envoltorio del bocadillo con ansiedad. Pasé el siguiente par de minutos disfrutando de uno de los más puros placeres primarios. Comer. La comida jamás sabe tan buena como cuando te estás muriendo de hambre, y Talos me había otorgado salvoconducto según los Acuerdos, así que no me preocupaba que el bocadillo estuviera adulterado.

Mientras comía, la joven se acercó a una mesita sobre la que había un busto en arcilla de una mujer joven con partes todavía no modeladas y donde se podían ver las marcas de sus dedos. Los sumergió ligeramente en un cuenco con agua que estaba fijado al tablero y comenzó a trabajar en el busto.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—No tengo ni idea —le contesté con la boca llena—. La encontré así en mi coche. Me dijo que la trajera aquí.

—¿Y por qué le hizo caso? —Se sonrojó—. Quiero decir que trabaja para los enemigos de Verano, ¿no?

—Sí, pero eso no significa que no pueda ser amable con ellos. —Negué con la cabeza y di un buen trago de Coca-Cola para pasar el bocado. Qué maravilla. Comí durante un momento más y luego me fijé en el busto en el que estaba trabajando. El rostro me resultaba familiar. Lo observé con atención, luego pregunté:

—¿Es Lily?

La joven me miró sorprendida.

—¿La conoces?

—De oídas —contesté—. Es una mestiza, ¿verdad?

La joven asintió.

—Del Invierno, pero no ha elegido unirse a ellos. Era una de las protegidas de Ronald y a veces posa como modelo para nosotros. —Señaló con un gesto vago al joven que pintaba absorto—. ¿Lo ves? Aparece en varias de nuestras obras.

Miré alrededor y la descubrí en un par de estatuas. Las dos eran desnudos en mármol blanco. En una estaba de puntillas, con los brazos sobre la cabeza y el cuerpo bellamente arqueado. La otra estatua la mostraba arrodillada, mirando algo que sostenía entre las manos, con expresión de serena tristeza.

—Parece que aquí la apreciáis.

La joven asintió.

—Es muy amable y dulce.

—Y está desaparecida —dije.

Frunció el ceño.

—¿Desaparecida?

—Sí. Su compañera de piso me pidió que la buscara. ¿La has visto en los últimos dos días?

—No ha venido a posar, y solo la veo cuando viene aquí. Lo siento.

—Tenía que preguntar —dije.

—¿Por qué la busca?

—Ya te lo he dicho. Su compañera de piso me pidió ayuda. Y eso hago.

—Lo cual era verdad, hasta cierto punto. Técnicamente supongo que le vendí mi ayuda. Comencé a tener la sensación de que me iba a sentir culpable por haber aceptado el dinero de Meryl—. Esta semana estoy muy liado, pero haré lo que pueda.

Sobre la frente de la muchacha aparecieron algunas arrugas mientras seguía trabajando en el busto.

—No se parece a los que suelen trabajar para Invierno. Mab escoge a gente más... fría. Más dura. Más cruel.

Me encogí de hombros.

—Me ha pedido que encuentre a un asesino. Y tengo experiencia en eso.

Asintió.

—Sin embargo, parece buena persona. Me da pena pensar que se ha dejado embaucar por Invierno.

Dejé de masticar y la miré fijamente, con dureza.

—Oh, vaya.

Me devolvió la mirada y arqueó una ceja.

—¿Hum?

Dejé el bocadillo y dije:

—Eres tú. Tú eres la señora del Verano.

La sombra de una sonrisa rozó los labios de la joven e inclinó la cabeza hacia mí. Su pelo rubio se aclaró hasta adquirir la tonalidad blanca de las sidhe, sus dedos y extremidades súbitamente me parecieron algo más largos y sus rasgos se hicieron casi idénticos a los de Maeve. Sus ojos felinos eran de un verde intenso. Sin embargo, seguía vistiendo la camiseta y el mono con las manchas de arcilla que resaltaban en contraste con su pálida piel y pelo albo.

—Llámeme Aurora —dijo—. Es más sencillo.

—Hum, vale —respondí. Terminé de masticar el trozo que tenía en la boca y añadí—: Bueno, ¿vas a dejarte de juegucitos y vas a ayudar a Elaine, Aurora?

Miró a Elaine tumbada en el suelo y su expresión se ensombreció.

—Eso depende.

Apreté los dientes y dije con un tono de voz forzosamente amable:

—¿De qué?

Volvió sus tranquilos e inhumanos ojos hacia mí.

—De usted.

—No te me pongas específica ahora —dije—. No sé si lo soportaría.

—¿Cree que esto es una broma, señor Dresden? ¿Un juego?

—Tengo muy claro que no es ningún juego.

La señora negó con la cabeza.

—Y ahí es donde se equivoca. Es un juego, pero diferente a todos. No le está permitido conocer las normas, y aquí la justicia da igual. ¿Sabe por qué lo escogió Mab, mago?

La miré enojado.

—No.

—Yo tampoco —dijo—. Y esa es mi parte del juego. ¿Por qué lo elegiría?

Será porque espera algo de usted que no puede conseguir de nadie más. Quizá esperaba que trajera aquí a Ela.

—¿Y qué más da? —pregunté—. Elaine está herida. Tu emisario ha sido herido en el ejercicio de su deber. ¿No crees que deberías ocuparte de ella?

—Pero si eso es lo que espera Invierno, podría utilizarlo en mi contra.

Soy la menor de las reinas del Verano, pero aun así debo ser cauta en el uso de mis poderes.

—Está claro que Maeve no piensa igual —le espeté.

—Claro que no —dijo—. Ella es Invierno. Es violenta, inmoral y despiadada.

—Y tu centauro es la viva imagen de la dulzura y la comprensión.

Aurora suspiró y relajó los dedos incrustados en la arcilla.

—Espero que pueda perdonar a Korrick. Suele ser más amable. Pero todo el mundo está un poco tenso con todo lo que está pasando.

—Ajá —dije—. Solo para quedarme más tranquilo, ¿me has dado comida de mortales, verdad?

—Sí —contestó—. No tengo ningún deseo de mermar su libertad, señor Dresden, o de amarrarlo de ninguna manera.

—Bien. —Sabía que no podía mentirme, así que le di otro mordisco al bocadillo y comí unas cuantas patatas más.

—Oye, no estoy aquí para minar tu poder o sabotear a Verano, Aurora.

Solo quiero ayudar a Elaine.

—Lo sé —dijo—. Lo creo. Pero no confío en usted.

—¿Y qué razones tienes para no confiar en mí?

—Lo he observado —respondió—. Es un mercenario. Trabaja para quien le pague.

—Sí, tengo facturas que...

Aurora alzó una mano.

—Ha hecho tratos con demonios.

—En asuntos de poca monta, nada importante o...

—Se ofreció a sí mismo a la sidhe Lea a cambio de poder.

—Cuando era más joven y mucho más idiota, y además estaba en un lío...

Clavó sus ojos inhumanos en los míos.

—Ha matado.

Desvié la mirada. A eso no había mucho que decir. El estómago se me encogió y aparté la comida a un lado.

Aurora asintió lentamente.

—Desde el principio su destino fue convertirse en un destructor. Un asesino. ¿Sabe cuál es la función original de un padrino, señor Dresden?

—Sí —dije. Me sentí cansado de repente—. El padrino era el encargado de ofrecer al niño que apadrinaba educación y una guía moral y religiosa.

—Así es —dijo—. Y su madrina, su profesora y guía, es la criatura más depravada de la corte de Mab; casi como Maeve, solo superada en fuerza por la misma reina.

Dejé escapar una carcajada irónica.

—¿Profesora? ¿Guía? ¿Eso crees que es Lea para mí?

—¿Y no es así?

—Lea nunca me prestó atención hasta el momento en que creyó que podía sacar algo de mí —contesté—. Por lo demás le doy igual. Lo único que me enseñó es que si no quería que me pisoteara, tenía que ser más listo que ella, más fuerte que ella y estar dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

Aurora volvió su hermoso rostro hacia mí y me miró con ojos profundos y serenos.

—Sí. —Una sensación de inquietud se me agarró al estómago mientras hablaba—. Los fuertes conquistan y los débiles son conquistados. Eso es Invierno. Eso es lo que ha aprendido. —Se inclinó hacia mí y dijo en voz baja, pero enfática—: Eso es lo que le hace tan peligroso. ¿Lo entiende?

Me puse en pie y di unos pasos. Aurora no dijo nada. Escuché el goteo del agua cuando se lavó las manos en el pequeño cuenco.

—Si no vas a ayudar a Elaine, dímelo. La llevaré al hospital.

—¿Cree que debería ayudarla?

—Me importa un bledo si lo haces o no —dije—. Pero de una manera u otra voy a conseguir que la curen. Decídete.

—Ya lo he hecho. Ahora solo falta usted.

Respiré hondo antes de preguntar:

—¿Y eso qué significa?

—De las dos personas que han entrado en este jardín, señor Dresden, Elaine no es la que está más grave, sino usted.



—Ya. Solo tengo algunos cortes y moratones.

Se levantó y caminó hacia mí.

—No me refiero a esas heridas. —Alzó una mano y la colocó suavemente sobre mi corazón. Noté su piel caliente a través de la camiseta y el simple contacto ya hizo que experimentara cierto alivio. Susan llevaba meses desaparecida, y con la excepción de algún ataque ocasional, nadie me había tocado.

Alzó la vista y asintió.

—¿Lo ve? Está gravemente herido, señor Dresden y no ha encontrado descanso ni alivio a su dolor.

—Sobreviviré.

—Cierto —dijo—. Pero aquí es donde empieza todo. Los monstruos nacen del dolor, la pena, la pérdida y la furia. Su corazón está lleno de esas emociones.

Me encogí de hombros:

—¿Y?

—Y eso lo hace vulnerable. Vulnerable a la influencia de Mab, a las tentaciones ante las que normalmente no cedería.

—Lo de las tentaciones lo tengo controlado, gracias.

—¿Pero por cuánto tiempo? Necesita curarse, mago. Deje que lo ayude.

Fruncí el ceño y luego miré con desconfianza su mano.

—¿Cómo?

Aurora me sonrió con tristeza.

—Se lo mostraré. Mire.

Presionó la palma con un poco más de fuerza contra mí y en alguna parte de mi interior se rompió una presa. Las emociones se desbordaron como un arcoíris desenfrenado. Rabia roja, miedo morado, tristeza azul claro, soledad amarillo apagado, culpa verde putrefacto. La marea me atravesó, me traspasó como un rayo ardiente, doloroso y hermoso al mismo tiempo.

Y después la tormenta se calmó, y le siguió una serenidad profunda y callada. Me invadió una sensación de calor que poco a poco me curaba las heridas y magulladuras. Se extendió por mi piel, como la luz del sol en un atardecer y con el calor mis preocupaciones comenzaron a evaporarse. Mi miedo se esfumó y empecé a relajar músculos que no sabía que estaban tensos.

Me dejé llevar por aquella calidez durante unos segundos, verme libre del dolor era un éxtasis en sí mismo.

Cuando recobré el conocimiento, estaba tumbado sobre la hierba, mirando las hojas y el cielo cuajado de estrellas plateadas. Tenía la cabeza apoyada sobre el regazo de Aurora. Estaba arrodillada detrás de mí y sus manos descansaban, cálidas y suaves, a los lados de mi cara. El dolor volvió a mi cuerpo, mente y corazón como una marea alta que trae consigo la basura de un mar contaminado. Me oí a mí mismo

emitir un quejido de protesta.

Aurora me miró, en sus ojos había preocupación.

—Es peor de lo que pensaba. No tenía ni idea de todo el dolor que lleva dentro, ¿verdad?

Hinché el pecho y dejé escapar un sollozo. El calor se desvaneció por completo y el terrible peso de las dificultades a las que tenía que enfrentarme cayó de nuevo sobre mí, ahogándome.

Aurora dijo:

—Por favor, deje que lo ayude. Hagamos un trato, señor Dresden.

Ríndase. Olvide su trato con Invierno. Quédese aquí durante un tiempo y deje que le dé paz.

Las lágrimas me inundaron los ojos, nublándome la visión. Me limpié la cara con las manos mientras luchaba por pensar con claridad. Si aceptaba, sería mi fin. Al declinar la oferta de Mab, le fallaría al Consejo Blanco, lo que significaría que comprarían la paz con la Corte Roja de los Vampiros por el módico precio de un Harry Dresden ligeramente dañado.

—Ni hablar —dije, mi voz sonó débil—. Tengo trabajo que hacer.

Aurora cerró los ojos por un momento y asintió.

—Al menos es fiel a sus compromisos, señor Dresden. Su sentido del honor es admirable. Aunque equivocado.

Me obligué a sentarme, apartándome de Aurora.

—Venga —dije—, ayuda a Elaine.

—Lo haré —me aseguró—. Pero de momento no corre peligro y tardaré un tiempo. Antes quisiera decirle una cosa.

—Vale. Habla.

—¿Qué le contó Mab acerca de la muerte de Ronald?

Negué con la cabeza.

—Que estaba muerto. Que el manto de poder que lo cubría había desaparecido y que tenía que encontrar al asesino.

—¿Le dijo por qué?

Fruncí el ceño.

—No exactamente.

Aurora asintió y cruzó los brazos sobre su regazo.

—Verano se prepara para la guerra contra Invierno.

Asentí.

—Quieres decir que ya no es una posibilidad teórica. Es real.

—Las únicas guerras que conozco son reales. La pérdida del caballero del Verano nos obliga a dar ese paso.

—Me parece que no te sigo.

Su pálida frente se arrugó ligeramente.

—El poder de nuestros caballeros es considerable. Conlleva una especie de peso que solo un mortal libre puede soportar. Ese poder, esa influencia, es un elemento crucial en el equilibrio entre nuestras cortes.

—Y el vuestro ha desaparecido.

—Exacto.

—Lo que debilita a Verano.

—Sí.

Asentí.

—Entonces ¿por qué pensáis atacar?

—La estación está cambiando —dijo Aurora—. Dentro de dos días llegará el solsticio de verano. El culmen del poder del Verano.

No añadió nada más, dejando que yo hiciera los cálculos.

—Creéis que Invierno ha matado a vuestro caballero —dijo—. Y si esperáis, os haréis cada vez más débiles, mientras que Invierno será cada vez más fuerte, ¿es eso?

—Sí. Si queremos tener alguna posibilidad de ganar, debemos golpear cuando aún estamos en la cúspide de nuestro poder. Será el único momento en el que nuestra corte tenga una fuerza casi igual a la del Invierno. Si no, la estación cambiará, y en el solsticio de invierno Mab y sus criaturas vendrán a por nosotros. Y nos destruirán, y con nosotros el equilibrio del mundo mortal.

—Apartó la vista de sus manos y me clavó aquellos ojos verdes—. Invierno, señor Dresden. Un Invierno sin fin. Interminables y terribles ciclos de depredador y presa. Semejante mundo no favorece a los mortales.

Negué con la cabeza.

—¿Y por qué Invierno iba a hacer algo así? Quiero decir que si hubiesen esperado un par de días más, habrían tenido todas las de ganar. ¿Por qué dejaros espacio para maniobrar?

—No puedo adivinar lo que pasa por la cabeza de Invierno —repuso Aurora—. Pero sé que no deben destruirnos. Por vuestro bien y por el nuestro.

—Caray, todo el mundo se preocupa por mis intereses.

—Mago, por favor. Prométame que hará lo que pueda para detenerlos.

—Yo ya no hago promesas. —Me puse en pie y me encaminé hacia el sendero que conducía hasta el ascensor, aunque parte de mí solo quería volver a la paz que Aurora me había ofrecido. Me detuve y cerré los ojos con fuerza mientras tomaba una resolución—. Pero te diré una cosa. Voy a encontrar al asesino y a resolver esto, y lo voy a lograr antes del solsticio de verano.

Ni me molesté en añadir: *porque si no soy hombre muerto.*

No hacía falta incidir en lo obvio.

Me alejé lo más rápido que pude del hotel Rothchild y busqué una cabina telefónica. Murphy descolgó al primer tono.

—¿Dresden?

—Sí.

—Menos mal, ¿estás bien?

—Tengo que hablar contigo.

Hubo una pequeña pausa, luego su voz se suavizó.

—¿Dónde?

Me froté la cabeza con la palma de la mano intentando que mi cerebro se pusiera en marcha. Mis pensamientos estaban embrutecidos y desperdigados sin ningún orden aparente.

—No lo sé. En algún lugar público donde haya gente, pero que no sea demasiado ruidoso para poder hablar.

—En Chicago, a estas horas de la noche...

—Sí.

—Vale —dijo Murph—. Creo que conozco un sitio. —Me indicó cuál era y acordamos vernos allí en veinte minutos, después colgué.

Mientras entraba en el aparcamiento, pensé que posiblemente no se produjeran muchos encuentros clandestinos que tuvieran que ver con un asesinato místico, el robo de un poder arcano y el equilibrio de fuerzas entre los reinos sobrenaturales en los grandes almacenes Wal-Mart. Pero bueno, a lo mejor sí. Quién sabe, los hombres topo utilizaban los probadores para reunirse y debatir sobre sus planes para dominar el mundo con la medusa psíquica del planeta X y los cerebros embotellados sin cuerpo de la nebulosa Klaatuu. Y

desde luego yo no los habría buscado allí.

Después de media noche no era un lugar muy concurrido, pero el aparcamiento tampoco estaba todo lo desierto que cabría esperar en un barrio tranquilo como Wrigleyville. La tienda no cerraba en toda la noche, y en una ciudad como Chicago, son muchas las personas que hacen la compra tarde.

Tuve que aparcar en una de las filas intermedias y después caminar en el fresco de la noche, antes de entrar en el frío helador del gran almacén cuyos enormes aparatos de aire acondicionado no aminoraban la marcha ni durante las escasas horas de oscuridad.

Un empleado somnoliento me saludó con una inclinación de cabeza cuando entré, pero rechacé su oferta de coger un carro. Murphy me alcanzó antes de llegar al centro de la tienda y se colocó junto a mí. Llevaba una cazadora de los Cubs, vaqueros y zapatillas deportivas y el pelo rubio recogido bajo una gorra de béisbol negra y lisa.

Caminaba con las manos en los bolsillos y su expresión, un tanto chulesca, no iba bien con alguien de tan corta estatura.

Sin decir nada, pasamos por delante de pequeñas franquicias con los cierres echados, y nos acomodamos en una cafetería cerca de la sección de comida preparada del supermercado.

Murphy eligió una mesa desde donde se pudiera vigilar la puerta y yo me senté enfrente, desde donde podía vigilar su espalda. Cogió un par de tazas de café, que Dios la bendiga. Eché azúcar y nata en el mío hasta que aparecieron pequeñas balsas, lo removí y di un sorbo lento que casi me abrasa la lengua.

—No tienes muy buen aspecto —dijo Murphy.

Asentí.

—¿Quieres que hablemos de ello?

Para mi sorpresa, sí quería. Dejé la taza sobre la mesa y dije sin preámbulos:

—Estoy furioso, Murph. No puedo pensar con claridad, estoy demasiado cabreado.

—¿Por qué?

—Porque estoy jodido. Por eso. Haga lo que haga, me la van a meter doblada.

Frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Es este trabajo —dije—. La investigación del caso Reuel. Me estoy topando con muchas dificultades y no sé si podré superarlas. Y si no las supero antes de mañana por la noche, todo se va a ir a la mierda.

—¿El cliente no colabora?

Dejé escapar una amarga carcajada.

—Todo parece indicar que lo que el cliente quiere es mi cabeza en una bandeja.

—Ya, así que no confías en ella.

—Ni lo más mínimo. Y los que se supone que trabajan conmigo me están volviendo loco. —Negué con la cabeza—. Me siento como un voluntario que se mete en una de esas cajas mágicas justo antes de que el mago comience a clavarle espadas. Solo que esto no es ningún truco, las espadas son de verdad, y me las van a empezar a clavar en cualquier momento. Los malos están haciendo todo lo que pueden para quitarme de en medio o para joderme. Los buenos creen que soy una especie de pirado a punto de perder el control, así que sacarle una respuesta a cualquiera de ellos es como intentar arrancarles un diente.

—Crees que corres peligro.

—Lo sé —dije—. Y este asunto es demasiado importante. —Guardé silencio durante unos segundos y di un sorbo al café.

—Bueno —dijo Murph—. ¿Y por qué querías verme?

—Porque los que deberían apoyarme están a punto de echarme a los lobos. Y

porque la única persona que me está ayudando está tan verde que necesita una niñera para salir de esta con vida. —Dejé la taza vacía—. Y porque cuando me pregunté en quién podía confiar, me salió una lista muy corta. Tú estás en ella.

Se recostó en la silla con un suspiro largo y lento.

—¿Me vas a decir ya qué pasa?

—Si te empeñas... —dije—. Hay cosas que no te he contado porque pensaba que así te protegía. Porque no quería que sufrieras.

—Sí —dijo—. Lo sé. Y me cabrea bastante.

Intenté sonreír.

—En este caso es mejor no saber. Si te cuento todo esto, la cosa se pondrá fea. El mero hecho de saberlo podría ser peligroso para ti. Y no vas a poder ignorarlo, Murph. Nunca.

Me miró serena.

—Entonces, ¿por qué contármelo ahora?

—Porque mereces saberlo desde hace mucho. Porque has arriesgado tu vida para protegerme a mí y a muchas personas de la morralla sobrenatural que ronda por ahí fuera. Porque te has buscado problemas por mi culpa y saber más de todo esto te será muy útil en el futuro.

—Notó las mejillas calientes y admití—: Y porque necesito tu ayuda. Este es un mal asunto. No me gusta.

—No me voy a ningún sitio, Harry.

La miré con una sonrisa cansada.

—Un último aviso. Si entras en esto, debes entender una cosa. Tienes que prometerme que no involucrarás a los de Investigaciones Especiales, ni al resto del departamento de policía. Puedes sacar información, usarlos de forma discreta, pero no reunir a tu gente e ir a cazar demonios.

Entornó los ojos:

—Joder, ¿por qué no?

—Porque involucrar a las autoridades mortales en un conflicto como este es como lanzar un ataque nuclear contra el mundo sobrenatural. Nadie quiere algo así, y si piensan que podrías hacerlo, te matarán. O se las arreglarán para que te despidan, o te harán una encerrona. No permitirán que algo así ocurra.

Conseguirán tu ruina, te harán daño o te matarán, y probablemente mucha otra gente caiga contigo. —Me detuve para dejar que mis palabras se asentaran en su cabeza, luego pregunté—: ¿Aún quieres que te lo cuente?

Cerró los ojos por un momento y luego asintió, una vez.

—Adelante.

—¿Seguro?

—Sí.

—Muy bien —dije. Y se lo conté todo. Tardé un rato. Le conté lo de Justin, le hablé de Elaine. Le hablé de las fuerzas sobrenaturales y la política que gobernaban la ciudad, de la guerra que empecé por culpa de lo que la Corte Roja le había hecho a Susan, de las hadas y del asesinato de Reuel.

Y sobre todo, le hablé del Consejo Blanco.

—Panda de sabandijas, arrogantes y egocéntricos hijos de puta —murmuró Murphy—. ¿Quién coño creen que son para vender así a su gente?

Cierta parte de mí gritó un hurra mental ante aquella reacción.

Hizo un ruido con la garganta para indicar la repulsión que sentía y negó con la cabeza.

—A ver si lo he entendido bien —dijo—. Comenzaste una guerra entre el Consejo y la Corte Roja. El Consejo necesita el apoyo de las hadas para tener una posibilidad de victoria. Pero para conseguir ese apoyo, debes encontrar al asesino y devolver la cosa esa con el poder mágico que alguien ha robado...

—El manto —la corregí.

—Bueno, sí, eso —dijo Murphy—. Y si no consigues él rollo mágico ese, el Consejo hará un paquetito contigo y te entregará a los vampiros.

—Sí —dije.

—Y si no encuentras al asesino antes del solsticio de verano, las hadas se enzarzarán en una guerra.

—Algo muy malo, gane quien gane. Podría hacer que el fenómeno de El Niño pareciera un simple chaparrón primaveral.

—Y quieres que te ayude.

—Has trabajado en homicidios. Se te da mejor que a mí.

—Eso está claro —dijo con una media sonrisa en los labios—. Mira, Harry. Si quieres encontrar al asesino, la mejor forma es preguntarse por qué.

—¿Por qué, qué?

—Por qué se produjo el asesinato. Por qué se cargaron a Reuel.

—Oh, ya —dije.

—Y por qué quisieron quitarte de en medio el otro día en el parque.

—Ahí puede ser cualquiera —dije—. Tampoco es que fuera un atentado bien planeado, la verdad.

—Te equivocas —dijo Murphy—. No resultó perfecto, pero tampoco era un disparate. Después de que me llamaras esta noche, hice unas cuantas indagaciones.

La miré extrañado.

—¿Y descubriste algo?

—Sí. Resulta que se han producido dos robos a mano armada en los últimos tres días, el primero a las afueras de Cleveland y el segundo en una gasolinera de Indianápolis, camino de Chicago.

—No parece nada del otro mundo.

—No —dijo Murphy—. De no ser porque en ambos casos se produjo un secuestro y el vídeo de seguridad se averió en cuanto comenzaron los dos atracos. Testigos oculares del caso de Indiana dijeron que el atacante era una mujer.

Silbé.

—Todo apunta a nuestra *ghoul*, entonces.

Murph asintió con los labios fruncidos.

—¿Existe alguna posibilidad de que las personas que se llevó sigan aún con vida? Negué con la cabeza.

—No lo creo. Probablemente se las comió. Un *ghoul* necesita entre dieciocho y veintidós kilos de carne al día. Lo que le sobre lo abandonará en algún lugar donde haya animales para no dejar huella.

Asintió.

—Lo imaginaba. La pauta coincide con varios casos investigados en los últimos veinte años. Tardé un tiempo en unir las piezas, pero tenemos constancia de otros tres incidentes similares, y todos están relacionados con una asesina profesional que se hace llamar Tigresa. Un amigo del FBI me dijo que es sospechosa de varios crímenes en la zona de Nueva Orleans y la Interpol cree que también ha realizado algún trabajo en Europa y África.

—Un sicario —dije—. Entonces, ¿quién la contrató?

—Por lo que me has contado, yo apostaría por los vampiros. Son los que más ganan con tu muerte. Si te quitan de en medio, el Consejo probablemente negociará la paz, ¿no?

—Puede —dije, aunque lo dudaba—. Si eso es lo que tenían en mente, eligieron un mal momento. Hace tan solo dos noches se cargaron a un montón de magos en Rusia y el Consejo está bastante cabreado.

—Vale. Quizás hayan pensado que si al final das con el asesino de Reuel y el Consejo gana puntos con las hadas, la cosa se complicaría para ellos.

Matarte antes de que eso suceda tiene sentido.

—Salvo que el atentado se produjo antes de verme envuelto en la investigación.

Murphy negó con la cabeza.

—Ojalá pudieras hablar con uno de nuestros dibujantes y describieras a la mujer.

—No creo que sirviera para nada. Al principio iba disfrazada y no me fijé en ella. Cuando por fin me llamó la atención, su aspecto era como el de un personaje de una peli de terror de animación japonesa.

Fijó la mirada en su café frío.

—Pues entonces lo único que podemos hacer es esperar. Tengo que consultar con mis fuentes, pero dudo que averigüe algo. Ya te avisaré.

Asentí.



—Y aunque la encontremos, quizá no nos ayude con el asunto de las hadas.

—Ya —dijo—. ¿Te importa si te hago unas cuantas preguntas? Quizá descubra algo que tú has pasado por alto.

—Vale.

—La chica de las rastas, ¿dijiste que se llamaba Maeve?

—Sí.

—¿Qué te dice tu instinto? ¿Hasta qué punto crees que ella no es la asesina?

—Estoy casi seguro.

—Pero no totalmente.

Me quedé pensando.

—No. Las hadas son complicadas. Totalmente seguro, no.

Murphy asintió.

—¿Y qué me dices de Mab?

Me froté la barbilla, la barba ya me estaba creciendo otra vez.

—No llegó a negar su responsabilidad en la muerte de Reuel, pero no creo que sea la asesina.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé.

—Yo sí. Podría haber elegido a quien quisiera para representar sus intereses y te escogió a ti. Si pretendiera borrar sus huellas, habría sido más lógico que contratara a alguien menos capaz o con menos experiencia. No habría optado por un tío tan ridículamente testarudo como tú.

Acusé el golpe.

—De ridículamente nada —dije—. Es que no me gusta dejar las cosas a medias.

Murphy resopló.

—No conoces el significado del verbo «rendirse», panoli. Pero entiendes lo que quiero decir, ¿no?

—Sí, y parece razonable.

—¿Y qué pasa con la chica del Verano?

Suspiré ruidosamente.

—No le pega. Es el hada más amable que jamás he conocido y eso que tenía motivos para ser bastante más desagradable conmigo.

—¿Y el otro mortal? El caballero del Invierno.

—Es violento y adicto a la heroína. Pudo tirar a Reuel por las escaleras, sí. Pero no sé si tiene los conocimientos de magia necesarios para robar el manto. Me pareció más del tipo «saquea y piensa después». —Negué con la cabeza—. Bueno, aún tengo que hablar con tres hadas más.

—La reina del Verano, y las dos madres. —Murphy asintió—. ¿Cuándo las verás?

—En cuanto sepa dónde están. Las señoras son las que viven más cerca del

mundo mortal. No son difíciles de encontrar. Las reinas y las madres, sin embargo, se ocultan en el reino de las hadas. Tendré que ir hasta allí y hacerme con un guía.

Murphy alzó las cejas.

—¿Un guía?

Torcí el gesto.

—Sí. No quiero, pero me parece que voy a tener que visitar a mi madrina.

Murphy me miró sorprendida.

—¿De verdad? ¿Tienes un hada madrina?

—Es una historia muy larga —repuse—. Bueno, me tengo que marchar.

Si pudieras...

Las luces de los grandes almacenes se apagaron de repente.

El corazón se me paró. Un segundo después se encendió la iluminación de emergencia para revelar cómo una inquietante nube de niebla gris plateada se extendía por la gran superficie desde las puertas principales. La niebla pasó por delante de una cajera atónita. La mujer se desplomó con la boca medio abierta y la mirada perdida.

—Dios santo —dijo Murphy en voz baja—. Harry, ¿qué es eso?

Yo ya me había levantado y me había hecho con nuestro salero y el de la mesa de al lado.

—Problemas. Ven conmigo.

En un primer momento intenté dar un rodeo hasta la salida, pero vi que la niebla también entraba por esas puertas.

—¡Mierda! Por ahí no podemos salir.

El rostro de Murphy se puso todavía más pálido cuando vio a un hombre joven abalanzarse sobre las puertas de salida. En cuanto la niebla lo alcanzó, comenzó a dar traspies. Finalmente se detuvo con expresión confusa, y miró a su alrededor aturdido y con los hombros hundidos.

—Dios mío —murmuró—. Harry, ¿qué es eso?

—Venga, vamos a la parte de atrás de la tienda —dije mientras comenzaba a correr en esa dirección—. Creo que es niebla mental.

—¿Crees?

Miré a Murphy por encima del hombro.

—Es la primera vez que la veo, solo la conozco de oídas. Te desconecta el cerebro, hace que olvides cosas, te revuelve los pensamientos. Son ilegales.

—¿Ilegales? —gritó Murphy—. ¿Según quién?

—Según las leyes de la magia —murmuré.

—Antes no has mencionado las leyes de la magia —dijo Murphy.

—Si salimos de esta con vida, te lo explicaré todo. —Corrimos por un largo pasillo hasta el final de la tienda mientras dejábamos atrás la zona de menaje, a nuestra izquierda los productos de temporada y a nuestra derecha los corredores del supermercado. Murphy se detuvo de repente, rompió el cristal que cubría la alarma antiincendios y la activó.

Miré a mi alrededor esperanzado, pero no sucedió nada.

—Joder —masculló Murphy.

—Había que intentarlo. Oye, la gente que está en la niebla se recuperará en cuanto se haya disipado, y el autor, o autores, no tienen razones para hacerlos ningún daño una vez nos hayamos ido.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé —admití mientras comenzaba a correr otra vez—. Pero cualquier sitio es mejor que el lugar donde los malos han decidido atacar y donde hay cientos de rehenes entre los que elegir, ¿no crees?

—Vale —dijo Murphy—. Salir de aquí me parece bien.

—Seguro que los malos cuentan con eso e intentarán llevarnos hasta algún callejón oscuro. ¿Vas armada?

En ese momento Murphy sacó su pistola de debajo de la chaqueta, una Colt 1911 del ejército bien cuidada.

—¿Estás de coña?

Noté que le temblaban las manos.

—¿Pistola nueva?

—Vieja y de fiar —dijo—. Me dijiste que la magia puede estropear las armas más modernas.

—Un revólver sería aún mejor.

—Ya puestos, ¿por qué no me limito a lanzar piedras y palos?

—Qué exagerada eres. —Vi un letrero de «Solo empleados»—. Allí —dije, y me adelanté, corriendo—. Por detrás.

Nos dirigimos hacia las puertas batientes bajo el cartel. Yo llegué primero y las abrí de un empujón. Una pared de niebla gris se interponía en mi camino y tuve que echarme hacia atrás para detenerme en seco. Si dejaba que la niebla me tocara quizá no me quedara suficiente sesera para lamentarlo. Clavé un pie en el suelo y me incliné peligrosamente hacia delante, pero Murphy me cogió por la camiseta y tiró de mí con fuerza.

Los dos volvimos a la tienda.

—No podemos salir por ahí —dijo Murphy—. Quizá no pretendan llevarte a ninguna parte. Puede que solo quieran gasearte y matarte aprovechando que no te puedes defender.

Recorrí la tienda de un vistazo. La niebla gris seguía avanzando lenta, pero inexorablemente, en todas direcciones.

—Eso parece —dije. Con un movimiento de cabeza señalé un estrecho pasillo donde había repuestos para automóviles—. Por allí, rápido.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Murphy.

—Nos servirá de escondrijo. Tenemos que construir una defensa contra la niebla. —Llegamos a un espacio abierto al final del pasillo y le dije a Murphy—. Aquí, quédate aquí y no te alejes de mí.

Y así lo hizo, pero pude ver que seguía temblando mientras me preguntaba:

—¿Por qué?

Alcé la vista. La niebla había llegado al otro extremo del pasillo y se acercaba lentamente.

—Voy a formar un círculo que debería mantener la niebla alejada de nosotros. No salgas del círculo ni dejes que ninguna parte de tu cuerpo cruce al otro lado.

La voz de Murphy sonó tensa y más aguda.

—Harry, se acerca.

Abrí los dos saleros y comencé a verter la sal formando un círculo a nuestro alrededor de unos noventa centímetros de diámetro. Una vez terminado lo imbuí con un ligero toque de voluntad, de poder, y se cerró con un repentino *crac* de energías invisibles y silenciosas. Me incorporé y contuve el aliento hasta que la niebla lo tocó unos segundos después.

Rodeó el círculo y se detuvo, como si un cilindro de plexiglás se interpusiera en su camino. Murphy y yo soltamos aire poco a poco.

—*Uau* —dijo en voz baja—. ¿Has creado un campo de fuerza o algo así?

—Sólo vale contra energías mágicas —dije mientras me daba media vuelta—. Si alguien viene con una pistola, no servirá para nada.

—¿Qué hacemos?

—Creo que puedo protegerme si me preparo —dije—. Pero a ti tendré que lanzarte un hechizo.

—¿Un qué?

—Un hechizo, magia de corta duración. —Busqué por mi camiseta hasta que encontré un hilo suelto y comencé a tirar de él—. Necesito un pelo.

Murphy me miró con desconfianza, pero metió los dedos bajo la gorra y se arrancó varios pelos de color rubio oscuro. Los cogí y los retorcí junto con el hilo.

—Dame tu mano izquierda.

Lo hizo. Sus dedos temblaban tanto que sentí como se movían cuando los cubrí con mis manos.

—Murph —dijo. Ella seguía mirando hacia ambos lados del pasillo con los ojos desorbitados—. Karrin.

Me miró. Por alguna razón parecía mucho más joven.

—Recuerda lo que hablamos ayer —le dije—. Estás herida, pero lo superarás. Todo saldrá bien.

Cerró los ojos con fuerza.

—Tengo miedo. Tanto que me encuentro mal.

—Lo superarás.

—¿Y si no?

Le sostuve la mano con fuerza.

—Entonces me encargaré personalmente de burlarme de ti todos los días, durante el resto de tu vida —dije—. Te llamaré nenaza delante de tus amigos, ataré delantales con volantes a tu coche, entraré a escondidas en el aparcamiento de la comisaría y te silbaré y te gritaré: ¡mueve el culo, guapa!

Todos los días.

Murphy dejó escapar un sonido parecido al hipo. Abrió los ojos y vi como el miedo daba paso a una mezcla de enfado, cansancio y guasa.

—No sé si recuerdas que voy armada.

—Genial. Pero no muevas mucho la mano. —Aunque aún temblaba un poco, los espasmos descontrolados habían cesado. Le até el hilo con el pelo alrededor de un dedo.

Murphy seguía mirando hacia la niebla con la pistola preparada.

—¿Qué haces?

—La niebla es un tipo de encantamiento invasivo —repuse—. Te toca y se mete dentro de ti. Así que estoy creando una defensa. El lado izquierdo es el que absorbe energía. Voy a evitar que este hechizo de niebla te afecte. Esto es como cuando te atas un hilo a un dedo para recordar algo.

Aseguré el hilo con un nudo casi completo, de modo que solo necesitaría un ligero tirón para fijarlo del todo. Después saqué la navaja del bolsillo y me hice un corte en la base del pulgar. Miré a Murphy e intenté despejarme un poco la cabeza para lanzar el hechizo.

Ella me contempló pálida y preocupada.

—Es la primera vez que... bueno, que veo como lo haces.

—Tranquila —le dije. Nuestros ojos se encontraron durante un peligroso segundo—. No te dolerá. Sé lo que hago.

Elevó las comisuras de la boca en una sonrisa que hizo que sus ojos brillaran. Asintió y se volvió para observar la niebla.

Cerré los ojos durante un momento y luego comencé a concentrarme para realizar el hechizo. Ya estábamos dentro de un círculo, así que todo fue rápido. El aire se tensó sobre mi piel y sentí como el vello de los brazos se ponía de punta a medida que aumentaba la energía.

—*Memoratum* —murmuré. Tiré de la improvisada cuerda, cerrando el nudo y lo cubrí con la sangre de mi pulgar—. *Defendre memorarius*.

La energía salió de mi cuerpo e imbuyó el hechizo, rodeando el hilo y ejerciendo presión sobre Murphy. La piel del brazo se le puso de gallina y respiró profundamente.

—¡Uau!

La observé con atención.

—¿Murph? ¿Estás bien?

Se miró la mano y luego alzó la vista hacia mí.

—¡Uau! Sí.

Asentí, y saqué el pentáculo de debajo de mi camiseta. Lo enrollé alrededor de la mano izquierda, con la estrella de cinco puntas descansando sobre mis nudillos.

—Vale, esto es bastante arriesgado. Pero ojalá funcione y podamos salir de aquí.

—Espera, ¿no sabes si funcionará?

—Debería. Tendría que funcionar. En teoría.

—Genial. ¿Y no sería mejor quedarnos aquí?

—*Hum*, ¿estás de coña, no?

Murphy asintió.

—Vale. ¿Cómo sabremos si funciona?

—Salimos del círculo, y si no se nos va la cabeza —dije—, es que todo va bien.

Se aferró a la culata del arma con la mano encantada.

—Esto es lo que más me gusta de trabajar contigo, Dresden. La certidumbre.

Desdibujé el círculo con el pie y un poco de voluntad. El halo que nos rodeaba se desvaneció con un suspiro y la niebla gris se deslizó hacia nosotros.

Reptó sobre mi piel como una sustancia grasienta y fría, repugnan te y engorrosa, que me resultaba vagamente familiar y que me urgía a quitármela de encima. Subió, retorciéndose por mis brazos y sentí que algo de adormecimiento y desorientación trepaba por mis extremidades. Me concentré en el pentáculo que sostenía en la mano izquierda, en su peso y solidez y en los años de disciplina y experiencia que representaba. Aparté la pegajosa niebla de mis emociones y la excluí de mi percepción en un esfuerzo consciente y firme.

Un rizo azul de electricidad estática recorrió la cadena de mi amuleto, restalló alrededor del pentáculo y luego se desvaneció, llevándose consigo la distracción provocada por la niebla mental.

Murphy echó la vista atrás y dijo en voz baja:

—¿Estás bien? Parecías un poco inquieto hace un segundo.

Asentí.

—Lo tengo bajo control. ¿Y tú estás bien?

—Sí. No siento nada.

Joder, qué bueno soy... a veces.

—Vamos, salgamos por la sección de jardinería.

Murphy sostenía el arma y caminaba delante de mí. Yo vigilaba nuestros flancos mientras ella avanzaba por el pasillo. Un poco más adelante pasamos junto a un cliente y un empleado que estaban apoyados contra la pared, en lo que quizá fue un intento por huir de la niebla. Ahora tenían una expresión extraña en el rostro y la mirada perdida. Otro cliente, un hombre viejo, se mantenía de pie en el pasillo, balanceándose peligrosamente de un lado a otro.

Me detuve junto a él y dije en voz baja:

—Señor, vamos, descanse un rato —y lo ayudé a sentarse antes de que se cayera.

Seguimos adelante y vimos a otra empleada con la mirada ida que vestía una bata azul con manchas y olía a fertilizante. Después nos dirigimos a las puertas que desembocaban en la sección de jardinería.

Mi memoria me avisó del peligro y me lancé hacia delante, adelantando a Murphy y sumergiéndome en la niebla, aunque sin salir de la alambrada que limitaba la sección de jardinería. Algo duro me golpeó con fuerza, haciendo que mis muslos y caderas dieran con el suelo. Mi cabeza los siguió un segundo después, junto con un fogonazo de luz fantasmagórica y una punzada de dolor bastante real.

Rodé por el suelo al ver como la empleada que acabábamos de pasar daba media vuelta, cogía unas podaderas afiladas y se abalanzaba sobre mí.

Giré hacia un lado en un torpe intento por esquivar el golpe. Las puntas de acero

de la herramienta me desgarraron la camiseta y algo de piel antes de clavarse en el hormigón. Seguí rodando y le lancé una patada a la altura de los tobillos. Ella la eludió con una agilidad vaporosa, y cuando alcé la vista pude ver el rostro humano de la asesina *ghoul* de la lluvia de sapos. La Tigresa.

No era particularmente guapa, ni particularmente exótica, ni particularmente nada. Tenía un aspecto bastante vulgar: estatura media, constitución media, ni curvas sinuosas ni terribles deformaciones, nada. Pelo marrón de longitud y corte discretos. Vestía unos pantalones vaqueros, un polo y la bata de Wal-Mart, todo muy normal.

En cambio la pistola que estaba sacando de debajo de la bata sí me llamó la atención, era un revólver de cañón corto, pero lo manejaba como si pesara bastante, por lo que supuse que era de gran calibre. Intenté levantar un escudo, pero la defensa que había creado contra la niebla y el golpe en la cabeza me aturdían y dificultaban el proceso, no mucho, solo lo suficiente para conseguir que me matara.

Murphy me salvó. Cuando la Tigresa me apuntó con el arma, Murphy se interpuso, agarrándole el brazo que sostenía el arma y haciendo algo con su mano izquierda mientras retorció el cuerpo a la altura de las caderas y mantenía sus fuertes piernas separadas.

Murphy era una fiel practicante de aikido, y sabía manejarse en las distancias cortas. La Tigresa dejó escapar un chillido. No un grito femenino del tipo «como me ha dolido», sino más bien un sonido silbante de furia, como el que uno esperaría escuchar a un ave de presa. Se produjo un sonido como de algo que se rompía y estallaba, luego un gran estruendo, el rugido de un disparo a corta distancia, un repentino olor a pólvora quemada y el revólver salió deslizándose por el suelo.

La *ghoul* intentó clavarle las podadoras, pero Murphy ya se había apartado, rugiendo por el esfuerzo. Dio media vuelta y empujó por detrás a la Tigresa que acabó empotrándose contra un estante lleno de helechos.

Murphy se giró para enfrentarse a la *ghoul*. Se colocó en posición de disparo y dijo, apretando los dientes:

—Pega la cara al suelo. Estás detenida. Tienes derecho a permanecer en silencio.

La *ghoul* cambió. Como un personaje salido de una película de terror, abrió la boca hasta desencajar las mandíbulas y desgarrar la piel de las comisuras. Le comenzaron a crecer los colmillos y los labios desaparecieron. Sus hombros se agitaron y retorcieron, encorvándose y haciéndose más anchos al mismo tiempo. La ropa se tensó mientras su cuerpo seguía curvándose. Sus dedos y garras se alargaron hasta que sus manos abiertas tuvieron la envergadura de los rastrillos que se exponían justo a su espalda. Un olor fétido de podredumbre o algo aún peor nos rodeó.

Murphy perdió el color del rostro mientras observaba la transformación.

Si el agresor fuese un delincuente armado, no creo que hubiera tenido ningún problema. Pero la *ghoul* era algo completamente distinto. Vi como el miedo se



apoderaba de ella, aferrándose a las cicatrices con las que un fantasma enloquecido le había marcado el alma hacía tan solo un año. Presa del pánico, respiraba con espasmos ahogados mientras aquel demonio nacido de las pesadillas de un perturbado apartaba las plantas de su camino, expandía sus garras y dejaba escapar una especie de silbido irregular y repulsivo. La pistola de Murphy comenzó a temblar, el cañón oscilaba erráticamente de izquierda a derecha. Luché por ponerme de nuevo en pie y volver a la pelea, pero la cabeza aún me daba vueltas y la constante presión de la niebla entorpecía mis movimientos.

La Tigresa debió de ver el terror que agarrotaba a Murphy.

—¿Una poli, eh? —dijo la *ghoul*, mientras la saliva espumosa se acumulaba alrededor de sus dientes y goteaba por la barbilla. Comenzó a avanzar lentamente hacia Murphy, arañando el suelo con sus garras—. ¿No vas a decirme que tengo derecho a un abogado?

Murphy gritó aterrorizada, sin poder moverse mientras la miraba con ojos desorbitados.

La *ghoul* se rió de ella:

—Una pistola muy grande para una chica tan dulce. Tienes un olor dulce. Me has abierto el apetito. —Siguió avanzando hacia ella mientras la sorna teñía cada una de las palabras que murmuraba con aquella voz inhumana y distorsionada—. Quizá debería dejar que me detuvieras. Esperar a que estuviéramos en el coche. Hueles muy bien, me pregunto cómo sabrás.

Supongo que se equivocó al burlarse de ella. Los ojos de Murphy de repente salieron de su estupor y se endurecieron. La pistola dejó de moverse y dijo:

—Saborea esto, puta.

Murphy comenzó a disparar.

La *ghoul* chilló, esta vez de sorpresa y dolor. Los disparos no la detuvieron, eso solo ocurre en los cómics y en la televisión. Las balas de verdad se limitan a atravesarte como pesos de plomo sobre una tela de gasa. No aparecieron agujeros sangrantes en el pecho de la *ghoul*, sino que de su espalda salieron despedidas repentinas flores rojas que cubrieron los helechos con gotas de sangre.

La *ghoul* alzó los brazos y retrocedió, retorciéndose y gritando para después lanzarse hacia los helechos.

Murphy siguió disparando.

La Tigresa tropezó y cayó entre las plantas, todavía viva y resistiendo con ferocidad mientras tiraba macetas, rompía tiestos y esparcía materia vegetal y tierra por todo el suelo.

Murphy siguió disparando.

Se oyó un *clic* que indicaba que la pistola se había quedado sin balas, y la *ghoul* giró sobre su espalda. La bata de empleada estaba rasgada, con enormes agujeros y

empapada en sangre. La Tigresa abrió la boca en un intento por coger aire, mientras un hilillo color escarlata salía de su boca. Dejó escapar otro silbido, este algo burbujeante, y alzó las manos a modo de súplica:

—Espera —susurró—. Espera por favor. Tú ganas, me rindo.

Murphy sacó el cargador vacío, introdujo uno nuevo y deslizó la corredera de la pistola. Después volvió a colocarse en posición de disparo y apuntó con sus ojos azules, fríos, desapasionados e inmisericordes.

No vio la inesperada sombra que acechaba entre la niebla a su derecha, enorme y amenazadora, apenas iluminada por las luces de emergencia del otro lado de la sección de jardinería. Yo sí, y por fin salí de mi aletargamiento y me puse en pie.

—¡Murph! —grité—. ¡A tu derecha!

Murphy volvió la cabeza y se movió con rapidez a la izquierda justo cuando apareció en el aire un azadón que acabó incrustándose en el suelo de hormigón donde antes había estado ella. La *ghoul* se arrastró bocarriba entre los helechos y desapareció en la niebla dejando rastros de sangre por todas partes.

Murphy retrocedió y disparó a la silueta oculta por la niebla, después volvió a agacharse al ver como otro brazo blandía una pala que describió un arco de guadaña a escasos centímetros de su cabeza.

Grum, el ogro, salió de la niebla con su impresionante forma original de piel escarlata y sus tres metros y medio de altura, sosteniendo una pala en una mano. Sin detener su avance, levantó un jarrón de cerámica de casi ochenta litros y lo lanzó contra Murphy como si fuera una bola de nieve. Ella se ocultó detrás de una pila de palés vacíos y la enorme vasija reventó contra ellos.

La magia no sirve de nada contra un ogro. Miré desesperado a mi alrededor y cogí una bolsa de plástico de gran tamaño llena de bolitas de mármol.

—¡Eh tú! —grité— ¡El alto, feo y colorado!

La cabeza de Grum giró más de lo que cabría esperar teniendo en cuenta el grosor de su cuello, y sus ojos, ya de por sí pequeños, se redujeron aún más cuando los entornó al mirarme. Soltó un bramido y se dirigió hacia mí, con sus enormes pies golpeando el hormigón.

Desgarré la bolsa y se la arrojé. Pequeñas canicas de color azul salieron rodando por todo el suelo como una ola. Los pies de Grum aplastaron varias mientras seguía avanzando y yo rezaba para que mi plan tuviera éxito. Grum estaba cada vez más cerca y cuando levantó uno de sus enormes pies, vi pequeños círculos de cristal pulverizado en el suelo.

Maldije mi suerte y me adentré en la sección de jardinería mientras oía las potentes pisadas de Grum detrás de mí. Escuché como Murphy volvía a disparar dos veces e intenté seguir de cabeza la cuenta de las balas. Cuatro ¿del nuevo cargador? ¿Había vuelto a cargar? ¿Y cuántas balas tenía el cargador del Colt?

Un estallido más agudo y penetrante atronó en la sección, fuego de rifle.

El Colt de Murphy ladró dos veces más, y luego la oí gritar:

—¡Harry, alguien cubre la salida con otra arma de fuego!

—¡Estoy ocupado, Murph! —grité.

—¿Qué coño es esa cosa?

—¡Un ogro! —grité. Grum intentaba matarme así que no tenía sentido andarse con diplomacias—. ¡Un ogro grande y feo! —Comencé a tirar todo lo que veía en los estantes a medida que avanzaba. Gané algo de ventaja sobre Grum, pero también podía ser que estuviera tomándose su tiempo para recuperar energías. Le oír rugir de nuevo y balanceó la pala que sostenía en la mano. A pesar de que me encontraba a cierta distancia, el aire silbó con tal fuerza que me hizo estremecer.

Miré angustiado a mi alrededor en busca de algo hecho de acero para arrojárselo o defenderme. La niebla no me permitía discernir lo qué había un par de metros más allá, y por lo que podía ver, no hacía más que internarme en la zona de las plantas. El olor a invernadero recalentado por el sol del verano, fertilizante y cierta putrefacción me llenaba la nariz y la boca. Giré al final del pasillo y me metí por una puerta estrecha, dejando atrás la sección de jardinería cubierta por un toldo, para aparecer en otra, sin techo y acotada por una alambrada alta. Aquello estaba lleno de árboles jóvenes y otras plantas dispuestas en silenciosas filas.

Busqué una salida hacia el aparcamiento y comprobé la distancia que me separaba de Grum echando la vista atrás.

El ogro se había detenido ante la puerta que daba a la zona vallada y, con una sonrisa en los labios, la cerró. Mientras lo observaba, se cubrió una mano con una bolsa de basura y dobló el cierre como si fuera de arcilla. El metal crujió y la puerta quedó bloqueada sin que empleara más fuerza de la que yo necesito para retorcer el alambre con que cierro la bolsa del pan de molde.

El corazón me dio un vuelco y miré alrededor.

La valla medía al menos dos metros y medio y su parte superior estaba coronada por un alambre de espino, supongo que para desalentar a los ladrones de árboles. Había una segunda puerta, mucho más grande, que estaba cerrada con el picaporte también destrozado y retorcido. Me había tendido una trampa y yo había corrido hacia ella.

—¡Joder! —dije.

Escuché la agria carcajada de Grum, aunque apenas podía ver más que su silueta a varios metros de donde yo estaba.

—Has perdido, mago.

—¿Por qué haces esto? —pregunté—. ¿Para quién coño trabajas?

—¿No lo has adivinado aún? —dijo Grum. Había un deje de arrogancia en su voz—. Vaya, qué pena. Supongo que morirás sin saberlo.

—Si tuviera una moneda por cada vez que me han dicho eso... —mascullé, mirando a mi alrededor. Tenía varias opciones. Ninguna buena.

Podía abrir un portal hacia el Más Allá y luego buscar la forma de salir de allí y volver al mundo real en algún otro lugar, pero si hacía eso, no solo corría el riesgo de toparme con algo aún peor de lo que ya tenía enfrente, sino que como no anduviera con cuidado, podía caer en un bache de tiempo lentificado y volver a Chicago horas, o incluso días después. También podía hacer un agujero en la valla con una llama conjurada, aunque existía el peligro de chamuscarme en el intento. No llevaba la varita conmigo, y sin ella, carecía del control necesario para evitar ese tipo de accidentes.

Otra opción era apilar unos cuantos arbolitos, varios palés, sacos de tierra y demás contra la alambrada y trepar. Quizá terminara atrapado en el alambre de espino, pero joder, eso sería mejor que quedarme allí. En cualquier caso, no había tiempo que perder. Me volví hacia el conjunto de árboles más cercano, cogí un par y los arrojé contra la valla.

—¡Murphy! Estoy atrapado, pero creo que podré salir. ¡Lárgate de aquí ya mismo!

La voz de Murphy me llegó flotando en la niebla procedente de ninguna parte.

—¿Dónde estás?

—¡Joder, Murphy! ¡Vete!

Disparó dos veces más.

—¡No sin ti!

Eché más cosas al montón.

—¡Soy mayorcito! ¡Puedo cuidar de mí mismo! —Me apoyé sobre la pila y probé suerte. Valía para alcanzar la parte superior. Supuse que podría subir y preocuparme del alambre de espino cuando lo tuviera delante. Comencé a escalar con la mirada puesta en el terrible alambre. Subía apoyándome sobre los pulgares cuando sentí que algo me cogía por los tobillos. Miré hacia abajo y vi que una rama me rodeaba las piernas. Intenté deshacerme de ella a patadas.

Mientras estaba en ello, vi como otra rama se alzaba de la pila y se unía a la primera. Luego una tercera, y una cuarta. Las ramas bajo mis pies se elevaron y de repente me encontré suspendido en el aire, colgando por los tobillos cabeza abajo.

Desde aquel extraño mirador pude observar cómo los árboles, las plantas y la tierra que había apilado se alzaban y se retorcían. Los plantones entrelazaron sus ramas mientras crecían al mismo tiempo, ganando altura y grosor para convertirse en parte de algo mayor. Las otras plantas, sacos de tierra, enredaderas y hojas, se unieron a los árboles, fustigando el aire por voluntad propia y fusionándose con la cosa que me sostenía.

Comencé a distinguir la silueta de una criatura enorme de apariencia vagamente

humana hecha de tierra, raíces y ramas. Dos puntos idénticos de luz verde esmeralda se encendieron en su cabeza de enredaderas retorcidas y hojas superpuestas. Debía de medir entre dos metros setenta y tres metros de altura y casi lo mismo de envergadura. Sus piernas eran más gruesas que yo, y había ramas que se extendían por encima de su cabeza como enormes cuernos que resaltaban contra el trasfondo luminoso de la niebla mental. La criatura levantó la cabeza y gritó, su voz sonó a madera torturada, ramas rotas y aullido de viento.

—¡Piedras y estrellas, Harry! —murmuré con el corazón en la boca—. ¿Cuándo aprenderás a cerrar la boca?

—¡Murphy! —grité—. ¡Sal de aquí!

El monstruo planta... no, un momento. No puedo referirme a aquella cosa como «monstruo planta». Podría resultar cómico. Es difícil improvisar un nombre chulo para un monstruo en semejante momento, pero utilicé uno que le oí a Bob en cierta ocasión.

El clorofobio me elevó y me zarandeó como si fuera una maraca. Me concentré en el brazalete escudo y encaucé mi voluntad, espoleada por el pánico, hacia él. Sentí un cosquilleo en la piel cuando se formó el escudo a mi alrededor adoptando la forma de una esfera. Y qué a tiempo, porque acto seguido el clorofobio me arrojó contra uno de los postes de la valla. Sin el escudo, me habría roto la espalda. Choqué contra el poste sintiendo como la energía del escudo se tensaba en torno a mí, distribuyendo la fuerza del golpe por todo mi cuerpo en lugar de dejar que se concentrase únicamente sobre el punto de impacto. El escudo transformó una parte de la energía cinética de la colisión en luz y calor, mientras el resto la sentí como una presión brusca. El resultado fue que me pareció estar dentro de un traje elástico, sobrecalentado y tres tallas menor. Me quedé sin aire en los pulmones y me vi envuelto en un fogonazo de luz blanquiazul.

Después, simplemente caí contra el hormigón. El escudo liberó un destello más débil cuando golpeé el suelo. Me levanté y comencé a correr, huyendo del clorofobio, pero este me siguió, apartando con su brazo enramado una repisa llena de tomateras. Corrí hacia la valla, al otro extremo de la sección, pero el enorme puño del clorofobio me alcanzó de nuevo.

Alcé mi escudo para protegerme, pero el impacto me lanzó a varios metros de distancia a lo largo de la alambrada, haciéndome chocar contra un juego de estantes de acero que sostenían cientos de bolsas de veinte kilos de mantillo, tierra y fertilizante. Permanecí allí tirado y confuso durante un segundo, mirando una pancarta desplegada sobre el pasillo vacío que decía con enormes letras rojas: «Herbicida a solo 2,99». Me agarré a la pancarta y me levanté a tiempo de esquivar otro nuevo puñetazo del clorofobio dirigido a mi cabeza.

En lugar de alcanzarme, destrozó las repisas produciendo un crujido de metal retorcido. La criatura gritó de dolor mientras a su alrededor se formaba una humareda abrasadora. El clorofobio apartó el puño y volvió a chillar mientras sus ojos brillaban con intensidad, llenos de furia.

—Acero —murmuré—. Así que eres otra de esas criaturas de la familia de las hadas. —Alcé la vista hacia los enormes estantes mientras corría junto a ellos, y unos segundos después escuché como el clorofobio se daba la vuelta y retomaba la persecución. Mientras corría, concentré algo de energía y dejé que el escudo físico

cayera, con lo que ya solo estaba protegido contra la niebla mental. Iba a necesitar toda la fuerza que pudiera reunir si pretendía que mi improvisado y desesperado plan tuviera éxito. Si no funcionaba, el escudo tampoco me protegería durante mucho más tiempo. Antes o después, el clorofobio acabaría resquebrajando mis defensas y convirtiéndome en abono.

Le llevaba algo de ventaja, pero comenzó a recuperar terreno y lo tenía cada vez más cerca. Cuando llegué al final de la fila, al final de los estantes de acero, me di la vuelta para enfrentarme a él.

Madre mía, aquella cosa era enorme. Más que Grum. Podía ver a través de él en algunas zonas, donde las ramas retorcidas, las hojas y la tierra no formaban una masa muy densa, pero eso no le restaba fuerza ni peligrosidad.

Si aquello no funcionaba, no iba a vivir para lamentarlo.

La magia, en general, requiere bastante tiempo porque tienes que dibujar círculos, reunir energía y alinear fuerzas. La magia rápida y chapucera, la evocación, procede directamente de la voluntad del mago que la libera sin ejercer apenas control sobre su potencia o dirección. Es difícil y peligrosa. A mí se me da fatal. Solo conozco un par de evocaciones que puedo hacer con relativa seguridad, y aun así necesito un foco, como un brazalete escudo o una varita, para controlarlas como Dios manda.

Sin embargo, las burradas a la desesperada que solo requieren mucha energía y poca maña se me dan bastante mejor.

Alcé los brazos y una súbita bocanada de aire revolvió la niebla. Las pisadas del clorofobio resonaban cada vez más cerca. Cerré los ojos y liberé más energía buscando el viento.

—*Vento* —murmuré, sintiendo como se agitaban las energías. El clorofobio volvió a bramar, haciéndome estremecer de miedo. El viento ganó intensidad—. *¡Vento! ¡Vento, ventas servitas!*

Energía y magia salieron de mis brazos extendidos y restallaron como un látigo en la noche. El viento aumentó con un súbito rugido, y un estridente ciclón que nació como un remolino ante mis ojos y se dirigió después hacia los pesados estantes de metal.

A solo unos metros el clorofobio volvió a gritar, medio asfixiado en el vendaval que yo había creado.

Las enormes y pesadas repisas que sostenían toneladas de materiales chirriaron en protesta y luego cayeron sobre el clorofobio con un estrépito ensordecedor que me perforó los tímpanos e hizo retumbar el suelo de hormigón.

El clorofobio era fuerte, pero no tanto. Se derrumbó como un arbusto investido por un bulldózer, y chilló mientras los estantes de acero lo aplastaban y lo quemaban, perforándolo. Un humo verduzco se alzó de aquel amasijo y el clorofobio siguió gritando y revolviéndose bajo las repisas, haciendo que estas también se movieran y

agitaran.

Tras el esfuerzo del conjuro, me sentí de repente exhausto y miré con ira los estantes caídos.

—Tocado —dije, intentando recuperar el aliento—, pero no hundido.

Mierda. —Observé las repisas durante un momento y decidí que seguramente mantendrían ocupado al clorofobio unos minutos más. Sacudí la cabeza y me dirigí hacia la puerta por la que entré. Esperaba que Grum no hubiera retorcido el pestillo tanto como para no dejarme salir.

Pero sí lo había hecho. Ahora el cerrojo no era más que un amasijo de metal con afilados surcos, semejantes a una tenaza para cortar alambre. Nota mental: las garras de Grum están hechas a prueba de acero. Miré hacia arriba y decidí arriesgarme a escalar la valla y después pasar por encima del alambre de espino.

Estaba trepando, a medio camino de la parte superior cuando Murphy salió de la niebla en el otro lado, apuntándome con el arma.

—Eh, eh, Murph —dije. Le mostré las manos vacías y me solté de la valla—. Soy yo.

Murphy bajó el arma y suspiró aliviada.

—Dios santo Harry. ¿Qué haces?

—Participar en un combate de *Pressing Catch*. He ganado. —A mis espaldas, el clorofobio volvió a gritar y los estantes chirriaron al moverse.

Tragué saliva y miré hacia atrás—. Pero la revancha no parece muy prometedora. ¿Dónde has estado?

Puso los ojos en blanco.

—De compras.

—¿Dónde están Grum y la *ghoul*?

—No lo sé. El rastro de sangre de la Tigresa se dirigía a la salida, pero alguien me disparó cuando intenté seguirlo. Y al ogro no lo he visto. —Miró atónita el cerrojo de la puerta—. Joder, parece que te ha encerrado, ¿no?

—Más o menos. ¿Te han disparado?

—No, ¿por qué?

—Cojeas.

Murphy torció el gesto.

—Sí, alguno de esos cabrones debió de tirar por el suelo unas bolitas azules. Me resbalé con una y me caí. Me he hecho daño en la rodilla.

—¡Oh! —dije—. *Hum*.

Me miró incrédula.

—¿Fuiste tú?

—Bueno, fue una idea que surgió en el momento.

—Harry, fue una idea que copiaste de los dibujos animados.



—Mátame luego. Pero ahora ayúdame a salir de aquí. —Fijé la vista en el alambre de espino—. A lo mejor si consigues un rastrillo podrías tirar del alambre hacia arriba mientras yo paso por debajo.

—Estamos al lado de la sección de bricolaje, espabilado —dijo Murphy.

Entró de nuevo en la niebla y salió medio minuto después con unas tenazas rusas. Cortó una abertura en la valla de alambre y salió por ella mientras el clorofobio se retorció, todavía atrapado.

—Adora mismo te daría un beso —le dije.

Murphy sonrió.

—Hueles a estiércol, Harry. —La sonrisa se desvaneció—. ¿Y ahora qué?

Los movimientos del monstruo volcaron unos cuantos estantes más pequeños, y yo miré a mi alrededor nervioso.

—Lo primero es salir de aquí. Esa cosa de momento está fuera de juego, pero no tardará en liberarse.

—¿Qué es?

—Un clorofobio —contesté.

—¿Un qué?

—Un monstruo planta.

—Oh, vale.

—Tenemos que salir.

Murphy negó con la cabeza.

—Quien estuviera cubriendo la salida principal probablemente también pueda ver las otras puertas. Una silueta en un umbral es un objetivo fácil. Como una diana.

—¿Cómo coño pudieron verte a través de la niebla?

—¿No pretenderás que nos pongamos a hablar de eso ahora? El caso es que ven, y eso significa que no podemos salir por la puerta principal.

—Sí —dije—. Tienes razón. Las salidas principales están cubiertas, esa cosa está en la sección de jardinería y te apuesto lo que quieras a que el ogro Grum vigila la zona de atrás.

—El ogro, vale. ¿Cuál es su fuerte?

—Las balas rebotan en él y la magia le resbala como a un pato el agua. Es fuerte, bastante rápido y más listo de lo que parece.

Murph maldijo en voz baja.

—¿No puedes hacer que salte por los aires?

Negué con la cabeza.

—Ya lo intenté y le hizo el mismo efecto que un escupitajo.

—No parece que tengamos muchas posibilidades de salir de esta.

—Y aunque lo logremos, Grum o esa planta enorme podrían alcanzarnos, así que tenemos que motorizarnos.

—Habrá que enfrentarse a alguno de ellos.

—Lo sé —dije, y comencé a caminar hacia la tienda.

—¿Adónde vas? —preguntó Murphy.

—Tengo un plan.

Me siguió corriendo.

—Espero que sea mejor que el de las bolitas.

Solté un gruñido por respuesta. Tampoco tenía por qué darle la razón.

Los dos sabíamos que si aquel plan no era mejor que el último, el cerdito Porky diría eso de: «Eso es todo, amigos».

Tres minutos después Murphy y yo estábamos frente a la puerta de atrás, donde nos esperaba Grum.

Se alzó entre las sombras junto a unos enormes cubos de basura con un rugido de elefante y se abalanzó sobre nosotros. Murphy, que arrastraba una pierna e iba envuelta, un poco a la desesperada, en una manta de viaje, gritó y se volvió para salir corriendo, pero tropezó y cayó al suelo delante del ogro.

Yo oculté la mano izquierda tras la espalda y alcé la derecha. Una llama apareció bailando entre mis dedos unidos y dije con voz atronadora:

—¡Grum!

Los pequeños ojos del ogro se volvieron a mí, centelleando. Dejó escapar otro profundo rugido.

—¡Apartaos de mi camino! —dije en el mismo tono teatral—. ¡O me enojaré y os despojaré de vuestra vida!

Ahora tenía toda la atención del ogro que se giró hacia mí, olvidándose de la temblorosa figura de Murphy.

—No temo vuestro poder, mortal —gruñó.

Levanté la barbilla y agité la mano donde ardía la llama.

—Os aviso por última vez, ¡bestia inmundada!

Los ojillos de Grum se encendieron de cólera. Soltó una gran carcajada y siguió avanzando.

—Pobre embaucador humano. Vuestro fuego os perjudicará más a vos que a mí.

Detrás de Grum, Murphy se quitó la manta de los hombros y con un único tirón de la cuerda, puso en marcha su nueva y reluciente motosierra Coleman. Activó la hoja con un zumbido silbante y sin más preámbulo describió con ella un arco que terminó precisamente detrás de la gruesa y peluda rodilla de Grum. La hoja de acero atravesó la piel del ogro como si fuera gomaespuma. Sangre y trocitos de carne salieron disparados en una nube repulsiva.

El ogro gritó, retorciéndose de dolor. La piel roja alrededor de la herida se hinchó inmediatamente y se puso negra, y los tentáculos de una oscuridad infecciosa se extendieron por su pierna y cadera como una exhalación. Intentó golpear a Murphy con uno de sus enormes puños, pero ella ya se había puesto fuera de su alcance. El ogro se apoyó sobre la pierna herida y cayó al suelo con un ruido sordo.

Me acerqué para ayudar, pero todo ocurría con tal rapidez que tenía la sensación de moverme a cámara lenta. El ogro giró sobre su estómago, enloquecido por el contacto del hierro de la cadena de la motosierra, y comenzó a arrastrarse hacia Murphy con una velocidad asombrosa, ayudándose solo de sus brazos y hundiendo sus garras en el hormigón. Ella se alejó cojeando, pero Grum golpeó con un puño el

suelo con tanta fuerza que a tres metros de distancia, Murphy perdió el equilibrio y se cayó.

Grum le agarró un pie y comenzó a tirar de ella. Murphy resopló, se revolvió y se retorció. Consiguió quitarse la zapatilla y reptó hasta verse fuera de su alcance, con el rostro pálido y descompuesto.

Yo me acerqué por detrás, sacando mi mano izquierda de detrás de la espalda mientras entre los dedos de mi mano derecha todavía bailaba la llama que le había mostrado antes. Sentí como oscilaba el líquido dentro de la enorme pistola de agua de color amarillo y verde que sostenía con la mano izquierda.

Bajé el cañón y apreté el gatillo. Un chorro de gasolina impactó de lleno en la espalda de Grum, empapando su piel. El ogro se volvió hacia mí y le disparé gasolina a los ojos y la nariz, arrancándole otro grito. Me enseñó los colmillos y me miró con odio a través de unos ojos tan hinchados que parecían casi cerrados.

—Mago —dijo, con una voz apenas comprensible por los colmillos y la saliva—, tu fuego mágico no me detendrá.

Giré la mano derecha lentamente y le enseñé la lata de combustible que había estado sosteniendo todo el rato.

—Menos mal que tenía a mano esta lata de combustible prendida con fuego del bueno, ¿eh?

Y arrojé la lata incandescente al ogro empapado en gasolina.

Impedido y ardiendo como una vela de cumpleaños, Grum gritaba y se revolvió. Me aparté y lo rodeé para ayudar a Murphy a ponerse en pie, mientras el ogro se golpeaba contra el suelo y la pared del edificio. Estuvo así unos veinte segundos, antes de lanzar un extraño y terrible aullido, ocultarse detrás de una papelera y desaparecer. La luz de las llamas simplemente se desvaneció con él.

Murphy consiguió levantarse con mi ayuda. Tenía el rostro pálido de dolor. No quiso apoyar la pierna herida.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos ganado —dije—. Lo hemos mandado de vuelta al Más Allá.

—¿Para siempre?

Negué con la cabeza.

—De momento. ¿Qué tal tu pierna?

—Me duele. Creo que me he roto algo. Tendré que andar a la pata coja.

—Apóyate en mí —dije. Dimos unos cuantos pasos y se tambaleó peligrosamente. La cogí antes de que cayera—. ¿Murph?

—Perdona, perdona —dijo casi sin aliento—. No puedo saltar.

La ayudé a sentarse otra vez en el suelo.

—Oye, quédate aquí, apoyada contra la pared. Yo iré a por el Escarabajo y lo traeré hasta aquí.

Murphy se encontraba lo bastante mal como para no discutir. Sacó su pistola, le puso el seguro y me la ofreció. Yo me negué.

—Quédatela tú. Quizá la necesites.

—Dresden —dijo Murphy—, aquí mi pistola ha sido tan útil como una botella de suavizante en una fábrica de acero. Pero ahí fuera alguien tiene un rifle. Eso quiere decir que son humanos y tú no llevas todas tus herramientas mágicas. Coge el arma.

Tenía razón, pero aun así me opuse.

—No puedo dejarte aquí indefensa, Murph.

Murphy se subió la pernera del vaquero y sacó una pequeña automática que llevaba oculta en el tobillo. Deslizó la corredera, le quitó el seguro y dijo:

—Ya no lo estoy.

Cogí el Colt, comprobé la munición y el seguro, más que nada como un acto reflejo.

—Qué pistola más mona, Murph.

—Tengo tobillos finos. Es el único modelo que puedo ocultar ahí —me espetó.

Canturreé con retintín:

—Murphy tiene una pistola de chica, Murphy tiene una pistola de chica.

Murphy me miró con furia y e hizo el amago de acercarse a la motosierra.

—Ven aquí y repite eso.

Resoplé.

—Sí claro, ahora mismo —contesté—. Te avisaré cuando vuelva.

Algunos de estos bichos pueden disfrazarse, así que si no estás segura de quién se acerca...

Murphy asintió, pálida y decidida, con la mano sobre la pistola.

Respiré hondo y atravesé la niebla que rodeaba el flanco del edificio con dirección al aparcamiento principal. Me mantuve pegado a la pared y avancé lo más silenciosamente que pude sin dejar de Escuchar. Reuní energía en torno al brazalete escudo, y coloqué la mano izquierda en posición. Con la derecha sostenía el arma. Al centrar mi defensa en la mano izquierda, tendría que manejar el arma únicamente con la derecha. No se me da muy bien disparar, ni siquiera usando las dos manos, así que solo me quedaba esperar que no tuviera que echar mano de mi puntería.

Llegué a la parte frontal del edificio y escuché un *clic* en la zona vallada de la sección de jardinería. Tragué saliva y apunté el Colt en aquella dirección mientras pensaba que no estaba seguro de cuántas balas quedaban en el cargador.

Me acerqué y a través de la niebla vi la valla de alambre que rodeaba la zona donde había quedado atrapado con el clorofobio. Mostraba una abertura de unos tres metros y por lo que pude ver del interior, el monstruo planta ya no estaba. Genial. Me acerqué un poco más al agujero para observar los destrozos en el alambre. Esperaba que estuviera retorcido y con los bordes todavía ardiendo. Sin embargo el corte era

limpio, como si hubieran utilizado unas tenazas, y había una capa de escarcha a ambos lados de la abertura.

Examiné el suelo y encontré secciones del alambre, aunque ninguna de ellas medía más de cinco o diez centímetros. Una nube de vapor se elevaba sobre ellas y el frío que sentí al acercarme a la valla me hizo estremecer. Alguien había congelado el alambre de la valla hasta que el acero se volvió quebradizo y se rompió.

—Invierno —murmuré—. O al menos eso parece.

Miré a mi alrededor a través de la niebla, mantuve mis oídos abiertos, y seguí caminando lo más silenciosamente que pude hacia las apagadas luces que brillaban intermitentes más adelante, en el aparcamiento. Había aparcado el escarabajo en una fila que estaba casi enfrente de la entrada principal, pero no tenía un punto de referencia con toda aquella niebla. De modo que me limité a salir, escoger la primera fila de coches, y avancé pegado a ella, buscando mi Escarabajo.

No vi mi coche en la primera fila, en cambio lo que sí descubrí fue un extraño hilo de fluido amarillento. Lo seguí hasta la segunda fila y encontré el Escarabajo, justo encima de un charco del mismo color. Otro escape. No era extraño tratándose del coche de un mago, pero aquel era el peor momento para que se averiase.

Entré y dejé la pistola para poder arrancar. Mi fiel corcel chirrió y se quejó un par de veces, pero el motor se encendió con un carraspeo de disculpa, devolviéndole la vida al coche. Metí primera y abandoné mi plaza atravesando la que estaba libre delante de mí, después me dirigí hacia la parte de atrás del edificio para recoger a Murphy.

Acababa de pasar la sección de jardinería con su valla destrozada cuando los cristales se congelaron de repente. En un abrir y cerrar de ojos, comenzaron a formarse placas de hielo que crecían como plantas en una película a cámara lenta hasta que me taparon por completo la visión. La temperatura bajó unos veinte grados, el coche renqueó, y si no hubiese pisado el acelerador, se habría calado. El Escarabajo salió disparado hacia delante, y yo bajé la ventanilla, para sacar la cabeza y ver lo que estaba sucediendo.

El clorofobio salió de la niebla y lanzó un enorme y nervudo puño contra el Escarabajo a modo de bola de demolición orgánica. La fuerza del impacto abolló el capó como si fuera de papel de aluminio y hundió los amortiguadores hasta que la carrocería chocó con los neumáticos. El golpe me lanzó contra el volante y me dejó sin aliento con una punzada de dolor.

El impacto habría hecho volcar cualquier coche que tuviera el motor en la parte delantera. La parte más pesada se habría hundido, mientras que la más liviana, la de atrás, se habría elevado, y yo, que no llevaba el cinturón abrochado, habría dado más tumbos que una palomita de maíz.

Los viejos Volkswagen, sin embargo, llevan el motor donde ahora va el maletero.

La parte que pesaba más del coche subió un poco, pero luego volvió a bajar con una sacudida.

Hundí el pie en el acelerador y el motor del Escarabajo respondió con un rugido feroz. A pesar de su gran fuerza y tamaño, el clorofobio no era tan denso ni tan pesado como un ser vivo de la misma envergadura. El Escarabajo se estabilizó tras el golpe que había hundido el capó bajo el que se ocultaba un maletero vacío y atropelló al clorofobio sin perder apenas aceleración.

La bestia gritó de lo que supongo fue sorpresa, y desde luego dolor. Mi coche lo arrolló con un destello escarlata de electricidad estática y una nube de humo envolvió a la criatura. El Escarabajo le golpeó las piernas y el clorofobio acabó tirado sobre el capó.

No levanté el pie del acelerador, sostuve el volante lo más firmemente que pude con una sola mano y saqué la cabeza por la ventanilla para ver. El clorofobio gritó otra vez, la magia que lo rodeaba se estaba acumulando en una nube que hizo que el pelo de la nuca se me erizara, pero el Escarabajo siguió avanzando a trompicones sin ceder al hechizo que le habían lanzado, arrastrando al clorofobio por toda la sección de jardinería hasta la parte trasera del edificio.

—Piensa en esto como una venganza contra los postes de teléfono —le dije al Escarabajo y luego frené de golpe.

El clorofobio salió despedido del capó, rodó por el asfalto y acabó chocando contra el lateral de un contenedor de basura metálico. El golpe le arrancó un rugido de dolor y esparció porquería por todas partes. Solo uno de mis faros sobrevivió al ataque, aunque lucía de forma intermitente a través de la niebla y la nube de polvo y suciedad que envolvían al monstruo.

Metí marcha atrás, retrocedí unos metros y lo dejé en punto muerto.

Aceleré el motor, embragué y lancé el Escarabajo a toda pastilla directo hacia el monstruo. Esta vez me puse el cinturón de seguridad y metí la cabeza dentro del coche antes del choque. El impacto fue violento, sorprendentemente ruidoso y visceralmente satisfactorio. El clorofobio dejó escapar un aullido estremecedor, pero hasta que no aparté el coche y giré para poder sacar la cabeza por la ventanilla, no vi lo que había pasado.

Había partido a aquella cosa por la mitad al aplastarlo entre la castigada y congelada carrocería del Escarabajo y el contenedor de basura metálico.

Gracias a las estrellas, ninguna de las dos cosas era de fibra de vidrio. Las piernas yacían apoyadas contra el contenedor, ahora convertidas en un montón de plantones y tierra, y los brazos se movían caóticamente, a unos diez metros de distancia, intentando alcanzarme sin conseguir más que aporrear el asfalto.

Escupí por la ventanilla, volví a embragar y salí en busca de Murphy.

Salté del coche y tuve que forcejear con la puerta del acompañante para conseguir

que se abriera. Murphy se puso en pie apoyándose contra la pared, mientras miraba atónita el Escarabajo cubierto de escarcha.

—¿Qué coño ha pasado?

—El monstruo planta.

—¿Un monstruo planta y «Escarchi», la mujer de hielo?

Me coloqué del lado de la pierna herida para ayudarla.

—Ya me he ocupado de él. Venga.

Murphy volvió a quejarse por el dolor, pero eso no evitó que avanzara cojeando hasta el coche. Estaba a punto de ayudarla a entrar cuando gritó:

—¡Harry! —y apoyó todo su peso sobre mí.

El clorofobio, o su mitad superior, se había arrastrado fuera de la niebla, y un largo y delgado brazo intentaba alcanzarme. Me eché hacia atrás, para apartarme e intenté proteger a Murphy con mi cuerpo.

Pero me cogió. Sentí como unos dedos del tamaño de troncos de árboles jóvenes se cerraban alrededor de mi cuello y me apartaban de Murphy como si fuera un perro pequeño. Más dedos rama me cogieron por los muslos, tiraron de mí y me levantaron del suelo.

—Entrometido —siseó una extraña voz desde algún lugar cercano a los ojos verdes del clorofobio—. No debiste involucrarte en estos asuntos. No tienes ni idea de lo que está en juego. Muere por tu arrogancia.

Busqué alguna réplica aguda y mordaz, pero todo se había vuelto negro y sentía como si tuviera la cabeza atrapada en una prensa que cada vez apretaba más fuerte. Intenté reunir energía con la idea de liberarla a través de mi brazalete escudo, pero en ese mismo momento hubo un movimiento de ramas y hojas, y el brazalete se desprendió de mi muñeca, roto. Probé suerte con otro hechizo, pero mientras reunía fuerzas me di cuenta de que no estaba lo bastante concentrado y que mi defensa contra el insidioso encantamiento de la niebla comenzaba a desvanecerse. Mis pensamientos se dividieron en pedazos irregulares. Luché por llegar hasta ellos y unirlos otra vez, pero la presión sobre mi cuerpo iba en aumento y el dolor se hacía cada vez más insoportable.

Escuché vagamente el rugido de la motosierra y el grito retador de Murphy. El hechizo con el que la protegí no dependía de mi concentración. No duraría mucho, pero mantendría a la niebla alejada de ella durante unos minutos más. El clorofobio chilló, escuché como la sierra cortaba madera y sentí como el serrín me salpicaba el rostro.

La presión cedió y casi perdí el equilibrio. Tenía ramas de plantones enredadas alrededor de la cabeza y los hombros, y sus hojas y la tierra me arañaban la cara. El clorofobio aún me tenía cogido por la pierna, pero pude volver a respirar.

La niebla se pegó a mí, haciendo que sintiera desinterés y desapego. Me resultó



difícil comprender lo que ocurrió después. Murphy se acercó saltando sobre una pierna y pasó la motosierra por el brazo del clorofobio. Me desplomé junto a más fragmentos inertes del monstruo planta.

El clorofobio agitó los brazos hacia Murphy, pero ya no tenían la fuerza de antes. Solo la empujaron y la tiraron al suelo. Murphy rugió y comenzó a arrastrarse sobre manos y rodillas, tirando de la moto-sierra. La alzó de nuevo y la blandió frente a la cabeza de la criatura, el motor rugía y la hoja silbaba en el aire. El clorofobio gritó de impotencia y frustración, y alzó los tocones (*ja ja, ¿lo pilláis? Los tocones*) como única defensa. Murphy los atravesó con la motosierra, de lado a lado, y luego apuntó con ella a la cabeza del clorofobio.

El monstruo aulló de nuevo, revolviéndose, pero lo único que consiguió con aquellos brazos mutilados fue zarandear un poco a Murphy. Después dejó escapar un último quejido y sus ojos se cerraron. Murphy de repente se vio sentada sobre un montón de tierra, hojas y ramas retorcidas.

Yo me quedé donde estaba, mirándola como un idiota, luego escuché un disparo, el agudo estallido de un rifle. Murphy se agachó y se giró hacia mí.

Escuchamos un segundo tiro, y un montón de hojas salieron volando por los aires a solo unos centímetros del pie derecho de Murphy.

Otro sonido llegó atravesando la noche: sirenas de policía que se acercaban. Murphy se arrastró hasta el coche tirando de mí. Escuché como alguien maldecía desde algún lugar en la niebla y unas pisadas que se alejaban.

Un momento después, me pareció que la niebla comenzaba a disiparse.

—Harry —dijo Murphy, zarandeándome. La miré y vi alivio en su rostro—. Harry, ¿me oyes?

Asentí. Tenía la boca seca y me dolía todo el cuerpo. Me esforcé por aclarar mis pensamientos.

—Hay que subir al coche —dijo, marcando bien cada palabra—. Hay que subir al coche y salir de aquí.

El coche. Claro. Ayudé a Murphy a entrar en el Escarabajo y yo hice lo mismo, después me quedé mirando el parabrisas congelado. El calor de la noche de verano estaba derritiendo la escarcha y había zonas por las que ya se podía ver.

—Harry —dijo Murphy, exasperada con su voz fina y temblorosa—.

¡Conduce!

Oh, claro. Conducir. Salir. Metí primera, más o menos, y salimos del aparcamiento y de la niebla a trompicones.

—Estás de coña —dijo Billy, incrédulo—. ¿Una motosierra? ¿De dónde sacaste el combustible?

Murphy apartó la vista de su pierna lesionada y de la esbelta Georgia que le había roto los vaqueros y le estaba limpiando las heridas que se extendían desde el tobillo a media pantorrilla.

—Había un generador de emergencia para hacer funcionar las neveras.

Tenían un bidón de plástico de cuarenta litros de gasolina.

El apartamento de Billy no era grande y aunque el aire acondicionado funcionaba a tope, media docena de personas bastaba para que el calor y la falta de espacio resultaran agobiantes. Los Alphas, un grupo de licántropos amigos de Billy, estaban allí. Nos topamos con un joven alto y delgado en el aparcamiento, y ocultos entre las sombras y a una distancia prudencial, un par de lobos nos siguieron hasta la puerta.

Cuando los vi por primera vez, los Alphas no eran más que un grupo de jóvenes inadaptados con malos pelos y acné que se hacían los duros y vestían de cuero. En el año y medio transcurrido desde entonces, habían cambiado. Ya no estaban tan pálidos, ni tenían aspecto enfermizo, y al igual que Billy, los que arrastraban unos kilos de más habían cambiado los michelines por músculos firmes y prietos. No es que se hubiesen transformado de repente en una panda de actores y actrices de culebrón, pero parecían más tranquilos, más seguros de sí mismos, más felices... y varios mostraban cicatrices, algunas bastante feas, en sus extremidades. La mayoría vestía ropa deportiva, o ropa de punto, prendas que uno se podía quitar fácilmente.

Había varias cajas de pizza apiladas sobre la mesa y una nevera portátil con refrescos en el suelo. Me serví un trozo de pizza tibia en un plato, cogí una Coca-Cola y encontré un hueco relativamente libre en la pared contra el que poder apoyarme.

Billy negó con la cabeza y dijo:

—Oye, Harry, hay algo que no veo claro. Si esa gente realmente fuera por ahí soltando la niebla mental esa, ¿no nos habríamos enterado de alguna manera?

Resoplé y dije con la boca llena de pizza:

—Es algo bastante raro incluso en mi círculo. Nadie que se haya visto afectado recordará luego nada. Compruébalo mañana en los periódicos.

Supongo que cuando nos marchamos, aparecieron los servicios de emergencia, apagaron los incendios, sacaron a un puñado de personas confusas del edificio, y te apuesto lo que quieras a que la explicación oficial será que se produjo un escape de gas.

Billy no parecía convencido.

—Eso no tiene sentido. No encontrarán el origen del escape, la compañía del gas

no podrá confirmarlo, el fuego no...

Seguí comiendo.

—Aterrizá ya, Billy —dije—. ¿Crees que alguien los tomaría en serio si dijeran: no sabemos lo que le ocurrió a esa gente, no sabemos qué causó los daños, no sabemos por qué nadie vio ni oyó nada y no sabemos por qué se produjeron los disparos? Hombre, no. Los acusarían de incompetentes, serían objeto de escarnio público, los despedirían. Y nadie quiere eso. Así que, será un escape de gas.

—¡Pero eso es una chorrada!

—Así es la vida. En el siglo XXI lo último que se puede hacer es admitir que uno no lo sabe todo. —Abrí la Coca-Cola y di un buen trago—. ¿Qué tal la pierna, Murphy?

—Me duele —respondió Murphy, considerando si obviar o no el comentario implícito en su gesto—, idiota.

Georgia dejó la pierna de Murphy, se incorporó y sacudió la cabeza. Era casi treinta centímetros más alta que Billy y llevaba el pelo rubio recogido en una tirante trenza que enfatizaba la delgadez de su rostro.

—Los cortes y moratones son poca cosa, pero la lesión de la rodilla podría ser grave. Debería ir a un médico de verdad, teniente Murphy.

—Karrin —dijo Murphy—. Cualquiera que limpie la sangre de mis heridas me puede llamar Karrin. —Le arrojé a Murphy una Coca-Cola. La cogió y dijo—. Salvo tú, Dresden. ¿No hay Coca-Cola Light?

Coloqué varias porciones de pizza en un plato de papel y se las pasé.

—Disfruta un poco de la vida.

—Vale, Karrin —dijo Georgia, y se cruzó de brazos—. Si no quieres someterte a una intervención de veinticinco mil dólares, más siete u ocho meses de rehabilitación, tendremos que llevarte a un hospital.

Murphy frunció el ceño, luego asintió y dijo:

—Pero primero quiero comer algo. Me muero de hambre.

—Voy a por el coche —dijo Georgia. Se volvió a Billy—. Vigila que no apoye la pierna mala cuando la dejes en el suelo. Intenta que la mantenga estirada.

—Vale —dijo Billy—. Phil, Greg. Coged la manta. Vamos a hacer una litera.

—No soy una niña —dijo Murphy.

Le puse la mano sobre el hombro:

—*Tranqui* —dije en voz baja—. Saben lo que hacen.

—Y yo.

—Estás herida, Murph —dije—. Si fueras uno de los tuyos, le dirías que cerrara la boca y dejara de dar problemas.

Murphy me fulminó con la mirada, pero su expresión quedó dulcificada en cierta forma por el enorme trozo de pizza que se metió en la boca.

—Sí. Lo sé. Es que me revienta quedarme en el banquillo.

Gruñí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Terminar esta Coca-Cola. Es lo único que tengo claro de momento.

Suspiró.

—Vale, Harry. Escucha, dentro de un par de horas estaré en casa. Seguiré investigando, quizá descubra algo acerca de Lloyd Slate. Si necesitas información sobre algo más, dímelo.

—Deberías descansar —le dije.

Miró su pierna con resignación. Tenía la rodilla tan hinchada que abultaba el doble de lo normal.

—Me parece que voy a tener tiempo de sobra para eso.

Volvía refunfuñar y aparté la mirada.

—Eh, Harry —dijo Murphy. Como vio que no me volvía, siguió hablando—: Lo que ha pasado no ha sido culpa tuya. Conocía los riesgos y los asumí.

—No tendrías que haberlo hecho.

—Ni yo ni nadie. Pero por si aún no te has dado cuenta, vivimos en un mundo imperfecto, Dresden. —Me dio un suave codazo en la pierna—.

Además, tuviste suerte de que estuviera allí. Si no recuerdo mal, fui yo quién se puso las botas.

Una sonrisa amenazó con asomar a mi cara.

—¿Qué dices que hiciste?

—Me puse las botas —dijo Murphy—. Me puse las botas y les pateé bien el culo a todos esos monstruos. Dejé fuera de juego a la *ghoul*, y le serré la cabeza al engendro planta. Sin olvidar que casi le amputo una pierna al ogro. ¿Y tú qué hiciste? Le lanzaste una lata de combustible ardiendo. Menuda contribución.

—Sí, pero antes lo empapé de gasolina.

Resopló despreciativa y dio otro mordisco a la pizza.

—Una minucia.

—Lo que tú digas.

—Murphy tres, Dresden cero.

—Yo también contribuí.

—Pero yo me puse las botas.

Alcé las manos.

—Vale, vale. Tú... te pusiste las botas, Murph.

Respiró hondo y dio un refinado trago a su Coca-Cola.

—Menos mal que estaba allí.

Le apreté el hombro y dije con voz inexpresiva:

—Sí. Gracias.

Murphy me sonrió. Junto a la ventana, uno de los Alphas informó de que el coche ya estaba listo.

Billy y un par más extendieron la manta y, con mucho cuidado, colocaron encima a Murphy que toleraba todo aquello con cara de resignación, aunque se estremecía de dolor ante el más leve movimiento.

—Llámame —dijo.

—Lo haré.

—Y vigila tus espaldas, Harry. —Después se la llevaron.

Cogí otra porción de pizza, intercambié un par de palabras con algunos de los Alphas y cambié el interior de la abarrotada habitación por la terraza.

Cerré tras de mí las correderas de cristal. Solo una farola alumbraba el aparcamiento así que la terraza estaba prácticamente oculta entre las sombras.

Era una noche oscura con una humedad que se cocía a fuego lento en el calor del verano, pero aun así, el balcón resultaba mucho menos claustrofóbico que el interior del concurrido apartamento.

Observé como Billy y los Alphas cargaban a Murphy en una furgoneta y se la llevaban. Después se hizo el silencio, o lo más parecido al silencio que uno puede experimentar en Chicago. El ruido de los neumáticos contra el asfalto era un sonido de fondo constante, continuo, ahogado a veces por sirenas ocasionales, el pitido de algún claxon, chirridos y chasquidos, y el canto de una langosta perdida que estaría apostada en algún edificio cercano.

Dejé el plato de papel sobre la barandilla de madera, cerré los ojos y respiré hondo, intentando aclarar las ideas.

—Un penique por sus pensamientos —dijo una voz serena de mujer.

Casi salto por el balcón del susto. Empujé con la mano el plato de papel, y la pizza cayó al aparcamiento. Me di la vuelta y vi a Meryl sentada en una silla, en el otro extremo de la terraza. Sumida en las sombras, su voluminosa silueta no era más que un sólido pedazo de oscuridad, pero sus ojos brillaban en la penumbra con reflejos rojos. Observó cómo caía el plato y luego dijo:

—Lo siento.

—Tranquila —contesté—. Esta noche estoy un poco tenso.

Asintió.

—He estado escuchando.

Incliné la cabeza y me volví para mirar a la nada y escuchar los sonidos de la noche. Después de un rato, me preguntó:

—¿Duele?

Agité con desgana la mano vendada y dije:

—Un poco.

—Eso no —respondió—. Me refiero a ver a su amiga herida.

Algunos de mis pensamientos se fundieron en un sentimiento de cabreo.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy sencilla.

Pegué un gran sorbo a la lata de Coca-Cola.

—Claro que duele.

—Es usted diferente de lo que pensaba.

La miré de soslayo por encima del hombro.

—Se dicen muchas cosas sobre usted, señor Dresden.

—Todas son mentira.

Sus dientes brillaron.

—No todo es malo.

—Ya, pero en general ¿hay más cosas buenas o malas?

—Eso depende de con quién hable. Las sidhe creen que es la marioneta mortal de Mab, pero lo consideran un ser interesante. Los aspirantes a vampiros, que es una especie de loco justiciero con cierto gusto por la venganza y la violencia. Algo así como una versión moderna y reducida de la Santa Inquisición. La mayoría de las criaturas mágicas lo consideran distante, peligroso, pero listo y honrado. Los maleantes dicen que es un matón, perteneciente quizás a alguna mafia del Este. La gente normal le cree un fraude dispuesto a sacarle dinero a los desesperados, salvo Larry Fowler, que probablemente le querría de nuevo en su espectáculo.

La miré frunciendo el ceño.

—¿Y tú qué piensas?

—Que debería cortarse el pelo. —Se acercó la lata a los labios y bebió un trago de cerveza—. Billy llamó a todos los hospitales y a todas las morgues. No hay ninguna mujer de pelo verde.

—Ya lo imaginaba. He hablado con Aurora, parecía preocupada.

—No me extraña, es como una hermana mayor. Cree que tiene que cuidar de todo el mundo.

—No sabía nada.

Meryl negó con la cabeza y guardó silencio durante un rato antes de decir:

—¿Qué se siente al ser mago?

Me encogí de hombros.

—En general, uno se siente como un experto en leontinas. Es un trabajo difícil y con poca demanda. Por lo demás...

Sentí que una ola de emoción amenazaba con echar abajo mi autocontrol.

Meryl esperó.

—Por lo demás —repetí—, se pasa mucho miedo. Uno va descubriendo el tipo de cosas con las que se puede topar de noche y se da cuenta de que

«quién poco sabe, poco teme» es más que un refrán ingenioso. Y... —Cerré los puños—. Además es muy frustrante. Hay gente que sale herida. Inocentes.

Amigos. Intento solucionar las cosas, pero generalmente no tengo ni idea de lo que pasa hasta que alguien acaba muerto. Y no importa cuánto me esfuerce, hay gente a la que no puedo ayudar.

—Parece duro —dijo Meryl.

Me encogí de hombros de nuevo.

—Supongo que, más o menos, todos pasamos por lo mismo. Lo único que cambian son los nombres. —Terminé la lata de Coca-Cola y la aplasté—. ¿Y tú qué? ¿Cómo es ser mestiza?

Meryl hizo girar la lata de cerveza entre sus anchas manos.

—Nada de particular, hasta que llegas a la adolescencia. Entonces comienzas a sentir cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Eso depende de tu lado sidhe. En mi caso sentí furia y hambre.

Engordé mucho. Y me enfadaba por tonterías. —Dio otro trago—. Y la fuerza.

Me crié en una granja. Un día mi hermano mayor tuvo un accidente con su tractor. Quedó atrapado debajo del vehículo en llamas con la cadera rota. Yo levanté el tractor, se lo quité de encima y luego llevé a mi hermano a casa.

Anduve con él en brazos más de kilómetro y medio. Yo tenía doce años. Al día siguiente amanecí con el pelo verde.

—Trol —dije en voz baja.

Ella asintió.

—Sí. Desconozco los detalles de lo que ocurrió, pero sí. Y cada vez que perdía el control, cuanto más me enfadaba o utilizaba mi fuerza, más grande y corpulenta me volvía. Luego me asaltaban los remordimientos por lo que había hecho. —Negó con la cabeza—. A veces creo que sería más sencillo dejarme llevar definitivamente por mi lado sidhe. Dejar de ser humana, dejar de sufrir.

Si no fuera porque los otros me necesitan...

—Te convertirías en un monstruo.

—Pero un monstruo feliz. —Acabó su cerveza—. Voy a ver cómo está Fix, lo dejé durmiendo, y llamaré a Ace. ¿Usted qué va a hacer?

—Intentaré poner mis ideas en orden. Me reuniré con algunos de mis contactos. Entrevistaré a un par de reinas. Y quizá me corte el pelo.

Meryl mostró sus dientes en una sonrisa y se levantó.

—Buena suerte. —Entró de nuevo en el bullicioso apartamento y corrió la puerta tras de sí.

Yo cerré los ojos e intenté pensar. El que había enviado a la Tigresa, a Grum, al clorofobio y al pistolero solitario a por mí, me quería muerto. Por lo tanto era

razonable suponer que iba bien encaminado. Por lo general, los malos no intentan cargarse a un investigador a no ser que les preocupe que pueda averiguar algo.

Pero si eso era cierto, entonces ¿por qué la Tigresa había intentando matarme también el día antes de recibir el encargo? Quizá en aquel momento trabajaba para la Corte Roja y después aceptó otro encargo que también me tenía a mí como objetivo, pero parecía poco probable. Si la *ghoul* seguía trabajando para el mismo cliente, eso significaba que alguien me consideraba una amenaza para los planes del asesino desde el primer día, si no antes.

Probablemente alguien de Invierno fuera el responsable de la escarcha que cubrió los cristales de mi coche. Aunque bueno, un mago también lo podría haber hecho, pero en cuanto a conjuros devastadores, aquello era poca cosa. La *ghoul* seguramente trabaja para cualquiera que le pagase. El clorofobio en cambio... me sorprendió que hablara y que fuera inteligente.

Cuanto más pensaba en el monstruo planta, más confuso estaba. Eligió un lugar para atacar y se las arregló para que sus aliados me condujeran hasta él. Aquel no era el comportamiento del típico matón, ni siquiera de la variedad mágica. Parecía haber una motivación especial en todo aquello, como si el clorofobio tuviera algo personal contra mí.

¿Y cómo coño lo mató Murphy? Pero si era más fuerte que un buldózer, por amor de Dios. Me dio de lleno cuando tenía desplegado el escudo y aun así me dolió. Y luego me cogió un par de veces y casi me rompe los huesos.

El clorofobio debería haber convertido a Murphy en papilla. La golpeó al menos una docena de veces, pero lo hizo sin apenas fuerza, como si no quisiera arriesgarse a causar más daño. De repente, se me encendió una bombilla en alguna parte de mi rancio cerebro. El clorofobio no era un ser en sí mismo, sino una construcción, un recipiente mágico de una conciencia exterior. Un ente inteligente y poderoso, que por alguna razón, no podía matar a Murphy cuando esta lo atacó. ¿Por qué?

—Porque Murphy, pedazo de idiota, no sirve a ninguna de las dos cortes

—me dije a mí mismo en voz alta.

»¿Y eso que tiene que ver? —me pregunté. De nuevo en voz alta. Y luego la gente dice que estoy loco.

»Recuerda. Las reinas no pueden matar a nadie que no esté ligado a las cortes por nacimiento o contrato. El hada en cuestión no podía matar a Murphy, y la criatura que manejaba, tampoco.

»Joder —murmuré—, tienes razón.

Que fuera una reina parecía razonable, probablemente de Invierno.

Aunque siendo más realista, la escarcha en el parabrisas también pudo ser un señuelo. En cualquier caso, no sabía quién tenía razones para ir a por mí con algo tan complejo como una niebla mental y un verdadero ejército de asesinos.



Y hablando de nieblas. La niebla mental tenía que proceder de alguna parte. No estaba seguro de si las reinas podían crear algo así fuera de su mundo. Si no era el caso, eso significaba que el asesino había contratado a un matón capaz de lanzar un conjuro peligroso y delicado.

Me disponía a seguir esa línea de pensamiento cuando de repente se levantó algo de viento. Un viento que acabó convirtiéndose en una potente y ruidosa brisa que barría la ciudad, ululando en la noche. Me estremecí ante el repentino cambio de tiempo y miré a mi alrededor.

No descubrí nada significativo, pero cuando alcé la vista, vi que se estaban apagando las luces. Un gran banco de nubes avanzaba veloz hacia el norte, tan rápido que pude ver cómo iba engullendo estrellas. Un segundo frente se dirigía al sur, a su encuentro. Chocaron segundos después, y cuando lo hicieron, un rayo pasó de nube a nube, más brillante que la luz del día, y un trueno hizo vibrar la terraza bajo mis pies. Poco después, una gota de agua helada me cayó sobre la cabeza, seguida a continuación por un torrente, cada vez más potente, de lluvia fría. El viento, que seguía ganando fuerza, lo convirtió en un despacible chaparrón.

Me di media vuelta y abrí la puerta de la terraza con gesto preocupado.

Los Alphas estaban mirando por las ventanas y charlando con tranquilidad entre ellos. Al otro lado de la habitación, Billy toqueteaba la televisión hasta que apareció un hombre del tiempo un tanto arrugado. La imagen parpadeaba y aparecían líneas de interferencia y puntitos blancos.

—Eh tíos, tíos —dijo Billy—. *Chsss*, dejadme escuchar. —Subió el volumen.

—... Un acontecimiento sin precedentes, una enorme ventisca procedente del Ártico que ha pasado a toda velocidad por Canadá y el lago Michigan ha llegado a Chicago. Y por si eso no fuera suficiente, un frente tropical, que se encontraba en el golfo de México ha subido por el río Misisipi con una repentina ola de calor. Ambos frentes se han encontrado sobre el lago Michigan, y nos han informado de que se han producido lluvias y granizadas. La zona del lago está en alerta por tormentas con abundante aparato eléctrico, al igual que el condado de Cook ante la posible aparición de tornados. El Servicio Nacional de Meteorología avisa de que existe peligro de inundaciones y ha pedido a todo aquel que piense viajar por la mitad este de Illinois que se informe antes sobre el estado de las carreteras. Señoras y señores, esta tormenta que llega es hermosa, pero también muy violenta, les aconsejamos que se mantengan bajo cobijo hasta que todo haya...

Billy bajó el volumen. Eché una ojeada a la habitación y me topé con casi una docena de pares de ojos clavados en mí, tranquilos y confiados. Bah.

—Harry —dijo por fin Billy—, esta tormenta no es normal, ¿verdad?

Negué con la cabeza, saqué otra Coca-Cola de la nevera y me encaminé hacia la puerta.

—Es un efecto secundario. Como los sapos.

—¿Qué significa?

Abrí la puerta y dije sin mirar atrás:

—Significa que nos estamos quedando sin tiempo.

Conduje el Escarabajo hacia el norte de la ciudad, manteniéndome cerca de la orilla del lago. Seguía lloviendo y los rayos hacían que las nubes bailaran entre sombras y llamas. A unos dieciséis kilómetros del centro de la ciudad, el chaparrón perdió intensidad y el aire se hizo bastante más fresco, tanto que, vestido solo con unos vaqueros y una camiseta, comencé a tiritar. Salí de la carretera Sheridan a unos pocos kilómetros al norte de la Universidad Northwestern, en dirección a Winnetka. Aparqué, puse el freno de mano, cerré las puertas y avancé con dificultad hacia la orilla del lago.

Era una noche oscura y sin embargo no necesité invocar luz alguna para guiarme, a pesar de que tampoco llevaba conmigo ninguna linterna. Tardé un poco, pero después de un rato mis ojos comenzaron a distinguir siluetas en la oscuridad y conseguí abrirme paso a través de la ligera vegetación que rodeaba aquella orilla, hasta llegar a un promontorio de roca pelado que se adentraba unos doce metros en el agua. Caminé hasta el final y me quedé allí durante un momento, escuchando los truenos que estallaban sobre el lago, y el viento que agitaba el agua y creaba olas casi como las del mar. Hasta el aire parecía inquieto y cargado de violencia y la fría y ligera lluvia que seguía cayendo resultaba bastante desagradable.

Cerré los ojos e invoqué la energía de los elementos que me rodeaban, donde el agua se encontraba con la roca, el aire con el agua, la piedra con el aire, sin olvidarme tampoco de mi voluntad. El poder entró en mí, bailando y revolviéndose con vida propia. Lo concentré en mis pensamientos, y luego abrí los ojos y alcé los brazos con las muñecas hacia afuera, para que las viejas y pálidas cicatrices a ambos lados de las venas azules sintieran el contacto de la lluvia.

Empujé hacia fuera la energía que había reunido y grité al trueno y a la lluvia:

—¡Madrina! ¡*Vente*, *Leanan sidhe*!

Una súbita presencia surgió ante mí, y una voz de mujer dijo:

—Sinceramente, niño mío, tampoco estoy tan lejos. No hace falta gritar.

Di tal respingo por la sorpresa, que casi me caigo al agua. Me volví hacia la izquierda para mirar cara a cara a mi madrina que flotaba tranquilamente sobre la superficie del agua, subiendo y bajando ligeramente con cada ola que pasaba bajo sus pies.

Lea era casi tan alta como yo, pero en lugar de oscuros contrastes y rasgos angulosos, era una criatura de curvas sinuosas y sombras suaves. Su pelo, del color del fuego, caía formando rizos y bucles hasta más allá de las caderas. En esta ocasión vestía un vaporoso vestido de seda verde esmeralda, atado con cintas ocre y aguamarina. Un cinturón hecho con hilos trenzados de seda dorada le rodeaba la cintura, y una daga de mango oscuro descansaba sobre su cadera, guardada en una

funda que colgaba del cinturón.

Era una de las altas sidhe y por supuesto, increíblemente bella. La perfección de sus formas se completaba con unos rasgos felinos maravillosos, labios gruesos, piel de nata, y unos ojos dorados rasgados y felinos de pupilas verticales, como casi todas las hadas. Se tomó mi sorpresa con buen humor y su boca mostró una pequeña sonrisa.

—Buenas noches, madrina —dije, buscando el tono de cortesía adecuado—. Esta noche estás tan bella como las estrellas.

Dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Qué adulator. Creo que voy a disfrutar de esta conversación mucho más que de la última.

—Esta vez no estoy agonizando —contesté.

La sonrisa se esfumó.

—Eso no está tan claro —repuso—. Estás en grave peligro, hijo.

—Ahora que lo mencionas, es algo que me suele pasar siempre que andas cerca.

Chasqueó la lengua con desaprobación.

—Tonterías. Yo siempre he querido lo mejor para ti.

Solté una amarga carcajada.

—Lo mejor para mí. Ésta sí que es buena.

Lea alzó una ceja.

—¿Qué razones tienes para pensar lo contrario?

—Para empezar, me quitaste con engaños la gran espada maldita y me vendiste a Mab.

—*Pff* —dijo Lea—. Lo de la espada era por negocios, niño. En cuanto a lo de vender tu deuda a Mab... no tuve otra opción.

—Sí, claro.

Volvió a arquear las cejas.

—A estas alturas ya lo deberías saber, querido ahijado. No puedo decir lo que no es. Durante nuestro último encuentro volví al Más Allá con gran poder, pero un fuerte desequilibrio vital. Tuve que recuperar ese equilibrio y tu deuda fue lo que la reina me pidió a cambio.

Fruncí el ceño durante un momento.

—Volviste con gran poder. —Mis ojos se posaron sobre la daga que llevaba a la cintura—. ¿Ese es el regalo de los vampiros?

Lea rozó con los dedos la empuñadura del cuchillo.

—No hables así de él. Este *athame* no es creación suya. Y más que un regalo, fue un intercambio.

—¿*Amoracchius* y eso están en la misma onda? ¿Es eso lo que estás diciendo? —Joder. Mi hada madrina ya era bastante peligrosa sin necesidad de potentes artefactos

mágicos—. ¿Qué es?

—No qué, sino de quién —me corrigió Lea—. Y en cualquier caso, puedes estar seguro de que cuando renuncié a mi poder sobre ti en favor de Mab no fue para causarte daño. Jamás te he deseado un mal duradero.

La miré indignado.

—Intentaste convertirme en uno de tus chuchos y encerrarme en tu perrera, madrina.

—Allí habrías estado a salvo —dijo—. Y habrías sido muy feliz. Yo solo quería lo mejor para ti porque te quiero, mi niño.

El estómago se me revolvió y tragué saliva.

—Sí. *Hum*, eso es... típico de ti, supongo. En cierto sentido demencial, creo que tiene su lógica.

Lea sonrió.

—Sabía que lo comprenderías. Bueno, hablemos de negocios. ¿Por qué me has llamado esta noche?

Respiré hondo e hice acopio de valor.

—Verás, ya sé que últimamente no nos hemos llevado muy bien. O más bien, nunca. Y no tengo mucho para negociar, pero quizá quieras hacer un trato conmigo.

Alzó una ceja naranja.

—¿Con qué objetivo?

—Tengo que hablar con ellas —dije—. Con Mab y Titania.

Su expresión se hizo distante, pensativa.

—Debes saber que no puedo protegerte de ellas si deciden atacarte. Mi poder ha crecido, cariño, pero no tanto.

—Lo entiendo, pero si no llego al fondo de esto y encuentro al asesino, estoy igualmente muerto.

—Eso he oído —dijo mi madrina. Alzó la mano derecha y la extendió hacia mí—. Dame tu mano entonces.

—La necesito, madrina. Y la otra también.

Dejó escapar una sonora carcajada.

—No, tonto. Pon tu mano sobre la mía. Te llevaré.

La miré de soslayo y le pregunté desconfiado:

—¿A qué precio?

—Ninguno.

—¿Ninguno? Jamás haces nada gratis.

Puso los ojos en blanco y me explicó:

—Tú no tendrás que pagar, mi niño.

—¿Pues entonces quién?

—Nadie que conozcas, o hayas conocido —dijo Lea.

Tuve una corazonada.

—Mi madre. Te refieres a ella.

Lea dejó la mano extendida. Sonrió, pero solo dijo:

—Quizá.

Observé aquella mano durante un momento, luego dije:

—No puedo creer que vayas a protegerme.

—Y no es la primera vez.

Me crucé de brazos:

—¿Cómo?

—Si recuerdas aquella noche, en el cementerio, te curé una herida en la cabeza que podría haber acabado contigo.

—¡Pero lo hiciste para que te entregara la espada!

Lea pareció acusar el golpe.

—No solo por eso. Y si haces memoria, también te liberé de un hechizo y te rescaté de un incendio solo veinticuatro horas después.

—Pero a cambio le borraste a mi novia todos sus recuerdos sobre mí. Y

solo me salvaste de las llamas porque querías convertirme en uno de tus perros.

—Eso no cambia el hecho de que, a pesar de todo, te protegí.

La miré frustrado durante un minuto y luego le espeté:

—¿Qué has hecho por mí últimamente?

Lea cerró los ojos un momento, luego abrió la boca y dijo con voz vieja y quejumbrosa:

—¿Qué es todo ese jaleo? Acabo de llamar a la policía. Mejor será que os larguéis cuanto antes si no queréis que os encierren.

La miré atónito.

—El apartamento de Reuel. La mujer, ¿eras tú?

—Evidentemente, mi niño. Y en el mercado, esta misma tarde. —Alzó la mano en el aire, hizo un intrincado movimiento con sus largos y pálidos dedos y abrió la boca de nuevo como si fuera a entonar una nota musical. En su lugar, se escuchó el sonido de sirenas de policía algo atenuado, pero idéntico al real.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendo.

Volvió a mover los dedos y las sirenas se mezclaron con otra carcajada cristalina, su expresión era divertida, casi entrañable.

—Seguro que no, cariño. —Volvió a ofrecerme su mano—. Vamos, hay poco tiempo.

Al menos en eso tenía razón. Además, sabía que decía la verdad. Sus palabras no le dejaban mucho margen para el engaño. Sin embargo, siempre que he hecho tratos con hadas me he pillado los dedos, y si Lea me ofrecía ayuda sin pedir nada a

cambio, seguro que había truco.

La expresión de su cara me decía que o sabía lo que estaba pensando o me conocía lo bastante bien como para imaginarlo, y volvió a reír.

—Harry, Harry —dijo—. Como veo que dudas te diré que nuestro trato aún sigue en pie. No puedo hacerte daño, al menos durante unas semanas más.

Lo había olvidado. Claro, pero tampoco me podía fiar de eso. Aunque hubiese jurado no hacerme daño, si le pedía que me llevara a algún sitio, podía acabar dejándome en un bosque lleno de criaturas malditas sin romper su promesa. Ya hizo algo parecido el año pasado.

Un trueno volvió a rugir y el rayo relampagueó con mayor luminosidad en las nubes. *Tic tac, tic tac, tic tac*, el reloj seguía su marcha y no iba a conseguir nada quedándome ahí titubeando. O confiaba mi suerte a mi madrina o volvía a casa y me quedaba allí esperando a que algo me aplastara.

Ir con Lea no era la mejor forma de conseguir lo que quería, era simplemente la única. Respiré hondo y le cogí la mano. Su piel era como seda fría que la lluvia no había tocado.

—Está bien. Y después, tengo que ver a las madres.

Lea me miró de reojo y dijo:

—Primero sobrevive a la inundación, y piensa después en enfrentarte al fuego, mi niño. Cierra los ojos.

—¿Por qué?

Arqueó las cejas con una nota de fastidio.

—Niño, deja ya de perder el tiempo con preguntas estúpidas. Me has dado la mano, ahora cierra los ojos.

Mascullé una maldición entre dientes y lo hice. Mi madrina dijo algo, una cadena de vaporosas sílabas en una lengua que no pude comprender, y sentí que mis rodillas se volvían de goma y los dedos perdían fuerza. Una apacible ola de confusión me dejó aturdido y desarmó mi sentido de la orientación. Noté una brisa en la cara y tuve la sensación de que me movía, pero no sabía si estaba cayendo, elevándome o avanzando.

El movimiento se detuvo y la confusión desapareció. El trueno volvió a rugir con fuerza y la superficie sobre la que estaba se estremeció. La luz se proyectaba contra mis párpados cerrados.

—Ya estamos —dijo Lea susurrando.

Abrí los ojos.

Me encontraba de pie sobre una superficie sólida, rodeado de una niebla gris en movimiento. La niebla cubría el suelo sobre el que me sustentaba y aunque lo golpeé con un pie, no pude descubrir si se trataba de tierra, madera u hormigón. El paisaje que me rodeaba estaba jalonado de colinas y valles, todo cubierto por aquella niebla a

ras de suelo. Alcé la vista hacia el cielo. Estaba despejado. Las estrellas relucían con un brillo imposible contra la negrura del vacío. Volvió a estallar otro trueno, y el suelo tembló bajo la niebla. Un rayo relampagueó con él, y la superficie bajo nuestros pies se encendió con un airado y súbito fuego azul que se desvaneció lentamente.

Poco a poco lo comprendí todo. Di otro pisotón contra el suelo y luego varios más, describiendo un círculo a mi alrededor.

—Estamos... —Tragué saliva—. Estamos en... estamos en...

—Las nubes —dijo mi madrina, asintiendo—. O eso es lo que parece. En realidad ya no estamos en el mundo mortal.

—¿En el Más Allá, entonces? ¿El mundo de las hadas?

Negó con la cabeza y dijo con voz todavía susurrante, casi reverencial:

—No. Este es el mundo intermedio, el discontinuo. Donde se encuentran, o se solapan, Chicago y el Más Allá. «Chicago sobre Chicago», por así decirlo.

Este es el lugar que las reinas evocan cuando las sidhe desean derramar sangre.

—¿Lo evocan? —pregunté en voz baja—. ¿Lo crean ellas?

—Así es —dijo Lea casi en un susurro—. Se preparan para la guerra.

Me di la vuelta lentamente, asimilándolo todo. Estábamos sobre un promontorio en un valle extenso y poco profundo. Pude distinguir lo que parecía la orilla de un lago sumida en la niebla, no muy lejos de donde estábamos. Un río atravesaba el paisaje.

—Un momento —dije—. Esto me resulta familiar. —Chicago sobre Chicago, había dicho ella. Comencé a añadir imágenes mentales de edificios, calles, luces, coches, gente—. Esto es Chicago. El terreno.

—Una copia —matizó Lea—. Hecha de nubes y niebla.

Seguí mirando a mi alrededor y encontré detrás de mí una piedra gris, amenazante y enorme, el único elemento sólido entre toda aquella espuma. Di un paso hacia atrás y vi que tenía forma de mesa. Una mesa hecha con una gigantesca roca. Las patas también eran de piedra, tan gruesas como los pilares de Stonehenge. Labradas sobre su superficie había unas runas que me resultaron familiares. ¿Noruegas? Algunas parecían símbolos egipcios. Eran como una mezcla de diferentes signos completamente indescifrables. Un rayo volvió a iluminar el suelo y una onda de luz blanquiazul pasó por encima de la mesa, a través de las runas, encendiéndolas durante un momento como si fueran un luminoso de neón en Las Vegas.

—Me hablaron de este lugar —dije después de unos segundos—. Hace mucho tiempo. Ebenezer lo llamó la Mesa de Piedra.

—Sí —susurró mi madrina—. La sangre es poder, mi niño. La sangre derramada sobre esta piedra pasa a formar parte de quien la custodie.

—¿De quién la custodie?

Asintió, sus ojos verdes brillaban.



—Durante la mitad del año, la mesa la custodia Invierno. Durante la otra mitad, Verano.

—Cambia de manos —dije, comprendiendo al fin—. El solsticio de verano y el de invierno.

—Sí. Verano es quien tiene ahora la mesa. Pero por poco tiempo.

Di un paso hacia la mesa y extendí la mano. El aire que la rodeaba tembló y opuso resistencia al avance de mis dedos, formando ondas en mi piel como si luchase contra un fortísimo viento, sin embargo no sentí nada. Toqué la superficie de la mesa y pude detectar su poder vibrando a través de las hermosas runas, como la electricidad por los cables de alta tensión. De repente una ola de calor y violencia me envolvió la mano, y la aparté. Sentí los dedos entumecidos y las uñas que habían tocado la mesa estaban ennegrecidas en sus extremos. Ambas desprendían un hilo de humo.

Agité los dedos y miré a mi madrina.

—A ver si lo entiendo. La sangre que se derrame sobre la mesa se convierte en poder para quien la guarde. Ahora es Verano. Pero a partir de mañana por la noche, será Invierno.

Lea inclinó la cabeza en silencio.

—No comprendo por qué es tan importante.

Lea miró la mesa con el ceño fruncido, luego comenzó a caminar a su alrededor, lentamente, en el sentido de las agujas del reloj y sin apartar sus ojos de mí.

—La mesa no es solo un almacén de energía, niño mío. Es un conductor.

La sangre derramada sobre su superficie no solo se lleva la vida con ella.

—El poder —dije. Fruncí el ceño y crucé los brazos, observándola—. Así que si, por ejemplo, se derramara sobre ella la sangre de un mago...

Sonrió.

—Generaría un gran poder. Vida mortal, magia mortal que termina en manos de cualquiera de las reinas que custodie en ese momento la mesa.

Tragué saliva y di un paso hacia atrás.

—Entiendo.

Lea completó su circuito alrededor de la mesa y se detuvo a mi lado.

Eché un vistazo furtivamente a su alrededor, luego me miró a los ojos y dijo con un hilo de voz:

—Niño mío. Si sobrevives a este conflicto, no dejes que Mab te traiga aquí. Nunca.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Sí. Vale. —Negué con la cabeza—. Madrina, sigo sin entender lo que quieres decirme. ¿Por qué esta mesa es tan importante?

Con la cabeza, me indicó que mirara a izquierda y derecha, hacia dos colinas que

se encontraban una frente a la otra a cada lado del valle. Me fijé en una de ellas, pero tuve que forzar la vista porque la imagen se desdibujaba. Me concentré sobre la otra, y ocurrió lo mismo.

—No veo nada —dije—. Hay un velo o algo parecido.

—Si quieres comprender, antes debes ver.

Cogí aire lentamente. Los magos pueden ver cosas invisibles para la mayoría de la gente. Algunos lo llaman Vista, Tercer Ojo, pero recibe muchos otros nombres. Si un mago utiliza su Vista, podrá ver las fuerzas mágicas en movimiento, conjuros como trenzas de luces de neón, velos agujereados como proyecciones en una pantalla. La Vista de un mago muestra las cosas tal y como son y la experiencia siempre es, cuando menos, inquietante. Lo que se ve con la Vista permanece contigo. Sea bueno o malo, se mantendrá fresco en la memoria, como si lo acabaras de ver. Contemplé a un pequeño espíritu arborícola con la Vista cuando solo tenía catorce años, la primera vez que la usé, y aún conservo su imagen perfecta en mi cabeza como si lo tuviera delante, un pequeño ser como de dibujos animados, mitad gnomo de hierba y mitad ardilla.

Desde entonces, he visto cosas peores. Mucho peores. Demonios. Almas desgarradas. Espíritus atormentados. Eso tampoco lo había olvidado. Pero también he visto cosas mejores. Uno o dos breves vistazos a seres de tal hermosura, pureza y luminosidad que casi me hacen llorar. Pero con el paso del tiempo resultaba un poco más duro vivir con aquellos recuerdos, constituían una carga cada vez más pesada.

Rechiné los dientes, cerré los ojos y con firmeza pero suavidad, desbloqueé mi Vista.

Al abrirlos de nuevo me estremecí ante el súbito aluvión de sensaciones.

El paisaje nuboso bullía con energías mágicas. De la colina sur surgía un haz de luz dorada y verde que se derramaba sobre todo el lugar, convirtiéndolo en un jardín traslúcido con enredaderas verdes, flores doradas y destellos de otros colores que se reflejaban en todo aquello, arañando el suave suelo y aferrándose a dispersos puntos de luz tan deslumbrantes y luminosos que no podía mirarlos directamente.

Del lado opuesto, una energía de color azul, morado y verdusco se extendía como cristales de hielo, con la fuerza lenta y perseverante de un glaciar, avanzando en algunos lugares, derritiéndose en otros, y mostrándose especialmente potente en torno a los sinuosos ríos del valle.

El conflicto de energías también se libraba en las cimas de ambas colinas, en puntos de luz tan brillantes como pequeños soles. A duras penas pude distinguir la silueta de seres corpóreos dentro de aquellas luces, y solo su mera sombra suponía una presencia abrumadora para mis sentidos. Por un lado estaba la sensación de calor, de un bochorno tan aplastante que me resultaba difícil hasta respirar, me oprimía y me sentía arder por dentro. Por el otro estaba el frío, horrible y absoluto, como manos

heladas a mi alrededor que me robaban la energía. Aquellas presencias me atravesaron, la belleza sorprendente y el poder aterrador eran tan apasionantes y sobrecogedores que caí de rodillas y lloré.

Las energías se enfrentaban entre sí, lo podía sentir, aunque desconocía la naturaleza exacta del conflicto. Las fuerzas se revolvían unas en torno a otras con sutiles contrastes de fulgor y oscuridad, dejando el paisaje vagamente iluminado en parcelas de luz fría y caliente. Campos de rojo, oro y verde brillante frente a eriales vacíos de azul, morado y blanco. Todo aquello formaba un dibujo, una estructura del conflicto que no estaba completa. Se parecía a un tablero de ajedrez. Solo en el centro, en la mesa, se rompía el patrón. El espacio que rodeaba a la Mesa de Piedra estaba dominado, en verde y dorado, por el Verano, mientras que el hielo oscuro y cristalino se acercaba poco a poco, siguiendo el movimiento casi imperceptible de las estrellas en el cielo.

Bueno, pues ya lo había visto. Eché un buen vistazo a las fuerzas contra las que me enfrentaba, a la energía desnuda de las dos reinas del Más Allá, y el espectáculo me pareció sobrecogedor. Toda la fuerza que yo hubiera podido invocar no habría supuesto más que una chispa ante cualquiera de aquellas dos montañas de luz y magia. Aquel era un poder que existía desde el albor de la vida, y no desaparecería hasta su fin. Una energía que había sumido a los mortales en el terror y la adoración abyecta, y ahora comprendía por qué. Yo no era ni un peón en aquel tablero. Era un insecto entre gigantes, una brizna de hierba ante árboles colosales.

Y había una terrible fascinación en aquel poder, algo que atraía a la magia dentro de mí, de igual a igual y sentí deseos de sumergirme en aquellas llamas, en ese frío infinito y helador. Las polillas miran las trampas de luz como yo miraba a las reinas de las hadas.

Aparté la vista escondiendo el rostro tras los brazos. Caí hacia un lado y me hice un ovillo en el suelo, intentando bloquear la Vista para evitar que aquellas imágenes llegaran a mí. Me estremecí e intenté decir algo. No sé muy bien qué. Pero lo que salió de mi boca no fueron más que sonidos titubeantes e incoherentes. Después no recuerdo nada más hasta que noté como la fría lluvia me mojaba la mejilla.

Abrí los ojos y me encontré tumbado sobre el suelo húmedo y frío, a orillas del lago Michigan, donde había invocado la presencia de mi madrina.

Tenía la cabeza apoyada sobre algo suave que resultó ser su regazo. Me incorporé rápidamente y me aparté de ella. Me dolía la cabeza y las imágenes que la Vista me había mostrado me hicieron sentir particularmente pequeño y vulnerable. Me senté, temblando bajo la lluvia durante un minuto antes de volver la mirada a mi madrina.

—Debiste avisarme.

Su rostro no mostraba remordimiento alguno ni preocupación.

—No habría cambiado nada. Tenías que verlo. —Guardó silencio y luego añadió

—: Lamento que no hubiera otra forma. ¿Lo comprendes ya?

—La guerra —dije—. Lucharán por el control de la zona que rodea la mesa. Si Verano consigue conservarla, dará igual si llega el turno del Invierno.

Mab no podrá alcanzar la mesa, derramar sangre sobre ella y sumar el poder del caballero del Verano al Invierno. —Respiré hondo—. Lo que hacían tenía sentido. Como si fuera un ritual. Algo que ya han hecho antes.

—Por supuesto —dijo Lea—. Existen en oposición. Ambas reinas tienen un gran poder, mago, tanto que podrían rivalizar con arcángeles y algunos dioses menores. Pero se anulan perfectamente la una a la otra. Y al final, el tablero quedará dividido a partes iguales. Las piezas más pequeñas se alzarán y se batirán para encontrar un equilibrio.

—Las señoras —dije—. Los caballeros.

—Y —añadió Lea, levantando un dedo— los emisarios.

—Ni hablar. Yo no pienso lucharen una puñetera guerra de hadas en las nubes.

—Puede que sí, puede que no.

Resoplé incrédulo.

—Pero no me has ayudado. Quería hablar con ellas. Averiguar cuál es la culpable.

—Y lo has hecho. Con mayor libertad que si hubierais intercambiado palabras.

La miré con el ceño fruncido y pensé en que lo que ya sabía, y en lo que había aprendido en mi viaje a la Mesa de Piedra.

—Mab no debería tener prisa. Si a Verano le falta su caballero, Invierno lleva ventaja si espera. No necesita conquistar la mesa.

—Sí.

—Pero Verano se está moviendo para protegerla. Eso significa que Titania piensa que el culpable es alguien de Invierno. Pero si Mab responde en lugar de esperar, significa... —Torcí el gesto—. Significa que no sabe por qué Verano está moviendo ficha. Así que vigila el avance de Titania. Y eso implica que tampoco sabe quién lo hizo.

—Un tanto simple —dijo Lea—, pero tu razonamiento es bastante preciso, cariño. Esos son los pensamientos de las reinas sidhe. —Miró hacia la orilla opuesta del lago—. Tu sol saldrá en unos minutos. Cuando vuelva a ponerse, estallará la guerra. Con las cortes en equilibrio, eso no tendría grandes consecuencias para el mundo mortal. Pero el equilibrio se ha perdido. Si no se restaura, niño mío, imagina lo que podría suceder.

Lo hice. Es decir, antes ya tenía cierta idea de lo que podría pasar, pero ahora conocía la magnitud de las fuerzas involucradas. Las energías de Verano e Invierno no eran como la carga eléctrica de una pila. Sino más bien como gigantescos muelles de compresión, empujando uno contra otro. Mientras esa presión se mantuviera constante, las energías permanecían bajo control. Pero un desajuste en un lado u otro

podría hacer que se desviarán, y la liberación de energía de ambos bandos sería terrible y violenta, y desde luego tendría horribles consecuencias en las zonas cercanas, en este caso Chicago, Norteamérica, y probablemente un buen pedazo del resto del mundo.

—Tengo que ver a las madres. Llévame hasta ellas.

Lea se levantó con increíble gracia y expresión opaca, imposible de descifrar.

—Eso también está fuera de mi alcance, niño.

—Necesito hablar con las madres.

—Lo sé —dijo Lea—. Pero no puedo llevarte hasta ellas. No está en mi poder. Quizá Mab o Titania puedan, pero ahora están bastante ocupadas. No atenderán a nadie.

—Genial —murmuré—. ¿Cómo puedo llegar hasta ellas?

—Uno no llega hasta ellas, mi niño. Simplemente debe esperar su invitación. —Frunció el ceño ligeramente—. No puedo hacer más para ayudarte. Los poderes menores deben ocupar sus puestos junto a las reinas y dentro de poco me necesitarán.

—¿Vas a ir?

Asintió, dio un paso hacia delante y me besó en la frente. Solo fue un beso, el roce de sus suaves labios contra mi piel. Después se apartó, apoyando una mano sobre la empuñadura de la daga a su cintura.

—Ten cuidado, mi niño. Y date prisa. Recuerda, al anochecer. —Se detuvo y me miró desaprobadora—. Y córtate el pelo. Pareces un diente de león.

A continuación, se adentró en el lago y su cuerpo se licuó para volver a las aguas agitadas por la tormenta con un sonoro chapoteo.

—Genial —murmuré. Di una patada a una piedra, que cayó al agua—.

Estupendo. Al anochecer. Y no sé nada. Y la gente con la que tengo que hablar no me coge el teléfono. —Cogí otra piedra y la arrojé con todas mis fuerzas hacia el lago. El sonido de la lluvia amortiguó el de la piedra al chochar contra el agua.

Di media vuelta y desanduve el penoso camino hasta el Escarabajo a través de los truenos y la lluvia. Ahora podía ver las siluetas de los árboles un poco mejor. El sol estaba a punto de salir oculto entre las nubes.

Me senté detrás del volante de mi fiel Escarabajo, metí la llave y arranqué el motor.

El castigado y viejo Volkswagen chirrió un poco, dio unas sacudidas estando todavía en punto muerto, y comenzó a llenarse de humo. Salí con dificultad y medio asfixiado. Busqué la palanca que abre el compartimento del motor y la accioné. Una nube de humo negro emanó del interior y a duras penas pude ver una llama justo detrás, devorando una porción del motor. Fui hasta el maletero en la parte delantera, saqué el extintor y apagué el fuego.

Después me quedé allí, bajo la lluvia, cansado y dolorido, contemplando mi

motor quemado.

Amaneció. Era el solsticio de verano y eso significaba que tenía unas quince horas para averiguar la forma de llegar hasta las madres. Tenía razones para dudar de que aparecieran en la guía telefónica, pero aunque así hubiera sido, la visita al campo de batalla en torno a la Mesa de Piedra me había mostrado que las reinas tenían mucho más poder del que creía. Su mera presencia, a más de kilómetro y medio, casi me vuela la tapa de los sesos... y las madres estaban por encima de Mab y Titania en el escalafón.

Tenía quince horas para encontrar al asesino y devolver el manto del caballero del Verano a la Corte del Verano, y para detener después la guerra que se estaba librando en algún lugar situado en ninguna parte entre nuestro mundo y el de los espíritus, al que no tenía ni idea de cómo llegar.

Y mi coche acababa de pararse. Otra vez.

—Esto te supera —murmuré—. Harry, te viene demasiado grande, no puedes hacerlo tú solo.

El Consejo. Debería hablar con Ebenezer, contarle lo que estaba sucediendo. El problema era demasiado grave, demasiado delicado para arriesgarse a joderlo todo por una cuestión de protocolo. Quizá tuviera suerte y el Consejo: A, me creería y B, decidiría ayudarme.

Sí. Y si me pegaba bastantes plumas en los brazos, quizás acabaría volando.

Examiné el coche durante unos minutos más, saqué un par de cosas de su interior y me dirigí hacia la gasolinera más cercana. Llamé a una grúa y luego pedí un taxi para que me llevara de vuelta a casa, todo a cuenta del adelanto de Meryl.

Una vez allí, saqué una Coca-Cola de la nevera y le puse comida y agua fresca a *Mister*, luego le cambié la arena de su cajón. No fue hasta después de encontrar bajo el fregadero de la cocina la botella del lavavajillas y quitarle de un soplido el polvo cuando me di cuenta de que estaba bloqueado.

Miré con rabia el teléfono y me dije a mí mismo:

—El orgullo precede a la caída, Harry. El orgullo puede ser malo. Puede llevarte a hacer tonterías.

Respiré hondo y abrí la lata de Coca-Cola. Después descolgué el teléfono y marqué el número que Morgan me había dado.

Escuché solo un tono cuando una voz de hombre al otro lado dijo:

—¿Quién llama, por favor?

—Dresden. Necesito hablar con Ebenezer McCoy.

—Un momento. —Se hizo el silencio y supuse que quien había descolgado había puesto la mano sobre el micrófono. Después escuché un ruido cuando el teléfono cambió de manos.

—Así que has fallado, Dresden —dijo Morgan. Su tono me proporcionó una imagen mental bastante clara de la sonrisa que se dibujaba en su cara—. No te muevas de donde estás hasta que los centinelas lleguen para acompañarte hasta el Consejo de Veteranos donde se celebrará el juicio.

En aquel momento no me sentía muy creativo en cuanto a insultos se refiere.

—No he fallado, Morgan. Pero he descubierto algo que el Consejo de Veteranos debería saber. —El orgullo, Harry—. Y necesito ayuda. Es demasiado importante para que se encargue una sola persona. Para resolver esto, necesito información y apoyo.

—El mundo entero gira en torno a ti, ¿verdad? —dijo Morgan con amargura en la voz—. Eres la excepción a todas las reglas. Quebrantas las leyes, te ríes del Consejo, y te libras del juicio porque eres tan importante que no reconoces ninguna autoridad.

—No tiene nada que ver con eso —dije—. ¡Maldita sea, Morgan! Abre los ojos, joder. La estructura de poder de las hadas es inestable y creo que alcanzará un punto crítico si no hacemos algo. Eso es más importante que yo, y mucho más importante que el puñetero protocolo del Consejo.

Morgan me gritó, y en su voz había un desprecio que me hizo estremecer:

—¿Quién eres tú para decidir eso? ¡No eres nadie, Dresden! ¡No eres nada! —Cogió aire temblando de ira—. Hace mucho que te burlas del poder del Consejo. Pero

se acabó. Se acabaron las excepciones, se acabaron los retrasos, se acabaron las segundas oportunidades.

—Morgan —empecé a decir—, solo quiero hablar con Ebenezar. Que sea él quien decida si...

—No —dijo Morgan.

—¿Qué?

—No. Esta vez no escaparás a la justicia, gusano. Tendrás tu juicio. Y te someterás a él sin influir en el Consejo de Veteranos.

—Morgan, esto es una locura...

—No. La locura fue dejarte vivo cuando eras un mocoso. El aprendiz de asesino de DuMorne. Locura fue sacarte de aquella casa en llamas dos años atrás. —Bajó el tono de su voz y el contraste con los gritos anteriores resultó inquietante—. Alguien muy querido para mí murió en Arcángel, Dresden. Y

esta vez tus mentiras no te van a salvar de lo que te espera.

Después, colgó el teléfono.

Me quedé mirando el auricular durante un segundo antes de gruñir de rabia y golpearlo con el borde de la mesa, una y otra vez, hasta que el plástico se rompió en mis manos. Me hice daño. Recogí el teléfono y lo lancé contra la chimenea de piedra. Se hizo añicos, su timbre resonó algo apagado. Me lié a patadas con las cosas que había en el cuarto de estar, la emprendí con cajas, latas vacías de Coca-Cola, libros, papeles y cucarachas asustadas. Tras unos minutos, estaba jadeando y algo de aquella cólera y frustración ciegas comenzó a mitigarse.

—Cabrón —gruñí—. Cabezón, intolerante, mojigato de mierda.

Necesitaba relajarme y la ducha parecía tan buen lugar como cualquier otro. Me sumergí bajo el agua fría e intenté deshacerme del sudor y el miedo de todo aquel día. Casi esperaba que el agua se evaporase al contacto con mi piel, pero en lugar de eso conseguí que la ira se desvaneciera mientras me concentraba en la vieja rutina de la ducha, agua, jabón, aclarado, champú, aclarado. Cuando por fin terminé y salí temblando, me sentí casi libre al cien por cien de psicosis.

No tenía ni idea de cómo contactar con Ebenezar. Si estaba bajo la vigilancia de los centinelas, y seguro que ese era su caso y el de los demás miembros del Consejo de Veteranos, no sería fácil hablar con él. Cualquier hechizo o ser sobrenatural que intentara encontrarlo, aun usando las mejores contramedidas mágicas, acabaría sumido en un laberinto de engaños y trampas.

Por un momento, pensé en pedir ayuda a Murphy. El Consejo solía pasar por alto los métodos que no requerían el uso de ningún tipo de conjuro o magia.

Los contactos de Murphy en la policía podrían ayudarme a dar con ellos utilizando procedimientos tradicionales. Pero al final lo descarté. Aunque Murphy pudiera localizar la llamada, es probable que Ebenezar no estuviera allí, y si aparecía



en el lugar con la intención de pasar por encima de los centinelas para llegar hasta él, le daría a Morgan la excusa que necesitaba para cortarme la cabeza.

Me sequé el pelo con la toalla y la tiré después sobre mi estrecha cama.

Genial. Pues lo haría sin la ayuda del Consejo.

Me puse unos vaqueros y una camiseta blanca que aún colgaban en el ropero. Enrollé las mangas a la altura del codo. Las deportivas estaban cubiertas de barro, así que saqué las botas camperas del armario y me las puse. ¡Qué coño! Quizá me sirvieran de inspiración.

Saqué la bolsa de deporte grande, de esas que se usan para llevar el equipo de jockey y metí la varita mágica, el bastón, y el bastón espada, junto con una mochila llena de velas, cerillas, una taza, un cuchillo, un salero, un tarro de agua bendita y algunos artilugios mágicos más que quizá me vinieran bien. También metí una caja de viejos tornillos de hierro, un martillo Craftsman de orejas de acero con mango de goma negra, y me guardé un par de tizas en el bolsillo.

Después me eché la bolsa al hombro, fui al cuarto de estar e invoqué el conjuro que me conduciría hasta una de las pocas personas que me podía ayudar.

Media hora después, pagué el taxi y caminé hacia uno de los hoteles situados alrededor del Aeropuerto Internacional O'Hare. El sutil tirón del conjuro me llevó hasta el restaurante del hotel, abierto para los desayunos y medio lleno principalmente de hombres de negocios. Encontré a Elaine en una esquina, sentada en una mesa donde había varios platos de bufé con los restos de su desayuno. Llevaba su brillante pelo castaño recogido en una trenza tirante, enroscada en la nuca. Su rostro estaba pálido, cansado y tenía profundas ojeras bajo los ojos. Estaba tomando café y leyendo una novela en edición de bolsillo. Llevaba unos vaqueros diferentes, más amplios y una camisa blanca ancha y abierta que dejaba ver una camiseta interior oscura y sin mangas. Se irguió cuando posé mis ojos sobre ella y alzó la vista con cautela.

Caminé hacia su mesa, retiré la silla de al lado y me senté.

—Buenos días.

Ella me observó, su expresión era difícil de interpretar.

—Harry, ¿cómo me has encontrado?

—Eso mismo pensé yo anoche —dije—. Cómo me encontraste tú, quiero decir. Y me di cuenta de que no me habías encontrado a mí, sino a mi coche.

Estabas dentro medio inconsciente cuando volví. Así que busqué en su interior.

—Saqué el capuchón de una de las válvulas de aire de un neumático—. Y

descubrí que faltaba uno de estos. Entonces supuse que probablemente te lo llevaste tú y lo utilizaste para encontrar mi Escarabajo azul. De modo que cogí un capuchón igual de otro neumático y lo utilicé para encontrar el que había perdido.

—¿Le pusiste a tu coche el nombre de un personaje de *Electric Company*<sup>[2]</sup>?

—Elaine cogió un bolso de piel marrón que estaba en la silla junto a ella y sacó un capuchón idéntico—. Muy listo.

Miré el bolso. Vi que sobresalía lo que me pareció un billete de avión.

—Huyes.

—Eres un verdadero mago de lo obvio, Harry. —Comenzaba a encogerse de hombros cuando su rostro palideció y sus rasgos se retorcieron por el dolor.

Cogió aire lentamente y después retomó el movimiento interrumpido por su hombro herido—. Tengo una fuerte motivación para desaparecer.

—¿De verdad crees que un billete de avión te librerá de las reinas?

—Me alejaré de la zona cero. Con eso basta. Es imposible descubrir al culpable a tiempo y no me apetece enfrentarme a otro asesino. Casi no escapó con vida del primero.

Negué con la cabeza.

—Estamos cerca —dije—. Estoy seguro. También intentaron acabar conmigo anoche. Y creo que sé quién nos atacó a los dos.

Alzó la vista hacia mí, intrigada.

—¿Ah sí?

Cogí un pedazo de tostada que había dejado, lo mojé en los huevos que Elaine ya no quería y me lo comí.

—Sí. Pero tú tienes que coger un avión.

Elaine puso los ojos en blanco.

—Está bien. Tú quédate aquí, revolcándote en tu autosuficiencia. Yo iré a por otro plato y volveré cuando hayas terminado. —Se levantó con cierta dificultad, y caminó hacia el bufé. Se sirvió huevos con panceta, salchichas y unas tostadas francesas y volvió a la mesa. La boca se me hacía agua.

Me colocó el plato delante y dijo:

—Come.

Eso hice, pero entre bocado y bocado le pregunté:

—¿Me puedes decir qué te pasó?

Negó con la cabeza.

—No hay mucho que contar. Hablé con Mab y luego con Maeve. Iba de camino a mi hotel cuando alguien se lanzó sobre mí en el garaje. Conseguí zafarme del primer ataque e invoqué fuego, el suficiente para librarme de él.

Después encontré tu coche.

—¿Por qué me buscaste? —pregunté.

—Porque no sabía quién lo había hecho, Harry. Y no confío en nadie más en esta ciudad.

Sentí un nudo en la garganta. Le di un sorbo a su café para pasar la panceta.

—Fue Lloyd Slate.

Los ojos de Elaine se abrieron como platos.

—El caballero del Invierno. ¿Cómo lo sabes?

—Mientras estaba con Maeve, apareció con una caja en la que había un cuchillo. Tenía quemaduras. También iba cubierto de sangre reseca. Maeve se enfadó mucho porque aquello no le servía para nada.

Elaine frunció el ceño.

—Slate... quería mi sangre para que Maeve pudiera lanzarme un hechizo.

—Intentó disimular, pero la vi estremecerse—. Seguramente me siguió al salir de la fiesta. Menos mal que usé el fuego.

Asentí.

—Sí. Secó la sangre, lo que la hizo inútil para los propósitos de Maeve. —Di un par de bocados más—. Y anoche, un pistolero y un par de criaturas sobrenaturales me tendieron una emboscada. —Le hice un resumen de lo que ocurrió en el Wal-Mart, sin mencionar a Murphy.

—Maeve —dijo Elaine.

—Y eso es todo lo que tengo —dije—. No me parece que le pegue, pero...

—Claro que le pega —dijo Elaine ensimismada—. No me digas que te tragaste el teatrillo de psicópata y ninfómana aficionada que te hizo.

La miré sorprendido y luego dije con la boca llena de tostada francesa:

—No. Claro que no.

—Es lista, Harry. Y actúa según lo que esperes de ella.

El siguiente bocado lo mastiqué más lentamente.

—Es una buena teoría, pero solo eso. Necesitamos averiguar más.

Elaine me miró, frunciendo el ceño.

—Es decir, que quieres hablar con las madres.

Asentí.

—Quizá me cuenten algo más sobre cómo funciona todo esto. Pero no sé cómo llegar hasta ellas. He pensado que a lo mejor tú podrías hablar con alguien de Verano.

Cerró la novela.

—No.

—¿No, no nos ayudarían?

—No, no voy a ver a las madres, Harry, es una locura. Son demasiado poderosas. Te podrían matar, o incluso algo peor, con un simple pensamiento descarriado.

—En estos momentos eso ya no me impresiona. A estas alturas poco importa hasta donde me llegue el agua. —Sonreí—. De todas formas tampoco tengo otra opción.

—Te equivocas —dijo con sereno énfasis—. No tienes que quedarte aquí.

No tienes que participar en su juego. Márchate.

—¿Como tú?

—Como yo —dijo Elaine—. No puedes detener lo que ya está en marcha, Harry, pero puedes morir en el intento. Probablemente ese fuera el propósito de Mab desde el principio.

—No, puedo detenerlo.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—¿Por qué eres de los buenos? Harry, esto no funciona así.

—Puede que no, pero esa no es la razón.

—¿Por qué entonces?

—Uno intenta acabar con aquellos que suponen una amenaza. Lo intentaron con nosotros dos. Deben de pensar que podemos detenerlos.

—Detenerlos —dijo Elaine—. Aunque estuviéramos cerca, ni siquiera sabemos quiénes son.

—Por eso tenemos que hablar con las madres —repuse—. Son las reinas más poderosas. Lo saben casi todo. Si somos listos y tenemos suerte, quizá les saquemos algo de información.

Elaine alzó una mano y se tiró de la trenza, no parecía muy segura.

—Oye, Harry. No es que... no quiera... —Cerró los ojos durante un momento y luego dijo con angustia en la voz—: Por favor, no me pidas algo así.

—No tienes que hacerlo —dije—. Tú solo indícame el camino hasta ellas.

Al menos inténtalo.

—No sabes lo que me estás pidiendo —dijo.

Bajé la mirada hacia el plato vacío y dije sereno:

—Sí, lo sé. Y detesto hacer esto, Elaine, y tengo miedo, y hay que estar loco para no cavar un agujero en el suelo y esconderse en él. Pero lo sé. —Extendí el brazo sobre la mesa y puse mi mano sobre la suya. Su piel era suave y cálida. Elaine se estremeció con el contacto—. Por favor.

Volvió la mano y sus dedos rodearon por un momento los míos. En ese momento me estremecí yo. Suspiró.

—Eres idiota, Harry. Tonto perdido.

—Hay cosas que no cambian nunca.

Dejó escapar una triste carcajada antes de apartar la mano y levantarse.

—Alguien me debe un favor. Voy a intentar cobrarlo. Espera aquí.

Cinco minutos después estaba de vuelta.

—Vale, vamos fuera.

Me levanté.

—Gracias, Elaine. ¿Vas a coger el avión?

Abrió su bolso y arrojó el billete de avión sobre la mesa junto con cuarenta dólares.

—Supongo que no. —Después sacó un par de objetos más del bolso: un anillo de

marfil decorado como una corona de hojas de roble que iba unido a un brazalete similar mediante una cadena de plata. Un pendiente fabricado a partir de lo que quizá fue una moneda de cobre y una piedra negra en forma de lágrima. Después una pulsera tobillera con adornos colgantes en forma de alas de pájaro. Se lo puso todo encima y luego se quedó mirando mi bolsa de deporte.

—Tú te mantienes fiel al rollo fálico ¿no? ¿Bastón y varita?

—Me hacen sentir más machote.

Frunció los labios y se encaminó hacia la salida. La seguí y me encontré abriéndole las puertas, por pura costumbre. A ella no pareció importarle demasiado.

Fuera había varios coches aparcados en la carretera que describía un círculo frente a la entrada del hotel. Autobuses procedentes del aeropuerto escupían y engullían pasajeros, los taxis recogían hombres y mujeres de negocios vestidos de traje. Elaine se colgó el bolso del hombro bueno y permaneció allí sin decir nada.

Unos treinta segundos después, escuché el sonido de unos cascos golpear el asfalto. Ante nosotros apareció un carruaje tirado por dos caballos. Uno de ellos era del color blanco azulado de un cadáver ahogado. Resopló y su respiración se hizo visible en una nube de vaho. El otro era verde hierba y llevaba las crines adornadas con flores silvestres. El carruaje parecía sacado del Londres de la época victoriana. Era de madera oscura con decoración en cobre amarillento. Nadie lo conducía. Los caballos se detuvieron justo delante de nosotros y allí se quedaron, pateando el suelo y agitando las crines. La puerta del carruaje se abrió en silencio. Estaba vacío.

Miré con disimulo a mi alrededor. Nadie parecía haber reparado en el coche tirado por aquellos extraños caballos. Un taxi que se dirigía al espacio ocupado por el carruaje viró de repente y aparcó en otro lugar. Me fijé con más atención y descubrí el tenue hechizo que envolvía el carruaje, sutil, pero fuerte y que probablemente lo ocultaba del resto de los mortales.

—Supongo que este es tu coche —dije.

—¿Tú qué crees? —Elaine se apartó la trenza tras el hombro y subió—. El carruaje nos llevará hasta allí, pero no nos protegerá una vez estemos en el otro lado. No olvides que esto me sigue pareciendo una mala idea, Harry.

—«Ya te lo dije» preventivos —señalé—. Ahora sí que lo he visto todo.

El carruaje se puso en marcha con tanta suavidad que casi ni me di cuenta. Me incliné hacia el cristal de la ventana y aparté la cortina. Dejamos el hotel y nos sumergimos en el tráfico sin llamar la atención. Los coches se mantenían a una distancia prudencial sin ni siquiera saber que estábamos ahí. Ese sí que era un buen velo. El carruaje no se balanceaba en absoluto y tras un minuto, aparecieron jirones de niebla en las ventanas. Poco después, la niebla ocultó por completo la vista de la ciudad. Los sonidos de la calle llegaban amortiguados y todo lo que percibía era una bruma de color plata y las pisadas de los caballos.

El carruaje se detuvo unos cinco minutos después, y la puerta se abrió sola. Hurgué en mi bolsa de deporte y cogí la varita y el bastón. Me coloqué el bastón espada en el cinturón y saqué el amuleto para que luciera directamente sobre mi pecho. Elaine hizo lo mismo con el suyo. A continuación bajamos del carruaje.

Eché un vistazo a mi alrededor. Nos encontrábamos sobre una especie de hierba esponjosa, en una pequeña colina rodeada de otras pequeñas colinas. La niebla cubría la tierra como si fuera una nube de tormenta defectuosa; indolente y densa en algunos lugares, y más fina en otros. El paisaje estaba jalonado con algún que otro árbol de tronco grueso y retorcido y ramas huesudas y largas.

Un cuervo medio desplumado nos miraba desde una rama cercana, sus ojos negros brillaban.

—Qué alegre —dijo Elaine.

—Sí. Muy Baskerville. —El carruaje comenzó a moverse de nuevo y me di la vuelta para ver como desaparecía en la niebla—. Vale, ¿y ahora qué?

Ante mis palabras, el cuervo emitió un desagradable graznido. Se sacudió y pedazos de plumas podridas se desprendieron de su cuerpo. Después alzó el vuelo y volvió a posarse sobre otra rama, casi fuera de nuestra vista.

—Harry —dijo Elaine.

—¿Sí?

—Como hagas algún comentario estúpido y jocoso con las palabras «nunca más»<sup>[3]</sup> te daré un puñetazo. ¿Me entiendes?

—Nunca más —repetí a modo de confirmación. Elaine puso los ojos en blanco. Luego los dos comenzamos a seguir al cuervo.

Nos condujo a través del paisaje nuboso, volando silenciosamente de árbol en árbol. Lo seguimos con dificultad hasta que comenzaron a surgir más árboles frente a nosotros, en una niebla cada vez más espesa. El suelo se hizo más suave y el aire más húmedo, casi pesado. El cuervo volvió a graznar y se internó en aquel bosque, desapareciendo de nuestra vista.

Seguí su vuelo con la mirada y dije:

—¿No ves una luz entre los árboles?

—Sí. Este debe de ser el lugar.

—Genial. —Comencé a caminar. Elaine me cogió por la muñeca y me advirtió con voz firme:

—Harry.

Con la cabeza señaló una gruesa parcela de oscuridad donde dos árboles habían caído uno contra el otro. Apenas había comenzado a distinguir una extraña silueta, cuando esta se acercó a nosotros lo suficiente para poder verla con claridad.

El unicornio parecía un caballo Budweiser, una de esas enormes bestias de carga que se usaban para trabajar en el campo. Debía de medir un metro ochenta, quizá más. De pecho ancho, cuatro pesadas pezuñas, orejas puntiagudas inclinadas hacia delante, y un rostro largo y equino.

Hasta ahí todo su parecido con un caballo Clydesdale.

No tenía pelaje. Sino un caparazón de aspecto liso y suave hecho con escamas y placas de quitina de diferentes colores que iban desde el verde oscuro al negro medianoche. Sus pezuñas hendidas estaban salpicadas de sangre reseca. De su frente emergía un cuerno en espiral de casi un metro de longitud y extremo muy puntiagudo. La espiral tenía los bordes serrados, y en algunas zonas había manchas de color marrón oxidado. Un par de cuernos curvados, como los de los carneros, se arqueaban a ambos lados de la cabeza desde la base del asta. Donde debían estar los ojos, solo había una capa de quitina lisa y curtida. Agitó la cabeza y su crin de tela de araña podrida bailó en torno a su cuello y patas delanteras, larga y desgarrada como un sudario.

Una polilla de tamaño considerable revoloteaba entre la niebla cerca del 3

unicornio. La bestia giró sobre sí misma con una agilidad sorprendente y la embistió. Su cuerno atravesó a la polilla y con un salvaje movimiento de cabeza, el unicornio arrojó el insecto al suelo y con sus pezuñas pulverizó la tierra sobre la que cayó como una apisonadora. Después relinchó y volvió silenciosamente a ocultarse entre los árboles cubiertos por la niebla.

Elaine me miró con ojos desorbitados.

Yo le devolví la mirada.

—Unicornios —dije—. Muy peligrosos. Tú primero.

Alzó una ceja.

—Quizá no —transigí—. ¿Un guardián?

—Evidentemente —dijo Elaine—. ¿Cómo lo superamos?

—¿Lo hacemos saltar por los aires?

—Tentador —respondió Elaine—. Pero no creo que causemos una buena impresión a las madres si matamos a su perro guardián. ¿Un velo?

Negué con la cabeza.

—No creo que los unicornios se guíen por las percepciones sensoriales. Si no recuerdo mal, reaccionan a los pensamientos.

—En ese caso tú pasarás desapercibido.

—*Ja* —dije con voz monocorde—. *Ja ja*, oh oh, mis costillas. Tengo un plan mejor. Yo paso mientras tú lo distraes.

—¿Con qué? Ya no le puedo ofrecer mi virginidad y esa cosa no se parece a los unicornios que he visto en Verano. Es mucho menos... retozón.

—Con pensamientos —dije—. Detectan pensamientos y les atrae la pureza. Siempre tuviste mayor capacidad de concentración que yo. En teoría, si consigues mantener una imagen en tu cabeza, se centrará en ella y no en ti.

—Piensa en algo bonito. Un plan estupendo, Peter Pan.

—¿Tienes uno mejor?

Elaine negó con la cabeza.

—Está bien. Intentaré llevarle hasta allí abajo. —Señaló con la barbilla hacia un grupo de árboles—. Cuando lo haya conseguido, ponte en marcha.

Asentí. Elaine cerró los ojos por un momento y su expresión se distendió.

Después se encaminó hacia los árboles con paso lento y medido.

El unicornio volvió a aparecer a unos tres metros de Elaine. La bestia resopló, arañó la tierra y se elevó sobre sus cuartos traseros agitando las crines.

Después comenzó a avanzar lentamente y con cautela.

Elaine extendió una mano hacia el unicornio, que dejó escapar un relincho semejante a una carcajada y la olisqueó. Sin dejar de moverse con una lentitud casi onírica, Elaine dio media vuelta y comenzó a caminar siguiendo la línea de los árboles. El unicornio avanzaba uno o dos pasos detrás, con su cuerno espiral oscilando a escasos centímetros del hombro derecho de Elaine.

Ya habían caminado un pequeño trecho cuando me di cuenta de que el plan no estaba funcionando. El lenguaje corporal del unicornio cambió. Bajó las orejas, las pegó a la cabeza y comenzó a patear nervioso antes de alzarse sobre los cuartos traseros preparándose para embestir con su mortal cuerno apuntando a la espalda de Elaine.

No había tiempo de avisarla. Alcé la varita en mi mano derecha, invoqué la fuerza de mi voluntad y la liberé a través de ella al grito de:

—¡Fuego!

Del extremo de la varita salió una llamarada de calor, fuego y fuerza roja que apunté hacia el unicornio. Tras comprobar lo espectacularmente inútil que había resultado mi magia contra el ogro Grum, no quería que aquella bestia también saliera impune. De modo que no dirigí el golpe directamente hacia el unicornio, sino a la tierra a sus pies.

La explosión creó una trinchera de casi un metro en el terreno. El unicornio chilló



y sacudió la cabeza, en un intento de mantener el equilibrio. Un caballo normal se habría desplomado, pero el unicornio consiguió de alguna manera apoyarse con dos patas en tierra firme y salió del agujero con un salto de casi doce metros de longitud. Aterrizó sobre sus cuatro patas al galope para dar luego media vuelta y cargar contra mí.

Corrí hacia el árbol más cercano. El unicornio era más rápido, pero el árbol estaba cerca y me oculté tras el tronco.

Aquello no lo detuvo. Su cuerno se incrustó en el tronco del árbol muerto y lo atravesó al galope como si no estuviera allí. Me agaché, pero no lo suficiente para esquivar las astillas que se me clavaron en el pecho y la tripa, ni lo bastante rápido para evitar un corte feo en el brazo izquierdo, justo donde el borde dentado del cuerno desgarró mi camiseta. El dolor de las heridas quedó registrado, pero únicamente como un dato superfluo. Rodeé lo que quedaba del árbol mientras sostenía el bastón con ambas manos y después lo lancé con todas mis fuerzas contra los delicados tobillos traseros de la bestia.

Bueno, los de un caballo suelen ser delicados. Evidentemente en el caso de los unicornios son solo ligeramente sensibles. La bestia dejó escapar un grito lleno de ira y se revolvió, destrozando el árbol y despedazándolo mientras agitaba su cuerno para sacarlo del tronco y utilizarlo contra mí. Alcé el bastón, hice una parada de cuarta, y empujé la punta hacia fuera mientras daba unos pasos a mi derecha, evitando así la embestida de la bestia. Seguí avanzando y me agaché un segundo antes de que el unicornio se apoyara sobre sus cuartos delanteros, elevara los traseros y girara, lanzando una coz contra mi cabeza.

Rodé por el suelo, me levanté, salí corriendo de nuevo y me oculté detrás del árbol más cercano. El unicornio se dio la vuelta y comenzó a avanzar hacia mí.

Rodeó el árbol con la boca abierta y llena de espumarajos.

Elaine chilló. Giré la cabeza y la vi alzar la mano derecha al tiempo que su anillo liberaba un haz de motas brillantes que centelleaban a su alrededor.

Las lucecitas se lanzaron contra el unicornio y lo rodearon, girando y reluciendo en una nube de confusión. Una de ellas se frotó contra mí y mis sentidos se bloquearon. De repente me encontré caminando por la calle con unos zapatos desgastados. El sol brillaba en el cielo, un bolso se balanceaba junto a mi cadera, y el apetito me hacía cosquillas en el estómago. El olor del asfalto caliente me llenaba la nariz y unos niños reían y jugaban en algún lugar cercano. Un recuerdo de Elaine. Me tambaleé y lo aparté de mí volviendo a la realidad.

Las motas se agruparon en torno al unicornio, lanzándose contra él de una en una, y con cada toque la bestia se volvía loca. Giró y coceó y gritó y agitó su cuerno con furia ante aquellos adversarios etéreos, pero de nada le sirvió.

Busqué a Elaine detrás del unicornio y allí seguía, con la mano alzada,

profundamente concentrada y tensa.

—Harry —gritó—. Vete. Yo lo retendré.

Me levanté con el corazón en la boca.

—¿Lo tienes?

—De momento sí. Vamos, busca a las madres —respondió Elaine—. ¡Corre!

—No quiero dejarte aquí sola.

Una gota de sudor se deslizó por su sien.

—Tranquilo. Cuando se libere no pienso quedarme aquí para que me ensarte.

Rechiné los dientes. No quería dejar a Elaine, pero era evidente que se le daba bastante mejor que a mí. Se estaba enfrentando al unicornio tranquila, a solo una docena de pasos de él, con la mano extendida mientras la criatura se revolvía como si estuviera atrapada en una red. Mi delgada, firme y hermosa Elaine.

De repente docenas de recuerdos e imágenes me invadieron, pequeños detalles que había olvidado volvieron de golpe; su risa, callada y maliciosa en la oscuridad; sus delgados dedos entrelazados a los míos, su rostro dormido, descansando en la almohada junto a mí, delicada y plácida en el sol de la mañana.

Había muchos más, pero los aparté de mi mente. Todo eso sucedió tiempo atrás y no significaría nada si ninguno de los dos sobrevivía los siguientes minutos y horas.

Le di la espalda, la dejé luchando contra la potencia de un unicornio de pesadilla y corrí hacia las luces que brillaban en la niebla.

El Más Allá es un lugar muy grande. De hecho, es el mayor de todos. El Más Allá es lo que los magos llaman la totalidad del reino espiritual. No es un lugar físico, con geografía, meteorología y esas cosas. Es un mundo fantasma, un reino mágico, y su substancia es tan mutable como el pensamiento. Recibe muchos nombres, el Otro Lado, o el Otro Mundo, y contiene en su interior cualquier clase de reino espiritual que uno pueda imaginar. El Paraíso, el Infierno, el Olimpo, Los Campos Elíseos, el Tártaro, la Gehenna, lo que sea, y todo está en alguna parte del Más Allá. Al menos, eso dice la teoría.

Las zonas del Más Allá más cercanas al mundo mortal están casi todas controladas por las sidhe. Esta parte del mundo espiritual se llama reino de las hadas y está estrechamente ligado al mundo real de diferentes maneras. Es casi permanente e inalterable, y por ejemplo, tiene diferentes meteorologías. Pero que nadie se engañe, no es la Tierra. Las leyes de la realidad no se aplican con el mismo rigor que en nuestro mundo, por eso el reino de las hadas puede ser muy traicionero. La mayoría de los que se adentran en él no vuelven nunca.

Y yo tenía el palpito de que estaba corriendo por el corazón mismo de aquel reino.

El terreno describió una pendiente hacia abajo y se hizo más húmedo y suave. La niebla amortiguó rápidamente el sonido de lo que ocurría a mis espaldas, hasta que lo único que podía escuchar era mí propia y agitada respiración. La carrera hizo que mi corazón fuera más rápido y mi mano herida latiera dolorosamente. Sentí cierto placer al volver a moverme, mis extremidades y músculos se estiraban, haciéndome sentir vivo después de meses de inactividad. No habría aguantado aquel ritmo durante mucho rato, pero afortunadamente no tenía que ir muy lejos.

Las luces resultaron ser las dos ventanas iluminadas en una casa de campo que se alzaba solitaria en una ligera elevación del terreno. Varios obeliscos de piedra del tamaño de ataúdes, algunos caídos y rotos y otros aún en pie, formaban círculos alrededor del promontorio. El cuervo se posó sobre uno de ellos, sus ojillos resplandecían. Volvió a graznar y entró volando en la casa por una ventana abierta.

Me quedé allí, jadeando durante un minuto, intentando recuperar el aliento antes de acercarme a la puerta. Sentí que se me ponía la carne de gallina y me estremecí con un escalofrío. Di un paso hacia atrás y contemplé la casa.

Paredes de piedra. Tejado de paja. Había un suave olor a moho bajo el aroma a pan recién hecho. La puerta era de un tipo de madera pesada y curtida, y sobre ella aparecía labrado el símbolo del copo de nieve que ya conocía. Así que aquí está la Madre Invierno. Si se parecía a Mab, tendría el tipo de poder que pondría los pelos de punta a cualquier mago. Flotaría en el aire en torno a ella, como el calor corporal.

Salvo que hacía falta mucho cuerpo para sentir su calor a través de las paredes de piedra y de la pesada puerta. *Uff*.

Alcé la mano para llamar y la puerta se abrió por sí sola con un variado surtido de melodramáticos chirridos de bisagras oxidadas, digno de Producciones Hammer.<sup>[4]</sup> Una voz, un quejido apenas audible, dijo:

—Adelante, niño. Te estábamos esperando.

¡Madre mía! Me limpié las manos en los vaqueros y me aseguré de llevar bien sujetos el bastón y la varita antes de franquear el umbral de la puerta y entrar en la penumbra de la casa.

Había una única habitación. El suelo era de madera, aunque las tablas parecían desgastadas y secas. Había varias estanterías apoyadas contra las paredes de piedra. Un telar descansaba en la esquina opuesta, cerca de la chimenea, junto a una rueca. Delante de la chimenea una mecedora chirriaba al moverse. Estaba ocupada. Había una silueta sentada en ella, cubierta con un chal y una caperuza, como si alguien hubiera dado vida a un puñado de mantas y telas. Junto a la chimenea vi varias dentaduras de tamaños más o menos humanos. Una de ellas era sencilla, blanca y uniforme. La siguiente parecía podrida, con los dientes mellados y un molar roto. La dentadura que estaba a su lado tenía los dientes puntiagudos, salpicados de manchas marrones y lo que parecían pedazos de carne putrefactos. La última estaba hecha de algún tipo de metal plateado y brillaba como una espada.

—Interesante —dijo la voz quejumbrosa desde la mecedora—. Muy interesante. ¿Lo sientes?

—*Hum* —dije.

Del otro lado de la sala alguien resopló con energía y me di la vuelta para ver al recién llegado. Otra mujer, encorvada por la edad, soplabla el polvo de una estantería y luego pasaba un trapo antes de volver a colocar botellas y jarras.

Se giró y me miró con unos ojos verdes y brillantes desde un rostro castigado por el tiempo, pero todavía sonrosado.

—Claro que sí. Pobre niño. Ha sufrido mucho. —La anciana se acercó a mí y colocó con firmeza sus manos a ambos lados de mi cara, mirándome a los ojos—. Tienes algunas cicatrices. Saca la lengua, muchacho.

La miré atónito.

—¿Eh?

—Saca la lengua —repitió con tono tajante.

Eso hice. Me examinó la lengua y la garganta y luego dijo:

—Pero eres fuerte. Y a veces hasta listo. Creo que tu hija eligió bien.

Cerré la boca y me soltó la cabeza.

—Madre Verano, ¿supongo?

Me dedicó una amplia sonrisa.

—Sí, cariño. Y esta es madre invierno. —Con un gesto señaló la mecedora junto al fuego—. No te ofendas si no se levanta. Esta no es su estación, ¿sabes? Acércame esa escoba.

La miré sorprendido, pero luego cogí una vieja escoba desvencijada de mango retorcido y se la pasé a madre verano. La anciana la cogió e inmediatamente se puso a barrer el polvoriento suelo de la vieja casa.

—¡Bah! —susurró Madre Invierno—. El polvo volverá a aparear.

—De eso se trata —dijo Verano—. ¿Verdad, niño?

Estornudé y murmuré algo que no me comprometía.

—*Hum*, perdonen señoras, pero me preguntaba si podrían responder a unas cuestiones.

La cabeza de Invierno se giró ligeramente hacia mí dentro de su capucha.

Madre Verano se detuvo y me miró con aquellos ojos verdes centelleantes.

—¿Quieres respuestas?

—Sí —contesté.

—¿Y cómo esperas conseguirlas —siseó Invierno—, cuando ni siquiera conoces las preguntas adecuadas?

—Oh —dije de nuevo. La personificación de la perspicacia, ese soy yo.

Verano negó con la cabeza y dijo:

—Hagamos un intercambio, entonces. Nosotras te haremos una pregunta. Y a cambio de tu contestación, cada una te dará una respuesta a lo que buscas.

—No se ofendan, pero no he venido aquí a que me hagan preguntas.

—¿Estás seguro? —preguntó Madre Verano. Empujó con la escoba un montón de polvo y lo echó por la puerta—. ¿Cómo lo sabes?

La voz enojada de Invierno llegó a mí en un susurró de enfado.

—Estaría todo el día parloteando. Contesta a nuestras preguntas, niño, o vete.

Cogí aire.

—Está bien —dije—. Preguntad.

Madre Invierno se volvió hacia el fuego.

—Sencillamente dinos, niño: ¿Qué es más importante, el cuerpo...

—... o el alma? —concluyó Madre Verano. Ambas guardaron silencio, y sentí su atención sobre mí como el filo de una navaja contra mi piel.

—Supongo que eso depende de quién pregunte a quién —dije finalmente.

—Preguntamos nosotras —dijo Invierno.

Verano asintió.

—Y te preguntamos a ti.

Pensé en mis palabras durante un momento antes de hablar.

Lo sé, a mí también me sorprendió.

—Entonces diría que si yo fuera un hombre viejo, enfermo y agonizante, pensaría

que el alma es más importante. Y si estuviera a punto de morir quemado en la hoguera para conservar mi alma, diría que mi cuerpo es más importante.

Las palabras cayeron en un largo minuto de silencio, durante el cual no dejé de mover los pies, nervioso.

—Bien dicho —susurró Madre Invierno por fin.

—Inteligente —añadió Verano—. ¿Por qué has elegido esa respuesta, niño?

—Porque era una pregunta tonta. No se puede elegir entre una cosa y la otra.

—Exactamente —dijo Verano. Se acercó hacia el fuego y sacó una bandeja con un mango largo. En la bandeja había una hogaza de pan redondeada. La dejó sobre una rejilla para que se enfriara—. Este niño ve lo que ella no puede ver.

—Porque no está en su naturaleza —murmuró Invierno—. Ella es lo que es.

—Un momento —dije—. ¿De quién estáis hablando? De Maeve, ¿verdad?

Madre Invierno siseó o quizá fuera una carcajada.

—He contestado a vuestras preguntas —dije—. Así que venga.

—Paciencia, mi niño —dijo Madre Verano. Cogió una tetera que pendía sobre la chimenea y sirvió té en dos tazas. Echó en cada una algo que me pareció miel, luego nata y le ofreció una taza a Madre Invierno.

Esperé a que las dos hubieran bebido para decir:

—Vale, se me acabó la paciencia. No puedo esperar más. Esta noche es el solsticio de verano. Esta noche la balanza comienza a inclinarse del lado de Invierno, y Maeve intentará usar la Mesa de Piedra para robar el manto de poder del caballero del Verano.

—Sí. Algo que conviene evitar a cualquier precio. —Madre Verano alzó una ceja—. Bien, ¿cuál es tu pregunta?

—¿Quién mató al caballero del Verano? ¿Quién robó su manto?

Madre Verano me miró decepcionada y dio otro sorbo a su té.

Madre Invierno alzó su taza hasta la capucha. Seguía sin poder verle la cara, pero su mano estaba ajada y sus dedos tenían un tono azulado. Bajó la taza y dijo:

—Tu pregunta es estúpida, niño. Eres más listo que todo eso.

Me cruce de brazos.

—¿Qué significa eso?

Madre Verano miró reprobadora a Invierno, pero dijo:

—Significa que el quién no es tan importante como el por qué.

—Y el cómo —añadió Madre Invierno.

—Piensa, niño —dijo Verano—. ¿Qué se ha conseguido con el robo del manto?

Fruncí el ceño. Para empezar, la guerra entre las cortes. Sucesos extraños tanto en el mundo mágico como en el natural. Pero sobre todo, la inminente guerra, Invierno y Verano reuniéndose para luchar en la Mesa de Piedra.

—Exacto —susurró Invierno. El pelo de la nuca se me erizó con una fría y

desagradable sensación. Caray, había oído mis pensamientos—. Pero piensa, mago. ¿Cómo se hizo? Un robo es un robo, ya se trate de comida, riquezas, belleza o poder.

Como parecía dar igual, decidí pensar en voz alta.

—Cuando alguien roba algo pueden pasar varias cosas. El ladrón oculta el botín para que nadie lo encuentre.

—Esconde su tesoro —apostilló Verano—. Como hacen los dragones.

—Sí, vale. O lo destruye.

—No, eso no —dijo Madre Invierno—. Vuestro sabio lo dice. El tipo alemán del pelo alborotado.

—Einstein —murmuré—. Vale, pues entonces se puede transformar en algo sin valor. O se puede vender.

Madre Verano asintió.

—Ambos casos implican un cambio.

Alcé una mano.

—Espera, espera. Tal y como yo lo entiendo, este poder del caballero del Verano, su manto, no puede existir por sí mismo. Tiene que estar dentro de un recipiente.

—Sí —murmuró Invierno—. Dentro de una de las reinas o dentro del caballero.

—Y no está dentro de las reinas.

—Cierto —dijo Verano—. De ser así, lo notaríamos.

—Así que está dentro de otro caballero —dije—. Pero si eso fuera así, no habría desequilibrio. —Me rasqué la cabeza y mientras lo hacía, caí en la cuenta—. A no ser que haya cambiado. A no ser que el nuevo caballero haya cambiado. Se haya transformado en otra cosa. Algo que dejó al manto de poder atrapado, inerte, inútil.

Ambas me miraron fijamente y en silencio.

—Vale —dije—. Ya tengo mi pregunta.

—Adelante —dijeron a un tiempo.

—¿Cómo pasa el manto de un caballero a otro?

Madre Verano sonrió, pero su expresión era siniestra.

—Vuelve al reflejo más cercano de sí mismo. Al recipiente de Verano más próximo. Ella, a cambio, elige al siguiente caballero.

Eso significaba que solo una de las reinas del Verano podía estar detrás de todo aquello. Titania quedaba descartada, había iniciado la guerra contra Mab porque no sabía dónde estaba el manto. Madre Verano no me estaría contando todo aquello si lo hubiese hecho ella. Solo quedaba una sospechosa.

—Estrellas y piedras —murmuré—. Aurora.

Las dos madres soltaron sus tazas al mismo tiempo.

—No hay tiempo —dijo Verano.

—Aquello que no debe ser, puede suceder —añadió Invierno—. Tú, al menos eso creemos, eres el único que puede solucionar esto...

—... si tienes la fuerza suficiente.

—El valor suficiente.

—Eh, un momento —dije—. ¿Y por qué no hablo con Mab y Titania?

—Están más allá de las palabras —dijo Madre Invierno—. Van a entrar en guerra.

—Detenedlas —dije—. Vosotras dos tenéis que ser más fuertes que Mab y Titania. Obligadlas a que os escuchen.

—No es tan sencillo —dijo Invierno.

Verano asintió.

—Tenemos poder, pero está circunscrito a unos límites. No podemos interferir en lo que hagan las reinas o las señoras. Ni siquiera en un asunto tan espantoso como este.

—¿Qué podéis hacer?

—¿Yo? —preguntó Verano—. Nada.

Fruncí el ceño y miré a Madre Invierno.

Alzó una mano envejecida y agrietada y me indicó con un gesto que me acercara.

—Acércate, niño.

Iba a decir que no, pero mis pies se movieron sin pedirme permiso y me encontré arrodillado frente a la mecedora de Madre Invierno. No pude verla, ni siquiera desde tan cerca. Hasta sus pies estaban cubiertos con capas de tela oscura. Pero sobre su regazo había un par de agujas de punto y un paño cuadrado con gruesas puntadas de lana gris sin teñir. Madre Invierno extendió las manos nudosas y cogió un par de tijeras oxidadas. Cortó los hilos de lana y me ofreció el paño.

Lo cogí, de nuevo sin pensar. Era suave y estaba frío, como si lo hubiesen guardado en la nevera, y vibraba con una energía sutil y peligrosa.

—Los hilos están sueltos —dije en voz baja.

—Y así debe ser —dijo Invierno—. Es un destejido.

—¿Un qué?

—Un «deshecho», niño. Yo soy la deshacedora, la destructora. Esa es mi esencia. Preso en estos hilos está el poder de deshacer cualquier encantamiento.

Toca con el paño aquello que debe deshacerse. Desteje los hilos. Y así será.

Me quedé mirando el paño durante un momento. Luego pregunté con calma:

—¿Cualquier encantamiento? ¿Cualquier transformación?

—Cualquiera.

Me empezaron a temblar las manos.

—¿Quieres decir... que podría utilizar esto para anular lo que los vampiros le hicieron a Susan? ¿Se curaría, volvería a ser mortal?

—Así es, emisario. —El tono de Madre Invierno estaba teñido de una satisfacción marchita.

Tragué saliva y me levanté mientras doblaba el paño. Lo guardé en un bolsillo



con mucho cuidado de que no se saliese ningún hilo.

—¿Es un regalo?

—No —dijo Invierno con voz ronca—. Pero es necesario.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con él?

Madre Verano negó con la cabeza.

—Es tuyo, tú decides. Nosotras ya hemos llegado al límite de lo que podemos hacer. Ahora todo depende de ti.

—Date prisa —susurró Invierno.

Madre Verano asintió.

—No queda tiempo. Sé rápido y sabio, niño mortal. Ve con nuestras bendiciones.

Invierno ocultó sus frágiles manos dentro de las mangas de su ropaje.

—No falles, niño.

—Eso, sin presiones —murmuré. Hice una ligera inclinación ante las dos y me dirigí hacia la puerta. Franqueé el umbral y dije—: Oh, por cierto. Pido disculpas por si hicimos daño al unicornio.

Miré hacia atrás y vi como Madre Verano arqueaba una ceja. La cabeza de Invierno giró y pude ver el brillo amarillento de sus dientes. Con voz ronca dijo:

—¿Qué unicornio?

La puerta se cerró de nuevo por sí sola. Me quedé mirando furioso la madera durante un momento y luego susurré:

—«Jodidas locas del Más Allá». —Me di media vuelta y volví sobre mis pasos. El destejido era un peso fresco en mi bolsillo y prometía enfriarse aún más si lo dejaba ahí demasiado tiempo.

Pensar en el destejido me hizo caminar más rápido, movido por la esperanza. Si lo que las madres habían dicho era cierto, podría utilizar el paño para ayudar a Susan, algo que hasta entonces parecía completamente imposible.

Todo lo que tenía que hacer era terminar aquel caso, luego me dedicaría a buscarla.

*Claro que, pensé con amargura, terminar con el caso podía suponer también mi muerte. Puede que las madres me hubiesen dado algo de información y un trapito mágico, pero desde luego no me habían facilitado ni una puñetera pista sobre cómo resolver este asunto... y tampoco me habían dicho: «Aurora lo hizo». Sabía que no me podían mentir y lo que me dijeron así lo indicaba, pero ¿qué parte de todo aquel misterio se debía a la enigmática prohibición de intervenir directamente, y qué parte a su traicionera naturaleza de hadas?*

—Date prisa —dije con voz ronca intentando imitar a Invierno—. Hemos alcanzado los límites —dije, parodiando a Verano. Aceleré el paso y pensé con inquietud en las últimas palabras de Invierno. Había sentido un placer casi palpable al decirlas, como si le hubiese dado la oportunidad de expresar algo que de otra manera

no habría podido.

«¿Qué unicornio?»

Rumié la pregunta. Eran palabras importantes, no un simple murmullo entre dientes, así que tenían que significar algo.

Fruncí el ceño. Significaba que la casa no tenía ningún guardián. O si lo había, no era por deseo de Madre Invierno.

—Entonces, ¿quién lo había puesto ahí?

La respuesta me golpeó en la boca del estómago y me sentí enfermar al mismo tiempo que caía en la cuenta de lo sucedido. Me detuve y me concentré para desbloquear mi Vista.

Pero antes de Ver nada, Grum salió de detrás de un velo con Elaine siguiéndole los pasos a poca distancia. Me pilló con la guardia baja. El ogro lanzó su puño de martillo contra mi cara. Se produjo un fogonazo por el impacto, sentí que me caía y luego el contacto de la tierra fresca bajo mi mejilla.

Después el sutil perfume de Elaine.

Luego nada.

Recuperé el conocimiento sobre el suelo de aquel oscuro bosque del Más Allá.

Mundo espiritual o no, sentí frío y comencé a tiritar de forma descontrolada.

Eso hacía que fingirme muerto resultara imposible, así que me senté y me dispuse a evaluar los daños.

No tenía magulladuras o fracturas nuevas, así que no me golpearon mientras estaba inconsciente. El destejido de Madre Invierno ya no estaba en mi bolsillo. Tampoco tenía mi bolsa, mi anillo, ni mi brazaletes. Por supuesto, el bastón y la varita también habían desaparecido. Sin embargo, aún podía sentir el pentáculo de plata de mi madre contra el pecho, lo que me sorprendió bastante. Me dolía la mano que Mab me había atravesado con el puñetero abrecartas.

Aparte de eso, me sentía más o menos igual. Yupi.

Miré de reojo a mi alrededor y descubrí que en torno a mí había crecido un anillo de setas venenosas. No eran hongos descomunales con tentáculos, terribles colmillos ni nada de eso, pero me estremecí con un escalofrío. Alcé una mano y la acerqué hacia las setas, tímidamente, liberando al mismo tiempo mis sentidos de mago. Me di contra una pared. Es la mejor forma de describirlo.

Donde comenzaba el anillo, acababa mi habilidad para alcanzar, moverme, y percibir con mis sentidos sobrenaturales.

Atrapado. Requeteyupi.

Solo después de comprender mejor cuál era mi situación, decidí levantarme y enfrentarme a mis captores.

Había cinco, lo que me pareció bastante injusto. Reconocí a la primera en el acto, Aurora, la señora del Verano, vestida con lo que describiría como un traje de batalla, hecho con una especie de malla de plata tan fina y ligera como una tela. Lo llevaba ceñido, desde la garganta hasta las muñecas y tobillos, y brillaba con luz propia en la penumbra del bosque. En su cadera colgaba una espada y sobre su pálido pelo descansaba una guirnalda de hojas vivas. Fijó sus ojos verdes en mí, absolutamente maravillosa, mirándome con expresión triste y a la vez firme.

—Mago —dijo Aurora—. Lamento que tengamos que llegar a esto, pero has estado a punto de interferir. Una vez cumplido tu cometido, no puedo dejar que te sigas entrometiendo.

Hice una mueca de dolor y miré al ogro Grum, situado detrás de ella, enorme, silencioso y con la piel color escarlata, y luego al terrorífico unicornio que aparentemente guardaba el camino a la casa de Madre Invierno.

—¿Qué pretendes hacer conmigo?

—Matarte —dijo Aurora con voz amable—. Siento que sea así. Pero eres demasiado peligroso para seguir vivo.

La contemplé entornando los ojos.

—Ya, ¿y a qué esperas?

—Buena pregunta —dijo la cuarta persona presente, Lloyd Slate, el caballero del Invierno. Aún vestía los pantalones de cuero negro de motero, pero había añadido trocitos de malla y placas metálicas al conjunto. Llevaba una espada atada a la cadera, otra a la espalda y una pistola pesada en el cinturón. Su rostro demacrado y aquella expresión de furia tensa seguían allí también. Parecía nervioso y enfadado.

—Si fuera por mí, te habría degollado en cuanto Grum te dejó sin sentido.

—¿Por qué lo llamas Grum? —dije, mirando con desprecio al ogro—. Ya puedes deshacer el encantamiento, lord mariscal. No hay necesidad.

El rostro del ogro expresó sorpresa.

Observé con asco al oscuro unicornio y escupí:

—Tú también, Korrick.

El ogro y el unicornio miraron a Aurora. La reina hada asintió sin apartar los ojos de mí. Entonces la silueta del ogro se difuminó y se retorció, para transformarse en la de Talos, el lord sidhe que conocí en el ático de Aurora, en el hotel Rothchild. Llevaba su pálido pelo recogido en una trenza de combate, y vestía una ajustada cota de malla de un metal negro y brillante que le daba un aspecto enjuto y letal.

Al mismo tiempo el unicornio comenzó a contorsionarse para resurgir como el corpulento Korrick. El centauro también iba vestido con una cota de malla y llevaba armas hechas por las hadas. Golpeó el suelo con una de sus pezuñas, pero no dijo nada.

Aurora caminó en círculo a mí alrededor, frunciendo el ceño:

—¿Desde cuándo lo sabes, mago?

Me encogí de hombros.

—Desde hace poco. Comencé a verlo todo claro mientras regresaba de la casa de campo de Madre Invierno. Una vez supe por dónde empezar, no había más que sumar dos y dos.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Slate y escupió a un lado.

—Si él lo ha descubierto, quizá lo sepan más —dijo Aurora, paciente—. Debemos saber si nos encontraremos con más oposición. Dime, mago. ¿Cómo ataste cabos?

—Que te den —le espeté.

Aurora se dirigió a la última persona del grupo y preguntó:

—¿Se puede razonar con él?

Elaine se mantenía un tanto apartada de los demás, dándoles la espalda.

Mi bolsa estaba en el suelo, a sus pies, al igual que mi varita y mi bastón. Había añadido una capa verde esmeralda a su atuendo, consiguiendo de alguna manera que pareciera algo natural. Miró a Aurora y luego a mí. Y apartó los ojos rápidamente.

—Ya le has dicho que lo vas a matar. No cooperará.

Aurora negó con la cabeza.

—Más sacrificios. Siento presionarte así, mago.

Agitó una mano y una energía invisible me alzó la barbilla, obligándome a mirarla a unos ojos que centelleaban con ondas de colores. Sentí como la fuerza de su mente, su voluntad, superaba mis defensas, atravesándome. Perdí el equilibrio y me tambaleé, tuve que apoyarme indefenso contra la invisible solidez del círculo en el que me había encerrado para no caer. Intenté resistirme, pero era como empujar agua montaña arriba, no tenía nada a qué aferrarme, nada sobre lo que concentrarme. Entró en mí a través de los ojos, como una riada y lo único que podía hacer era sentarme y admirar los colorines.

—Bien —dijo, y su voz me pareció lo más tierno y dulce que había oído nunca—. ¿Qué sabes acerca de la muerte del caballero del Verano?

—Tú estuviste detrás de ello —me escuché decir con voz lenta y pastosa—. Ordenaste su muerte.

—¿Cómo?

—Lloyd Slate. Odia a Maeve. Lo reclutaste para que te ayudara. Elaine lo introdujo en el edificio de Reuel a través del Más Allá. Forcejearon. Por eso había sustancia gelatinosa en las escaleras, y agua en las mangas y perneras de Reuel, justo donde el fuego de Verano se encontró con el hielo de Invierno. Slate lo arrojó por las escaleras y le rompió el cuello.

—¿Y su manto de poder?

—Cambió de recipiente —mascullé—. Lo recuperaste y se lo diste a otra persona.

—¿A quién?

—A la mestiza —dije—. Lily. Le diste el manto y luego la convertiste en piedra. La estatua de tu jardín. Estaba justo frente a mí.

—Muy bien —dijo Aurora, y sentí el dulce halago por todo mi cuerpo.

Luché por recuperar mi autonomía, por escapar de la reluciente prisión de sus ojos verdes—. ¿Qué más?

—Contrastaste a la *ghoul*. La Tigresa. La enviaste contra mí antes siquiera de que Mab hablara conmigo.

—No conozco a esa *ghoul*. Te equivocas, mago. Yo no contrato a asesinos. Continúa.

—Me tendiste una trampa antes de que fuera a hablar contigo.

—¿En qué sentido? —preguntó Aurora.

—Maeve debió de ordenar a Slate que matara a Elaine. Él le hizo creer que lo había intentado, sin conseguirlo, y Elaine le siguió el juego. Tú la ayudaste a fingir las heridas.

—¿Por qué hice eso?

—Para que me preocupara, para que estuviera angustiado y cuando hablara contigo no tuviera la presencia de ánimo de acorralarte con cuestiones.

Por eso me atacaste también, hablándome del monstruo en que me había convertido. Así me mantenías desequilibrado y evitabas que te hiciera las preguntas adecuadas.

—Sí —dijo Aurora—. ¿Y después qué?

—Decidiste quitarme de en medio. Enviaste a Talos, Elaine y Slate a matarme. Y creaste aquel ser en la sección de jardinería.

Slate dio un paso hacia mí.

—Vaya —dijo—. No parecía tan listo.

—Y sin embargo solo se ha servido de su poder de deducción. Además de lo que habrá descubierto gracias a las reinas y las madres. Pero consiguió unir las piezas él solo, nadie le dijo nada. —Ante aquel comentario, apartó los ojos de mí y los centró en Elaine. Yo intenté liberarme, pero no pude.

—Genial —dijo Slate—. Nadie se chivó. ¿Podemos matar ya al gran adivino?

Aurora alzó una mano hacia Slate y me preguntó:

—¿Sabes cuál es mi próximo objetivo?

—Sabías que si aprisionabas en un hechizo el manto del caballero del Verano, Madre Invierno me proporcionaría un destejido para liberarlo y restaurar el equilibrio. Esperaste a que me lo diera. Ahora lo llevarás a la Mesa de Piedra, a la batalla. Utilizarás el destejido para liberar a Lily y la matarás sobre la Mesa después de la medianoche. El manto del caballero del Verano permanecerá para siempre en Invierno. Quieres destruir el equilibrio de poder en el reino de las hadas. No sé por qué.

Los ojos de Aurora relampaguearon peligrosamente. Apartó su vista de mí y sentí como si de repente me cayera por un tramo de escaleras hacia arriba.

Recuperé mis sentidos arrancando mi vista de sus ojos y centrándome en el suelo.

—¿Por qué? Debería ser evidente para ti, mago. Especialmente para ti. —Giró envuelta en un destello plateado de malla y caminó inquieta arriba y abajo—. Hay que romper el ciclo. Verano e Invierno persiguiéndose constantemente, hiriendo lo que una sana y sanando lo que la otra hiere.

Nuestra guerra, nuestro combate sin sentido, tiene lugar por la única razón de que siempre ha sido así, y los mortales atrapados entre nosotras, aplastados por la lucha, son como rehenes, como juguetes. —Cogió aire temblando de rabia—.

Debe acabar. Y acabará.

Rechiné los dientes, estaba temblando.

—¿Y lo harás sumiendo al mundo natural en el caos?

—Yo no inventé las reglas —dijo Aurora entre dientes. La observé de reojo por un instante y pude ver sus ojos, después deslicé la mirada por el resto de sus

facciones. Me obligué a apartar la vista justo a tiempo. Ella seguía hablando con voz baja e impasible—. Lo detesto. Detesto todo lo que he tenido que hacer para llegar hasta aquí, pero debería haberse hecho hace mucho, mago. El retraso es igualmente letal. ¿Cuántos han muerto o se han vuelto locos por las torturas de Maeve y los que son como ella? Tú mismo las has sufrido, te han maltratado, casi te esclavizan. Hago lo que debe hacerse.

Tragué saliva y dije:

—Dañas y pones en peligro a los mortales para ayudarlos. Eso no tiene sentido.

—Quizá —dijo Aurora—, pero es el único modo. —Me miró cara a cara y preguntó con frialdad—: ¿Sabe el Consejo Blanco lo que has descubierto?

—Que te den, hada pirada.

Slate ahogó una carcajada disimulándola bajo una tos. Yo sentí más que vi la repentina oleada de ira de Aurora, azuzada por el caballero del Invierno, pero dirigida a mí. Se iluminó de repente con un haz de luz y sentí como el lado de mi cuerpo que estaba más cerca de ella se calentaba. El vello del brazo se me puso de punta. Su voz atronó caliente, violenta y enérgica:

—¿Qué has dicho, imbécil?

—No lo saben —dijo Elaine algo tensa. Se interpuso entre Aurora y yo, dándome la espalda—. Me lo dijo antes de ir a ver a las madres. El Consejo desconoce la gravedad de lo que ocurre. Cuando se enteren, ya será demasiado tarde para que hagan nada.

—Genial —dijo Slate—. Es el único cabo suelto entonces. Mátalo y sigamos adelante.

—Joder, Slate —dije—. Utiliza el coco, tío. ¿Qué crees que vas a sacar tú de todo esto?

Slate me dedicó una fría sonrisa.

—El poder del viejo cabrón de Reuel, para empezar. Seré el doble de caballero que ahora y saldaré cuentas con una putita llamada Maeve. —Se relamió—. Después, Aurora y yo decidiremos qué hacer.

Solté una violenta y sonora risotada.

—Espero que eso lo tengas por escrito, palurdo. ¿De verdad crees que dejará que un hombre, y encima mortal, tenga tanto poder sobre ella? —Los ojos de Slate perdieron confianza y seguí presionando—. Piensa un poco. ¿De verdad te lo ha dicho a las claras, sin trucos ni rodeos, o simplemente te lo ha insinuado?

Vi como la sospecha se afianzaba en su mirada, pero Aurora puso una mano sobre su hombro. Los ojos de Slate se nublaron un poco ante su contacto y luego los cerró.

—Tranquilo, mi caballero —murmuró la señora del Verano—. El mago es un embaucador y está desesperado. Diría lo que fuera con tal de salvarse.

Nada ha cambiado entre nosotros.

Apreté los dientes ante aquellas palabras vacías, pero Aurora conocía el punto débil de Slate, hiera cual fuese. Quizá todo aquel tiempo pasado con Maeve le había ablandado, puede que las drogas y los placeres que le proporcionó le hicieran ahora más sugestionable. Quizás Aurora había encontrado una brecha en su psicología. En cualquier caso ya no me iba a escuchar.

Miré alrededor, pero Korrick y Talos me ignoraron. Aurora seguía susurrándole a Slate. Eso me dejaba una única opción, y solo con pensarlo sentía como si me clavaran tornillos en el pecho.

—Elaine —dije—. Es una locura. ¿Por qué lo haces?

No me miró.

—Supervivencia, Harry. Prometí ayudar a Aurora o darle mi vida a cambio de todos los años de protección. Cuando hice la promesa no sabía que tú estarías involucrado. —Guardó silencio durante un momento, después tragó saliva antes de decir, esforzándose por alzar la voz—: No lo sabía.

—Si no detenemos a Aurora, alguien saldrá herido.

—Hay heridos todos los días —contestó Elaine—. ¿Si lo analizas a fondo, acaso importa de quién se trate? ¿Cómo? ¿O por qué?

—Va a morir mucha gente, Elaine.

Eso le llegó, alzó la mirada hacia mí, la ira luchaba por enjugar las lágrimas que asomaban a sus ojos grises.

—Mejor ellos que yo.

La miré de frente, cara a cara.

—¿Y mejor yo que tú, verdad?

Apartó la mirada primero y se volvió a Aurora y Slate.

—Eso parece.

Me crucé de brazos y apoyé la espalda contra mi celda de setas venenosas. Consideré mis opciones, pero eran muy limitadas. Si Aurora me quería muerto, conseguiría su objetivo con bastante facilidad, y a no ser que de repente llegara la caballería por las colinas, no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

Llamadme pesimista, pero mi vida está marcada por una notable ausencia de caballería. Jaque mate.

Lo que me dejaba una única salida. Cerré los ojos por un momento, y comencé a buscar en mi interior, a reunir la magia, la fuerza vital que había dentro de mí. Cualquier mago tiene una reserva de poder inherente a él, una energía que surge de su interior y no de aquello que lo rodea. El círculo de Aurora podía impedir que absorbiera la magia del ambiente para dar fuerza a mi hechizo, pero no podía evitar que usara mi propia energía.

Claro que, una vez gastada, me quedaría sin fuerza para respirar, mi corazón dejaría de latir, y mi cerebro de funcionar. Pero bueno, por eso lo llaman hechizo de



muerte, ¿no?

Un momento después abrí los ojos y vi que Aurora se había apartado de Slate. El caballero del Invierno me miraba fijamente y sus ojos vacíos de razón resultaban aterradores. A continuación desenvainó la espada.

—Esto es muy desagradable —dijo Aurora—. Adiós, señor Dresden.

Me encaré con Slate. Pensé que ya que me iba a clavar una de sus espadas, lo mejor era ofrecerle un buen blanco para que la muerte fuera rápida. No tenía sentido prolongar aquello. Pero la mirada se me fue detrás de Aurora, mientras me preparaba para liberar el escaso poder que había logrado reunir.

—Lo siento, mago —dijo Aurora.

—Y más que lo vas a sentir —murmuré.

Slate desenvainó su acero, una espada oriental carente de la clase suficiente para ser una catana, y se puso en posición de ataque. La hoja brillaba y parecía muy, muy afilada.

Elaine agarró a Slate por la muñeca y dijo:

—Espera.

Aurora miró a Elaine con enfado y desconcierto:

—¿Qué estás haciendo?

—Protegerte —dijo Elaine—. Si dejas que Slate lo mate, romperá el círculo que rodea a Dresden.

Aurora miró a Elaine, luego a mí, y de nuevo a Elaine.

—¿Y?

—¡Elaine! —grité.

Me miró con ojos inexpresivos.

—Y estarás indefensa ante su hechizo de muerte. Te arrastrará con él. O te hará desear que lo hubiera hecho.

Aurora alzó la barbilla.

—No es tan fuerte.

—No estés tan segura —dijo Elaine—. Es el mago más fuerte que conozco. Lo bastante como para poner nervioso al Consejo Blanco. ¿Por qué arriesgarse, estando ya tan cerca del final?

—Traicionera hija de puta —dije—. Ojalá te pudras en el Infierno, Elaine.

Aurora me miró con el ceño fruncido y luego hizo un gesto a Slate. Este bajó la espada y la envainó.

—Pero es demasiado peligroso para dejarlo con vida.

—Sí —admitió Elaine.

—¿Qué sugieres?

—Estamos en el Más Allá —dijo Elaine—. Prepara su muerte y márchate.

Cuando vuelvas al mundo mortal, él ya no podrá alcanzarte. Deja que utilice su hechizo de muerte contra Mab, si así lo quiere, o contra su madrastra. Pero no contra ti.

—Pero cuando me marche, mi poder se irá conmigo. Ya no estará atrapado en el

círculo. ¿Qué hago entonces?

Elaine me miró con indiferencia.

—Ahógalo —dijo por fin—. Invoca agua y deja que la tierra se lo trague.

Yo impediré que se mueva con uno de mis hechizos. La magia mortal durará aunque yo ya no esté aquí.

Aurora asintió.

—¿Podrás retenerlo?

—Conozco sus defensas —respondió Elaine—. Lo contendré el tiempo necesario.

Aurora me miró en silencio durante un momento.

—Cuánta ira —dijo—. Muy bien Elaine. Hazlo.

No tardó mucho. Elaine siempre fue más hábil que yo, más sutil.

Murmuró algo en el idioma que había elegido para su magia, una variante del egipcio antiguo, añadió un giro de muñeca, unas ondas con los dedos, y sentí su hechizo a mí alrededor como un chaleco de fuerza de cuerpo entero que me paralizaba desde la barbilla a los pies, envolviéndome en una energía silenciosa e invisible. Se ciñó a mi ropa, aplastándola y dificultando que respirara hondo.

Al mismo tiempo, Aurora cerró los ojos y extendió las manos. Después abrió las palmas y las alzó lentamente. Desde el interior del círculo, no pude sentir lo que estaba haciendo, pero mis ojos y mis oídos seguían funcionando.

La tierra burbujeó y noté un repentino olor a huevos podridos. Sentí como el suelo bajo mis pies se movía y se hundía, y luego un súbito *glup, glup* de agua que comenzaba a cubrir la tierra bajo mis pies. El terreno tardó unos cinco segundos en ablandarse tanto que me encontré hundido en el cálido barro hasta los tobillos. Joder.

—El tiempo mortal se acaba —dijo Aurora, abriendo los ojos—. El día va a terminar. Vamos.

Me echó un último vistazo y se desvaneció en la niebla. Slate la siguió de cerca y Talos a unos pasos, delgado y peligroso con su armadura oscura.

Korrick, el centauro, me dedicó un gesto de desprecio y un resoplido de satisfacción antes de coger una larga y pesada lanza con su enorme puño y seguir a la señora del Verano, golpeando el terreno con paso decidido.

Solo quedaba Elaine. Avanzó hacia mí hasta que estuvo tan cerca que casi podía tocarme. Delgada y hermosa, me miró con calma mientras sacaba una goma de un bolsillo del vaquero y se hacía una coleta.

—¿Por qué, Elaine? —pregunté. Luchaba denodadamente por librarme del hechizo, pero era más fuerte que yo—. ¿Por qué coño la detuviste?

—Eres idiota, Harry —contestó—. Un bobo melodramático. Siempre lo has sido.

Seguí hundiéndome en el lodo, ahora estaba a su misma altura.

—La podía haber vencido.

—Y también podías lanzar el hechizo contra mí. —Miró por encima del hombro.

Aurora se había detenido, no era más que una difusa silueta en la niebla y la estaba esperando.

La tierra encharcada me seguía tragando y tuve que alzar la vista para mirar la suave piel bajo su barbilla. Ella me miró y dijo:

—Adiós, Harry. —Dio media vuelta y fue al encuentro de Aurora. Pero enseguida se detuvo, y con una pierna flexionada se giró lo suficiente para que pudiera ver su perfil. Dijo en el mismo tono inexpresivo:

—Como en los viejos tiempos.

Después, me dejó allí para que muriera.

Es difícil no ponerse histérico en una situación semejante. Es decir, he estado en peligro antes, pero no en esta especie de carrera contra reloj. El problema al que me enfrentaba era sencillo, firme e ineludible. El suelo seguía cediendo y yo me hundía cada vez más en el fango. Bueno, la gente paga dinero para darse baños de barro, pero si no encontraba la forma de escapar, y el lodo ya me llegaba por los muslos, este baño en particular iba a ser letal.

Cerré los ojos e intenté concentrarme. Conseguí tocar el tejido del hechizo con el que Elaine me tenía preso y empujé con la intención de desgarrarlo. Pero no tenía suficiente fuerza. En cuanto el círculo de Aurora se desvaneciera, podría conseguir algo más de potencia, pero me estaba quedando sin tiempo... y aun así, la fuerza bruta no era la solución. Si me limitaba a golpear el hechizo de forma aleatoria, sería como escapar de unos grilletos utilizando dinamita. Destrozaría el hechizo y a mí mismo.

Aun así, esa opción parecía mi única esperanza. Intenté aguantar, mantener la calma y centrarme, esperando a que el círculo de Aurora desapareciera. Y entonces me entró la risa tonta. No me preguntéis por qué, pero bajo la presión del momento, aquello me pareció gracioso. Intenté contenerme, pero me carcajeé y reí mientras el cálido barro comenzaba a subir por la cadera, el estómago y el pecho.

—Como en los viejos tiempos —dije, apretando los dientes—. Sí, igualito que en los viejos tiempos, Elaine. Arpía traicionera desagradecida...

Y entonces lo vi claro. Como en los viejos tiempos.

—... Tramposa, retorcida listilla. Si esto funciona, te compraré un poni.

Combiné la indiferencia de sus palabras con su gélida actitud. Esa no era la Elaine que yo recordaba. Supongo que podría matarme en un ataque de rabia, envenenarme por celos, o poner una bomba en mi coche a causa de algún oscuro y testarudo resentimiento. Pero jamás lo haría así, sin sentir nada.

El barro me cubría ya el pecho y el círculo de Aurora seguía allí. Mi corazón palpitaba desbocado, pero luché por mantener la calma. Comencé a hiperventilar. Seguramente necesitaría cada segundo que pudiese conseguir. El barro me llegaba ya al cuello y superó mi barbilla. Ya no podía resistir más.

Cogí una buena bocanada de aire justo antes de que el lodo me tapara la nariz.

Luego la oscuridad presionó contra mis ojos y quedé flotando en un calor denso y pegajoso, con el único sonido de mi corazón palpitando en mis oídos. Esperé y me empezaron a arder los pulmones. Esperé, sin moverme, el fuego se extendía ya por mi pecho. Me mantuve tan relajado como pude y conté mis latidos.

En algún momento entre setenta y cuatro y setenta y cinco, el círculo de Aurora se desvaneció. Busqué energía, la reuní y le di forma en mi cabeza. No quería precipitarme, aunque era difícil no hacerlo. Me tomé todo el tiempo que pude, sin perder el control, antes de volver a tocar el tejido del hechizo de Elaine.

Tenía razón. Era el mismo amarre que había usado cuando éramos niños, cuando me inmovilizó mientras mi antiguo maestro, Justin DuMorne, se preparaba para esclavizarme. Descubrí cómo vencer aquel amarre siendo un chaval porque Elaine y yo compartíamos la misma impaciencia en cuanto a nuestros estudios de magia. Además de los deberes de clase, también teníamos que seguir una rutina de conjuros y disciplinas mentales. Algunas noches hacíamos los deberes hasta la hora de la cena, y luego nos lanzábamos sobre los asuntos mágicos, trabajando en conjuros y fórmulas hasta que nos dolían los ojos y nos daban las tantas de la madrugada.

Hacia el final, todo aquello se me hizo muy cuesta arriba, cuando lo único que me interesaba era ir a la cama y hacer cosas mucho menos escolares y mucho más hormonales, hasta que otras partes del cuerpo también dolían. *Ejem.*

En esos casos, nos repartíamos las tareas. Uno trabajaba en el conjuro mientras el otro hacía los deberes, luego lo copiábamos todo y directos a... la cama.

Fui yo quién inventó este amarre. Y era una birria.

Era una birria porque no tenía flexibilidad, sutileza ni clase. Era como un coco de aire endurecido alrededor del objetivo que quedaba atrapado en su interior, punto. Fin de la historia. Como adolescentes, a los dos nos pareció increíblemente efectivo y sencillo. Como hombre desesperado a punto de morir, me di cuenta de que era un conjuro quebradizo, como un diamante, que a pesar de ser la sustancia más dura sobre la tierra, se pudiera romper fácilmente con solo golpearlo en el ángulo adecuado.

Ahora que sabía lo que estaba haciendo, encontré el centro del hechizo justo donde lo localicé años atrás, con los hilos de energía atados en la parte de atrás, igual que un lazo de Navidad. Allí, en el barro y la oscuridad, me centré en el punto más débil del hechizo, reuní mi voluntad y murmuré, con la boca cerrada:

—*Piticlínpiticlán.* —Aunque me salió algo así como «*Fumhfummfan*», pero eso en la práctica daba igual. Veía el hechizo con claridad en mi cabeza. Una chispa de energía arañó el amarre y sentí como se aflojaba.

El corazón se aceleró de la emoción y volví a tocar el hechizo. Al tercer intento, el amarre se deshizo, y pude flexionar brazos y piernas, libres por fin de ataduras.

Lo había conseguido. Me había liberado.

Aunque estaba casi ahogado en aquellas arenas movedizas.

El tiempo seguía corriendo en mi contra y comencé a marearme mientras mis pulmones luchaban contra mi voluntad por liberar el escaso aire que contenían y aspirar una buena bocanada del cálido y purificador barro. Busqué más energía, la reuní, y esperé no haberme dado la vuelta sin querer. Empujé las manos hacia los pies justo cuando mis pulmones me obligaron a exhalar y grité:

—¡*Forzare!*

Una fuerza pura me golpeó los pies, hiriéndome una pierna al pasar. A pesar de la magia, uno nunca puede obviar las leyes de la física y mi acción de ejercer fuerza contra la tierra tuvo una respuesta similar en sentido contrario. La tierra me empujó hacia fuera y salí despedido, volando en una nube de barro y agua. Vi la niebla de refilón, el monótono suelo, luego un árbol y después sentí un terrible impacto.

Solo cuando por fin conseguí escupir el barro que me llenaba la boca y volví a llenar los pulmones de aire, tuve la presencia de ánimo de limpiarme los ojos y echar un vistazo. Me encontraba a seis metros del suelo, colgando de las ramas de uno de aquellos árboles esqueléticos. Veía mis brazos y piernas suspendidos debajo de mí, y los vaqueros me apretaban en la cintura. Intenté averiguar cómo me había quedado enganchado así, pero fue imposible. Pude alcanzar con una mano y un pie ramas diferentes, pero solo conseguí balancearme, no soltarme.

—Vences a una reina hada —dije entre jadeos—. Sobrevives a tu propia ejecución. Te libras de una muerte segura. Y te quedas colgado de un puñetero árbol. —Lo intenté una vez más, pero sin éxito. Una bota cubierta de barro cayó al suelo con un sonoro *plop*—. Dios, espero que no me vea nadie así.

Un sonido de pisadas se acercó en la niebla.

Me froté la ceja derecha con la palma de la mano. Hay días que es mejor no levantarse de la cama.

Crucé los brazos y los apreté contra el pecho cuando una figura alta y envuelta en una capa emergió de la niebla a mis pies. El oscuro ropaje se arremolinaba en torno a la figura que escondía su rostro bajo una gran capucha y sostenía con una mano enguantada un bastón de madera.

El guardián de la puerta miró hacia arriba y se quedó inmóvil por un momento. Después alzó su otra mano hacia la capucha y escuché un sonido apagado, ahogado.

—Hola —dije. El rey de las ocurrencias, ese soy yo.

Me pareció que el guardián de la puerta intentaba ahogar una enorme carcajada cuando respondió:

—Saludos, mago Dresden. ¿Interrumpo algo?

La otra bota se escurrió y cayó también al suelo. Contemplé mis calcetines colganderos y manchados de barro con los labios fruncidos.

—Nada importante.

—Me alegro —dijo. Dio unos pasos mientras me observaba y luego dijo—: Hay una rama rota enganchada en tu cinturón. Pon el pie derecho sobre la rama de abajo, la mano izquierda en la de arriba y luego desabróchate el cinturón. Deberías bajar sin problemas.

Hice lo que me indicó y descendí del árbol, todo cubierto de barro.

—Gracias —dije, aunque pensé que le habría estado mucho más agradecido si se hubiese presentado cinco minutos antes—. ¿Qué haces por aquí?

—Buscarte —me contestó.

—¿Has estado observando?

Negó con la cabeza.

—Más bien escuchando. Pero te he seguido de cerca. Y las cosas están empeorando en Chicago.

—Estrellas y piedras —murmuré y recogí mis botas—. No tengo tiempo para charlar.

El guardián de la puerta posó una de sus manos enguantadas sobre mi brazo.

—Te equivocas —dijo—. Mi visión es limitada, pero sé que has cumplido tu compromiso con la reina del Invierno. Respetaré su parte del trato, permitírnos el paso por su territorio. En lo que respecta al Consejo, con eso basta. Estás a salvo.

Dudé.

—Mago Dresden, ya no tienes que seguir con este asunto. Puedes desentenderte de todo, ahora mismo. Has pasado la Prueba.

A una parte de mí, la dolorida, cansada, medio asfixiada y cubierta de barro le gustó la idea. Se acabó. Te vas a casa. Te das otra ducha. Un buen plato de comida caliente. Y a dormir.

Total, aquello era imposible. Mago o no, yo no era más que un fulano cansado, magullado y desecho. Las hadas tenían demasiado poder, conocían demasiados trucos para enfrentarme a ellas en un buen día y no digamos en un momento como aquel. Ahora sabía lo que se proponía Aurora, y, joder, se estaba preparando para cargar contra el corazón del campo de batalla. Un campo de batalla al que, por otra parte, no tenía ni idea de cómo llegar, y donde no creo que lograra sobrevivir si lo encontraba. La Mesa de Piedra había permanecido oculta en algún extraño recoveco del Más Allá y era algo completamente nuevo para mí. No sabía cómo dar con ella.

Imposible. Doloroso. Demasiado peligroso. Podía volver a casa, dormir un poco, y desear que la próxima vez que me viera en las mismas, la cosa saliera mejor.

Me vino a la mente el rostro de Meryl, feo, cansado y decidido. También vi la estatua de Lily. Y a Elaine, atrapada en una difícil situación, pero luchando a su manera a pesar de que todo lo tenía en contra. Cogí el destejido de Madre Invierno con el único deseo de usarlo en mi propio interés, para ayudar a Susan. Ahora su uso

iba a ser muy distinto, y a pesar de que ansiaba olvidarlo todo e irme a casa, si lo hacía, tendría parte de responsabilidad en lo que se hiciera con él.

Negué con la cabeza y miré a mi alrededor hasta que vi la bolsa, las joyas, el bastón y la varita tirados en el suelo a varios metros del lodazal que Aurora había creado. Lo recogí todo.

—No —dije—. Esto no ha terminado.

—¿No? —preguntó el guardián de la puerta sorprendido—. ¿Por qué no?

—Porque soy un idiota —suspiré—. Y hay gente en peligro.

—Mago, nadie espera que detengas una guerra entre las cortes sidhe. El Consejo nunca asignaría semejante misión a una sola persona.

—Que les den a las cortes sidhe —dije—. Y que le den al Consejo también. Hay personas que conozco en peligro, y en parte es por mi culpa. Me quedo.

—¿Estás seguro? —dijo el guardián de la puerta—. ¿No prefieres dejarlo todo ahora?

Estaba teniendo problemas para cerrar el brazalete con los dedos cubiertos de barro reseco.

—No.

El guardián de la puerta me contempló en silencio durante un momento y luego dijo:

—Entonces no votaré contra ti.

Sentí un ligero escalofrío.

—¿Si no lo habrías hecho?

—Si te hubieses marchado te habría matado yo mismo.

Lo miré sorprendido por un momento y luego pregunté:

—¿Por qué?

Su voz sonó suave y firme, aunque amable.

—Porque votar contra ti habría tenido el mismo efecto. Y soy partidario de asumir las responsabilidades al completo en lugar de esconderme tras el protocolo del Consejo.

Abroché el brazalete y me puse las botas.

—Pues gracias por no matarme, entonces. Ahora si me perdonas, tengo que irme.

—Sí —dijo el guardián de la puerta. Extendió la mano y me ofreció la bolsita de terciopelo que sostenía—. Llévate esto. Quizá te sea útil.

Lo miré extrañado y cogí la bolsita. Dentro había un tarro lleno de una especie de gel marrón y un fragmento de piedra de color gris con un hermoso hilo plateado.

—¿Qué es esto?

—Un ungüento para los ojos —dijo. Su voz era ahora más seca—. Resulta menos inquietante que utilizar la Vista para distinguir qué se esconde tras los velos y los hechizos de las sidhe.



Alcé las cejas. Trocitos de barro marrón se me metieron en los ojos y me obligaron a pestañear.

—Vale, ¿y la piedra?

—Es un pedazo de la Mesa de Piedra —dijo—. Te mostrará el camino para llegar hasta ella.

Pestañee un poco más, esta vez de sorpresa.

—¿Me estás ayudando?

—De ser así, estaría interfiriendo en la prueba —me corrigió—. Por lo que respecta a todos los demás, solo me preocupo de que la prueba prosiga hasta su conclusión.

Fruncí el ceño.

—Si solo me hubieses dado la piedra, quizá —dije—. Pero el ungüento es otra cosa. Estás interfiriendo. El Consejo se va a cabrear.

El guardián de la puerta suspiró.

—Mago Dresden, te voy a decir algo que no he dicho nunca antes y no pienso volver a repetir. —Se inclinó hacia mí y pude ver las sombras de sus rasgos, angulosos y difusos dentro de la capucha. Un ojo oscuro brilló con ironía al ofrecermelo su mano y susurrar—: Lo que el Consejo no sabe, no puede hacerle daño.

Me sorprendí a mi mismo sonriendo. Estreché su mano.

Asintió.

—Rápido. El Consejo no se inmiscuye en los asuntos internos de las sidhe, pero haremos lo que podamos. —Extendió su bastón y dibujó un círculo en el aire con él. Con apenas una débil turbulencia, abrió el tejido entre el Más Allá y el mundo mortal, como si su bastón hubiese trazado un círculo de Chicago al que saltar, y justo en mi calle, para ser exactos—. Que la suerte y Alá te acompañen.

Asentí animado. Después di media vuelta y franqueé el portal, pasando de aquella oscura zona pantanosa del reino de las hadas al lugar donde suelo aparcar el coche frente a casa. El aire caliente del verano me golpeó en la cara, tenso, tórrido y crepitante. La lluvia caía con fuerza y el pavimento retumbaba con cada trueno. El sol se estaba poniendo, cediendo terreno a la oscuridad.

Ignoré todo aquello y caminé hacia mi apartamento. El barro, sustancia del Más Allá, se convirtió en un moco viscoso que comenzó a evaporarse al momento, ayudado por la potente y purificadora lluvia.

Tenía que hacer varias llamadas y quería ponerme ropa limpia. Mi sentido de la moda es bastante limitado, pero aun así tuve que hacerme la pregunta:

¿Qué se pone uno para ir a la guerra?

Me decidí por el negro.

Hice las llamadas, saqué un antiguo maletín de médico a la entrada, me di una ducha rápida y me vestí. Botas negras de estilo militar, vaqueros negros (prácticamente limpios), una camiseta negra, una gorra de béisbol negra con el emblema de Coca-Cola en rojo y para rematar, mi guardapolvos negro. Fue un regalo de Susan, el conjunto se completaba con una capa que me llegaba hasta los codos y una porción extra de tela que le daba bastante vuelo. El tiempo era tormentoso, tanto literal como figurativamente hablando, y necesitaba el abrigo de un buen gabán.

Además cogí el equipo completo, todo lo que me había llevado aquella mañana más los regalos del guardián de la puerta y mi arma defensiva, un revólver como el de Harry el Sucio, un Magnum de gran calibre y cañón largo.

Pensé en llevarlo encima, pero al final decidí que no. Tendría que atravesar Chicago para llegar hasta la Mesa de Piedra, y no necesitaba que me detuvieran por posesión de arma de fuego. Tiré el revólver, con la funda incluida, al interior de la bolsa con la esperanza de no tener que necesitarlo en una urgencia.

Billy y los licántropos llegaron unos diez minutos después, aparcaron la furgoneta justo enfrente e hicieron sonar el claxon. Revisé el contenido del maletín de médico, lo cerré y me encaminé hacia la furgoneta con mi bolsa del gimnasio golpeándome en un costado. La puerta de la furgoneta se deslizó, y me asomé para dejar mis cosas dentro.

Dudé al contemplar su interior lleno de gente joven. Allí habría unos diez u once chavales.

Billy se inclinó desde el asiento del conductor y dijo:

—¿Algún problema?

—Dije que solo quería voluntarios —repuse—. No sé muy bien donde nos estamos metiendo.

—Ya —contestó Billy—. Están advertidos.

Los chicos asintieron con un murmullo generalizado.

Suspiré.

—Muy bien, gente. Las mismas reglas que la última vez. Yo soy el que manda y si os doy una orden, la cumplís, sin discusiones. ¿De acuerdo?

Hubo una ronda de asentimientos. Incliné la cabeza como respuesta y escruté el oscuro fondo de la camioneta al vislumbrar una mata de pelo verde.

—¿Meryl? ¿Eres tú?

La mestiza asintió con solemnidad.

—Quiero ayudar, y Fix también.

Vi de refilón una cabellera blanca y unos nerviosos ojos oscuros junto a Meryl. El

hombrecillo alzó una mano y me hizo un gesto.

—Si venís —advertí—, debéis cumplir las normas como todos los demás.

Si no os quedáis fuera.

—De acuerdo —asintió Meryl lacónica.

—Sí —dijo Fix—. Vale.

Eché una ojeada al grupo y sonreí. Parecían tan jóvenes. O quizá era que yo me sentía viejo. Recordé que Billy y los Alphas ya habían tenido su bautismo de fuego y llevaban casi dos años afinando sus habilidades en enfrentamientos con matones de poca monta del escenario mágico de Chicago. Sin embargo sabía que en esta ocasión les estaba pidiendo demasiado.

Los necesitaba y ellos se habían presentado voluntarios. El quid estaba en procurar no conducirlos a una muerte horrible.

—Vale —dije—. Adelante.

Billy abrió la puerta del acompañante y Georgia se pasó a la concurrida parte de atrás. Me acomodé al lado de Billy y le pregunté:

—¿Lo tienes?

Billy me pasó una bolsa de plástico del Wal-Mart.

—Sí, por eso hemos tardado tanto en llegar. Un precinto policial rodeaba la zona y había agentes por todas partes.

—Gracias —dije. Abrí el paquete de cúteres de plástico naranja y los metí en el maletín de médico, luego lo volví a cerrar. Después saqué la piedra gris de mi bolsillo, enrollé la cadena de la que colgaba alrededor de mi mano y la alcé delante de mí, a la altura de mis ojos y con la palma hacia abajo—. Vamos.

—Vale —dijo Billy, mirándome con escepticismo—. ¿Adónde?

La piedra gris tembló y se agitó. Luego se movió claramente hacia el este arrastrando la cadena consigo y describiendo un ángulo agudo con relación al suelo.

Señalé en la dirección que indicaba la piedra y dije:

—Por ahí, hacia el lago.

—Vale —dijo Billy. Puso la furgoneta en movimiento—. Bueno, ¿y dónde está ese sitio?

Refunfuñé y apunté con el índice hacia el cielo.

—Arriba —dijo Billy, incrédulo—. Está arriba.

Contemplé la piedra que no dejaba de moverse. Me concentré en ella como si fuera mi propio amuleto y se estabilizó para inclinarse luego en dirección al lago sin temblar ni columpiarse en la cadena.

—Hacia allí arriba —aclaré.

—¿Arriba dónde?

Un rayo iluminó el cielo y lo señalé.

—Arriba.

Billy miró de reojo a alguien en la parte de atrás y apretó los labios pensativo.

—Pues espero que sepas cómo llegar. —Condujo durante un rato, mientras yo le indicaba que girase a derecha o izquierda. Nos detuvimos en un semáforo, seguía lloviendo y los limpiaparabrisas se deslizaban de un lado a otro frente a nosotros.

—Bueno, ¿y cómo va el tanteo? —preguntó.

—Los bien intencionados aunque peligrosamente pirados malos de la peli nos llevaban ventaja en la recta final —dije—. Las cortes de las hadas se están enfrentando allí arriba, y probablemente será bastante peliagudo. La señora del Verano es la mala, y el caballero del Invierno su esbirro. Lleva un trapo mágico y lo va a utilizar para transformar una estatua en una chica a la que luego matará sobre la gran mesa de los Picapiedra cuando llegue la medianoche.

Se escucharon un par de quejidos cuando Meryl se abrió camino hacia la parte delantera de la furgoneta.

—¿Una chica? ¿Lily?

Aparté los ojos de la piedra, la miré y asentí.

—Tenemos que encontrar a Aurora y detenerla. Así la salvaremos.

—¿O si no qué? —preguntó Billy.

—Ocurrirá algo horrible.

—¿Una gran explosión o algo así?

Negué con la cabeza.

—Será más duradero.

—¿Como qué?

—¿Qué tal una nueva edad del hielo?

Billy silbó.

—*Hum.* ¿Te importa si te hago unas preguntas?

Mantuve la mirada fija en el fragmento de piedra.

—No, adelante.

—Vale —dijo Billy—. Por lo que he entendido, Aurora intenta destrozar las dos cortes sidhe, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué no ataca a Invierno y así gana su bando?

—Porque no puede —contesté—. Su poder es limitado. Sabe que no tiene la fuerza necesaria para lograr sus propósitos ella sola. Las reinas y las madres la detendrían sin dificultad. Así que ha optado por la única opción que le quedaba.

—Cargarse el equilibrio de poder —dijo Billy—. ¿Y tiene que hacerlo, fortaleciendo a Invierno?

—Los límites —dije—. No puede controlar el poder de Invierno como hace con el de Verano. Por eso mató a su propio caballero. Sabía que podría guardar su poder en el recipiente que ella eligiera.

—Lily —gruñó Meryl.

La miré por encima del hombro y asentí.

—Alguien que confiaba en ella y que no podría protegerse contra el encantamiento.

—Entonces, ¿por qué la convirtió en piedra? —preguntó Billy.

—Era su escondrijo —repuse—. Las reinas habrían encontrado a un caballero en activo. Pero en cuanto transformó a Lily en estatua de piedra, el manto del caballero se quedó atrapado en el limbo. Aurora sabía que todo el mundo sospecharía de Mab y que Titania se vería obligada a luchar. Mab tendría que actuar para protegerse, y las dos crearían un campo de batalla alrededor de la Mesa de Piedra.

—¿Para qué sirve la mesa?

—Para reconducir energía a una de las dos cortes —contesté—. Pertenece a Verano hasta esta medianoche. Después, cualquier poder que se derrame sobre ella irá a parar a Invierno.

—Y ahí es donde vamos ahora —dijo Billy.

—Ajá —repuse—. Gira a la izquierda en esa farola.

Billy asintió.

—Así que Aurora roba el poder y lo esconde, obligando así a las reinas a recrear el campo de batalla con la gran mesa.

—Exacto. Ahora Aurora piensa llevar allí a Lily y utilizar el destejido para liberarla del encantamiento que la convirtió en piedra. Después la matará y provocará el «Hadagedón». Tiene que llegar hasta la mesa después de la medianoche, pero antes de que las fuerzas de Mab tomen posesión de ella. Eso significa que tiene poco tiempo para actuar y que debemos detenerla antes.

—Sigo sin entenderlo —dijo Billy—. ¿Qué espera conseguir con todo esto?

—Probablemente cree que logrará sobrevivir a la gran guerra. Después lo recompondrá todo a partir de cero tal y como ella quiere.

—Menos mal que no es soberbia —murmuró Billy—. Todo indica que Mab va a sacar una buena tajada de todo esto, ¿por qué Aurora no le propuso algún tipo de pacto?

—Seguramente ni se le ocurrió. Es Verano. Mab es Invierno. No trabajan juntas.

—Menos mal —dijo Billy—. Bueno, ¿y qué podemos hacer nosotros?

—Voy a tener que moverme a través del campo de batalla, y necesito músculos. No quiero pararme a luchar. Nuestro objetivo es avanzar hasta llegar a la Mesa de Piedra para detener a Aurora. Y más vale que todos os transforméis antes de llegar allí. Las hadas son seres vengativos y vais a cabrear a unas cuantas. Lo mejor será que no os vean las caras.

—Vale —dijo Billy—. ¿De cuántas hadas estamos hablando?

Me estremecí ante un rayo particularmente potente.

—De todas.

La piedra que me había dado el guardián de la puerta nos condujo hasta los muelles de Burnham Harbor. Billy aparcó la furgoneta en una calle cerca del puerto que en otros tiempos constituyó el alma de la ciudad y que aún recibía una gran cantidad de barcos todos los años. Unos potentes focos halógenos situados cada treinta metros sumían los muelles en una silenciosa vida estática detrás de la valla de metal.

Me volví a los Alphas y dije:

—Muy bien, chicos. Antes de salir, tengo que ponerlos un poco de ungüento en los ojos. Apesta, pero os hará inmunes a la mayoría de los hechizos de las hadas.

—Yo primero —dijo Billy al instante. Abrí el bote y extendí un poco del ungüento bajo sus ojos, pequeñas medias lunas de aquella sustancia viscosa y de color marrón oscuro. Se miró en el espejo y dijo:

—Y yo que me reía del equipo de rugby.

—Ponte el uniforme de trabajo —dije. Billy salió del coche y arrojó el chándal y la camiseta al interior. Yo también me bajé y abrí la puerta de atrás.

Billy, convertido ya en lobo, se acercó trotando hasta el costado de la furgoneta y se sentó mientras yo le ponía el grasiento ungüento a todos los Alphas.

Fue un poco incómodo, al menos para mí. Estaban todos desnudos y se iban transformando en lobos en cuanto terminaba de ponerles el ungüento.

Después se situaban junto a Billy. Una de las chicas, una pelirroja que antes estaba bastante rellenita y que ahora parecía salida de una revista de desnudos para hombres, me sonrió satisfecha al comprobar que apreciaba su transformación. La siguiente, una joven bajita de pelo castaño y una gran cicatriz en el hombro, se tapaba como podía sosteniendo el vestido contra su cuerpo. Cuando llegó su turno me dijo mientras le extendía el ungüento:

—Lleva un año insoportable.

Si sumamos la media docena de chicos y la media docena de chicas, el resultado es un montón de lobos. Esperaron pacientemente mientras le ponía el ungüento a Fix, luego a Meryl y finalmente a mí mismo. Rebañé bien el tarro y resoplé. Cogí el revólver y me lo puse al cinto en lugar de llevarlo colgado del hombro y deseé que la lluvia y mi guardapolvos lo ocultaran. Después saqué el pentáculo para que luciera sobre mi camiseta, corriendo hacia nosotros, brillaban con maldad. Sobre su piel resaltaban varias cicatrices de color rosa y gris, y zonas hinchadas allí donde Murphy la había herido la noche anterior. Se lanzó contra nosotros, corriendo sobre sus cuatro extremidades con la boca desencajada.

No vio cómo los Alphas la rodeaban por detrás.

El primer lobo, con la grasa oscura extendida en forma de media luna bajo los ojos, le cogió de la pierna derecha con un rápido y certero movimiento de sus fauces.

La *ghoul* aulló por la sorpresa y cayó al suelo. Se incorporó rápidamente y se volvió hacia el lobo que la había herido, pero la gran bestia de pelaje gris se apartó de un salto mientras que otro lobo, más corpulento y de color rojizo, ocupaba su lugar. El segundo lobo le mordió la otra pierna, y se apartó de un salto cuando la Tigresa se revolvió contra él, al tiempo que un tercer lobo se abalanzaba sobre su espalda.

La *ghoul* gritó e intentó huir, pero no se lo permitieron. Contemplé como otro lobo saltaba sobre ella y la derribaba. La *ghoul* rodó hacia delante, pero los lobos le habían desgarrado los tendones de las corvas y ahora sus piernas no eran más que dos pesos muertos. Sacó las garras y las manchó de sangre, pero el lobo al que consiguió herir se subió a su espalda y cerró las mandíbulas entorno a su nuca. La Tigresa dejó escapar un último y frenético chillido burbujeante.

Después su cuerpo desapareció bajo una masa de pelo y colmillos relucientes. Cuando los lobos se apartaron medio minuto después, no habría podido reconocer los restos de la asesina. Sentí que se me revolvía el estómago y me obligué a apartar la mirada para no vomitar.

Cogí a Meryl por las axilas y empecé a tirar de ella hacia el hangar más cercano. Apreté los dientes y le dije a Fix:

—Ayúdame —y así lo hizo, resultando sorprendentemente fuerte.

—¡Ay, Dios! —lloriqueó Fix—. ¡Ay, Dios, Meryl, Dios mío!

—No es grave —dijo Meryl entre jadeos mientras la arrastrábamos a una esquina del edificio—. No es para tanto, Fix.

Saqué el tubo luminiscente y eché un vistazo. Tenía los pantalones manchados de sangre que se veía negra con aquella luz verde, pero no había tanta como cabría esperar. Encontré un roto en el tejido del pantalón y silbé.

—Manida suerte —dije—. Es un rasguño. No parece sangrar demasiado. —Le toqué la pierna—. ¿Lo sientes?

Asintió.

—Bien —dije—. Quédate aquí. Fix, cuida de ella.

Dejé mi bolsa sobre el suelo y saqué el revólver. Con él apuntando siempre al suelo, comprobé que el brazalete escudo estaba listo para funcionar y reuní energía a su alrededor para protegerme de cualquier otro tiro. Avancé con el arma inclinada hacia abajo porque no quería que se disparase accidentalmente, la bala rebotara en el escudo y luego se incrustara en mi cabeza.

Al doblar la esquina, escuché un grito ahogado y luego varios ladridos roncós. Uno de los lobos apareció en el cono de luz de la linterna caída de Fix, la recogió con la boca y se acercó hacia mí corriendo.

—¿Todo despejado? —pregunté.

El lobo inclinó rápidamente la cabeza un par de veces y dejó caer la linterna a mis pies. La recogí. El animal ladró de nuevo y se dirigió hacia el muelle. Lo miré con el

ceño fruncido y dije:

—¿Quieres que te siga?

Puso los ojos en blanco y volvió a asentir.

Comencé a caminar tras él.

—Si al final resulta que Timmy está atrapado en el pozo, yo me largo a casa.

El lobo me condujo hasta el muelle que la piedra había señalado y allí encontré, tirado en el suelo y rodeado de lobos, a un hombre joven vestido con pantalones oscuros y una chaqueta blanca. Tenía una mano apretada contra el estómago y jadeaba. Había un rifle no muy lejos, en el suelo, cerca de un par de gafas de sol rotas. Alzó la vista y sonrió, su rostro estaba pálido. Llevaba perilla.

—Ace —dije y negué con la cabeza—. Tú eres quién contrató a la *ghoul*.

—No sé de qué me hablas —mintió—. Aparta a estos bichos de mí, Dresden. Déjame marchar.

—Voy con prisa, Ace, y no tengo ganas de quedarme a charlar contigo.

—Hice una señal al lobo más cercano y añadí—: Arráncale la nariz.

Ace gritó y se inclinó hacia atrás, cubriéndose la cara con ambos brazos.

Guiñé un ojo al lobo y me acerqué hasta situarme justo encima del mestizo.

—O mejor las orejas. O los pulgares. ¿A ti qué te parece, Ace? ¿Qué es lo que te desatará la lengua antes? Aunque quizá lo mejor sea probar con todo al mismo tiempo.

—Que te jodan —dijo Ace casi sin respiración—. Haz lo que quieras, pero no hablaré. Que te jodan, Dresden.

Escuchamos unas pisadas que se acercaban a nuestras espaldas. Meryl se aproximó lo suficiente para reconocer a Ace, y permaneció allí inmóvil durante un minuto, mirándolo. Fix la siguió, atónito.

—Ace —dijo Fix—. ¿Has sido tú? ¿Tú le has disparado a Meryl?

El mestizo de la perilla tragó saliva y bajó los brazos mientras contemplaba a Meryl y Fix.

—Lo siento. Meryl, ha sido un accidente. No te apuntaba a ti.

La mestiza de pelo verde miró a Ace a los ojos y luego dijo:

—Intentabas matar a Dresden. El único, aparte de Ron, que se ha molestado en ayudarnos. El único que puede salvar a Lily.

—No quería, pero ese era su precio.

—¿El precio de quién? —preguntó Meryl con voz inflexible.

Ace se humedeció los labios mientras movía los ojos, nervioso.

—No te lo puedo decir. Me matarán.

Meryl se acercó y le dio una patada en el estómago. Con fuerza. Ace se encogió y comenzó a vomitar al tiempo que se retorecía, jadeaba y lloriqueaba.

No pudo coger aire suficiente para gritar.



—¿El precio de quién? —preguntó Meryl otra vez. Como Ace no dijo nada, se preparó para repetir la patada y entonces él grito:

—Espera —gimoteó—. Espera.

—Estoy harta de esperar —dijo Meryl.

—Dios, te lo diré, te lo diré, Meryl. Fueron los vampiros. Los rojos. Yo solo quería que nos protegieran de Slate y de la zorra de Maeve. Dijeron que si mataba al mago ellos se encargarían.

—Cabrones —murmuré—. Así que contrataste a la Tigresa.

—No tenía elección —gimió Ace—. Si no lo hubiese hecho, me habrían matado.

—Sí tenías elección, Ace —dijo Fix con calma.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo sabías que vendríamos aquí?

—Los rojos —dijo Ace—. Me dijeron donde estarías. Pero no mencionaron que vendrías acompañado. Meryl, por favor. Perdóname.

Meryl lo miró con frialdad.

—Cállate, Ace.

—Escucha —dijo—. Oye, vámonos de aquí. ¿Vale? Los tres, olvidemos todo esto. Vayámonos antes de que sea demasiado tarde.

—No sé de qué estás hablando —dijo Meryl.

—Claro que sí —repuso Ace, inclinándose hacia Meryl con la mirada fija en sus ojos—. Lo sientes. Tú también escuchas su Llamada. Lo notas igual que yo. La reina nos Llama. A todas las criaturas del Invierno.

—Ya sé que nos llama —dijo Meryl—, pero me da igual.

—Si no quieres huir, entonces deberíamos pensar lo que vamos a hacer.

Cuando termine la batalla, Maeve y Slate vendrán a por nosotros. Pero si juramos lealtad, si elegimos...

Meryl volvió a darle otra patada en el estómago.

—Eres un mierda. Solo sabes pensar en ti mismo. Fuera de mi vista antes de que te mate.

Ace gimió e intentó protestar.

—Pero...

Meryl gritó:

—¡Ya!

La potencia del grito le hizo estremecer y comenzó a gatear antes de incorporarse y salir corriendo. Los lobos me miraron, pero negué con la cabeza:

—Dejad que se vaya.

Meryl se encogió de hombros y dejó que la lluvia le bañara el rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó Fix.

—Qué remedio —contestó. A lo mejor era cosa mía, pero su voz sonó un poco

más grave, más áspera. Más como la de un trol. Caray—. Vamos, mago.

—Sí —dije—. Eh, sí. —Alcé la piedra del guardián de la puerta y la seguí hasta el último muelle, y luego hasta el final del último embarcadero, vacío de barcos y botes. Me acompañaban una docena de lobos y dos mestizos. Ante mí las frías aguas del lago Michigan y la terrible tormenta. La piedra se agitó y se elevó hasta que la cadena se puso casi horizontal.

—Anda ya —murmuré—. Ya sé que es hacia arriba. —Extendí una mano y sentí algo, un cosquilleo de energía que bailaba y se movía delante de mí. Me acerqué un poco más y se hizo más tangible, casi sólida. Reuní algo de voluntad y la envié hacia aquella fuerza como si fuera una suave ola de energía.

Una luz brillante que parpadeaba a través de las sombras opalescentes se elevó justo frente a mí, tan refulgente como la luna llena y tan consistente como el hielo. La luz dibujó el esbozo de unas escaleras de resplandor de estrella que comenzaban al final del embarcadero y subían hacia la tormenta. Di un paso hacia delante y apoyé un pie en el primer escalón. Soportó mi peso, y de repente me vi suspendido en un peldaño de luz de luna traslúcida sobre las aguas agitadas por el viento del lago Michigan.

—*Uau* —dijo Fix.

—¿Hay que subir por ahí? —preguntó Meryl.

—*Guau* —dijo Billy, el lobo.

—Vamos, que no se diga —dije y subí el siguiente escalón—. Adelante.

A veces lo asombroso se convierte en algo cotidiano. Me refiero a que si uno lo piensa bien, viajar en avión es bastante inaudito. Te subes a un aparato que desafía la gravedad de todo un planeta aprovechando la diferencia de presión y salva distancias tan enormes que utilizando los medios de transporte de uno o dos siglos atrás, tardaríamos meses o incluso años en recorrer. Te mueves sobre la tierra a tal velocidad que si chocaras contra algo, morirías en el acto, y puedes respirar solo porque alguien construyó un armazón bastante eficaz que no deja escapar el aire de su interior. Cientos de millones de horas de trabajo y esfuerzo, investigación, sangre, sudor, lágrimas y vidas se han empleado en la historia del transporte en avión, un hito que revolucionó por completo la faz de la tierra y nuestras sociedades.

Pero os garantizo que no importa qué vuelo cojáis, siempre habrá alguien que ante todo ese logro increíble esté dispuesto a quejarse de la bebida.

De la bebida, por amor de Dios.

Pues ese era yo en la escalera hacia Chicago sobre Chicago. Sí, estaba de pie sostenido por la luz de las estrellas. Sí, estaba caminando a través de una tormenta salvaje con un viento que amenazaba con lanzarme a las heladas aguas del lago Michigan justo a mis pies. Sí, estaba utilizando una forma de transporte legendaria y mágica para trascender la frontera entre una dimensión y la siguiente, e iba de camino hacia una lucha épica entre fuerzas antiguas y elementales.

Pero lo único que pude decir entre jadeos fue:

—Claro, normal. No podían haber puesto una escalera mecánica.

En resumen: subimos un kilómetro y medio de escaleras y llegamos al lugar que mi madrina me había mostrado antes, a las nubes tormentosas que se cernían sobre Chicago.

Pero su aspecto había cambiado con respecto a la noche anterior.

Lo que antes era terreno ondulado y tranquilo, esculpido en nubes, suave y desnudo como un maniquí, ahora rebosaba sonidos, colores y violencia. La tormenta bajo aquel campo de batalla era un pálido reflejo de la furia que se había desatado allí arriba.

Aparecimos en una de las colinas desde las que se dominaba el valle de la Mesa de Piedra, y la ladera que nos rodeaba, encendida con los destellos de luz de las nubes, estaba cubierta por hadas de todos los tamaños y colores.

Diferentes sonidos resonaban en el aire, el latigazo de los rayos y el rugido posterior de los truenos. Trompetas agudas y dulces, profundas y metálicas.

Tambores con una docena de cadencias distintas que se enfrentaban entre sí y retumbaban sin perder el ritmo. Se oían gritos y chillidos que seguían el dictado de la percusión, voces que podían proceder de gargantas humanas, junto con bramidos y

rugidos de naturaleza desconocida. En conjunto, era una especie de tormenta salvaje de música; enorme, sobrecogedora, abrumadora y cargada de adrenalina. Wagner se hubiera muerto de envidia.

A menos de seis metros había una multitud de tipejos bajitos de piel marrón y pelo blanco, con manos y pies el doble de grandes de lo normal y narices bulbosas del tamaño de bombillas que asomaban bajo yelmos hechos con lo que me pareció algún tipo de hueso. Llevaban también armadura ósea, escudos y armas, y estaban dispuestos en formación militar. Sus ojos se agrandaron al verme aparecer entre las nubes con mi guardapolvos de cuero negro mojado y ondeando al viento. Billy y los lobos me rodearon, formando un amplio anillo conforme iban apareciendo, y Fix y Meryl se situaron a mis espaldas.

Al otro lado había un trol, de unos dos metros y medio de altura, piel tapizada de protuberantes verrugas peludas, pelo largo y lacio que sobrepasaba sus enormes hombros y diminutos ojos rojos que brillaban desde la sombra de su única y desigual ceja. Resopló y se volvió hacia mí con la boca cubierta de babas, pero los lobos estrecharon el círculo y le mostraron sus colmillos. El trol los contempló durante un largo momento mientras procesaba aquella imagen, y luego apartó la vista, como si ya no le interesáramos. Había más criaturas un poco más lejos, entre ellas un grupo de caballeros sidhe, completamente encapsulados en armaduras y montados sobre caballos de guerra de largas patas, con pelajes azul, violeta y negro. Una sílfide herida estaba agachada no muy lejos y habría sido una visión hermosa, una chica con alas a unos cincuenta metros, de no ser porque a esa distancia pude distinguir sus garras ensangrentadas y el resplandeciente borde afilado de sus alas.

No pude ver todo el valle a nuestros pies. Había una especie de neblina o bruma que lo cubría y a duras penas me dejaba atisbar remolinos de tropas y criaturas, formaciones apelotonadas de seres que parecían humanos luchando cara a cara, mientras otros entes, que solo podría definir como «monstruos» se alzaban por encima de los demás, chocando entre sí en un enfrentamiento titánico que aplastaba a los que estaban alrededor como si fueran simples bajas circunstanciales.

Más importante aún, no podía ver la Mesa de Piedra, y no tenía ni idea de donde estaba. La piedra que me había dado el guardián de la puerta señalaba claramente en una dirección, directamente al corazón de la batalla bajo nosotros.

—¿Y ahora qué? —me gritó Meryl. Tenía que alzar mucho la voz aunque estaba a unos centímetros de mí y ni siquiera nos encontrábamos en medio de la verdadera lucha.

Negué con la cabeza, dispuesto a contestar, cuando Fix me tiró de la manga y dijo algo que el estruendo que nos rodeaba ahogó por completo. Miré hacia donde estaba señalando y vi como uno de los señores sidhe a caballo dejaba a los otros y se dirigía hacia nosotros.

Alzó la visera de su yelmo, cuya decoración recordaba a un insecto. Un hada de piel clara y ojos dorados de gato nos miró desde su montura durante un momento, antes de inclinar la cabeza hacia mí y alzar una mano. Los sonidos de la batalla inmediatamente desaparecieron, *pum*, como si hubiese apagado la radio, y el silencio casi consiguió que perdiera el equilibrio.

—Emisario —dijo el caballero sidhe—. Os saludo a vos y a vuestros acompañantes.

—Saludos, guerrero —respondí—. Debo hablar con la reina Mab cuanto antes.

Asintió y dijo:

—Yo os guiaré. Seguidme. Y dad instrucciones a vuestros acompañantes para que bajen sus armas cuando nos acerquemos a su majestad.

Asentí y dije a los que venían conmigo:

—Nada de colmillos ni garras a la vista, chicos. Hay que comportarse.

Seguimos al caballero colina arriba hasta la cima, donde el aire era tan frío que te hacía daño. Me arrebujé bien en el gabán mientras sentía como se formaba escarcha sobre mis pestañas. Deseé que al menos el pelo no se me helara y se rompiera.

Mab estaba en lo alto de la colina, sentada sobre un caballo blanco, con su pelo níveo deslizándose en ondas de seda hasta confundirse con las crines y la cola de su montura. Iba vestida con un sayo de seda blanca cuyas mangas y falda caían en suaves curvas hasta el suelo cubierto de niebla. Sus labios y pestañas eran azules, sus ojos tan albos como nubes iluminadas por la luna llena. Su belleza, dura, fría y cruel hizo que el corazón se me parara y el estómago se encogiera en un espasmo. El aire a su alrededor vibraba con energía y brillaba con una fría luz blanquiazul.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Fix.

Volví la vista atrás. Los lobos observaban a Mab más o menos como Fix.

Meryl la miraba desde una forzada máscara de impasibilidad, pero sus ojos se encendieron con algo salvaje y primitivo.

—Calma chicos —dije, y di un paso hacia delante.

La reina de las hadas me miró y murmuró:

—Mi emisario. ¿Has encontrado al ladrón?

Hice una inclinación de cabeza.

—Sí, reina Mab. Es la señora del Verano, Aurora.

Los ojos de Mab se dilataron de tal forma que tuve la impresión de que comprendió todo lo que estaba en juego en aquel mismo instante.

—Bien. ¿Y puedes aportar pruebas?

—Si me doy prisa, sí —dije—. Debo llegar a la Mesa de Piedra antes de la medianoche.

Los ojos vacíos de Mab se alzaron a las estrellas y me pareció ver en ellos una sombra de preocupación.

—Esta noche se mueven con rapidez, mago. —Hizo una pausa y luego susurró, casi para sí—: El tiempo corre en tu contra.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí?

Mab negó con la cabeza y contempló el paisaje que se extendía a nuestros pies. Toda una franja del campo de batalla estaba teñida de un repentino brillo dorado. Mab alzó la mano y el aura que la rodeaba relumbró con un fuego cerúleo y el aire se hizo más denso. Una llama salió despedida hacia la luz dorada y ambas chocaron en una lluvia de energía esmeralda que las anulaba a las dos. Mab bajó la mano y volvió de nuevo la vista a mí. Sus ojos se posaron sobre la piedra que colgaba del hilo plateado y de nuevo pareció sorprenderse.

—Rashid. ¿Qué interés tiene él en este asunto?

—*Hum* —dije—. Desde luego no actúa en representación del Consejo, ni tampoco quiere interferir en nada.

Mab apartó la atención del campo de batalla y me lanzó una mirada con la que claramente me decía que era idiota.

—Eso ya lo sé. El ungüento. Es una receta suya. Lo he reconocido por el olor.

—Sí, él me ayudó a encontrar este sitio. Mab frunció los labios.

—Y bien. ¿Qué es lo que el viejo zorro del desierto tiene en mente esta vez? —Negó con la cabeza y añadió—: Es igual. La piedra no puede conducirte hasta la mesa. La ruta más directa te dejaría en medio del campo de batalla y no sobrevivirías. Tienes que dar un rodeo.

—Te escucho. Miró hacia arriba y dijo:

—Quizá sea la reina del Aire, pero estos cielos tienen otra dueña. Titania está en el apogeo de su poder y yo en el ocaso del mío. Por ahí no. —Señaló el campo cubierto de neblina dorada y azul, con remolinos de verde allí donde se encontraban ambos colores—. Y Verano gana terreno a pesar de todo. Nuestro caballero no ha ido a la guerra con nosotros. Ha sido seducido, supongo.

—Sí —dije—. Está con Aurora. Mab murmuró:

—Es la última vez que dejo que Maeve contrate a ningún subalterno. La consiento demasiado. —Hizo una señal con la mano, y bandadas de murciélagos del tamaño de alas delta surgieron a sus espaldas y se lanzaron como una red alada hacia los cielos—. Sin embargo, aún conservamos el río, mago, aunque ahora mismo estamos perdiendo terreno en ambas orillas. Tu madrina y mi hija luchan allí. Si lo alcanzas, te llevará a través de la batalla hasta la colina donde se encuentra la Mesa de Piedra.

—Ir al río —dije—. Vale. Eso lo puedo hacer.

—Los míos saben quién eres, mago —dijo Mab—. Si no les das motivos, no te harán daño. —Entonces apartó la vista de mí y se concentró de nuevo en la batalla cuyos sonidos nos golpearon súbitamente como una ola que rompía sobre nosotros.

Di media vuelta y volví con los lobos y los mestizos.

—Hay que llegar al río —les dije a gritos—. Manteneos siempre en la niebla azul y no empecéis ninguna pelea.

Comencé a bajar la colina, que por lo que yo sé, es la forma más rápida de encontrar agua. Pasamos entre cientos de tropas. La mayoría eran unidades que parecían recuperarse de un primer encontronazo: ogros de piel roja y azul vestidos con cotas de malla de hada se alzaban sobre mí, su sangre parecía casi discreta comparada con el color de su piel y sus armaduras. Otra unidad de gnomos de piel marrón atendía a sus heridos con vendas y una especie de musgo. Un grupo de sílfides se agolpaban en torno a un montón sangriento yapestoso de carroña, peleándose como buitres, con sus rostros, pechos y alas de libélula manchadas de sangre. Otro destacamento, este formado por agotados trasgos, humanoides musculosos de rostros alargados con grandes orejas parecidas a las de los murciélagos, arrastraban a sus muertos y a algunos de sus heridos hasta donde estaban las sílfides, arrojándolos al montón de carroña con gran eficiencia a pesar de sus débiles gritos y aullidos.

Se me revolvió el estómago. Luché contra el miedo y el asco, e intenté bloquear las espantosas imágenes de canibalismo que veía a mi alrededor.

Seguí avanzando, dotando a mis pisadas de una determinación que estaba lejos de sentir. Los lobos seguían mis pasos. Imaginé que aquello debía de ser peor para Billy, Georgia y los demás, ya que todo lo que yo veía, escuchaba y olía, ellos lo percibían con mayor intensidad debido a sus sentidos más desarrollados. Intenté animarlos, aunque no tenía ni idea de si me podían oír a través del estruendo, ni de si les ayudaría, pero me pareció que tenía que hacer algo ya que fui yo quien los había arrastrado hasta aquel lugar. Me coloqué junto a Fix, para ocultarlo las escenas más macabras. Meryl me miró agradecida.

Ante nosotros, la niebla azul comenzó a ceder terreno ante un verde pardo, el acero de las hadas chocaba y arañaba contra el acero de las hadas, y los gritos y sonidos de la batalla se hicieron todavía más fuertes. Pero más importante aún, entre los gritos y los rugidos pude escuchar el murmullo del agua. Estábamos cerca del río.

—¡Muy bien chicos! —grité—. ¡Vamos a correr hasta el río! ¡No os detengáis, no os paréis por nadie! ¡Seguid hasta llegar al agua!

*O hasta que algún guerrero os arranque las piernas, pensé.*

Y nos sumergimos en la terrible contienda.

Un furioso zumbido se elevó por encima del caos musical de la batalla que se libraba ante nosotros, y ganó potencia conforme avanzamos. Vi a otro grupo de soldados trasgos agachados en una desigual formación cuadrada. Los trasgos de la parte exterior intentaban detener con sus escudos las flechas que cruzaban la niebla silbando por encima del agua, mientras que los que estaban en el interior blandían sus lanzas contra la fuente de aquel zumbido, unos cincuenta abejorros tan grandes como los bancos de un parque que los atacaban desde el aire. Vi a una docena de trasgos tirados en el suelo, convulsionando por efecto del veneno o simplemente muertos, con flechas de plumas verdes y blancas saliéndoles por la garganta y los ojos.

Una docena de aquellos abejorros descomunales se apartaron de los duendes y se volvieron hacia nosotros, con las alas cantando como si fueran sierras de cinta.

—¡Madre mía! —exclamó Fix.

Billy, el hombre lobo, dejó escapar un sorprendido:

—¿*Guau?*

—¡Detrás de mí! —grité y lo arrojé todo al suelo excepto el bastón y la varita. Los abejorros me vieron y se dirigieron hacia mí con sus enormes alas removiendo el aire y creando remolinos de niebla a ras del suelo como si fueran helicópteros.

Alcé mi bastón delante de mí, reuní energía y la canalicé hacia él.

Endurecí mi voluntad y la convertí en un escudo que proyecté a través del bastón, centrándome en crear una pared de fuerza bruta que repudiese a los abejorros. Contuve mi ataque hasta que estuvieron tan cerca que pude distinguir los miles de círculos de sus ojos compuestos, luego moví el bastón de derecha a izquierda y grité:

—¡*Forzare!*

Una cortina de deslumbrante energía roja se alzó ante mí y se interpuso en su camino como un parabrisas gigantesco. Los abejorros rebotaron contra él con un ruido sordo de impacto. Algunos cayeron al suelo tras el choque, aturdidos, pero dos o tres lograron virar en el último segundo y dieron la vuelta para emprender un nuevo ataque.

Alcé mi varita mágica y apunté al abejorro más cercano. Reuní más voluntad y grité:

—¡Fuego!

Un haz de luz rojo carmesí con el corazón blanco salió despedido del extremo de mi varita y se abrió camino hasta el gigantesco abejorro. El fuego prendió en sus alas que se quemaron al momento. El abejón comenzó a caer. El movimiento del solitario fragmento de un ala hizo que describiera una espiral hasta chocar contra la tierra junto a la orilla del río. Los otros dos se retiraron y sus compañeros que estaban luchando contra los duendes hicieron lo mismo. El tono verde se disipó de la niebla y



la orilla del río, y el azul ganó intensidad.

Los trasgos dieron un ronco y furioso grito de alegría.

Eché un vistazo a mi alrededor y encontré a Fix y Meryl mirándome con los ojos como platos. Fix tragó saliva y vi que sus labios se movían para decir:

—*Uau.*

Casi me desespero de la frustración.

—¡Vamos! —grité y comencé a correr hacia el agua, empujando y tirando de ellos para que se movieran—. ¡Venga, venga, venga!

Estábamos a unos tres metros de la orilla cuando escuché unas pisadas que se acercaban al río desde el otro lado. Alcé la vista y distinguí a varios caballos navegando entre la niebla. No eran caballos voladores, sino sementales de hada de largas patas, pelo y crines doradas y verdes que saltaban desde la orilla opuesta del río, llevando consigo a sus jinetes.

Sobre el primer caballo, el que llegó antes a nuestro lado del río, estaba el caballero del Invierno. Lloyd Slate iba manchado de sangre de diferentes colores. Sostenía una espada en una mano, las riendas de su montura en la otra, y reía. Nada más posarse sobre el suelo, los trasgos cercanos se prepararon para cargar contra él.

Slate se volvió hacia ellos blandiendo su espada y reuniendo en torno a ella un remolino de aire helado que perló su acero de escarcha. Hizo chocar su espada con la del primer trasgo y esta se rompió por la fuerza del impacto. Slate giró los hombros e hizo saltar a su caballo varios metros hacia un lado. A sus espaldas, la cabeza del trasgo se desprendió de su cuello con un chorro de sangre verde instantes antes de que el cuerpo desapareciera también bajo la niebla que cubría suelo. Los demás duendes cedieron terreno y Slate hizo girar su montura para enfrentarse a mí.

—¡Mago! —gritó entre risas—. ¡Sigues vivo!

Más caballos cruzaron el río, guerreros sidhe del Verano que se iban agrupando detrás de Slate, vestidos con cotas de malla y yelmos de todos los colores de las flores silvestres. Entre ellos estaba Talos, con su malla oscura también cubierta de sangre, y su espada manchada con tantos colores que parecía que hubiese degollado un arco iris. Aurora también estaba entre ellos, con su reluciente vestido de batalla. Unos segundos después escuchamos un estruendo de pezuñas enormes, un rugido de esfuerzo, y Korrick se posó en nuestro lado del río, hundiendo las patas en la tierra.

Atada a los hombros del centauro, hombros humanos y equinos al mismo tiempo, estaba la estatua de piedra de una Lily arrodillada, ahora el caballero del Verano.

Aurora detuvo a su caballo y sus ojos me miraron con asombro. Su montura debió de percibir su inquietud porque se elevó un poco sobre sus cuartos traseros y bailó nervioso a derecha e izquierda. La señora del Verano alzó una mano y una vez más el rugido de la batalla cesó abruptamente.

—Tú —dijo casi en un susurro.

—Dame el destejido y deja a la chica, Aurora. Todo ha terminado.

Los ojos de la señora del Verano relucieron con un verde demasiado brillante. Alzó la vista a las estrellas, luego me observó con aquella profunda tensión en la mirada y entonces lo comprendí todo. Ya era bastante malo que fuera una sidhe, ajena a los mortales. Y más aún que además fuera una de las reinas de las hadas, cuyo comportamiento respondía a motivaciones que yo no podía comprender y estaba regido por unas normas que apenas comenzaba a intuir.

Es que además estaba loca. Más zumbada que un nido de abejorros.

—Ha llegado la hora, mago —susurró—. El renacimiento del Invierno y el final de un ciclo sin sentido. ¡Se acabó!

—Mab lo sabe todo, Aurora —dije—. Y Titania pronto se enterará. No tiene sentido seguir con esto. No te lo permitirán.

Aurora echó la cabeza hacia atrás con una carcajada que sonó dolorosamente dulce. Sentí un escalofrío y tuve que apartarla de mis pensamientos con la fuerza de mi voluntad. A los licántropos y los mestizos no les fue tan bien. Los lobos se encorvaron, llorando y aullando asustados, y Fix y Meryl cayeron de rodillas, tapándose los oídos.

—No pueden detenerme, mago —dijo Aurora con aquella risa loca resonando en cada palabra—. Ni tú tampoco. —Sus ojos ardían de furia cuando me señaló con el dedo—. Korrick, conmigo. Los demás, matad a Harry Dresden.

Matadlos a todos.

Dio media vuelta y comenzó a correr río abajo, atravesando la niebla azul. Se marchó envuelta en un halo de luz dorada de unos seis metros, seguida por el centauro y dejando que el rugido de la batalla, los cuernos y los tambores, los gritos y los aullidos, la música y el terror nos golpearan como un mazazo. Los guerreros sidhe, un puñado al menos, fijaron sus miradas en mí al tiempo que desenvainaban sus espadas o alzaban sus largas lanzas. Talos, con aquella armadura a prueba de hechizos que le había permitido adoptar la forma de un ogro, agitó los colores que cubrían su acero y me miró con mortal intensidad felina. Slate soltó otra carcajada arrogante mientras hacía girar la espada en su mano.

En torno a mí escuché como los lobos se preparaban para el ataque al tiempo que los rugidos en sus gargantas crecían en intensidad. Meryl se puso de nuevo en pie, con un hilo de sangre saliendo de sus oídos. Asió el hacha con una de sus enormes manos y el machete con la otra. Fix, con los oídos también sangrando y el rostro pálido, pero decidido, abrió su caja de herramientas con manos temblorosas y sacó una antigua y grasienta llave inglesa.

Yo agarré con fuerza mi bastón y mi varita mágica e hincé los pies en la tierra. Invoqué mi poder, alcé el bastón y lo golpeé contra el suelo. La energía recorrió el bastón soltando chispas e hizo retumbar la tierra como si fuera un trueno, asustando a

las monturas de los caballeros sidhe.

Slate me apuntó con su espada y lanzó un grito, haciendo que su aterrado caballo se elevara sobre sus patas traseras y luego se lanzara en un ataque frontal contra mí. Los guerreros de la corte de Verano lo siguieron. La luz de las estrellas y la luna se reflejaba en sus espadas y armaduras, y sus caballos relinchaban galopando hacia nosotros como una oleada mortal de colores.

Los lobos aullaron con todas sus fuerzas, extraños y salvajes. Meryl rugió enloquecida y valiente, e incluso Fix dejó escapar un chillido de ataque.

El ruido era ensordecedor así que nadie pudo escuchar mi particular grito de guerra. Aunque tenía que intentarlo, qué coño.

—¡No creo en las hadas!

El éxito de una carga de caballería depende de la velocidad. Te enfrentas a una tonelada de caballos y guerreros furiosos avanzando hacia ti y aplastándolo todo a su paso. Cuando la caballería sidhe se lanzó atronando contra nosotros a lo largo del río, el corazón se aceleró en mi pecho, mis piernas comenzaron a temblar de puro miedo y supe que si quería sobrevivir los siguientes segundos, tenía que encontrar el modo de reducir su velocidad y usarla en mi provecho.

Solté mi varita mágica, cogí el bastón con ambas manos y lo extendí frente a mí. En cuanto lo hice, los caballeros sidhe comenzaron a hacerse gestos de advertencia al mismo tiempo que liberaban borbotones de magia y alzaban sus encantamientos protectores para bloquear el hechizo que les iba a lanzar.

Sin embargo, sus caballos no hicieron lo mismo.

Creé un escudo, pero no en forma de pared frente a mí. Así solo conseguiría que los nobles sidhe tocaran la barrera, y ningún mago podría mantener un hechizo en contra de las voluntades de todo un grupo de señores sidhe. Mi escudo tenía poco más de medio metro de altura y se alzaba como una cuerda sobre el suelo, a los pies del caballo de Slate.

La montura del caballero del Invierno, una enorme bestia de color gris verdoso no se enteró de nada. El muro bajo que invoqué le golpeó en las rodillas y cayó al suelo con un grito, arrastrando a Slate consigo. Talos, a la derecha de Slate, no pudo reaccionar a tiempo para detener a su montura y evitar así el muro, pero logró saltar cuando su caballo tropezó. Después dio una voltereta tan limpia y precisa que habría sido la envidia de cualquier aficionado a las pelis de artes marciales y aterrizó de pie. Giró como si bailase siguiendo el ritmo de los tambores de guerra y su espada restalló como un látigo por encima de mi cabeza.

Entre la confusión, escuché los relinchos de otros caballos que tropezaban, no contra mi defensa, sino con otros caballos, pero no sabía hasta qué punto mi hechizo había funcionado con los demás guerreros sidhe. Estaba demasiado ocupado esquivando el primer golpe de Talos y bloqueando los siguientes.

Meryl se interpuso entre nosotros y bloqueó la espada de Talos con la equis que formó entre el hacha y el machete. Empujó al lord mariscal del Verano, echando sobre él todo el peso de su cuerpo, con los músculos temblando por el esfuerzo. Yo sabía muy bien lo fuerte que era aquella mestiza, pero Talos, con rostro tranquilo, se limitó a oponer resistencia y comenzó a ganarle terreno poco a poco.

—¿Por qué haces esto, mestiza? —dijo Talos—. Llevas mucho tiempo luchando contra Invierno. No tiene sentido. Aparta. No deseo causarte daño.

—¿Y a Lily tampoco? —gritó Meryl—. ¿Cómo puedes hacerle esto?

—No me gusta, niña, pero yo no soy quién decide —contestó Talos—. Es mi

reina.

—Pues la mía no —dijo Meryl con un rugido y lanzó la cabeza hacia delante, buscando la nariz de Talos. Le dio tan fuerte que hasta yo pude escuchar el sonido del impacto, y logró que el señor sidhe retrocediera varios pasos tambaleándose.

No vio como Slate se levantaba del suelo a tan solo unos metros y se lanzaba contra su costado.

—¡Meryl! —grité en el tumulto— ¡Cuidado!

No me oyó. La espada del caballero del Invierno la hirió por debajo de la última costilla, clavándole más de treinta centímetros de hoja cubierta de escarcha y empujándola hacia arriba y hacia atrás. El acero de Slate la atravesó de parte a parte, desgarrando su chaqueta y los cubiertos que la cubrían, y apareciendo al otro lado con la hoja manchada de sangre verde. Meryl se tambaleó con la boca abierta. El hacha y el machete cayeron de sus manos.

—¡Meryl! —grito Fix a poca distancia.

Slate rió y dijo algo que no pude oír. Después hizo girar la espada con un movimiento rápido y la sacó. Meryl lo miró atónita y extendió su mano hacia él, Slate la apartó con desprecio de un manotazo y le dio la espalda. Luego la mestiza se desplomó.

Sentí que me hervía la sangre y me puse de nuevo en pie cogiendo mi bastón con ambas manos. Slate se inclinó hacia Talos y con una mano le ayudó a levantarse.

—¡Slate! —grité—. ¡Slate, asesino hijo de puta!

El caballero del Invierno se volvió hacia mí y alzó su espada para protegerse. Talos me miró sorprendido e hizo señas con los dedos para avisar del peligro.

Reuní toda mi rabia y me concentré en el suelo bajo mis pies. Allí encontré la furia de la tormenta que se asemejaba a la mía. Golpeé el extremo de mi bastón contra el suelo cubierto de niebla como si quisiera excavar un agujero en un lago helado, luego extendí mi mano derecha hacia el caballero del Invierno.

— ¡Ventas! —grité— ¡Ventas fulmino!

La cólera de la tormenta bajo nosotros subió por la madera de mi bastón, la electricidad surgió con un rugido de luz y energía procedente del suelo describiendo espirales alrededor del bastón y de mi cuerpo. Siguió avanzando como un remolino por mi brazo derecho, como una serpiente de luz blanca y azul. Dudó por un momento y salvó con un restallido el espacio que me separaba de la espada de Slate, para deslizarse después por el acero y envolver al caballero en un torbellino de chispas azules.

El cuerpo de Slate se tensó, su espalda se arqueó con violencia. Un trueno estalló en el aire mientras un fogonazo de luz le daba de lleno, lanzándolo hacia el cielo primero y contra el suelo después. La onda expansiva me hizo perder el equilibrio a mí, y a todos los que estaban cerca.

A todos excepto a Talos.

El lord mariscal del Verano se mantuvo en pie en medio de aquel caos extendiendo una mano ante sus ojos como si se protegiera de una simple brisa.

Después, en el ensordecedor silencio que siguió, alzó su espada y se encaminó directamente hacia mí.

Cogí mi varita que estaba en el suelo, no muy lejos, y lancé una rápida llamarada contra Talos. El señor sidhe ni siquiera se molestó en apartarla.

Chocó contra él y rebotó. Sin embargo, al lord mariscal le bastó un solo golpe de su espada para lanzar mi varita por los aires, fuera de mi alcance. Para protegerme, alcé el bastón que sostenía en la mano izquierda, pero también consiguió arrebatármelo.

Recuperé algo de audición, lo justo para oírle decir:

—Y aquí se acaba todo.

—Tienes razón —murmuré—. Mira aquí abajo.

Lo hizo.

Mientras él me arrancaba de un golpe el bastón que sostenía en la mano izquierda, con la diestra saqué mi 357 Magnum. Apoyé el codo derecho sobre el suelo y apreté el gatillo.

Un segundo rugido de trueno, más nítido que el primero, salió del cañón de mi revólver. No creo que la bala llegara a atravesar su oscura cota de malla porque el efecto del impacto sobre el cuerpo de Talos no fue el que esperaba.

Dio unos pasos hacia atrás y cayó al suelo como si le hubieran golpeado con un martillo. Permaneció así durante un momento, aturdido.

Fue un golpe bajo, pero aquello era una puñetera guerra y yo estaba bastante cabreado. Le di una patada en la cara con el tacón de mi bota y luego me incliné y le aticé con el cañón de la 357 hasta que sus desordenados intentos por defenderse cesaron y se quedó inmóvil con la piel de la cara quemada y cubierta de ampollas allí donde le había tocado el acero del arma.

Alcé la vista a tiempo para ver como Lloyd Slate, con la mano derecha colgando inerte, blandía el palo de una lanza rota sobre mi cabeza. Hubo un fogonazo de luz y dolor, y caí de espaldas al suelo, demasiado atontado para evaluar la gravedad del golpe. Intenté defenderme con el revólver, pero Slate me lo quitó, lo hizo girar alrededor de un dedo, me apuntó luego a la cabeza y lo amartilló. El arma se acercaba cada vez más y supuse que Slate no iba a entretenerse con una última charla. En cuanto vi el círculo oscuro del cañón giré hacia un lado al tiempo que alzaba los brazos. El revólver rugió y yo esperé a ver la luz al final de lo que, estaba seguro, iba a ser un túnel cuesta abajo.

Slate falló. Un aterrador y agudo alarido de rabia le hizo dar media vuelta para enfrentarse a un nuevo contrincante.

Fix cogió su llave inglesa con las dos manos y golpeó con fuerza la muñeca de Slate. Escuché el sonido del impacto, el ruido de huesos delicados rompiéndose y mi revolver salió volando hacia el río. Slate gritó y agitó su brazo roto ante Fix, pero el pequeñajo era rápido. Detuvo el golpe con la llave inglesa que seguía sosteniendo con ambas manos y fue Slate quien gritó dolorido.

—¡La has herido! —gritó Fix. Su siguiente golpe, dirigido a la rótula izquierda de Slate, derribó al caballero del Invierno—. ¡Has herido a Meryl!

Slate intentó apartarse rodando hacia un lado, pero Fix le asestó varios golpes más en la espalda con ambas manos. Evidentemente, o Slate carecía ya del poder que en otro momento le habría hecho carcajearse de un relámpago o el frío acero del arma de Fix era demasiado para él. El pequeño mestizo aporreó la espalda de Slate, gritándole, hasta que uno de esos golpes le impactó en la nuca. El cuerpo del caballero del Invierno se relajó y se quedó inmóvil.

Fix se acercó y me ayudó a levantarme. Mientras lo hacía, los lobos nos rodearon. Había varios heridos, pero todos gruñían mostrando los colmillos.

Miré por encima de ellos y comprobé como los guerreros sidhe recuperaban a un par de heridos y se reagrupaban. Había un caballo chillando en el suelo, los demás se habían dispersado y solo un guerrero seguía todavía sobre su montura, otro enjuto caballero sidhe de armadura verde y yelmo cerrado que, espada en mano, se preparó para cargar de nuevo contra nosotros.

—Ayúdame —me rogó Fix, tirando desesperadamente del hombro de Meryl. Di un paso hacia delante, pero las piernas me temblaban. Entonces alguien se me adelantó. Billy, desnudo y manchado con la brillante sangre de las hadas, cogió a Meryl por debajo de los hombros y la arrastró hacia la protección que ofrecía la manada de lobos.

—Esto va a ser complicado —dijo—. Teníamos una ligera ventaja, sus caballos temen a los lobos. Pero a pie. No sé cómo se nos dará. Casi todos están heridos. ¿Qué tal está Harry?

—¡Joder! —gruñó Meryl con dificultad—. Déjame. No es tan grave. Ve a ver al mago. Si cae él, ninguno de nosotros volverá a casa.

—¡Meryl! —dijo Fix—. Creía que estabas malherida.

La mestiza se sentó, su rostro estaba pálido, su ropa empapada en sangre.

—La mayor parte de esta sangre no es mía —dijo, y supe que estaba mintiendo—. ¿Cómo está?

Billy me sentó en el suelo y sentí como me palpaba la cabeza. Torcí el gesto cuando me hizo daño. El estar sentado me vino bien y comencé a recuperar la consciencia.

—El cráneo no está roto —dijo Billy—. Quizá tenga una conmoción, no lo sé.

—Dame un minuto —dije—. Lo superaré.

Billy me apretó el hombro en un gesto de alivio.

—Vale. Vamos a tener que salir de aquí por piernas, Harry. Esto no se ha terminado aún.

Billy tenía razón. Podía escuchar ruido de más caballos en algún lugar cercano, entre la niebla y las pisadas de cientos de duendes golpeando el suelo.

—No podemos marcharnos —dijo Meryl—. Aurora aún tiene a Lily.

Entonces Billy dijo:

—Ya hablaremos luego. ¡Aquí vienen! —Su imagen se difuminó y se puso a cuatro patas, adoptando de nuevo la forma de lobo mientras los demás alzábamos la vista y veíamos a los guerreros sidhe que se preparaban para cargar contra nosotros.

De repente, el agua a sus espaldas entró en erupción, la tranquila superficie del río pareció hervir y una caballería de color azul oscuro, verde mar, y morado profundo emergió de entre las olas. Los jinetes eran más guerreros sidhe, vestidos con ajustadas armaduras decoradas con hermosos copos de nieve. Apenas eran doce y debían enfrentarse a todos los guerreros del Verano, pero iban a caballo y atacaban por detrás. Guiados por un guerrero de armadura blanquísima y pálida espada de aspecto helador, penetraron entre sus filas blandiendo sus aceros. Los guerreros del Verano se dieron media vuelta para encararlos, pero los habían sorprendido y lo sabían.

El líder del ataque de Invierno derribó a un guerrero, luego se enfrentó a otro mientras realizaba extraños gestos con una mano. De aquellos movimientos surgió una ola de poder frío y uno de los guerreros del Verano simplemente se quedó inmóvil mientras el aire a su alrededor restallaba con el sonido de cristales de hielo formándose sobre la superficie de su cuerpo y armadura. Se había congelado de dentro a fuera. En unos segundos se convirtió en un bloque de hielo que crecía lentamente en torno a la figura verde y dorada de su interior. Después el jinete pálido espoleó con desgana a su montura que acabó lanzando una coz.

La figura de hielo se hizo mil pedazos que cayeron al suelo formando una pila desordenada.

El jinete pálido se quitó el yelmo y me dedicó una sonrisa infantil y radiante. Era Maeve, la señora del Invierno, sus ojos verdes relucían con sed de sangre y sus rastas permanecían pegadas a la cabeza. Se dispuso a lamer despreocupada la sangre de su espada mientras otro guerrero del Verano caía de rodillas, de espaldas al río, al tiempo que alzaba su acero en un intento desesperado por defenderse de los jinetes que lo acosaban.

Las aguas volvieron a agitarse, unas manos hermosas y pálidas emergieron y se cerraron en torno a su garganta desde atrás. Por un segundo me pareció ver unos ojos dorados y una sonrisa de dientes verdes, y luego solo escuché el grito ahogado del guerrero que desapareció bajo la superficie del río.

Los guerreros del Verano se replegaron de forma rápida y ordenada. El resto de



los guerreros del Invierno salieron tras ellos.

—Tu madrastra te manda saludos —dijo Maeve—. Habría venido antes, pero habría sido una lucha justa, y las detesto.

—Necesito llegar hasta la mesa —le grité.

—Eso me han dicho —respondió. Acercó su caballo al cuerpo inmóvil de Slate y su precioso y joven rostro se iluminó con una gran sonrisa—. Mis jinetes están atacando río abajo, empujando a las fuerzas del Verano en esa dirección.

Deberías poder avanzar río arriba. —Se inclinó y ronroneó—. Hola, Lloyd.

Tenemos que hablar.

—Pues vamos —gruñó Meryl—. ¿Puedes caminar, mago?

En respuesta, me puse en pie. Meryl también, aunque al hacerlo se le desencajó el rostro del dolor. Fix levantó su llave inglesa ensangrentada.

Encontré mi bastón, pero no vi mi varita mágica por ninguna parte. El maletín negro de médico no estaba muy lejos, lo recuperé y me tomé tiempo para comprobar su contenido antes de volverlo a cerrar.

—Muy bien, gente; vámonos.

Avanzamos junto al río a paso ligero. No sabía a cuánta distancia estábamos. Todo a nuestro alrededor era caos y confusión. Vimos como un enjambre de luces nos adelantaba volando, y un poco más allá, en otro tramo junto al río, vimos a docenas de esas mismas luces atrapadas en trampas tejidas por unas arañas tan grandes como pelotas de rugby. Una jauría de perros hada, verdes, grises y salvajes, perseguían a poca distancia a un ser parecido a una pantera que se dirigía hacia el agua. Las flechas silbaban a nuestro alrededor y por todas partes había seres muertos o agonizando.

Por fin sentí como el terreno se elevaba, alcé la vista y contemplé la colina de la Mesa de Piedra ante nosotros. Incluso pude ver la robusta silueta de Korrick en la cima, mientras se iba apartando de la estatua de Lily que acaba de colocar sobre la mesa. Aurora había desmontado y era una figura esbelta y luminosa que nos miraba con ira.

—Lily —gritó Meryl con un hilo de voz. Fix se volvió para mirarla con expresión alarmada y Meryl cayó de rodillas con su feo rostro retorcido por el dolor—. Sigue tú, Fix. Sálvala y llévala a casa. —Miró a su alrededor y luego fijó los ojos en mí—. ¿Le ayudarás?

—Para eso me has pagado —dije—. Quédate aquí. No te muevas. Ya has hecho bastante.

Negó con la cabeza y dijo:

—Aún no he terminado. —Pero se sentó jadeando en el suelo con la mano presionando la herida del costado.

Aurora le dijo algo a Korrick. El centauro hizo una inclinación de cabeza y lanza

en mano, comenzó a galopar colina abajo hacia donde estábamos nosotros.

—Mierda —dije—. Billy, este tío es muy fuerte. No te acerques a él.

Intenta entretenerlo.

Billy ladró en señal de asentimiento y los lobos salieron corriendo al encuentro del centauro al que rodearon y comenzaron a atacar por los flancos y la retaguardia mientras esquivaban sus coces y su lanza.

—Quédate con Meryl —le dije a Fix, y después rodeé corriendo a los lobos y seguí avanzando colina arriba, hacia la Mesa de Piedra.

Me acerqué lo suficiente a la cima para ver a Aurora de pie sobre la estatua de Lily. Sostenía el destejido de Madre Invierno entre sus dedos, lo presionó contra la estatua y tiró de los hilos, desarmándolo en varios retales.

Sentí algo mientras lo hacía, una especie de gravedad oscura que arañaba mis sentidos de mago con uñas afiladas como rastrillos. El destejido comenzó a deshacerse, hilo a hilo, línea a línea, entre las finas manos de Aurora.

Extendí la mano, la adrenalina y el dolor me proporcionaban suficiente combustible para mi magia, y grité:

—¡*Ventas servitas!*

De repente se levantó un soplo de viento que arrebató el destejido de las manos de Aurora y lo envió, dando vueltas en el aire, hacia donde yo estaba. Lo cogí, le saqué la lengua a Aurora y dije imitando al Correcaminos:

—¡*Mek mek!*

Luego salí corriendo despavorido.

—¡Maldito seas, mago! —gritó Aurora, y el sonido de su voz se clavó en mí como afiladas garras. Alzó las manos y gritó algo más. El suelo vibró y perdí el equilibrio. Rodé lo mejor que pude colina abajo hasta llegar a la base. Tardé un segundo en volver a respirar, luego me puse bocarriba para sentarme.

Un viento repentino me golpeó, arrojándome otra vez contra el suelo y arrancándome el destejido de las manos. Alcé la vista para ver como Aurora atrapaba el trapo en el aire con fastidio y comenzaba a subir de nuevo la colina.

Luché por incorporarme y seguirla, pero el viento me mantenía inmobilizado, incapaz de levantarme del suelo.

—No habrá más interrupciones —sentenció Aurora, e hizo un gesto con una mano.

La tierra gritó y de ella surgió, con un rápido movimiento de látigo, un denso seto con espinas tan grandes como mi mano. Se alzó formando un anillo alrededor de la ladera, tan denso que no pude ver a Aurora a través de él.

Luché contra el conjuro de la señora del Verano, pero la fuerza bruta no servía para vencerlo, y ni me molesté en intentar desgarrarlo con mi magia.

Dejé de resistirme y cerré los ojos para intentar descubrir cómo atravesarlo, para

descomponerlo desde dentro. Pero mientras lo hacía Fix comenzó a gritar:

—¿Harry? ¡Harry! ¡Socorro!

Uno de los lobos aulló de dolor, luego otro. Perdí la concentración, pero luché por recuperarla de nuevo. Todos ellos estaban allí por mí, y no iba a permitir que les pasara nada más. Intenté concentrarme, necesitaba aislarme de todo si quería deshacer el hechizo de Aurora, pero el miedo, la ira y la preocupación no me dejaban. Esas emociones habrían dado fuerza a cualquier conjuro, pero este era un trabajo delicado, y ahora solo servían para ponérmelo más difícil.

Escuché el sonido de unas pezuñas golpeando la tierra cerca de mí. Alcé la vista y vi al guerrero de la armadura verde, el único jinete de la caballería sidhe que había permanecido sobre su montura. Me contempló desde su caballo que no dejaba de piafar y apuntó con su lanza a mi cabeza.

—¡No! —dije—. ¡Espera!

Pero el jinete no me hizo caso, alzó su arma cuyo acero brillaba con luz plateada y la lanzó contra mi garganta desprotegida.

La lanza se clavó en la tierra, junto a mi cuello y el jinete susurró con voz femenina y apremiante:

—No te muevas.

Se bajó de su montura, alzó una mano y se quitó el yelmo. El pelo castaño dorado de Elaine cayó sobre su rostro, liberado del moño que lo había sujetado. Ella lo apartó molesta con un movimiento de cabeza.

—No te muevas. Yo me encargo.

—Elaine —dije. Sentí como me invadía una oleada de emociones diferentes que no tenía tiempo de analizar—. Te diría que me alegro de verte, pero no estoy seguro.

—Eso es porque siempre has sido un poco lerdo, Harry —dijo con acritud. Después relajó el gesto, entornó los ojos y extendió sus manos enguantadas sobre mi pecho. Murmuró algo entre dientes y luego dijo—: Bien.

*Samanyana.*

Sentí una eclosión de suave energía y el viento que me aprisionaba contra el suelo cesó abruptamente. Me puse de nuevo en pie.

—Vale —dijo—. Salgamos de aquí.

—No —repuse—. No he terminado. —Recuperé mi maletín y mi bastón—. Tengo que atravesar ese seto.

—No puedes —dijo Elaine—. Harry, conozco el hechizo. Esas espinas no son solo puntiagudas, son venenosas. Si te toca solo una, te paralizará en unos minutos. Si te tocan dos o tres, estarás muerto.

Miré de reojo la barrera y agarré con fuerza mi bastón.

—Y tampoco arden —añadió Elaine.

—¡Oh! —rechiné los dientes—. Pues entonces haré que se aparten a mi paso.

—Será como si abrieses unas puertas correderas, Harry. Se cerrarán en cuanto pierdas algo de concentración.

—Entonces no la perderé.

—No lo puedes hacer, Harry —dijo Elaine—. Si comienzas a abrirte paso, Aurora lo notará y te destrozará. Estarás demasiado ocupado apartando las espinas y no podrás defenderte.

Bajé mi bastón, miré al seto y luego a Elaine.

—Vale —dije—. Pues entonces serás tú quien mantenga las espinas alejadas de mí.

Los ojos de Elaine se abrieron como platos.

—¿Qué?

—Tú mantendrás a raya las espinas mientras yo paso.

—¿Te vas a enfrentar a Aurora? ¿Solo?

—Y tú me vas a ayudar —dije.

Elaine se mordió el labio y apartó la mirada.

—Venga, Elaine —dije—. Ya la has traicionado. Y pienso atravesar ese seto con tu ayuda o sin ella.

—No sé.

—Sí, sí lo sabes —dije—. Si quisieras matarme, ya lo habrías hecho. Y si Aurora termina lo que está haciendo, estoy igualmente muerto.

—No lo entiendes...

—Ya sé que no —repuse—. No entiendo por qué la ayudas. No entiendo cómo has permitido que hiciera las cosas que ha hecho. No entiendo cómo puedes quedarte ahí y dejar que mate a esa chica. —Esperé a que mis palabras surtieran efecto un segundo antes de añadir con serenidad—. Y no entiendo cómo me puedes traicionar. Otra vez.

—Y por lo que tú sabes —dijo Elaine— podría ocurrir una tercera. Dejaré que las espinas se cierren sobre ti cuando estés a medio camino y te mataré por ella.

—Quizá —contesté—. Pero no quiero creer eso, Elaine. Hace tiempo nos quisimos. Sé que no eres una cobarde ni una asesina. Quiero creer que incluso ahora significamos algo el uno para el otro. Que puedo confiarte mi vida, como tú puedes confiarme la tuya.

Dejó escapar una amarga carcajada y dijo:

—Ya no me conoces, Harry. —Me miró—. Pero te creo. Sé que puedo confiar en ti.

—Pues ayúdame.

Asintió y dijo:

—Tendrás que darte prisa. No soy tan fuerte como tú, y esto es un trabajo de fuerza bruta. No podré mantener el camino abierto por mucho tiempo.

Asentí. Pero la duda me asaltó en cuanto lo hice. ¿Y si volvía a las andadas? Elaine no se había caracterizado por su sinceridad y franqueza. La observé mientras se centraba, su hermoso rostro se relajó y sentí como absorbía poder mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, con las palmas tocando sus hombros, como en un sarcófago egipcio.

A la mierda. En aquel lugar se podía morir de diez mil formas distintas,

¿qué importaba una más? Al menos así, si todo terminaba para mí, me iría luchando por una buena causa. Me di la vuelta y me agaché, agarrando el maletín y el bastón.

Elaine murmuró algo, y un fuerte viento se levantó a su alrededor, elevando su pelo en torno a su cabeza. Abrió los ojos, pero tenía la mirada perdida. Después extendió las dos manos a ambos lados.

El viento salió despedido en una columna de metro y medio de grosor y se lanzó

hacia el seto. Las espinas se agitaron y comenzaron a ceder terreno, doblándose al paso del hechizo de Elaine.

—¡Ahora! —dijo con la respiración entrecortada—. ¡Vamos, rápido!

Corrí.

El viento casi me cegaba y tuve que correr agachado, rezando para que las espinas no rozaran aquellas partes de mi cuerpo que la ropa no cubría. Noté que la chaqueta se me enganchaba, pero la espina no atravesó el cuero. Elaine no me decepcionó. Unos segundos después ya había atravesado el muro y estaba de nuevo en la cima de la colina, frente a la Mesa de Piedra.

La mesa estaba en el mismo lugar, pero las runas y los sellos ahora brillaban con una luz dorada. Aurora estaba frente a ella, sosteniendo entre sus dedos el destejido cuyos hilos frotaba contra la cabeza de la estatua arrodillada, todavía sobre la mesa. Avancé dando un rodeo para permanecer fuera de su visión periférica y corrí hacia ella.

Cuando estaba a solo unos metros, el destejido explotó repentinamente en una onda de fría luz blanca. La luz bañó a la estatua como una ola y, a su paso, el frío y blanco mármol se transformó en carne, las ondas de cabello petrificadas recuperaron sus rizos verde esmeralda. Lily abrió los ojos y dejó escapar un grito mientras miraba a su alrededor aterrada.

Aurora la agarró por la garganta, la arrastró por la superficie de la Mesa de Piedra con una mano y sacó la daga de su cinto.

Ya sé que no es muy caballeroso, pero cogí el bastón con las dos manos y golpeé a la señora del Verano en la espalda.

Al hacerlo, las estrellas alcanzaron la posición esperada, era medianoche, el final del dominio de Verano, y las runas de la mesa abandonaron su brillo dorado por un azul frío, helador.

El golpe hizo que Aurora soltara la daga que cayó sobre la mesa. Lily gritó, se liberó de la señora del Verano, y se apartó rodando sobre la enorme piedra.

Aurora se volvió hacia mí, rápida como cualquier sidhe, se apoyó en la mesa y me golpeó con los dos pies en el pecho. Me dio con fuerza, lanzándome hacia atrás, y mientras yo aún seguía dando vueltas, invocó fuego y lo lanzó en una llamarada contra mí. Me puse de rodillas y alcé mi bastón haciendo acopio de voluntad, a tiempo de repeler el ataque y desviar la llama hacia el cielo nuboso.

La luz roja iluminó un caballo verde de hada que en aquel momento saltaba por encima del seto de espinas. No consiguió cubrir toda su anchura y se quedó atrapado a unos centímetros del otro lado, gritando terriblemente por el dolor que le causaban las espinas. Su jinete, sin embargo, no cayó con él.

Talos, con el rostro ensangrentado, saltó de su montura, dio una voltereta en el aire y se posó al otro lado del muro sin problemas.

Aurora dejó escapar una carcajada salvaje y dijo:

—Mátalo, lord mariscal.

Talos desenvainó su espada y vino a por mí. Pensé que el primer golpe iba destinado a mi estómago, pero me engañó, y la espada se desvió hacia un lado, enviando mi bastón directamente al seto de espinas. Mientras se preparaba para volver a atacar, cogí mi maletín y me aparté para buscar en su interior un arma o alguna otra cosa que me permitiera ganar tiempo o aumentar mis opciones.

Entonces un profundo bramido sacudió la cima de la colina y paralizó incluso a Aurora durante un segundo. La pared de espinas se agitó y tembló, volvimos a escuchar un enorme rugido y algo lo atravesó, destrozándolo. El trol era gigantesco, verde, espantoso, y fuerte. Blandía un hacha en una mano como si fuera un cuchillo de plástico y estaba cubierto de ampollas, cortes infectados y su propia sangre de color verde oscuro. Tenía una herida terrible en un costado de la que manaba icor abundantemente. Avanzaba a pesar de sus lesiones, aunque era evidente que se estaba muriendo.

Era Meryl. Había elegido.

La miré perplejo porque reconocí sus rasgos dentro de aquella ira enloquecida de su rostro de trol. Se encaró a Talos y el lord mariscal del Verano hizo girar su brillante espada, amputando una de las manos del trol. Sin embargo la criatura consiguió cogerle una pierna con la otra y lo arrastró bajo ella mientras caía, aplastándolo bajo su peso con un ahogado y burbujeante grito de rabia y triunfo.

Miré atrás y vi como Aurora cogía a Lily por el pelo y la llevaba de nuevo hacia la mesa. Corrí a su encuentro, llegué a la mesa antes que ella y conseguí que la daga, un ejemplar hecho de piedra afilada, se arrastrara por su superficie hasta mí.

—Necio —siseó Aurora—. Te arrancaré la garganta con mis propias manos.

Arrojé la daga y respondí:

—No, no lo harás.

Aurora rió y preguntó con ojos locos y turbadores:

—¿Y por qué no?

Desabroché el cierre del maletín.

—Porqué sé algo que tú desconoces.

—¿Qué? —preguntó riendo—. ¿Qué puedes saber tú que importe ahora?

La miré con frialdad y contesté:

—El número de Pizza Express. —Abrí el maletín y grité—: ¡A por ella, Tut!

Del interior del maletín surgió una explosión de música de flauta, aguda y penetrante, y acto seguido apareció Tut-tut, dejando tras de sí una estela de chispas rojas. La pequeña hada aún llevaba su armadura casera, pero sus armas ya no eran las mismas, ahora iba equipada con lo que le pedí a Billy que comprara en el Wal-Mart; un cúter de plástico naranja con su afilada hoja desplegada.

Aurora soltó otra carcajada, esta más desagradable y dijo:

—¿Y qué me puede hacer esa cosita?

Tut hizo sonar su flauta una vez más y gritó con su voz aguda:

—¡En nombre del señor de las pizzas! ¡A la carga!

Y del maletín salió en una nube de chispas escarlata, un enjambre de lucecitas armadas con cúteres de acero y mangos de plástico naranja, que se elevaron y se lanzaron contra Aurora en una bandada de centellas rojas y cuchillas relucientes.

Me miró a los ojos mientras las lucecitas se aproximaban a ella y vi en ellos un miedo repentino, como si por fin supiese lo que se avecinaba. Alzó una mano envuelta en poder dorado, pero una de las luces ya le había alcanzado con su cúter reluciente y le hizo un corte en la mano. Aurora gritó, de la herida salió sangre y la luz dorada perdió intensidad.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡Ahora no!

Las luces se arremolinaron en torno a ella y la escena que se produjo no fue nada agradable. La brillante cota de malla de su vestido no la podía proteger contra las cuchillas de acero que la atravesaron como si estuviera hecha de cartón. Rodeándola en un remolino y desde todas las direcciones, Tut-tut y sus compañeros la hirieron docenas de veces en tan solo unos segundos, salpicando el aire con la sangre de sus brillantes cuchillas.

Vi sus ojos desorbitados arder brillantes, mientras la muerte en forma de rápidas luces intermitentes la hería una y otra vez, rasgando su pálida piel. Se apoyó sobre la mesa.

Si moría allí, desangrada sobre la mesa, conseguiría lo que se había propuesto. Su vasto poder pasaría a la corte de Invierno. Me lancé hacia la mesa y hacia ella, y conseguí derribarla.

Gritó de frustración y se revolvió, pero ya no tenía fuerzas. Rodamos colina abajo y nos detuvimos conmigo encima, sujetándola bajo mi peso.

Aurora me miró con sus ojos verdes turbios, perdidos:

—Espera —dijo, su voz era débil y sonaba más joven. Ahora ya no parecía una hechicera sidhe medio loca, sino una niña asustada—. Espera. No lo entiendes. Yo solo quería que parara. Quería acabar con el sufrimiento.

Le aparté un mechón de pelo ensangrentado de los ojos y sintiéndome muy cansado dije:

—Los únicos que no sufren son los muertos.

La luz murió en sus ojos, su respiración se hizo más lenta. Luego susurró con un hilo de voz: —No lo entiendo. —Yo tampoco —contesté.

Una lágrima mezclada con sangre rodó por su mejilla. Después murió.



Lo había logrado. Había salvado a la chica, detenido al ladrón, demostrado la inocencia de Mab y ganado el apoyo del Consejo Blanco, salvando así mi propio pellejo.

¡Hurra!

Me quedé allí tumbado junto al cuerpo vacío de Aurora, demasiado cansado para moverme. Las reinas me encontraron más o menos un cuarto de hora después. Percibí vagamente su presencia, dos luces, una dorada y otra azul que se encontraban delante de mí. Una luz dorada se posó sobre el cadáver y luego se alejó flotando, llevándose consigo la carne muerta. Yo permanecí tumbado sobre el suelo, frío y agotado.

La marcha de la luz dorada me dejó solo con la azul. Un momento después, sentí como los dedos de Mab me acariciaban la cabeza, y la oí murmurar:

—Mago, estoy muy satisfecha contigo.

—Vete Mab —dije con voz cansada.

Ella rió y dijo:

—No, mortal. Eres tú quien se debe marchar. Tú y tus compañeros.

—¿Y qué pasa con Tut-tut? —pregunté.

—Es extraño que un mortal pueda invocar el servicio de un hada, aunque esta sea de categoría inferior, pero se ha hecho antes. No temas por tus pequeños guerreros. Fueron tu arma, y el único que responderá de sus acciones serás tú. Llévate su acero contigo, y con eso bastará.

Alcé la vista hacia ella y dije:

—¿Vas a cumplir tu parte del trato?

—Por supuesto. Los magos tendrán salvoconducto.

—Ese trato no. El nuestro.

La maravillosa boca de Mab se expandió en una sonrisa.

—Primero deja que te haga una oferta.

Hizo un gesto, las espinas del seto se abrieron y apareció Maeve con su armadura blanca y detrás de ella Madre Invierno vestida completamente de negro. Ante ellas, Slate, arrodillado, destrozado y con evidentes dolores, tenía las manos esposadas a un aro que le rodeaba el cuello y parecía hecho de hielo sucio.

—Tenemos un traidor entre nosotros —ronroneó Mab—. Y recibirá el trato que merece. Después de lo cual, habrá una vacante para el puesto de caballero. —Me miró y dijo—: Esta vez quisiera contar con alguien que sea de fiar. Acepta ese poder y todas las deudas entre nosotros quedarán saldadas.

—De eso nada —murmuré—. Ni hablar.

La sonrisa de Mab se hizo más amplia.

—Muy bien entonces. Seguro que encontraremos la forma de divertirnos con este

hasta que pase un tiempo prudencial y repitamos la oferta.

Slate alzó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas y dijo con voz pastosa y aterrorizada:

—No, no. Dresden. Dresden, no lo permitas. No me dejes con ellas.

Acepta, por favor, no me hagas esperar.

Mab tocó mi cabeza de nuevo y dijo:

—Sólo dos veces más, y te verás libre de mí.

Y se fueron.

Los gritos de Lloyd Slate permanecieron tras su marcha.

Me quedé allí, demasiado cansado para moverme, hasta que las luces comenzaron a difuminarse. Recuerdo vagamente como Ebenezer me ayudaba a incorporarme y ponía mi brazo sobre sus hombros. El guardián de la puerta murmuró algo y Billy le contestó.

Me desperté en mi casa, en la cama.

Billy, que se había quedado dormido en una silla junto a la cama, se despertó con un resoplido y dijo:

—Eh, estás despierto. ¿Tienes sed?

Asentí, tenía la garganta tan seca que era incapaz de hablar. Me acercó un vaso de agua fresca.

—¿Qué pasó? —pregunté cuando por fin pude hablar.

Negó con la cabeza.

—Meryl murió. Me pidió que te dijera que había elegido y que no lo lamentaba. Luego se transformó. La encontramos en el suelo, a tu lado.

Cerré los ojos y asentí.

—Ebenezer me pidió que te dijera que has cabreado a mucha gente, pero que no te preocupes de momento por eso.

—Eh —dije—: ¿Y los Alphas?

—Magullados —dijo Billy con una pizca de orgullo en la voz—. En conjunto, ciento cincuenta y cinco puntos, pero todos salimos más o menos de una pieza. Esta noche tenemos fiesta con pizza y partida en mi apartamento.

El estómago me dio un vuelco al oír la palabra «pizza».

Me duché, me sequé y me puse ropa limpia. Entonces me di cuenta. Eché una ojeada al baño, luego a mi dormitorio y le pregunté a Billy:

—¿Has hecho limpieza? ¿Me has lavado la ropa?

Negó con la cabeza.

—Yo no. —Alguien dio un golpe en la puerta y añadió—. Un momento.

—Escuché como salía y decía algo a través de la puerta antes de volver a entrar —. Tienes visita.

Me puse los calcetines y luego las deportivas.

—¿Quién es?

—La nueva señora del Verano y su caballero —respondió Billy.

—¿Vienen buscando lío?

Billy sonrió y dijo:

—Tú sal y habla con ellos.

Fruncí el ceño y lo seguí hasta la habitación principal. Estaba impoluta.

Casi todos mis muebles son de segunda mano, trastos viejos y resistentes con mucha madera y telas de diferentes texturas. Todo estaba limpio, no había ni una mancha. Las alfombras, tanto las que podrían haber surcado los cielos de la mítica Arabia, como las malas imitaciones para turistas de los indios navajos, estaban ahora limpias y cepilladas. Miré debajo y alguien había pasado la mopa y pulido el suelo. Tenía leña fresca y la chimenea no solo estaba vacía, sino libre de polvo y ceniza.

Alguien había pulido mi bastón y mi varita mágica, que relucían en una esquina, y mi revolver, guardado en su funda, también había sido convenientemente engrasado.

Me acerqué al hueco bajo el fregadero donde guardaba la heladera y la estufa. Debido a mis problemas con la electricidad, tengo una heladera de esas antiguas que funciona únicamente con hielo. La habían limpiado, le habían metido hielo, y estaba llena de comida: fruta fresca, verduras, zumo, Coca-Cola e incluso había helado en el congelador. En la despensa había comida enlatada, conservas, pasta, embutido. Y *Mister* tenía un cajón de arena nuevo hecho de madera con los bordes de plástico y una cama a estrenar. También disponía de un cuenco de madera con adornos labrados para la comida, que ya había devorado, y otro para el agua. El propio *Mister* estaba tumbado en el suelo, y jugaba indolente con un saquito de menta de gato que colgaba de una cuerda en la puerta de la despensa.

—He muerto —dije—. He muerto, alguien cometió un error garrafal y estoy en el paraíso.

Miré a mi alrededor y me topé con la sonrisilla tontorrón de Billy.

Señaló la puerta con el dedo:

—Te esperan los dignatarios.

Me encaminé hacia la puerta, la abrí con desgana y eché un vistazo rápido.

Allí estaba Fix con un mono de mecánico. Su pelo rizado y blanco flotaba alrededor de su cabeza y enmarcaba una sonrisa. Tenía las manos y la cara manchadas de grasa, y su vieja caja de herramientas estaba en el suelo, a su lado. Junto a él se encontraba Lily, vestida con unos pantalones oscuros y una sencilla blusa verde que resaltaban su hermosa figura. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo.

Y ahora era de color blanco.

—Harry —dijo Fix—. ¿Qué tal estás?

Los miré sorprendido y dije:

—¿Tú? ¿Eres la nueva señora del Verano?

Lily se sonrojó y sonrió.

—Lo sé. No quería, pero cuando Aurora murió, su poder fluyó hasta el recipiente de Verano más próximo. Debería haber ido a una de las otras reinas, pero yo ya tenía el poder del caballero y digamos que eso... precipitó las cosas.

Alcé las cejas y dije:

—¿Estás bien?

Frunció el ceño.

—No estoy segura. Tengo mucho en qué pensar. Y es la primera vez que semejante poder recae sobre un mortal.

—¿Quieres decir que no...? ¿Qué todavía no has...?

—¿Elegido? —preguntó Lily. Negó con la cabeza—. Así soy yo. Todavía no sé lo que voy a hacer, pero Titania dice que ella me enseñará.

Señalé a Fix con la cabeza.

—¿Y has nombrado a Fix tu caballero, eh?

Lily le sonrió.

—Confío en él.

—Me parece bien —dije—. Fix ya pudo con el caballero del Invierno en una ocasión.

Lily pareció sorprenderse y miró a Fix. El hombrecillo se sonrojó y juro por Dios que arrastró un pie por el suelo.

Lily sonrió y me ofreció su mano.

—Quería conocerlo y darle las gracias, señor Dresden. Le debo la vida.

Le estreché la mano y dije:

—No me debes nada. Según parece salvo damiselas en peligro sin ni siquiera proponérmelo. —Mi sonrisa se esfumó y añadí—: Además, solo me contrataron para echar una mano. Dale las gracias a Meryl.

Lily se entristeció y repuso:

—No se culpe por lo que pasó. Hizo lo que hizo porque tiene buen corazón, señor Dresden. Como Meryl. No puedo compensarle por su bondad y tardaré años antes de poder utilizar mi... mi... —No encontraba la palabra exacta.

—¿Poder?

—Bueno sí, poder. Pero si necesita ayuda, o un lugar seguro, puede contar conmigo. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Ella fue quién ordenó que limpiaran la casa, Harry —dijo Fix—. Y yo acabo de terminar con tu coche, así que ya lo puedes usar. Espero que no te importe.

Tuve que parpadear un par de veces antes de decir:

—No me importa. Venga, pasad. Bebed algo.

Fue una visita muy agradable. Parecían unos chavales majos.

Cuando por fin me quedé solo ya era de noche, y alguien llamó a la puerta. La abrí y allí estaba Elaine, vestida con una camiseta y unos pantalones vaqueros cortos que dejaban ver sus bonitas piernas. Una gorra de béisbol ocultaba su pelo y dijo sin preámbulos:

—Quería verte antes de irme.

Me apoyé contra el marco de la puerta.

—Supongo que al final te libraste.

—Y tú también. ¿Cumplió Mab su trato?

Asentí.

—Sí. ¿Y tú qué? ¿Aún estás sujeta a Verano?

Elaine se encogió de hombros.

—Mi deuda era con Aurora. Y ahora ya no tiene sentido discutir sobre si cumplí o no mi promesa.

—¿Adónde vas?

Volvió a encogerse.

—No lo sé. A algún lugar donde haya mucha gente. Quizás a un colegio.

—Respiró hondo y luego dijo—: Harry, siento que las cosas salieran así. Tenía miedo de contarte lo de Aurora. Supongo que, conociéndote, debería haber actuado de otra forma. Me alegro de que al final salieras airoso. Me alegro mucho.

Tenía varias réplicas para aquello, pero la que elegí fue:

—Ella pensaba que hacía algo bueno. Entiendo que quizá tú... Es igual, todo ha terminado ya.

Asintió. Luego dijo:

—He visto las fotos de la chimenea, las de Susan. Las cartas. Y el anillo de compromiso.

Miré la repisa de la chimenea y de repente me sentí mal.

—Sí.

—La quieres —dijo Elaine.

Asentí.

Suspiró e inclinó la cabeza de modo que la visera de la gorra no me dejaba verle los ojos.

—Entonces ¿me dejas que te dé un consejo?

—¿Por qué no?

Alzó la vista y dijo:

—Deja de compadecerte de ti mismo, Harry.

La miré sorprendido y pregunté:

—¿Qué?

Con un gesto señaló el apartamento.

—Estabas viviendo en un estercolero, Harry. Entiendo que te sientas culpable por algo. Desconozco los detalles, pero es evidente que acabaste por tocar fondo. Supéralo. No le harás ningún favor convirtiéndote en el rey del moho. Deja de pensar en lo mal que te sientes, porque si le importas lo más mínimo, le destrozará verte como yo te vi hace tan solo unos días.

La miré durante un momento y luego dije:

—Un consejo romántico. De ti.

Me dedicó una media sonrisa y añadió:

—Sí, qué ironía. Hasta la vista.

Asentí y dije:

—Adiós, Elaine.

Se acercó y me besó en la mejilla, después dio media vuelta y se marchó.

Observé cómo se alejaba. Y a pesar de la niebla mental ilegal, jamás hablé de ella al Consejo.

Más tarde, aquella misma noche, me acerqué al apartamento de Billy. Las risas se escapaban por debajo de la puerta junto con música y el aroma a pizza recién hecha. Llamé y Billy abrió la puerta. De inmediato se hizo el silencio.

Entré en el apartamento. Una docena de licántropos heridos, magullados, lesionados y felices me observaron desde una mesa redonda cubierta de bebidas, cajas de pizza, dados, lápices, hojas de papel y pequeñas figuras sobre un gran tablero.

—Billy —dije—. Y vosotros, chicos. Solo quería deciros que estuvisteis a la altura. Mucho mejor de lo que esperaba o podía desear. Debí confiar más en vosotros. Gracias.

Billy asintió y dijo:

—Valió la pena, ¿verdad?

Hubo un murmullo de afirmación en el cuarto.

Asentí.

—Vale, bien. Que alguien me pase una porción de pizza, una Coca-Cola y los dados, pero que quede claro que voy a necesitar cachas.

Billy me miró confundido.

—¿Qué?

—Cachas —dije—. Músculos grandes y fuertes, y no quiero tener que pensar demasiado.

Su rostro se iluminó con una sonrisa:

—Georgia, ¿nos queda algún personaje bárbaro?

—Claro —respondió Georgia y fue hacia un archivador.

Me senté a la mesa, me acercaron la pizza y la Coca-Cola, y se reanudó de nuevo el jolgorio y la conversación. Entonces pensé que aquello era mucho mejor que pasar

otra noche fustigándome en el laboratorio.

—¿Sabes lo que más rabia me da? —preguntó Billy después de un rato.

—No, ¿qué?

—Tanta hada, tanto duelo, reina loca y demás, y nadie mencionó al pobre William Shakespeare. Ni siquiera una vez.

Me quedé mirando a Billy durante un momento y rompí a reír. Todas las lesiones, magulladuras, cortes y heridas me dolían, pero era un dolor sincero y tirante, en proceso de curación. Cogí un dado, una hoja de papel y un lápiz, y comuniqué a mis amigos que ahora era Thorg, *el Bárbaro* al que solo le preocupaba comer, beber y pasarlo bien.

Dios, qué tontos pueden ser los mortales.



JIM BUTCHER, creció en Kansas (Estados Unidos) leyendo todo libro de fantasía que cayera en sus manos. Las crónicas de Narnia, El señor de los anillos o las Crónicas de Prydain son algunas de las obras que marcaron su vocación como novelista. Aficionado a los juegos de rol y al cine de terror, y fan declarado de La guerra de las galaxias, comenzó a escribir desde muy joven, hasta que en 2000 publicó Tormenta, su primera novela. El libro se convirtió pronto en un fenómeno de ventas y dio lugar a La Saga de Dresden, que cuenta ya con ocho títulos en el mercado estadounidense y con toda una legión de seguidores.

La calidad literaria y la originalidad de su propuesta son los ingredientes de la serie, que cuenta las aventuras de un mago en un Chicago plagado de fenómenos inexplicables y seres sobrenaturales que viven en conflicto con los humanos. Si bien otros autores ya se han adentrado en este terreno, creando un presente alternativo con elementos fantásticos, ninguno ha conseguido un resultado tan brillante como Butcher, que mezcla con gran acierto el terror y la comedia. Muchos le consideran el J.K. Rowling de la literatura para adultos.



# Notas

[1] N. de la T.: Edmund Spenser, poeta británico del siglo XVI autor del poema *La reina de las hadas*. <<

[2] N. de la T.: *Electric Company*, programa infantil de televisión que tenía entre sus protagonistas a un Escarabajo azul. <<

[3] N. de la T.: «Nunca más» palabras que se repiten en el poema «El cuervo» de Edgar Allan Poe. <<

[4] N. de la T.: Producciones Hammer es una compañía cinematográfica británica fundada en 1934, especializada en películas de terror y suspense. <<